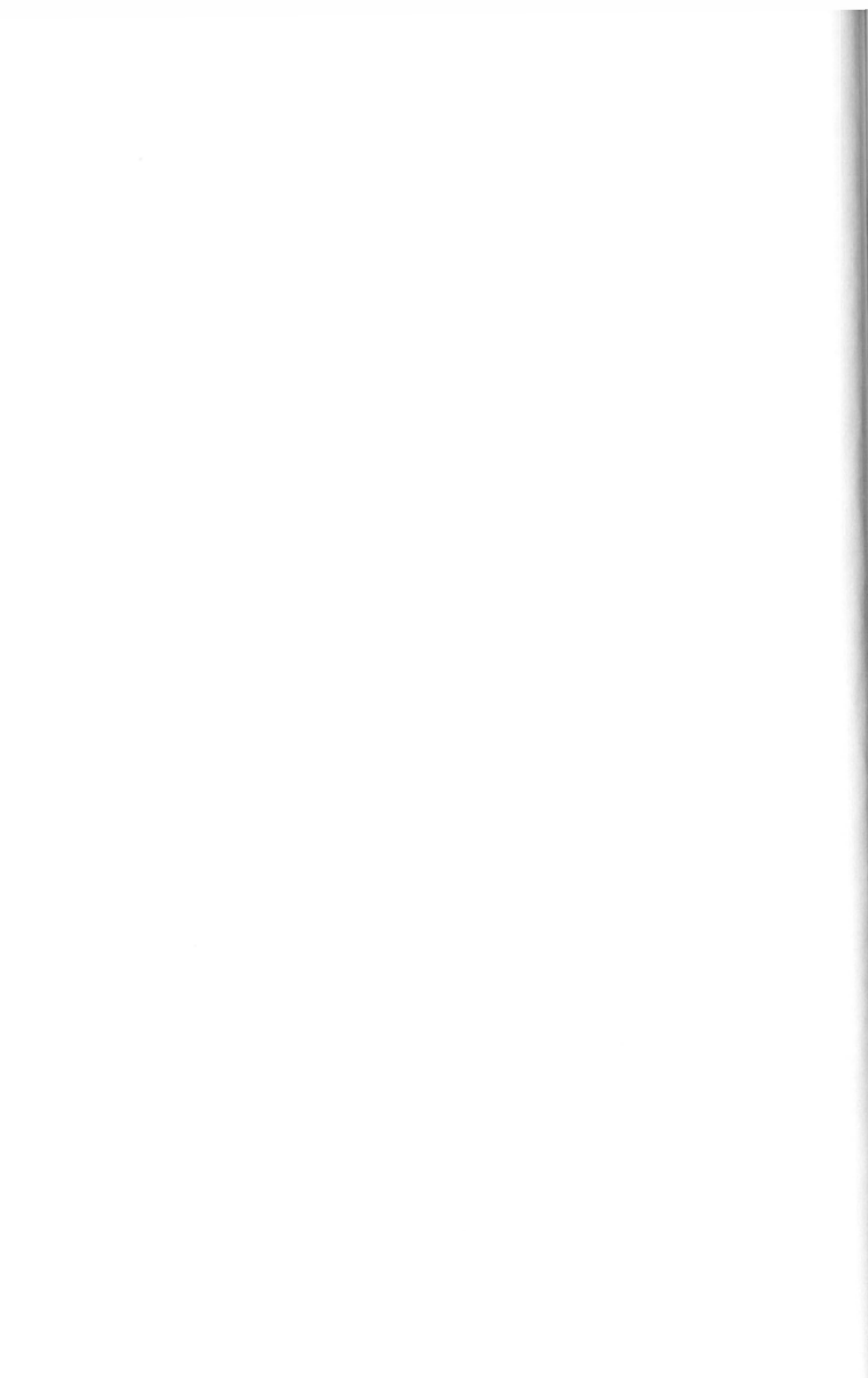




VIDA DE MILAREPA

*Sus crímenes, sus pruebas,
su nirvana*



Vida de Milarepa

*Sus crímenes, sus pruebas,
su nirvana*

Vida de Milarepa

*Sus crímenes, sus pruebas,
su nirvana*

*Historia del reverendo santo Milarepa,
el mayor de los eremitas,
que enseña el camino de la liberación
y de la omnisciencia*

Traducción, edición, prólogo y notas
de
Jacques Bacot

Versión castellana
de
Manuel Serrat Crespo

MANDALA

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico,
mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo
por escrito del editor

Traducción del francés, a partir
de la traducción del tibetano de Jacques Bacot,
de Manuel Serrat Crespo

© 2009, de la traducción, Manuel Serrat Crespo
© 2009, para la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 - 07080 Palma (España)

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-9716-649-2

Depósito Legal: B-34.855-2009

Impreso en S.A. de Litografía - Barcelona

Printed in Spain

Índice

Prólogo, de <i>Jacques Bacot</i>	9
Nota del traductor	23
Vida de Milarepa	25

PRIMERA PARTE

Capítulo I <i>El nacimiento</i>	27
Capítulo II <i>La juventud</i>	37
Capítulo III <i>Los crímenes</i>	44

SEGUNDA PARTE

Capítulo I <i>La conversión</i>	62
Capítulo II <i>Las pruebas.</i>	71
Capítulo III	102
Capítulo IV <i>La meditación</i>	107
Capítulo V	124
Capítulo VI	138
Capítulo VII	146
Capítulo VIII	191

Capítulo IX <i>La muerte</i>	199
Nota de Jacques Bacot	222
<i>El Nirvana</i>	223

Prólogo

Milarepa fue mago, poeta y eremita. Lo fue sucesivamente y de un modo tan completo que los tibetanos no aciertan a separar esos tres personajes y, según sean nigromantes, laicos o religiosos, Milarepa es su mago supremo, su poeta o su santo.

La memoria de un ser singular, que vivió en el siglo XI de nuestra era, permanece aún viva en el Tíbet como si fuera la de una personalidad reciente. Sus actuales seguidores son los herederos de su palabra transmitida oralmente por filiación espiritual ininterrumpida desde hace un millar de años. Algunos de ellos meditan en las laderas del monte Everest, allí donde Milarepa fue el primero en meditar abismado en la soledad.

Los tibetanos elaboran imágenes fidedignas de sus santos y de sus grandes lamas, pintadas o esculpidas, a un tiempo retratos e imágenes piadosas. En ellas reproducen la fisonomía, incluso algunas veces la fealdad de los modelos. Las imágenes de Milarepa no desmienten al personaje tal como aparecerá al principio de su historia: un extraño muchacho, de desconcertante temperamento, cuya pálida tez se alía a un incansable vigor físico, de blandos rasgos que contradicen una tenacidad extraordinaria, cuyo aire inocente (uno de sus maestros le creerá idiota) oculta una inteligencia abstracta, preocupada tan solo por lo absoluto. Ilota voluntario, Milarepa fue un anormal, como todo gran místico. Al ser la mediocridad la tónica humana, al igual que el genio es un exceso y un desarreglo, también la santidad es una extravagancia que suscita a su alrededor la desconfianza, incluso de aquellos que más invocan a los santos del pasado. Nadie fue santo en su tiempo, pues es

difícil ser santo sin enfrentarse con la vulgaridad del ambiente. La hagiografía está formada por el relato de las resistencias mundanas, familiares e incluso, algunas veces, religiosas, a la vocación. Así, los grandes místicos jamás aparecen en una sociedad demasiado avanzada. Una semibarbarie es el medio adecuado al desarrollo del ascetismo.

Surgido de la raza guerrera que, dos siglos antes, había invadido toda el Asia central y el occidente chino, el dulce Milarepa es, por ello, una figura aún más extraña. Él mismo nos dice que en las siete generaciones que le precedían, es decir, hacia el siglo VIII, su antepasado era lama, y, por lo tanto, uno de los primeros que asistió a la fundación del lamaísmo por Padma Sambhava. El hijo de este lama, nombrado Gyosé de la tribu Kyung po, fue un brujo célebre. Semejantes ascendientes, de ser ciertos, explican algo la singular carrera de este hijo de bárbaros, que soportará las pruebas más abrumadoras para conseguir la verdad metafísica, que luego llevará hasta el más trascendente idealismo.

En su juventud, Milarepa es influenciado, sin voluntad propia para elegir un camino. Pero su voluntad no conoce límites para seguir el camino que le han trazado. Su madre sólo tiene que decir una palabra para convertirlo en un criminal empeñado en proseguir su venganza. Bastará con que su maestro de sortilegios, lleno de remordimientos, diga una palabra, para convertirlo en un asceta que se afana en buscar la santidad. De estos dos momentos surgieron sus dos vidas: la mundana, cargada de crímenes, y la religiosa, llena de pruebas y de meditación. El sufrimiento ocupa un lugar preeminente en ambas existencias. En la primera sólo conoció la alegría insana de la venganza. En la segunda, tras el aniquilamiento de sus sentimientos y la renuncia a toda felicidad terrenal, conoció, por fin, las delicias del éxtasis.

Esta historia de Milarepa la escribió en el siglo XII su discípulo Rétschung pa. En el Tíbet existen varias ediciones y fue traducida al mongol y, quizá, también al chino. Generalmente se la encuentra acompañada por el más importante volumen de los cantos de Milarepa, del cual se tradujeron y publicaron extractos en numerosas ocasiones; entre éstos destacan los de Sandberg y, sobre todo, los de

Laufer¹. En este libro es donde sería menester buscar al poeta, y no en las homilías versificadas de la biografía. A los traductores europeos les ha atraído la poesía que canta los terrores y las delicias de las soledades himalayas, pero el pueblo tibetano gusta más de la biografía que es, a un tiempo, novela psicológica y de costumbres. Los primeros capítulos, desprovistos de lo que se ha dado en llamar carácter oriental, tienen tal originalidad que bien se podrían situar en la Europa contemporánea sin excesivos anacronismos ni inverosimilitudes.

La forma dada a este relato es muy complicada y exige que se exponga al lector. El autor de esta obra, el primer discípulo Rétchung, conoció a Milarepa cuando éste ya había llegado a la santidad y estaba finalizando su vida de pruebas. Para conocer esta vida, Rétchung solicita al Maestro que se la relate. Entonces Milarepa toma la palabra y cuenta su vida. Se trata, pues, de una autobiografía, aunque encajada en el texto de Rétchung. En primer lugar, el discípulo expone las circunstancias que le llevaron a solicitar a Milarepa que le narrase su historia. El Maestro la cuenta y, al leerla, uno se olvida del cuadro en que Rétchung la ha situado. Cuando, al finalizar cada capítulo, éste reemprende en pocas palabras su relato para describir la emoción de los oyentes, apenas lo recordamos. Para que esta transición sea más fácil y menos brusca, hemos dado al texto de Milarepa y al de Rétchung distinta configuración tipográfica.

El texto tibetano, uniforme y continuo, no tiene esta preocupación para con sus lectores. Pasa, en la misma línea, de un capítulo a otro. La distribución que le hemos dado no es serle infiel sino, sencillamente, airear esta masa compacta y conferirle la disposición usual en nuestros libros.

En el capítulo VIII, el penúltimo, Rétchung se convierte en narrador hasta la muerte de Milarepa. A partir del capítulo VII, se

¹ GRAHAM SANDBERG, *Tibet and Tibetans*. BERTHOLD LAUFER, *Zwei Legenden des Milaraspa*, 1901. *Aus den Geschichten und Liedern des Milaraspa*, 1902. *Milaraspa*, 1922. ROCKHILL, *American oriental Society*, 1884. H. A. JASCHKE, *Z. D. M. G.*, XXIII.

citan personajes y acontecimientos nuevos como si ya se hubieran mencionado. El estilo parece indicar aquí un autor nuevo o, al menos, que una u otra parte de la obra han sido retocadas.

En el Tíbet esta obra es clásica. La literatura tibetana posterior se inspiró, con frecuencia, en ella. Los misterios tibetanos tomaron algunas partes de ella y, a menudo, las desarrollaron. Existe tal densidad de hechos en la historia de Milarepa que su desarrollo no resulta posible. De ahí la sequedad de su estilo. Carece del sabor de lo arcaico y de la poesía del teatro tibetano, aunque esta obra sea varios siglos más antigua. La elección entre las variantes de dos ediciones distintas la ha controlado de una manera exhaustiva un gran literato tibetano, el geshé Kachen Dondup. Sus dos últimos capítulos se han confrontado con la traducción manuscrita al inglés, realizada por el lama Dusamdap Kazi, y que Campbell tuvo la bondad de poner a mi disposición ².

Nos excusamos por no haber unificado siempre la ortografía de los nombres propios. También en el texto es variable. Los tibetanos sienten por la ortografía en general, y por la de los nombres propios en particular, algo de esta indiferencia con que miran a todo cuanto es forma material.

En esta historia los hechos se relatan, jamás se valoran, salvo en algunos pensamientos manifestados por Milarepa en el instante en que los hechos suceden y no en el instante en que se relatan. No piensa en analizar sus sentimientos cuando expone la larga prueba de las humillaciones a las que le somete su maestro Marpa ante los demás discípulos. La figura de Marpa, ese santo corpulento y terrible, es muy curiosa. Pero no está explicada. Marpa simula tan bien sus cóleras que es difícil creer que no sea algo irritable. Condujo hacia la santidad a su

² Este manuscrito al que se refiere J. BACOT se ha publicado ya en Inglaterra y a su vez se ha traducido al francés: *Milarepa ou Jetsun-Kahbum. Vie de Jetsün Milarepa*. Traduit du tibétain par le LAMA KAZI DAWA-SAMDUP. Edité par le Dr. W. Y. EVANS-WENTZ, M. A., D. Litt., D. Sc. du Jesus College d'Oxford avec introduction et commentaires. Traduction française de ROLAND RYSER. Librairie d'Amérique et d'Orient Adrien-Maisonneuve. Paris, 1973.

Existe traducción castellana, editada en Sudamérica.

discípulo Milarepa con vigor y una cierta rudeza. Hay mucha energía y voluntad en Asia, pero no las percibimos porque se concentran en fines no materiales sino espirituales.

Cabe preguntarse qué crédito conceder a esta historia. Una parte del relato, la infancia de Milarepa, tiene el hálito de lo vivido, por lo que no despierta duda alguna. Luego vienen sus sortilegios y, por fin, su santidad narrada con un hiperbolismo ingenuo, donde ya no se puede discernir la verdad. El lector podrá establecer por sí mismo la parte de verdad que encierren, limitándola a los márgenes de la verosimilitud, lo que, sin embargo, estrechará ampliamente las fronteras de lo tibetano verosímil. Las maceraciones a las que puede entregarse un eremita tibetano rebasan, en mucho, lo que puede concebir como posible la imaginación europea. Por otro lado, la más elemental educación, dispone que el más animal de todos los apetitos, el del alimento, sea el menos satisfecho y el más reprimido. Entre nosotros y en esta cuestión sólo los ascetas pueden llegar a tal grado y alcanzar la firmeza de un mozo de mulas tibetano.

Lo que con mayor claridad revela en esta obra a la novela, es que Milarepa presta a los personajes pensamientos que, normalmente, no podría conocer. Y, también, que a grandes rasgos su vida religiosa está inspirada en la vida de Buda. Como en el episodio de la desdichada experiencia de la mortificación exagerada. La parte profana de esta biografía, su comienzo, sería la más cierta. El período pasado junto al lama Marpa es también verosímil. Los menores hechos de este período, hechos cuya insignificancia sorprenderá algunas veces, tienen un sentido místico que más tarde se revelará en la continuación del relato.

La interpretación mística dada a un hecho no empaña su autenticidad. El acontecimiento, interpretado como realización de un presagio, también puede ser auténtico. Su relación es lo dudoso y, aquí, la relación se impone tan poco que no se la puede acusar de obligar al autor a alterar los hechos. Cuando la fe es muy fuerte no necesita subterfugios para engañarse a sí misma. Respeta los obstáculos y es una garantía de autenticidad.

Es lamentable, para la lectura de esta historia, que el espíritu de la formación occidental esté tan dispuesto a declarar absurdo lo que no comprende y a rechazar como fábula todo cuanto no se adapta a su propia credulidad. Para actuar correctamente no bastaría con señalar la involuntaria mentira de las palabras, sería también menester definir demasiados términos y medir la separación entre el sentido oriental y el occidental de cada uno de ellos. Nada más falaz que esta trasposición de términos entre una y otra religión, entre un pensamiento y el otro: el mismo vocabulario para nociones diferentes. Algunas veces, por el contrario, palabras distintas indican una sola y misma cosa.

Recordemos, al menos, que una gran distancia separa la actividad mental de un Milarepa y la del lector europeo. En el orden de los hechos el malentendido no es menor. Nuestra crítica de los fenómenos de la mística india adolecerá siempre de la falta de voluntad e, incluso, la posibilidad de experimentarlos. Nos exigen condiciones irrealizables.

Notemos, en principio, que Milarepa —y ésta es su mayor originalidad— ha desdeñado las Escrituras búdicas, aunque su maestro Marpa fuera uno de sus traductores. Del Mahayana sólo retuvo su quintaesencia; y vivió como un cínico, desnudo, sin techo, sin un libro. Marpa, a quien no le satisfacía el budismo tibetano, fue numerosas veces a la India a buscar su doctrina. Milarepa, además, la reforma. Rechaza en bloque todos los textos, incluso los tantra. Su doctrina, llamada *kadjupa*, «tradicional», como la secta que fundó, debe directamente a la India su carácter esencial, la filiación espiritual, el culto al padre místico, la *bhakti* (fe) llevada hasta la deificación del Maestro. Finalmente, cada adepto *kadjupa* practica el *dhyana* búdico, especie de yoga brahmánico humanizado. Hay algo de vaguedad y confusión en estas doctrinas tibetanas en donde espíritus ávidos han reunido lo más seductor que les ofrecía el brahmanismo y el budismo.

Marpa había vivido en la vida del mundo. Incluso mostraba en ella mucha energía y actividad. Pero era simple concesión a la vida y al sentir general. En la India había aprendido a renunciar a los frutos. Milarepa renuncia incluso a las obras. Con el simple ejemplo de su meditación, sacude la indolencia espiritual y convierte. En sus ense-

ñanzas tolera las obras mundanas siempre y cuando se conozca bien su irrealdad. Rechaza toda práctica exterior y permanece en un terreno puramente espiritual.

En cuanto al principio de la meditación, en el cual Milarepa se absorbe la mayor parte de su vida, no se ajusta tampoco a ninguno de nuestros métodos o de nuestras filosofías. Hay en nosotros irreductibles contradicciones de sistemas, indisciplina de pensamiento o indiferencia que, por otro lado, no afectan sino ínfimamente al modo de vivir. Hay en él, por el contrario, dirección única del pensamiento, pese a una gran variedad de aspectos, y sumisión de la vida a la convicción metafísica. Así es como Milarepa, para quien el mundo sensible tiene apenas la misma realidad que la imagen reflejada en un espejo, vive conforme a esta idea, base de su ley moral, mientras que la misma creencia, en Occidente, es excepcional pero teórica y no comporta la renuncia al mundo. Por fin, la individualidad del eremita, que también forma parte del mundo irreal, desaparece como objeto de conocimiento. El yo objeto desaparece en el sujeto y se confunde con él. Pero esta identidad sólo se prepara con la ascesis y se realiza en la contemplación. Es necesario el olvido, el total aniquilamiento del yo occidental, del yo individual, para conocer el sí en su realidad objetiva. Método intuitivo y vía mística: por más ignorancia y desdén que sentimos, han satisfecho las necesidades religiosas y morales de gran parte de los hombres civilizados y han engendrado, en muchos siglos consagrados al pensamiento, menos sistemas contradictorios de los que aparecen entre nosotros en algunos años.

El arte, tan revelador, materializa bien este contraste entre dos actividades intelectuales. Nuestra mejor escultura revela el esfuerzo del pensamiento —¿por qué no decir su impotencia?— por una crispación de todo el cuerpo, desde la frente hasta los dedos del pie. Pero el pensamiento que la plástica oriental plasma en la serenidad de la sonrisa búdica, es un pensamiento distendido, liberado de la carne. No investiga, no se esfuerza, ni se agota. Contempla.

He aquí la teoría. Pero, en la práctica, ¿en qué piensa un eremita inmóvil durante días y meses? En realidad, nada, o se esfuerza por no

pensar en nada sin, por ello, caer en el sueño o el sopor, lo que no es cómodo. Si preferimos una respuesta positiva, piensa en la nada de las cosas o se esfuerza por pensar y abismarse en ella. Al comienzo, y provisionalmente, concentra su pensamiento en una sola idea, para desligarlo de los miles de objetos que lo solicitan y lo dispersan. Para ello se requiere un prodigioso esfuerzo de voluntad. Para no pensar en nada es obligado, ante todo, no sentir el hambre, ni la sed, ni el frío, ni el calor, no desear ni temer nada. Tras el silencio de los sentidos ha de cesar, también, la actividad cerebral, última manifestación de la individualidad. Llega entonces ese estado extático que, en teoría, es la realización del sí real en la identidad del sujeto y el objeto, pero que el lenguaje afectivo es incapaz de expresar y que sólo se puede conocer por experiencia personal. Ante la imposibilidad de realizar esta experiencia, los comentaristas europeos suelen tratar a los místicos de locos, unos sólo a los místicos orientales, otros a todos los místicos. Por el contrario, Milarepa se presenta a sí mismo como la única persona razonable.

A lo largo de las meditaciones de Milarepa, se menciona con frecuencia la retención del aliento o el control de la respiración. Esta práctica, tomada del yoga, se adapta a la concepción budista de lo humano, formado por cinco o seis elementos que se conjugan sin oponerse, desde la forma material hasta la más sutil y delicada manifestación espiritual. Concepción que tiene como corolario práctico una deseada armonía entre los componentes, mientras que el dualismo tiene como consecuencia un incómodo antagonismo entre el cuerpo y el espíritu. Nuestro espíritu analítico ha clasificado y separado los hechos físicos de los psíquicos, de modo que olvida los primeros cuando se ocupa de los segundos, y que los unos se desarrollan a costa de los otros. La síntesis de la concepción oriental, la armonía buscada y hallada en la ascesis búdica, considera, por el contrario, que la preparación física precede a una larga actividad mental, que el control del cuerpo es indispensable para el control del espíritu. No hay dominio sobre el pensamiento sin un anterior gobierno de la voluntad sobre la vida animal. Así es como el control de la respiración

comporta automáticamente el de la atención. En el Tíbet, país de grandes fríos, la función regular del aire en los pulmones tiene un primer efecto físico que parece haberse negligido o ignorado en la India, país más cálido. Supone un aumento del calor animal que permite a los eremitas resistir los mayores fríos³. El nombre de Milarepa, «Mila vestido de tela», se debe a la particularidad de que medita, vestido con ligeras ropas, en el límite de las nieves eternas. También estas experiencias, que exigen años de paciencia y silenciosa observación, nos están vedadas.

Lo que más nos sorprende es que una mezcla tal de elementos metafísicos y fisiológicos elabore una doctrina y una práctica religiosa. Esta práctica es, incluso, la más apreciada, aquella en que desembocan muchos de los más santos y ortodoxos lamas, la que permite a un ser excepcional como Milarepa evadirse de sí mismo en una vida de meditación. Pero aún nos parece más extraordinario que, sin apelar a una revelación, sin recurrir a los sentimientos, la idea pura haya seducido a innumerables pueblos y haya mantenido esta seducción a lo largo de los siglos. El catecismo que con tanta profusión se extendió por el Asia central y la convirtió tan entusiásticamente, es un corto y abstracto resumen de la teoría de la ilusión. Y, en efecto, la idea que el hombre experimenta sabiendo que tiene su raíz en el mismo hombre se renueva y permanece ligada a él; mientras que la idea que el hombre acepta como llegada desde el exterior, sólo mantiene con él los débiles vínculos del consentimiento y de la creencia.

Pero para pretender llevar tan lejos la búsqueda de lo absoluto, hasta en la experiencia terrestre se requieren menos orgullo en la partida y menos obcecación que desinterés. Se necesitan, primero, hombres que, sin medir todas las cosas según la representación que tienen o se fabrican de ellas, sin llevar ni reducir sus aspiraciones y necesidades a la escala divina, no exijan definiciones, certidumbres ni nociones positivas. Modesta actitud, en suma, llena de abnegación y

³ Véase KAWAGUCHI, *The years in Tibet*.

en la cual nosotros sólo vemos falta de lógica y vaguedad. ¿Acaso es tan lógico el universo, para nuestra razón, que ésta no se deja sorprender a menudo por todo cuanto nos permite descubrir y todo cuanto nos oculta? De este modo, la búsqueda del asceta no es directa y especulativa, sino una búsqueda empírica de las relaciones existentes entre el uno y lo divino. Y estas relaciones, más o menos íntimas, son una noción muy alejada de lo divino occidental, que ha debido, en más ingratas condiciones, tomar la iniciativa de manifestarse y que, incluso en nuestros días, difícilmente reclama la atención de los hombres.

Todavía nos queda por definir la piedad budista, que es la esencia de este libro. Se impone compararla con lo que esta palabra quiere decir en nuestros idiomas. No es menester demostrar que nuestra piedad es, también, muy subjetiva. Absolutamente inmediata, se ocupa en consolar y suprimir ciertos sufrimientos demasiado indiscretos. Intenta evitar la queja más que el dolor. Por ejemplo, se suprimieron los castigos demasiado dolorosos porque causaban mala impresión en los espectadores.

La piedad budista no tiene relación alguna con la sensibilidad. Es absolutamente objetiva, fría y vinculada a una concepción metafísica. No es espontánea sino consecuencia de largas meditaciones. El idealismo que tiende a identificar el yo y el no yo genera esta piedad para todo cuanto vive y abusa de esta ilusión. Comprende a todos los seres arrastrados por sus pasiones al ciclo de los renacimientos. Es universal, mientras que la nuestra es particular.

¿Cabe afirmar que la verdad o, simplemente, lo mejor, se halla en una parte o en otra? Ambas piedades son, sin duda, excelentes. El hombre ideal existe, pero está esparcido por el mundo. Dividido objeto de búsquedas paralelas, siempre se escapa. Nuestra moral y su metafísica tratan del hombre en sociedad. La metafísica de Milarepa y su moral se ocupan del hombre en el tiempo. Metafísica y moral que no tienen el valor social ni la oportunidad de nuestra «sana filosofía», que, a nuestros ojos de europeos prácticos, son una fuerza y una debilidad a los ojos orientales, una prueba de relativismo, puesto que ven en las necesidades sociales una pobre contingencia.

Por otro lado, existe una curiosa ironía en tan contrarias causas y efectos. El idealismo oriental es moralmente más ventajoso, más práctico socialmente, que nuestro realismo. Basta con cotejar la espiritualidad, la dulzura de los pueblos herederos del ideal indio, con el materialismo y la increíble brutalidad de la civilización occidental⁴. Los siglos han puesto a prueba la teórica caridad de Asia. Al participar de lo absoluto, no corre el riesgo del rápido fracaso en que se pierde la ley del amor al prójimo, ley ignorada entre naciones, abolida entre clases de individuos en una misma nación, y entre los mismos individuos. El perdón de Milarepa a sus parientes enemigos (y los odios de familia son los más vivos) es un perdón lógico, basado sobre una inmutable teoría de la naturaleza de las cosas. No está entregado a las mudables razones del corazón. Un perdón sostenido sólo en la buena voluntad no se puede resistir a un sentimiento más fuerte, a una pasión individual o, especialmente, colectiva. Pronto se convierte en bestialidad e, incluso, crimen.

Quizá por ello, Milarepa se preocupó por no separar la moral de la metafísica y por buscar la vía del hombre aislado mejor que la del hombre en sociedad. La verdad relativa de uno le dará la solución para el otro. No predica directamente la dulzura, la demuestra por el absurdo, por la nada de la violencia, de la vanidad y de todos los deseos. Intenta satisfacer al espíritu más que al corazón; o, si se prefiere, satisfacer sólo al espíritu, mejor que al espíritu por el corazón.

Cierto es que también el cristianismo tiene sus especulativos puros, sus místicos solitarios marginados de la vida social. Pero la Iglesia jamás los ha alentado y los propone más como ejemplo que se ha de admirar que como ejemplo que se ha de imitar. Para los budistas tibetanos, por el contrario, el misticismo sigue siendo, en principio, el ideal propuesto a sus esfuerzos.

⁴ Es preciso reconocer que el pueblo tibetano es el menos dulce de entre todos estos pueblos. Pero no debe a su combatividad el haber escapado de la conquista europea, sino tan sólo a la altura de sus montañas, a las envidias de las potencias vecinas y, sobre todo, a su supuesta pobreza.

También aquí el empleo del mismo término para designar hechos análogos pero no iguales, exige una precisión. La atención del místico voluntario, desde que no se halla ya dispersa ni retenida por los espejismos del mundo exterior, desde que se concentra replegándose sobre sí misma, parece conducir hacia una nueva conciencia de sí, independiente de las reacciones de los sentidos ante el mundo exterior, y que sería la conciencia del mundo real. Su éxtasis es una experiencia provocada. Al revés, la atención del místico cristiano cuyas austeridades tienen otro objeto, relativamente pasivo, no recurre a la negación del mundo fenomenológico para liberarse de él; parece alejada naturalmente de él, sufriendo la irresistible llamada de un objeto amado exterior al mundo de los fenómenos. No es ya un hecho de voluntad sino de sensibilidad. La atención es captada, y es esto lo que tan bien expresa la palabra «arrobamiento», palabra que no tiene cabida, o al menos no la misma cabida, en la mística oriental. Tanto en la teoría de la doctrina como en la práctica de la ascesis, el papel humano es preferentemente pasivo aquí y mucho más activo allí.

De este modo, las iluminaciones budistas —a despecho de una gran exuberancia verbal— no tienen la suavidad de los arrobamientos. Es más, la búsqueda del asceta oriental, condicionada por una espantable labor en solitario, proseguida hasta el éxtasis a fuerza de voluntad, se convierte en un drama íntimo singularmente conmovedor.

Es posible que el asceta, engañado, crea extraer de su experiencia una doctrina que ya conocía, pero el caso de Milarepa parece contradecirlo, en parte. Cuando se entrega a la meditación, Mila sólo posee oscuras fórmulas cuyo sentido le revelará el sueño interior. Pues no existe doctrina esotérica, ni siquiera oral, enunciable en lenguaje vulgar. Únicamente existen fórmulas-guías para llegar a la conciencia intuitiva por medio de la meditación ascética. Sería, como mínimo, gracioso que estos grandes especialistas de la desilusión, esos perseguidores de las apariencias, no hubieran desconfiado de su propio nihilismo como primer espejismo y última causa de error.

Para atenernos a resultados prácticos, incluso cuando la teoría de la ilusión no fuera, por su parte, más que una ilusión, no se puede, de

buena fe, negar cierto mérito a una doctrina que conduce a las enseñanzas de Milarepa: «...algunos se creen llenos de méritos y porque están orgullosos de ser buenos religiosos. Eso no es más que orgullo mundano. Es preciso no abandonarse a él. Dar limosna para recibir mil, cuando se ha entregado cien; y ocultar a los ojos de los hombres su miseria moral..., es beber veneno... No busquéis más que la santidad... La grandeza de uno es la humillación de los demás. El silencio sobre uno mismo evita los conflictos... Rechazad cuanto el egoísmo hace aparecer bueno pero que perjudica a las criaturas... Haced lo que parece pecado pero beneficia a las criaturas. En una palabra, actuad de modo que no debáis ruborizaros de vosotros mismos... ¿Para qué meditar sobre la paciencia si las injurias no la ponen a prueba?». Condensa la doctrina, precisa su filosofía, su moral y su mística en esos tres versos:

La noción de la nada engendra la piedad.

La piedad suprime las diferencias entre uno mismo y los demás.

La confusión entre uno mismo y los demás realiza la causa del prójimo.

Estas enseñanzas están, sin duda, inspiradas en la India. Pero el modo como se presentan, en el conjunto de una biografía, es obra de arte, y obra de arte tibetana.

Si ahora buscamos sólo en el interior del budismo tibetano el lugar que ocupa el ejemplo de Milarepa, veremos el primer esfuerzo del lamaísmo para liberarse de la antigua religión mágica a la que se había mezclado cuatro siglos antes. La situación del budismo en el Tíbet había sido muy precaria hasta el siglo IX. La religión primitiva había tomado, momentáneamente, la delantera. En el siglo IX, el gran brujo era todavía el primer personaje después del rey y representaba la religión oficial. La historia de Milarepa muestra ya una reacción. La reforma de Tsongkhapa sólo será la codificación del lento trabajo de varios siglos.

Tras haber expiado sus prácticas mágicas, Mila se abisma en la contemplación mística. Tres siglos más tarde, Tsongkhapa acometerá indirectamente, por medio de una rígida liturgia, el mismo misticismo; fundará la teocracia tibetana y adaptará el budismo al gobierno temporal.

Una palabra más sobre los lugares donde se desarrolla nuestra historia. Los numerosos viajes que Milarepa realizó dan al relato un gran interés geográfico. Los nombres de provincias y de distritos no han cambiado desde el siglo XI. Ha sido fácil identificarlos.

Los de localidades secundarias no se hallan en ningún mapa actual del Tíbet. La reciente exploración del monte Everest ha descubierto varios. El coronel Howard Bury, jefe de la primera expedición, me los ha confirmado. En efecto, en el macizo del Everest se encuentran todos los retiros, todas las ermitas de Milarepa.

El monte Latchi (La phyi) o Godavari es el más venerado de los lugares de peregrinación. Incluso el nombre de Latchi se da, algunas veces, al Everest. Todavía hoy muchos siguen las enseñanzas de Milarepa en el mismo lugar en donde meditó hace casi mil años. El coronel Bury y sus compañeros han visto a muchos de sus actuales seguidores, algunos centenares de eremitas, dispersos por los valles que rodean el Latchi y por toda la montaña, hasta una altitud de 5.000 metros. Viven en grutas, bajo los salientes de las rocas o en pequeños refugios al pie de los acantilados, cara al grandioso espectáculo de las nieves y los abismos. Los grandes animales de las montañas, amigos de los solitarios, acuden junto a ellos para pedirles comida. Y el coronel Bury, cazador desarmado, se aproximaba a pocos pasos sin que le prestaran la menor atención o le honraran con el más mínimo temor.

Los eremitas permanecen, por término medio, diez años en el mismo lugar, luego cambian de retiro. Llegan a alimentarse sólo con algunos granos de cebada diarios.

Que soporten esta inmovilidad, la privación de alimentos y las frías noches parece inexplicable. Nada ha cambiado tras nueve siglos. Las pasiones de abajo, que tantas veces han revolucionado el mundo a sus pies, no han turbado todavía la serenidad de los discípulos de Milarepa.

Jacques Bacot

Nota del traductor

La presente traducción de la biografía de Milarepa —texto perteneciente al siglo XII tibetano— se ha realizado sobre la edición francesa que publicó, en 1925, el filólogo y orientalista Jacques Bacot, cuyo prólogo y notas se han respetado íntegramente, excepto algunos comentarios referidos a la actualidad francesa del primer cuarto del presente siglo que carecían ya de vigencia.

Desde la primera edición de Bacot hasta nuestros días, la realidad tibetana ha sufrido modificaciones fundamentales, entre ellas su invasión por las tropas de la República Popular China que, como es lógico, influyó notablemente sobre la estructura religiosa del Tíbet e invalidó las apreciaciones de Bacot sobre la permanencia de la doctrina kadjupa y de sus adeptos, seguidores de Milarepa. Muchos monasterios fueron destruidos y dispersados sus monjes; sin embargo, entre los religiosos que consiguieron refugiarse en Sikkim, Bután o la India, quedan algunos discípulos de Milarepa e, incluso, notables maestros, aunque, a decir verdad, su edad es muy avanzada y la formación de adeptos se realiza en precarias condiciones. Al leer el prólogo se ha de tener presente esta circunstancia.

Por otro lado, tal vez sorprendan al lector las características y la construcción literaria de ciertos párrafos de esta traducción. Se ha intentado, al respecto, ceñirse en lo posible al original de Bacot, considerando que, como ha llegado a afirmarse, «consigue preservar todo el sabor del texto original, hasta el punto de que leyéndolo se tiene la sensación de estar oyendo hablar en tibetano»; se han respetado, por ello, ciertas peculiaridades de la versión francesa pese a lo que pudieran tener de chocantes.

Manuel Serrat Crespo



Vida de Milarepa

*Sus crímenes, sus pruebas,
su nirvana*

*Historia del reverendo santo Milarepa,
el mayor de los eremitas,
que enseña el camino de la liberación
y de la omnisciencia*



PRIMERA PARTE

Capítulo I EL NACIMIENTO

Primero, el porqué del nombre patronímico de Mila; cuál fue el origen de sus mayores y cuál su nacimiento.

Cómo, en su juventud, habiendo muerto su padre, sus más próximos parientes se convirtieron en sus enemigos y cómo, despojado de todos sus bienes interiores y exteriores¹, conoció hasta lo más profundo la realidad del dolor. Por fin, cómo, habiéndole exhortado su madre, aniquiló a sus enemigos por medio de los sortilegios de la brujería.

Éstos son los tres primeros capítulos de tan maravillosa historia. El primer capítulo se anuncia por el siguiente prefacio: ¡Oh maravilla! En la época en que le escuché, el célebre Heruka² y poderoso eremita denominado venerable Mila-Dordjé-Resplandeciente, en el santo lugar de reposo conocido como Caverna-de-la-Villa-de-Nyanang, se hallaba entre sus discípulos: Corto-Abrigo-Parecido-al-Diamante, Repa-luz-de-Paz, Maestro-Repa-de-Gnandzong, Eremita-de-Seban, Repa-Cazador, papa-Eremita-de-Hbri, Repa-Eremita-de-Klan, Repa-Buda-Protector, Repa-Eremita-de-Gjen, Santo-del-Poderoso-Aliento, Maestro Sarya-Guna y otros, sus hijos espirituales y perfectos eremitas; también la mujer Diamante-de-Gjen, la de las mil virtudes, y otros, sus afortunados auditores y auditoras; las cinco nobles hermanas de larga vida y otros; las

¹ Es decir, los campos y la casa con su contenido. (Mientras no se indique lo contrario, las notas pertenecen a Jacques Bacot).

² Heruka es la personificación del aspecto positivo del poder de la iluminación. (N. del T.)

Tara³ aéreas, cuyo cuerpo es de arco iris y que han alcanzado el cielo; y otros más, todos ellos puros eremitas, dioses y hombres, hombres y mujeres reunidos. Afila se hallaba entre ellos y predicaba la doctrina del Mahayana⁴.

En aquel tiempo, el santo Rétchung (Corto-Abrigo) vivía orando en su celda. A lo largo de toda una noche, tuvo este sueño: En un paraje bienhadado y grato al alma, llamado Urgyen-Morada-de-las-Diosas, entró en una gran ciudad cuyas casas estaban construidas y enlosadas con materiales preciosos. Los habitantes de esta ciudad iban vestidos de sedas y ataviados con ornamentos de hueso⁵ y pedrería. Sus rostros eran bellos y agradables, tan sólo, a la vista, puesto que no hablaban, pero se dirigían sonrisas e intercambiaban miradas.

Entre ellos se encontraba una discípula del lama Tephula, llamada Bharima, a quien Rétchung había conocido, antaño, en el Nepal. Vestía un hábito rojo y parecía ser su jefe. Dijo a Rétchung: «¿Estás ya aquí, nietecito? Sé bienvenido». Y habiendo dicho esto, le condujo a una casa de piedras preciosas, llena de inagotables riquezas. Le honró como al huésped de un festín, solazándole abundantemente con alimentos y bebidas.

Luego dijo:

«En este momento, el buda Mikyudpa (el Inmutable) predica la doctrina en Urgyen. Si deseas escucharle, nietecito, se lo pediré».

Deseando mucho escucharle, Rétchung respondió afirmativamente. Dijo entonces «Vamos, pues». Y partieron juntos.

En el centro de la ciudad vio Rétchung un amplio y elevado trono, hecho de materias preciosas. Sobre el trono, el Bhagavat Inmutable, más grande y sublime que aquel que meditara antaño, enseñaba la doctrina entre un océano de discípulos. Viendo esto, loco de felicidad y júbilo, temió caer privado de sentido. Entonces Bharima le dijo: «Nietecito, quédate aquí un momento. Voy a solicitar beneplácito del buda».

³ Divinidades femeninas de origen popular. (N. del T.).

⁴ El budismo mahayana, o del gran vehículo, por contraposición al del pequeño vehículo o hinayana, incluye una gran variedad de doctrinas que van desde la salvación por la fe de las sectas de la Tierra Pura hasta la brusca «iluminación» del zen. (N. del T.).

⁵ Los ornamentos de hueso tienen un significado profundamente religioso en los ritos tibetanos. (N. del T.).

Fue y lo obtuvo. Conducido por ella, Rétchung llegó a los pies del buda y se prosternó. Le pidió su bendición y permaneció frente a él, escuchando la doctrina.

Como el buda le mirara un momento, sonriendo, Rétchung se dijo: «Piensa en mí, con misericordia». Y como escuchaba la genealogía de la historia de los nacimientos y las obras de los budas y bodhisatvas⁶ predicadores de la ley, sus cabellos se erizaron y creyó.

Finalmente, el buda contó la historia de Telo, Naro y Marpa⁷, todavía más sorprendente que las anteriores. Y los oyentes, escuchándola, sentían que su fe se acrecentaba.

Cuando hubo terminado, el buda añadió: «Mañana contaré la historia de Milarepa, muy superior aún a las que acabo de narrar. Venid todos a escucharla». Entonces, algunos de entre los discípulos dijeron: «Si existen obras superiores a las que acabamos de escuchar, su maravilla sobrepasa toda medida». Otros dijeron: «Las virtudes que acaban de ser expuestas son el fruto de muchas reencarnaciones acumuladas y de sucesivas purificaciones. Milarepa, en una sola vida y un solo cuerpo, ha conseguido idéntica perfección». Los primeros dijeron aún: «Pues bien, si no solicitamos, para favorecer a las criaturas, tan maravillosa enseñanza, seremos malos discípulos. Por ello es preciso que se lo pidamos, para bien de las criaturas y con el fin de despertar en nosotros los tres medios: esfuerzo, celo y confianza en sí mismo».

Otro dijo: «¿Dónde se halla, ahora, Milarepa?». Alguien respondió: «Está en Gnongah o en Ogmin⁸, y no en otra parte». Entonces Rétchung pensó: «Las moradas del maestro se hallan en el Tíbet. Todo eso no tiene otra finalidad que despertar mi ardor. Debo pues, a toda costa, solicitar al maestro que me cuente su historia para salvación de las criaturas».

* Aquellos que buscan la iluminación tanto para sí mismos como para los demás. (N. del T.).

⁷ Los introductores del budismo en el Tíbet y fundadores de la doctrina kadjupa. (N. del T.).

⁸ Gnongah es el paraíso de Indra, dios del cielo hasta la época védica. Ogmin es el paraíso del Buda primordial y el lugar en que se puede conseguir el nirvana. (N. del T.).

Cuando Rétchung pensaba esto Bharima le tomó de la mano y le sacudió diciéndole: «¿Has comprendido, nietecito. Has comprendido!».

Entonces, Rétchung despertó. Y en el mismo instante levantábase el alba. Rétchung percibió más límpida su inteligencia y su contemplación como el arco iris?⁹

Entonces, Rétchung salió de su contemplación. El sol de la aurora se alzaba resplandeciente en el cielo. Y Rétchung pensó en su corazón: «Comprendo, también, las advertencias de las cinco hermanas de larga vida».

Dejando la meditación, preparó su comida. Cuando se hubo solazado y satisfecho, fue a buscar a su Maestro. Los monjes, los discípulos y los oyentes reunidos, formaban ante él una muchedumbre tornasolada. Rétchung se prosternó y se interesó por la salud del maestro. Luego, permaneciendo de rodillas y uniendo las palmas de sus manos, dirigió al venerable maestro esta plegaria:

«Venerable y precioso maestro; antaño, ciertamente, los budas del pasado narraron para el bien de las criaturas la inconcebible historia de sus doce trabajos y de sus obras. Así se propagó por el mundo la doctrina del Buda. Y, en nuestros días, los afortunados conversos pudieron ser conducidos al camino de la salvación porque Têlo, Naro, Marpa y los santos contaron también su propia historia.

«¡Oh, precioso Maestro!, para el gozo de nosotros tus discípulos, por los afortunados que se convertirán y serán tus discípulos en el futuro, para llevar las otras criaturas al camino de la salvación, Maestro precioso de amante corazón, cuéntanos el origen de tu familia, nárranos tu historia y tus obras». Así rogó. Entonces, el Maestro, con sonriente semblante, respondió:

Rétchung, tú conoces muy bien mi vida, puesto que me lo pides, satisfaré tu ruego.

Mi raza se llama Kyungpo, mi familia Gyosé y yo Milarepa. En mi juventud cometí negras acciones. En la edad madura practiqué la inocencia. Ahora, liberado por igual del bien y del mal, no tengo ya

⁹ Colores de significado simbólico: materia, sentimiento, percepción, impulso y conciencia. (N. del T.).

razones para actuar y no las tendré en el futuro. Si cuento más cosas os daré unas veces muchos motivos de llanto y otras, muchos motivos de risa. ¿Para qué contároslas pues? Soy viejo. Dejadme reposar.

Así habló. Entonces, Rétchung se prosternó e hizo la siguiente plegaria:

«¡Oh, precioso Maestro!, primero a fuerza de ascetismo y terrible resignación, penetraste las ocultas verdades. Aplicándote a meditar con este único objeto, llegaste a la evidencia de la relatividad de las cosas y de su ininidad. Y, sin nada por hacer que te ligue al porvenir, posees la serenidad de quienes no experimentan ya nada. Ello da un interés incomparable a tu ascendencia de Kyungpo, a tu familia Gyosé, a las razones que motivaron tu nombre de Mila, a las causas de risa y llanto que se apoyan en tu mala conducta juvenil y en la virtud de tu edad madura. Pensando con amante corazón en todas las criaturas, sin abandonar tu cuerpo, palabras y pensamiento a la perezosa indiferencia, cuéntanos tu historia. Vosotros, hermanas y hermanos en religión, oyentes a quienes la fe ha reunido en este lugar, ayudadme en mi plegaria».

Habiendo hablado así, saludó numerosas veces. Y los primeros discípulos, los hijos espirituales y los creyentes que le escuchaban, prosternándose, hicieron todos la misma plegaria que Rétchung, solicitando al Maestro que hiciera girar la rueda de la ley¹⁰.

Entonces, el venerable Maestro habló así:

Puesto que me lo pedís con tanta insistencia, no os ocultaré ya mi vida sino que os la contaré.

Mi tribu proviene del gran clan de pastores del Centro norte. Su nombre es Kyungpo. Mi antepasado era un eremita hijo de un lama gnymapa¹¹ llamado Gyosé. Pertenecía a la secta de los Ydam¹² y estaba

¹⁰ Es decir, narrar los acontecimientos de su vida para, a través del ejemplo, aclarar la doctrina. (N. del T.)

¹¹ Lama seguidor de la más antigua doctrina budista, la que se considera fundada por Padmasambhava. (N. del T.)

¹² Divinidades protectoras de las distintas escuelas monásticas que combaten las fuerzas hostiles. (N. del T.)

dotado de poderosa oratoria. Partió a visitar los lugares santos del reino y sus santuarios.

Ya en el Norte, en el alto Tsang po¹³, fue recibido en el país llamado Tchumbatchi. En este país sometió a los demonios malignos. El poder de su bendición le hacía útil, de modo que su influencia y la importancia de su ministerio se engrandecieron. Se le denominó Kyungpo-Gyosé y permaneció varios años en el país. Quien caía enfermo le hacía llamar.

Una vez, había un demonio terrible que no podía aproximarse a Gyosé, pero al que nadie más podía resistir. Perseguía a una familia que no creía demasiado en Gyosé. Aquella familia llamó a otro lama para que llevara a cabo los exorcismos. Pero el demonio no hizo más que reír y burlarse, y siguió vejando a la familia.

Fue entonces cuando un creyente, emparentado con aquella familia, aconsejó a espaldas del demonio llamar a Gyosé. Decía: «¡Si es necesaria la grasa de perro para curar una herida, búsquese grasa de perro!» y se llamó a Kyungpo-Gyosé.

Cuando Gyosé llegó cerca de la morada del demonio, se irguió con fiereza y gritó con voz potente: «¡Soy yo, Kyungpo-Gyosé, el que llega! Comeré la carne de los demonios y beberé su sangre. ¡Esperad!». Y diciendo esto avanzó con rapidez. Puesto que se aproximaba, el demonio se aterrorizó y prorrumpió en gritos de espanto: «¡Padre Mila, padre Mila!». Cuando Gyosé hubo entrado, el demonio le dijo: «Jamás fui adonde tú te hallabas. Perdóname por ello la vida». Gyosé le hizo jurar que jamás en el futuro perjudicaría a nadie y le despidió.

Entonces, el demonio penetró en una familia en la que tenía confianza y decía: «¡Mila! ¡Mila!»¹⁴ ¡Jamás pasé tanta angustia ni me hallé en semejante peligro!». Los hombres de la familia le preguntaron: «¿Qué te ha sucedido, pues?». El demonio respondió: «Ha venido

¹³ Alto Bramaputra.

¹⁴ Parece, de acuerdo con este relato, que *Padre Mila* sea una expresión de espanto, local y antigua.

Kyungpo-Gyosé. Me ha amenazado de muerte y he prestado juramento». Dicho lo cual, el demonio se fue.

Desde aquel momento, para indicar el poder de las virtudes de Gyosé, todo el mundo le llamó Mila, y él conservó Mila como nombre de familia. Desde aquel momento, también los demonios se pusieron de acuerdo para no perjudicarlo¹⁵.

A continuación, Kyungpo-Gyosé tomó mujer y tuvo de ella un hijo. Este hijo tuvo dos hijos, al primero le llamó Mila-León-que-Enseña-los-Sutras¹⁶. Éste tuvo un hijo al que llamó Mila-León-de-Diamante. Y a partir de entonces sus descendientes tuvieron siempre un solo hijo.

Mila-León-de-Diamante era muy hábil jugando a los dados y podía ganar mucho. En aquel país había un hombre de poderosa familia, tramposo y hábil con los dados. Un día, para probar la fuerza de León-de-Diamante, jugó con él, apostando muy poco, y evaluó a su adversario. Aquel día hizo lo preciso para ganar. León-de-Diamante, descontento, le dijo: «Es justo que mañana me tome la revancha».

El tramposo apostó más fuerte y se dejó ganar tres veces. Luego dijo: «También es justo que mañana me tome yo la revancha». Los dos se pusieron de acuerdo sobre las apuestas e, irrevocablemente, apostaron sus campos, sus casas y toda su fortuna. Se comprometieron por escrito y jugaron. Ganó el tramposo. Y se apoderó de la casa, los campos y todos los bienes poniéndolos al cuidado de sus parientes.

Desde entonces, ambos Mila, padre e hijo, dejaron el país. Llegados al pueblo de Kyagnatsa, en la Llanura Central del reino de Man yul, se establecieron.

¹⁵ Este demonio que vive entre y como los hombres es el *Kuei* que se halla, todavía hoy, en la creencia popular china, pero que ha desaparecido ya en la del Tíbet. Kuei son fantasmas de hombres muertos que, en vez de transmigrar, permanecen vinculados a formas de vida terrestre y vagan por entre los mortales. Los numerosos demonios de las creencias tibetanas actuales no son humanos sino seres de clase distinta que pueden tomar formas humanas.

¹⁶ *Sutra*, en sánscrito. Literalmente sermón, discurso. Textos que se consideran pertenecientes al mismo Buda. Diamante es sinónimo de gran vehículo o mahayana. (N. del T.)

El padre, León-que-Enseña-los-Sutras, era llamado a las casas de los habitantes para leer los libros sagrados, ofrecer sacrificios, proteger contra el granizo, salvar a los niños amenazados por los vampiros. Siendo muy solicitado, acumuló numerosos presentes. El hijo, León-de-Diamante, iba, en invierno, hacia el Sur para comerciar al por mayor en el Nepal; en verano se dirigía a los pastores del Norte. Para el comercio al por menor viajaba entre el Man yul y la Llanura Central. Padre e hijo amasaron así grandes fortunas.

En aquel tiempo, León-de-Diamante amaba a una joven del país y la desposó. Tuvieron un hijo al que llamaron Mila-Trofeo-de-Sabiduría. Cuando este hijo fue mayor, murió su abuelo León-que-Enseña-los-Sutras. Tras haber cumplido con las ceremonias fúnebres, Mila-León-de-Diamante acrecentó aún más sus riquezas por medio del comercio y fue más rico que antaño.

En la vecindad de Tsa¹⁷ vivía un hombre llamado Horma que poseía en Tsa un campo de buena tierra y de forma triangular. Habbiéndose procurado oro y mercancías del Norte y del Sur, León-de-Diamante compró este campo y lo llamó Horma-Triangular¹⁸.

Al borde de este campo se hallaban las ruinas de una casa que pertenecía a su huésped. León-de-Diamante la compró también y puso los fundamentos de una mansión. Mientras se edificaba la mansión, Mila-Trofeo-de-Sabiduría cumplió su vigésimo aniversario.

En Tsa, en la noble familia Nyang, había una joven muy hermosa llamada Aderezo-Blanco. Era habilidosa en los trabajos caseros y tan extremada en el amor por sus amigos como en el odio por sus enemigos. Trofeo-de-Sabiduría la desposó y la llamó Aderezo-Blanco-de-los-Nyang.

De inmediato siguió edificándose la mansión. En el tercer piso se construyó un patio y un desván con una cocina adosada¹⁹. Esta casa,

¹⁷ Abreviación de Kyagnatsa.

¹⁸ Costumbre tibetana, todavía en vigor, de dar a los campos, a las casas, a los caballos o mulas comprados, el nombre de su anterior propietario.

¹⁹ La construcción de las casas tibetanas no ha variado. El patio descubierto se halla siempre en el último piso de la casa. Por lo general, las habitaciones donde se guardan las provisiones y el oratorio dan a este patio.

la más agradable de Kyagnatsa, tenía cuatro columnas y ocho vigas. Por ello la mansión fue llamada Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas. Padre e hijo vivieron en ella, uniendo su felicidad a su buen nombre.

Algún tiempo después, habiendo llegado el buen nombre del padre y del hijo a oídos del hijo del primo hermano de León-de-Diamante, llamado Esvástica-Bandera-de-Victoria, que vivía en Tchumbatchi, abandonó su país con las mujeres, los niños y su hermana Muchacha-de-Kyung-que-Rivaliza-en-Gloria, y llegó a Kyagnatsa.

León-de-Diamante, lleno de amor por sus primos, demostró gran alegría. Tras haberles ofrecido los presentes de bienvenida, León-de-Diamante les enseñó los usos del comercio para que comenzaran a establecerse. Y, comerciando, ganaron mucho dinero.

Un día, puesto que Aderezo-Blanco había quedado encinta, Trofeo-de-Sabiduría reunió gran número de productos del Sur. Habiendo partido a venderlos al Norte, a la Punta-del-Tigre, se demoró mucho tiempo. Fue entonces cuando, en el año del Dragón-de-Agua, a principios del otoño, en el vigesimoquinto día de la luna, bajo una buena estrella, mi madre me dio a luz²⁰. Envío un mensajero a mi padre. La carta decía: «Hete aquí que, en la época de los trabajos otoñales, he dado a luz un hijo. Ven pronto para darle un nombre y para celebrar la fiesta de su denominación». Y, al tiempo que entregaba la carta, el mensajero relataba todos estos sucesos.

Mi padre se llenó de gozo. Gritó: «¡Maravilla! Mi hijo tiene ya nombre. Puesto que cada generación de mi familia no ha tenido más que un hijo, y puesto que la noticia me llena de alegría, llamo al que me ha nacido "Buena-Nueva". Ahora, terminados mis negocios, voy a regresar». Y volvió a su país. Fue así como fui llamado Buena-Nueva.

Tras haber celebrado la gran fiesta de mi denominación, fui educado con amor. No escuchando a mi alrededor más que dulces voces, era feliz. Por ello, todos decían: «Ese Buena-Nueva lleva un nombre acertado».

²⁰ El primer mes del otoño es el séptimo del año. Este hecho corresponde, pues, al mes de agosto de 1052 de la era cristiana.

Cuando llegué a mi cuarto aniversario, mi madre alumbró una hija que fue llamada Feliz-Protectora. Y como su nombre de pila era Peta, su nombre fue Peta-Feliz-Protectora. Recuerdo nuestras cabelleras, las de ambos, hermana y hermano, cabelleras de oro y cabelleras de turquesa, que caían sobre nuestras espaldas.

En aquel país nuestra palabra era influyente y nosotros todopoderosos. De este modo, los nobles de la región eran nuestros aliados y los humildes se hallaban a nuestro servicio. Mientras gozábamos de todos estos privilegios, las gentes del pueblo, en sus conciliábulos, decían secretamente: «Estos extranjeros llegaron atraídos por este país. No existe mayor ni más rica familia. Los útiles del granero y de los campos, las joyas de los hombres y las mujeres son un espectáculo perfecto». Cumplidos todos sus deseos, León-de-Diamante murió. Se le hicieron generosas ceremonias funerarias.

Así habló Milarepa. Y éste es el primer capítulo, que corresponde a su nacimiento.

Capítulo II

LA JUVENTUD

Entonces, Rétchung preguntó: «Oh, Maestro, has dicho que habías sufrido muchos infortunios tras la muerte de tu padre. ¿Cómo te sucedieron esas desgracias?». Así rogó y Mila prosiguió.

Cuando tenía alrededor de siete años, mi padre Trofeo-de-Sabiduría se hallaba consumido por una terrible enfermedad. Los médicos y los brujos, prediciendo que no curaría, le abandonaron.

También los parientes y los amigos sabían que no viviría. Incluso él mismo estaba seguro de que iba a morir.

Los parientes, comenzando por mi tío y mi tía, los amigos próximos o lejanos, los habitantes del país que le querían y los vecinos importantes se reunieron. Mi padre decidió poner bajo tutela su familia y sus bienes. Luego redactó un largo testamento ordenando que su hijo entrara, más tarde, en posesión de su patrimonio. Y lo leyó en voz alta para que todos lo oyeran.

«Resumiendo y con claridad, visto que a causa de mi enfermedad presente no sobreviviré, y visto que mi hijo es aún pequeño, éstas son las disposiciones por las que le confío a su tío y a su tía más próximos y a todos los parientes y amigos:

»Mis bienes en las montañas: yacks¹, caballos y carneros. En el valle: el campo Horma-Triangular en primer lugar y todas las demás

¹ Especie de búfalo asiático, muy abundante en el Tíbet. (N. del T.)

parcelas que nos entregan los pobres. En la casa: vacas, cabras y asnos. En el desván: utensilios, oro, plata, cobre y hierro; turquesas, telas, sedas y el granero. En una palabra, todo cuanto, siendo ajeno, no debe ser codiciado por otros. Reservad una parte de esas riquezas para los gastos que ocasionará mi muerte. El resto os lo confío a todos cuantos estáis aquí reunidos, hasta que mi hijo haya alcanzado la edad para hacerse cargo de la casa. Lo confío, en especial, a su tío y a su tía². »Cuando el niño haya alcanzado la edad de establecerse que despose a Dzesé. Que mi nuera sea bien acogida y reciba, sin excepción, todos mis bienes y que mi hijo tome posesión de su herencia.

»Durante este tiempo, tío, tía y parientes próximos, ocupaos de las penas y alegrías de mis dos hijos y de su madre. No los dejéis en la miseria. Tras de mi muerte os contemplaré desde mi tumba». Habiendo dicho esto, murió.

Se llevaron, entonces, a cabo las ceremonias funerarias. Se pusieron de acuerdo sobre el excedente de los bienes y todos, benevolentes, dijeron: «Aderezo-Blanco, administra tú misma los bienes. Haz con ellos lo que creas conveniente». Pero el tío y la tía dijeron: «Si todos son ya amigos vuestros, vuestros parientes lo serán más todavía. Ningún daño causaremos a la madre y a los hijos. De acuerdo con el testamento, nosotros administraremos los bienes».

Sin atender a las razones del hermano de mi madre ni de la familia de Dzesé, mi tío tomó los bienes masculinos y mi tía los femeninos. El resto fue dividido en dos mitades³. Luego dijeron: «En cuanto a vosotros, madre e hijos, nos serviréis». Y no tuvimos ya poder alguno sobre nuestros bienes. En verano, en la época de los trabajos agrícolas, éramos los servidores del tío. En invierno, cuando se trabajaba la lana, éramos los servidores de la tía. Nuestro alimento era el de los perros, nuestro trabajo, el de los asnos. Llevábamos, como vestiduras, harapos

² Estas disposiciones son normales en el Tíbet. Los hijos huérfanos de padre son, por lo común, confiados al más próximo de sus tíos. (N. del T.)

³ Existe una contradicción en el texto entre las palabras *phyedma*, asociado, y *bgos*, dividido; es decir, por lo que se refiere al resto de los bienes, el texto los considera al mismo tiempo indivisos y repartidos.

de lana sujetos con una atadura de hierba sobre nuestra espalda. Nuestros miembros se agrietaban de tanto trabajar sin reposo. Debido a los malos alimentos y a las malas vestiduras fuimos empalideciendo y demacrándonos. Nuestros cabellos, que antaño caían en bucles de oro y turquesa, se hicieron escasos y grises, cubiertos de piojos y de liendres. Los hombres sensibles que veían o escuchaban estas cosas, derramaban lágrimas. A espaldas de mi tío y de mi tía murmuraban sin medida. Puesto que nos hallábamos abrumados por la miseria, mi madre dijo a mi tía: «Tú no eres Hija-de-Kyung-que-Rivaliza-en-Gloria sino una Hija-del-Demonio-que-rivaliza-con-las-tigresas». Y este nombre, Hija-del-Demonio-Émula-de-las-Tigresas, siguió siendo el de mi tía⁴.

En aquel tiempo se decía este proverbio universal: «Mientras el falso dueño es el dueño, el verdadero dueño permanece en la puerta como el perro guardián». Este proverbio se adecuaba perfectamente a la madre y a los hijos.

Antaño, cuando mi padre Mila-Trofeo-de-Sabiduría se hallaba allí, todos, fuertes o débiles, espían si nuestros rostros eran silenciosos, sombríos o alegres. Cuando el tío y la tía se hicieron ricos como reyes, era su rostro, sonriente o sombrío, el que se miraba. Los hombres criticaban a mi madre diciendo: «Ciertamente tiene razón el refrán: “A marido rico, mujer hábil. A hermosa lana, buen paño”. Ahora que el marido ya no existe, ocurre lo que el proverbio dice. En otro tiempo, cuando su esposo era el dueño y llevaba la cabeza alta, Aderezo-Blanco era valerosa y sabia. Se la creía superior. Ahora es mitad débil, mitad astuta». Incluso quienes se hallaban por debajo de nosotros decían este proverbio: «A unos les toca ser pobres, a otros parlotear». Y se burlaban.

Los parientes de Dzesé me dieron botas y un vestido nuevo y decían: «Si las riquezas pasan, y puesto que se las considera perecede-

⁴ En ambos nombres tibetanos, el juego de palabras no descansa, como podría parecer, sobre *gloria* y *demonio*; no hay más que una homonimia entre *hgran*, rivalizar, del nombre y *hgren* del sobrenombre que hemos traducido, a falta de algo mejor, del mismo modo, puesto que desconocemos el sentido del segundo término.

ras como el rocío de la pradera, no pienses que eres pobre. En otro tiempo, tus antepasados tardaron mucho en hacerse ricos. También para vosotros llegará el tiempo de la abundancia». Y, diciendo esto, nos consolaban.

Llegué por fin a mis quince años. Había un campo entregado en dote por los padres de mi madre, conocido por el nombre vulgar de Tchrepetentchung (Alfombrita-de-Pellejo), pero que daba una excelente cosecha. El hermano de mi madre lo había cultivado con sus propias manos, haciendo todo lo necesario para aumentar la producción⁵. Se apoderó, así, en secreto del excedente de grano y compró mucha carne. Con la cebada blanca hizo harina. Con la cebada negra elaboró cerveza y dijo que lo hacía para reclamar el patrimonio de Aderezo-Blanco y de sus hijos. Mi madre pidió prestadas en seguida unas alfombras y las puso en la mansión Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas.

Entonces invitó a mi tío y mi tía más próximos, los parientes cercanos, los amigos íntimos y los vecinos, por fin invitó a quienes habían tenido conocimiento del testamento escrito por mi padre Trofeo-de-Sabiduría. Presentó al tío y a la tía un animal entero; a los demás, según su rango, un cuarto de animal o un tercio del cuarto. Les dio mucha cerveza en tazas de porcelana. Luego, mi madre se puso en pie en el centro del círculo y habló así:

«¡Muy bien! Cuando ha nacido un hijo, se le da un nombre. Cuando alguien invita a cerveza, eso quiere decir conversación. También yo tengo que decir algunas cosas. Escuchad, pues, todos vosotros, quienes estáis sentados en círculo, comenzando por el tío y la tía, y vosotros, ancianos que recordáis las últimas palabras de Mila-Trofeo-de-Sabiduría en la hora de su muerte». Así habló. Y el hermano de mi madre leyó el testamento. Entonces mi madre prosiguió:

«No es necesario explicar a los ancianos presentes los términos de este escrito. Hasta ahora el tío y la tía se han preocupado de mandar

⁵ La palabra *skyebphel*, aumento, alude también al interés, pagado en grano, del grano que se presta para sembrar. Aquí no parece aplicable esta particular acepción y hemos dado a la palabra su sentido literal.

en todas las cosas a la madre y a los hijos. Hoy mi hijo y Dzesé están ya en edad de gobernar su casa. Por ello os ruego, haced que nos devuelvan los bienes que os fueron confiados, que permitáis a mi hijo desposar a Dzesé y entrar, de acuerdo con el testamento, en posesión de su patrimonio».

Así habló. El tío y la tía, que jamás estaban de acuerdo por lo general, siempre se ponían de acuerdo cuando se trataba de devorar. Por mi lado, era hijo único. Por el otro, mi tío tenía muchos hijos. Así que, mi tío y mi tía, unieron sus voces para responder:

«¿Tenéis acaso bien alguno? ¿Dónde está? Antaño, cuando Mila-Trofeo-de-Sabiduría gozaba de buena salud, le prestamos casa, campos y, también, dzos⁶, caballos, yacks y carneros. Cuando murió, devolvió estos bienes a su dueño. ¿Posees una sola migaja de oro? ¿Una sola onza de mantequilla? ¿Un solo vestido? ¿Una sola pieza de seda? Nosotros ni siquiera hemos visto la pezuña de un animal. ¿Quién escribió este testamento? He tenido la bondad de nutrirlos, miserables huérfanos, para que no murierais de hambre. Ciertamente es exacto el proverbio: "Cuando pueden, los malvados os racionan el agua"».

Habiendo dicho esto, resopló, se sonó, levantóse súbitamente, hizo castañear sus dedos, sacudió las migas de su vestido, golpeó el suelo con los pies y dijo: «Incluso esta misma casa me pertenece. Así pues, huérfanos, salid de aquí». Diciendo esto abofeteó a mi madre. Nos azotó, a mi hermana y a mí, con la manga de su vestidura⁷. Entonces, mi madre gritó: «Padre Mila-Trofeo-de-Sabiduría, contempla el destino de tus hijos. Dijiste que nos observarías desde el fondo de tu tumba. Éste es el momento de que nos mires». Así habló, y llorando, cayó de espaldas y rodó por el suelo. Nosotros dos, niños, nada podíamos hacer por ella sino llorar. El hermano de mi madre, temiendo la numerosa prole de mi tío, no podía luchar. Las otras gentes del país, que nos amaban, dijeron que nos compa-

⁶ Dzo: cruce de yack y vaca común.

⁷ Las mangas de la tchuba tibetana, cuando no se llevan recogidas, rebasan las manos en más de medio metro y pueden servir para azotar.

decían. No había uno solo que no llorase. Los demás testigos suspiraban profundamente.

El tío y la tía me dijeron: «Reclamas tus bienes, pero ya los tienes. Habéis ofrecido un festín a la gente del país y los vecinos, dilapidando sin medida carne y cerveza. ¿Son éstos tus bienes? No soy yo quien los tiene. Y aunque los tuviera, oh, huérfanos, tampoco os los daría. Así que, si sois ricos, declaradnos la guerra y si pobres, echadnos algún encantamiento». Dichas estas palabras, salió.

Tras él salieron también sus partidarios. Mi madre no dejaba de llorar. Su hermano, los padres de Dzesé y nuestros amigos permanecieron allí para consolar a mi madre. Y, bebiéndose el resto de la cerveza, le decían: «No llores más, las lágrimas no sirven para nada. Pide algunos bienes a todos los que se han reunido aquí para el banquete. Nosotros, los aquí presentes, te daremos lo que haga falta. Y también el tío y la tía te darán algo bueno».

El hermano de mi madre añadió: «Hazlo así y envía a tu hijo para que aprenda algún arte. Luego vosotras, madre e hija, quedaos en mi casa y cultivad mis campos. Es conveniente hacer sólo lo que sea útil. De cualquier modo, no tenéis porque sentir os avergonzados ante el tío y la tía». Mi madre respondió: «Desposeída de todos mis bienes, jamás he mendigado para alimentar a mis hijos. No aceptaría del tío o la tía una sola migaja de mis propios bienes. Sin embargo, enviaré a mi hijo a que siga sus estudios. Perseguidos por el tío y la tía, debíamos correr desde que sonaba el redoble del tambor y seguíamos corriendo, todavía, cuando las humaredas se levantan. Nos han cubierto de oprobios. Tras de esto, yo misma me encargaré del cultivo de mi campo».

En el país de Tsa, en el pueblo de Mithongeka (Precipicio-Invisible), vivía un maestro hechicero Gnimapa, muy solicitado en los villorrios y llamado El-que-Conoce-los-Ocho-Naga. Mi madre me envió a él para que aprendiera a leer. Al mismo tiempo, ofreciéndonos quienes nos eran próximos sus propios bienes, cada uno de ellos nos dio dos tipos de cosas. En especial los padres de Dzesé me procuraban provisiones, aceite y madera para calentarnos e, incluso, enviaron a Dzesé al lugar donde yo aprendía a leer, para que me consolara. Mi tío materno

alimentaba a mi madre y a mi hermana, para que no tuvieran que trabajar en otra parte⁸ y mendigar. Y, puesto que su hermano no la dejaba ser pobre, mi madre realizaba el trabajo común, tejiendo un día, hilando otro. Reunió así algunos bienes y las cosas que sus hijos necesitaban. Mi hermana servía en otras casas, siempre que le era posible⁹.

Corría desde que sonaba el redoble del tambor, corría todavía cuando suben las humaredas¹⁰, para ganar algún alimento y vestido.

Padeciendo hambre, los vestidos hechos jirones, el alma abatida, no fuimos felices.

Así habló el Maestro. Entonces todos los oyentes, emocionados y afligidos, permanecieron silenciosos unos momentos derramando lágrimas. Éste es el segundo capítulo, que expone en su más alto grado la realidad del dolor.

⁸ Sin salario, sólo por la alimentación.

⁹ Con salario.

¹⁰ Esa antigua expresión es interpretada de modos distintos por los mejores literatos tibetanos. Los unos creen, como nosotros, que quiere decir: desde la primera hora de la mañana hasta la noche. Los otros comparan la actividad al redoble del tambor y a la movilidad del humo.

Capítulo III

LOS CRÍMENES

Entonces, Réichung dijo: «Maestro, nos has dicho que, al principio, cometiste malas acciones. Te lo ruego, cuéntanos cómo lo hiciste».

«Acumulé muchos pecados practicando la magia y sirviéndome del granizo.»¹

«Maestro, te lo suplico, dinos qué circunstancias te impulsaron a aprender prácticas mágicas y a servirte del granizo.»

Entonces el Maestro prosiguió.

Cuando estudiaba en Mithongeka, un día acompañé a mi maestro al bajo valle de Tsa, en donde estaba invitado a presidir un gran convite de cerveza. Puesto que bebió mucha cerveza, bebiendo la que yo le servía por mi lado y la que le servían todos los religiosos, mi maestro se emborrachó. Me hizo partir por delante, con los regalos que había recibido. También yo estaba borracho. Como los cantores proseguían, tuve deseos de cantar. Y puesto que tenía una hermosa voz, caminaba cantando. El camino pasaba ante mi casa y llegué, así, cantando, a sus mismas puertas. En la casa, mi madre estaba tostando cebada² y me oyó:

¹ Es decir, practicando las dos ramas de la hechicería. Por la magia se actúa sobre los hombres; por el granizo sobre las fuerzas de la naturaleza. (N. del T.).

² Para hacer *tsampa*, principal alimento de los tibetanos, se tuestan los granos de cebada como nosotros tostamos el café. Se tuestan pequeñas cantidades en recipientes metálicos de fondo redondeado. Para evitar que se quemen se remueven constantemente con una rama o una espátula. El *tsampa* se hace moliendo luego estos granos.

«¿Qué es esto?, se dijo. Esta voz se parece a la de mí hijo. No hay sobre la tierra nadie más desgraciado que nosotros. Es demasiado indecente que cante de ese modo». Y, sin poder creerlo, miró. Habiéndome reconocido se llenó de estupor. Su mano derecha abandonó las pinzas y su mano izquierda el tostador. Y dejando que el grano se quemara, tomó una rama en una mano y un puñado de ceniza en la otra. Bajó los escalones amplios, saltó sobre los estrechos y se halló fuera. Me tiró la ceniza a la cara, me golpeó una y otra vez la cabeza con el bastón y gritó: «Padre Mila-Trofeo-de-Sabiduría, he aquí al hijo que engendraste. No tienes más descendencia. Contempla a qué tarea están, madre e hija, consagradas». Y rodó por los suelos privada de sentido.

En aquel instante, mi hermana acudió y dijo: «¿En qué estás pensando, hermano mayor? Fíjate en nuestra madre». Y, al verla llorar, me di cuenta de la realidad³. Entonces también yo derramé abundantes lágrimas. Llorando frotábamos las manos de nuestra madre y la llamábamos. Tras unos instantes volvió en sí y se levantó. Luego, fijando en mí sus ojos llenos de lágrimas, dijo: «¿Te parece adecuado cantar siendo como somos los más desgraciados seres de la tierra? Cuando lo pienso yo, tu anciana madre, me siento llena de desesperación y no puedo sino llorar». Entonces, dejando oír nuestras lamentaciones, los tres nos pusimos a llorar. Dije a mi madre: «Tienes razón, madre. Haré cuanto desees que haga, no te aflijas más».

«Quisiera que, por arriba, estuvieras revestido de un manto de hombre y, por abajo, que, montado a caballo, tus estribos trabajaran las nuca de nuestros detestados enemigos. Eso no es posible. Pero podrías causarles mal usando algunos artificios. Deseo que, aprendiendo a fondo las artes mágicas, el embrujamiento y el dominio sobre el granizo, destruyas a tu tío y a tu tía en primer lugar y, luego, a la gente del país y a los vecinos que nos han hecho daño. Deseo que destruyas su raza hasta el noveno grado de parentesco. Intenta hacerlo». Yo respondí: «Lo intentaré, madre, prepara el regalo para el lama y las provisiones para el viaje».

³ Es decir, desapareció la embriaguez.

Para hacerme aprender magia, mi madre vendió la mitad del campo Alfombrita-de-Pellejo. Con lo que sacó compró una turquesa llamada Gran-Estrella-Refulgente; un caballo llamado León-sin-Freno, querido en el país; dos cargas de tinte; dos cargas de azúcar que fueron consumidas inmediatamente. Y terminó los preparativos de mi marcha.

Fui, primero, a permanecer unos días en una posada de caravanas de la Llanura Central, llamada Lhun dub (Surgido-por-sí-Mismo-de-la-Tierra). Busqué allí compañeros para el camino. Llegaron cinco jóvenes acomodados que decían venir de Gnarisdol e ir al Tíbet Central y a Tsang para estudiar la doctrina y la magia. Les propuse unirme a ellos puesto que también iba a estudiar magia. Consintieron. Les conduje a casa de mi madre, en la Llanura Central, y les serví durante algunos días.

Mi madre les dijo a mis espaldas: «Ese hijo mío que veis no tiene voluntad alguna. Vosotros, sus compañeros, estimuladle, exhortadle y que cada vez sea más hábil en las prácticas mágicas. Cuando eso suceda, os daré buena hospitalidad y recompensas». Yo cargué, en seguida, los dos sacos de tinte sobre mi caballo y, llevando conmigo la turquesa, nos pusimos en marcha. Mi madre nos acompañó durante un largo trecho.

Cuando bebimos el vino de despedida, mi madre hizo abundantes recomendaciones a mis acompañantes. Pero, por encima de todo, tomándome aparte, cogió mi mano y la mantuvo entre las suyas, incapaz de separarse de su único hijo, y con el rostro bañado en lágrimas y la voz rota por los sollozos, me dijo: «Considera, sobre todo, nuestra desgracia. Que los signos de tu magia se manifiesten, a toda costa, en el país. Luego regresa. La magia de tus compañeros y la nuestra no son semejantes. Su magia es la de los jóvenes queridos, felices y orgullosos. La nuestra es la de los desgraciados. Muestra, por ello, una voluntad obstinada. Si regresas sin haber manifestado en el país los signos de tu magia, yo, tu anciana madre, me mataré ante tus ojos».

Lo juré, entonces, y nos separamos. Manifesté a mi madre mi amor. Miraba continuamente hacia atrás y derramaba abundantes lágrimas. Mi madre, que me amaba tiernamente, estuvo mirándome

entre lágrimas mientras permanecemos a su vista. En el ardor de mi ternura me preguntaba si no debería regresar un momento al lado de mi madre. Presentí que no volvería a verla. Por fin, cuando nos perdimos de vista, mi madre regresó llorando al país.

Algunos días después corría el rumor de que el hijo de Aderezo-Blanco se había marchado a estudiar magia.

Tomamos la ruta de Tsang y de la Provincia Central y llegamos a Yadé en el valle de Tsan-grong. Allí vendí mi caballo y mi tinte a un hombre muy rico. Recibí, como pago, oro que llevé conmigo.

Tras atravesar el Tsang po, tomamos la dirección de la Provincia Central. En un lugar llamado Tun lu raka (Aprisco-de-Tun), encontramos gran número de venerables monjes de la Provincia Central. Les pregunté si conocían en el Centro a un maestro hábil en magia, hechizos y dominio del granizo. Uno de los monjes me respondió: «En el país de Kyorpo, en el Yarlung, vive un lama llamado Nyag-Yung-ton tchro gyel (Hombre-de-Nyag-Irritado-Vencedor-que-Enseña-el-Mal)⁴. Es muy poderoso en sortilegios, hechizos y terribles encantamientos». Aquel monje era su discípulo. Entonces, habiéndonos puesto en camino para encontrar al lama Yung-ton, llegamos a Kyorpo, en el Yarlung.

Cuando nos presentamos ante el lama, mis compañeros no le ofrecieron más que presentes ínfimos. Yo se lo di todo, oro y turquesa, y dije: «Te ofrezco también mi cuerpo, mi palabra y mi corazón. Algunos habitantes de mi país y vecinos míos no pueden soportar la felicidad de los demás. Por piedad, enséñame el más poderoso sortilegio que pueda manifestarse en mi país. Y durante este tiempo, también por piedad, concédeme alimento y vestido». El lama sonrió y dijo: «Voy a reflexionar sobre lo que me has dicho». Pero no nos enseñó en profundidad la magia.

Cuando apenas si nos había dado algunos ensalmos para conseguir que cielo y tierra entrechocaran, cuando nos hubo enseñado algo de

⁴ El Nyag es un demonio prebudista, vinculado al culto de la montaña. (N. del T.)

toda clase de fórmulas y prácticas útiles, había transcurrido ya un año. Mis compañeros se dispusieron a partir. El lama les dio a cada uno una vestidura bien cortada en fino paño de Lha-sa. Pero yo desconfiaba. Aquellas prácticas eran insuficientes para producir efecto en mi país. Pensando en que si regresaba sin que mis sortilegios se hubieran manifestado, mi madre se mataría, resolví no partir y no me preparé. Mis compañeros me preguntaron: «¿Tú no vienes Buena-Nueva?». Yo respondí: «No he aprendido todavía bastante magia como para marcharme». Ellos dijeron: «Si sabemos servirnos de los mantras⁵, estas fórmulas son las más mágicas. El mismo lama ha dicho que no poseía otras. Hemos ya desechado las dudas a este respecto. Ve a ver si el lama te procura otras». Tras haber dado las gracias y saludado al lama, partieron. Por mi parte, también yo me puse el vestido ofrecido por el lama y les acompañé media jornada de camino. Tras habernos deseado mutuamente salud, partieron hacia su país.

Mientras regresaba al lado del lama, recogí por el camino excremento de caballo y de asno, bosta de vaca y cagajones de perro. Llené con ellos la parte delantera de mi vestido. Cavando un agujero en el campo nutricio y fértil del lama, los enterré. El lama, que se hallaba en la terraza me vio. Dijo a algunos discípulos:

«¡Cuántos discípulos han venido ya a mí! Pues bien, no hay uno solo más amante que aquél, ni lo habrá en el futuro. La prueba es que esta mañana no se ha despedido de mí y que ha regresado. Cuando vino aquí por primera vez me dijo que la gente de su país no podían soportar la felicidad de los demás. Me solicitó la magia y me ofreció su cuerpo, su palabra y su corazón. Parece un imbécil. Si ha dicho la verdad y no ha llevado a cabo sortilegios, es digno de compasión».

Uno de los monjes me comunicó estas palabras. Yo me dije gozoso: «Por fin es un hecho, sabré la última palabra de la magia». Y me dirigí hacia el lama. Cuando estaba prestando mi servicio, me dijo: «¿Por qué no te has marchado, Buena-Nueva?». Entonces devolví al lama la vesti-

⁵ Los mantras son fórmulas mágicas. Posteriormente algunos sutras budistas fueron también utilizados como conjuros mágicos. (N. del T.).

dura que me había dado. Puse su pie sobre mi cabeza y le dije: «Precioso lama, somos tres, mi madre, mi hermana y yo. Mi tío y mi tía, la gente de mi país y algunos vecinos se convirtieron en nuestros enemigos. Por medio de indignos tratos nos redujeron a la miseria. Y no tenía fuerza para defenderme. Por eso mi madre me envió a que aprendiera magia. Si regreso a mi país sin que, por mi intercesión, un signo mágico se haya manifestado en mi país, mi madre se matará ante mis ojos. Para que ella no muera yo no me he marchado. Y por eso te suplico me comuniques la última palabra de la magia».

Hablando así, prorrumpí en llanto. El lama preguntó: «¿Cómo te perjudicaron la gente de tu país?». Entre sollozos le relaté la muerte de mi padre Mila-Trofeo-de-Sabiduría y cómo, después, mi tío y mi tía nos colmaron de miserias. Entonces las lágrimas cayeron, una a una, de los ojos del lama. Luego dijo: «Si es realmente así, es lamentable. Te convendrá la magia que practico. Pero no es preciso apresurarnos. Por esta misma magia me han ofrecido, a centenas y millares, oro y turquesas del Alto Gnarikorsum; a centenas y millares té, vestiduras y seda de las Tres Colinas del Bajo Kham; a centenas y millares dzos, caballos, yacks y carneros de Kyayul, de Dagpo y de Kongpo. Sólo tú me has dado tu cuerpo, tu palabra y tu corazón. Voy a examinar rápidamente tus palabras».

Vivía entonces en casa del lama un monje más rápido en la carrera que un caballo y más resistente que un elefante. El lama le envió a mi país para hacer las comprobaciones. El monje fue y regresó rápidamente y dijo: ⁶ «Precioso lama, Buena-Nueva ha dicho la verdad. Necesita aprender mucha magia».

El lama me dijo: «Si te hubiera enseñado en seguida la magia hubiese temido que, en tu imbecilidad, me lo hicieras lamentar. Pero ahora, puesto que eres sincero, es preciso que vayas a otro maestro para comunicarle mi secreto y para que, a cambio, te enseñe otro. Poseo una fórmula llamada Planeta de rostro rojo y negro. Hum sirve

⁶ El viaje del Yarlung al Man yul y regreso exigiría, a un buen corredor tibetano, un mínimo de cuarenta días.

para causar la muerte, Phed para hacer perder el conocimiento⁷. En el país llamado Nub-Khulung, en el Tsangrong, habita un lama llamado Kulung pa Yontan Gyatso (Océano-de-Virtudes-de-Kulung). Es un gran médico y un gran mago. Dale mi fórmula.

Tiene el poder de dirigir el granizo con el dedo. Cuando me lo hubo enseñado nos convertimos en amigos y asociados. Debo enviarle a quienes se acercan a mí para aprender magia. Debe enviarme a quienes se le acercan para aprender a dominar el granizo. Únete a mi hijo e id ambos a su encuentro.

El hijo del lama se llamaba Darma-Uang-tchug (Joven-poderoso). Como provisión para el viaje el lama nos dio una carga de fino paño de Lla-sa, sarga, algunos presentes y una carta. Llegados a Nub-Kulung encontramos al joven lama de Nub. Le ofrecimos algunas piezas enteras de lana, así como los regalos y la carta. Le conté cuidadosamente mi historia y todas sus circunstancias. Le rogué con insistencia que me enseñara magia. El lama repuso: «Mi amigo es un amigo duradero y fiel a su palabra. Os enseñaré toda clase de magia. Para ello construiréis, en la cima de aquella montaña, una celda que os ponga fuera del alcance de los hombres».

Hicimos una casa que tenía tres pisos bajo tierra y uno solo por encima. Colocamos en este piso buenas vigas sujetas a uno y otro lado. Rodeamos el edificio con una cerca continua de bloques de piedra del grosor de los yacks, sin dejar resquicio alguno, de modo que nadie podía descubrir la puerta ni averiguar el modo de atacarla. Entonces el lama nos dio el ensalmo mágico.

Tras haber llevado a cabo el sortilegio, pasaron siete días. Luego vino el lama y dijo: «Antaño bastaban siete días, ahora deben seguir siendo suficientes». Yo dije: «Como la magia debe ejercerse a lo lejos, te pido que sigamos durante siete días más». El lama respondió: «Muy bien, continuad». Y continuamos.

⁷ Las letras Hum y Phed se utilizan como soportes de la concentración mental. Hum tiene el azul o el negro como colores simbólicos. Phed el rojo. (N. del T.)

Al anochecer del día que hacía catorce, el lama regresó y dijo: «Esta noche, en el círculo de las ofrendas, habrá una manifestación de sortilegios». Y aquella misma noche, los fieles dioses guardianes de las órdenes⁸, nos trajeron las treinta y cinco cabezas humanas con sus ensangrentados corazones que habíamos solicitado. Y dijeron «Anteayer nos llamasteis con grandes y repetidos gritos. He aquí lo que queráis». Y dispusieron las cabezas alrededor del círculo de ofrendas.

A la mañana siguiente el lama regresó y dijo: «Quedan dos personas por destruir. ¿Es preciso aniquilarlas o dejarlas ir?». Lleno de gozo dije: «Dejadlas ir para que puedan reconocer mi venganza y mi justicia».

Así fueron preservados mi tío y mi tía.

Ofrecimos a los fieles dioses protectores un sacrificio de acción de gracias y abandonamos nuestro retiro. Todavía hoy puede verse en Kulung el emplazamiento de nuestra celda.

Sin embargo, yo me preguntaba cómo se habría manifestado el sortilegio en mi país de Kyagnatsa.

Se celebraba un banquete por las bodas del hijo mayor de mi tío. Allí se hallaban reunidos los hijos y las nueras de mi tío, llegados los primeros, junto a hombres que nos odiaban, treinta y cinco personas en total.

Los demás invitados, que eran amigos nuestros, se acercaban charlando por el camino y diciendo: «El falso dueño es el dueño, y el verdadero poseedor es arrojado a la puerta, según dice el proverbio y según llevan a cabo esos impíos. Si la magia de Buena-Nueva es impotente contra ellos, el cielo le hará justicia».

En tanto que, caminando juntos, estaban a punto de entrar en la casa, el tío y la tía habían salido para decidir los manjares que deberían servirles y lo que responderían a sus discursos. En aquel momento, una antigua esclava mía, que se había convertido en sirvienta de mi tío, había ido a sacar agua del pozo. Al pasar, no vio en la cuadra⁹ los

⁸ Divinidades guardianas del dharma, la realidad suprema o la doctrina. (N. del T.).

⁹ La cuadra es la planta baja de la casa.

numerosos caballos que allí debían estar atados, sino escorpiones, arañas, serpientes, sapos y renacuajos. Vio a un escorpión, grande como un yack que, atenazando entre sus pinzas las columnas, las arrancaba. Al verlo, la sirvienta huyó aterrorizada. Apenas hubo salido, los sementales que estaban en la cuadra quisieron cubrir a las yeguas en celo que se hallaban a su lado. Todos los caballos, encabritados, repartían coces y las yeguas, coceando a los sementales, golpeaban las columnas, que se hundieron. Bajo los escombros, los hijos de mi tío, sus nueras y los demás, treinta y cinco personas en total, hallaron la muerte. El interior de la casa se llenó de polvo y de cadáveres. Mi hermana Peta, viendo a toda la gente que se lamentaba en el exterior, corrió hacia su madre: «Madre, madre, la casa del tío se ha hundido y han muerto muchos hombres; ven a verlo». Mi madre, preguntándose si sería verdad, prorrumpió en un grito de alegría, se levantó y fue a verlo. Vio la casa de mi tío reducida a una nube de polvo y todo el valle sumido en las lágrimas. Tan feliz como sorprendida, fijó un harapo al extremo de un largo bastón y, agitándolo en el aire, gritaba a grandes voces: «¡Gloria a vosotros dioses, lamas y a las tres joyas!¹⁰ Y bien, gente del país, vecinos, ¿tiene o no tiene un hijo Trofeo-de-Sabiduría? Yo, Aderezo-Blanco, voy vestida de harapos, como detestables alimentos. ¿Os dais cuenta ahora de que era para alimentar a mi hijo? Antaño, el tío y la tía nos decían: “Madre e hijos, si sois numerosos declaradnos la guerra. Si no lo sois echadnos un encantamiento”. Y he aquí que, sin ser numerosos, hemos obtenido por medio de la magia más de lo que hubiéramos logrado con la guerra. Ved a los hombres que estaban arriba, en la casa, ved a los animales que estaban abajo, en la cuadra, ved las riquezas que estaban en medio. ¡Ojalá pueda vivir todavía muchos años, pues ha llegado el momento de contemplar tal espectáculo ofrecido por mi hijo! ¡Considerad cuál será, a partir de hoy, mi felicidad! ».

¹⁰ El buda, la doctrina y el clero (budha, dharma y sangha). (N. del T.).

Incluso aquellos que se hallaban en sus casas escucharon a mi madre gritando su venganza. Algunos dijeron: «Tiene razón». Otros dijeron: «Ciertamente tiene razón, pero habla demasiado».

Todos, al saber cual era el poder que había matado a los hombres, se reunieron y dijeron: «No contenta con haber provocado tal desastre, se regocija de ello. Es indecente. Puesto que ha causado tantos y tan grandes dolores, es preciso que, a lo vivo, le arranquemos su sangrante corazón». Los ancianos dijeron: «¿Para qué matarla? Lo que nos ha sucedido es, ciertamente, obra de su hijo. Por ello es necesario encontrar primero a su hijo e intentar lapidarlo. Después os será fácil matar a la madre». Habiendo dicho esto se pusieron de acuerdo.

El tío, al escuchar estas palabras, dijo: «Mis hijos y mis hijas no tienen ya que morir. ¿Por qué no habré muerto yo también?». Y fue a matar a mi madre. Pero la gente del país le detuvo diciendo: «Antaño faltaste a tu palabra y por ello ha caído sobre nosotros esta desgracia. Si ahora actúas así, sin haber matado primero al hijo, te combatiremos». Y no dejaron a mi tío salida alguna. Entonces la gente del país se puso de acuerdo para matarme.

Mi tío materno fue a casa de mi madre y le dijo: «Tras lo que hiciste y dijiste ayer, las gentes del país están dispuestas a lapidar a tu hijo. ¿Qué puedes hacer tú contra ellos? El sortilegio era ya suficiente». Así la reprendía con severidad. Mi madre le respondió: «La desgracia no cayó sobre ti. Lo sé bien. Pero tras el modo como robaron todos mis bienes era difícil mantenerse en silencio». Y sin decir nada más, lloró. Su hermano prosiguió: «En verdad tienes razón. Pero enciérrate bien, pues temo que vengan los asesinos». Habiendo dicho esto, partió. Y mi madre, manteniéndose encerrada, se puso a reflexionar y a meditar.

Mientras, la sirvienta de mi tío que antaño lo había sido mía, escuchando a la gente que deliberaba entre sí, no pudo tolerarlo, ya que se sentía ligada a mi familia. Fue a comunicar a mi madre lo que el consejo había decidido y le recomendó que velara por su hijo. Mi madre, por su parte, pensó: «Estas deliberaciones ensombrecen momentáneamente mi alegría». Vendió la mitad del campo Alfombrita-

de-Pellejo y obtuvo siete onzas de oro. Puesto que no podía enviar a ningún hombre del país, puesto que no había llegado ningún mensajero de otra parte, mi madre pensaba ir a verme ella misma para traerme provisiones y darme algunos consejos.

Entonces, un eremita de la Provincia Central, que regresaba de una peregrinación al Nepal, acertó a pasar mendigando por allí. Mi madre le preguntó su historia. Era adecuado para hacer de mensajero. Mi madre le dijo: «Quédate algunos días. Tengo un hijo que vive en el U-Tsang y debo mandarle algunas noticias. Sé bondadoso y llévaselas».

Entretanto, mi madre le ofreció una agradable hospitalidad. Luego, encendiendo una lámpara de sebo, hizo esta imprecación: «Permitan el lama de Buena-Nueva y los dioses protectores que, si mi deseo es escuchado, esta lámpara arda mucho tiempo y que, si no es escuchado, se apague en seguida». La lámpara permaneció encendida durante un día y una noche. Mi madre, creyendo entonces que su deseo se cumpliría, dijo al peregrino: «Eremita, vestido y botas tienen gran importancia para recorrer los reinos. Por lo tanto, remienda tu ropa y tu calzado». Y le dio una pieza de cuero para las botas. Ella misma remendó el usado manto que llevaba el peregrino. A espaldas del eremita, ocultó las siete onzas de oro en el centro de la parte interior del manto. Encima cosió un retal cuadrado de paño negro y sobre él bordó, con grueso hilo blanco, unos puntos que representaban la constelación de las Pléyades, pero de modo que no pudieran ser vistos desde el exterior. Luego dio al eremita un buen pago, le confió una carta sellada, redactada en escritura secreta, y le despidió.

Inmediatamente, mi madre reflexionó así: «Puesto que ignoro lo que han decidido las gentes del país en sus deliberaciones, es preciso que tenga un aspecto amenazador». Aleccionó pues a Peta: «Anuncia a todo el mundo que este eremita me ha traído una carta de tu hermano». Y he aquí la carta que mi madre simuló haber recibido de mí:

«Sin duda, mi madre y mi hermana gozan de buena salud y han visto las manifestaciones de la magia. Si las gentes del país continúan demostrándoos un odio particular, enviadme por escrito sus nombres y los de su familia. Por medio de sortilegios me será tan fácil hacerles

perecer como echar al aire una pizca de alimento¹¹. Les destruiré así hasta el noveno grado de parentesco. Si la gente del país os es hostil en general, partid, madre e hija, y venid a reuniros conmigo. Destruiré el país hasta sus cimientos. Gozo de bienestar y poseo inconmensurables víveres. No os atormentéis pensando que vivo en reclusión».

Habiendo escrito esto, mi madre dobló la carta. La enseñó primero a su hermano y a sus amigos. Luego, dejándola en manos de su hermano, procuró que la viera todo el mundo. Entonces, todos mudaron sus sentimientos. Renunciando al proyecto de lapidarnos, arrebataron a mi tío el campo Horma-Triangular y se lo devolvieron a mi madre.

Mientras, el eremita venía a mi encuentro. Enterándose de que me encontraba en Nub-Khulung, me halló. Me dio noticias de mi madre, de mi hermana y del país. Me entregó la carta y me separé para leerla:

«Espero, Buena-Nueva, que te encuentres en buena salud. El deseo que tu anciana madre abrigaba de tener un hijo, se ha realizado. La descendencia de tu padre, Mila-Trofeo-de-Sabiduría, está asegurada. Los signos de tu magia se han manifestado en el país. Treinta y cinco hombres murieron en la casa que se derrumbó. Por ello la gente del país nos quiere mal a ambas, madre e hija. Haz, por lo tanto, caer granizo hasta que cubra el noveno estrato del muro de tierra batida¹². Entonces se habrán cumplido los últimos deseos de tu anciana madre. La gente del país dice que están haciéndote buscar y que, cuando te hallen, me matarán. Uno y otro, madre e hijo, velemos por nuestra vida con la mayor atención. Si tus víveres se han agotado, en el país que mira al Norte, hallándose suspendida sobre él una negra nube, aparecerá la constelación de las Pléyades. Debajo se hallan las casas de

¹¹ Gesto habitual en los tibetanos piadosos que, antes de comer, toman una pizca de sus alimentos y la arrojan en ofrenda a las divinidades del espacio.

¹² La mayor parte de las casas tibetanas están construidas con tierra batida y moldeada por medio de unos cajones de madera. La superposición de estos moldeados queda muy visible en las paredes y los tibetanos se sirven de estas marcas para medir la altura de la nieve.

siete primos tuyos. Allí encontrarás tantas provisiones como desees. Tómalas. Si no lo comprendes, y puesto que el eremita habita en este país, no se lo preguntes a nadie más».

No entendí el sentido de esta carta. Añoraba a mi país y a mi madre. Puesto que estaba muy necesitado de víveres, puesto que desconocía el país e ignoraba que tuviese en él pariente alguno, derramé abundantes lágrimas. Pregunté al eremita: «Ya que lo conoces, dime qué país es éste y dónde moran mis primos». El eremita respondió: «Es la Llanura Central de Gnaris».

«¿No conoces otro país? ¿Cuál es el tuyo?»

«Conozco muchos otros países. Pero no el de tus parientes. Yo soy de la provincia de Lha-sa.»

«Entonces, quédate aquí un momento. Vuelvo en seguida.»

Fui a enseñar la carta al lama y le pedí su explicación. El lama leyó la carta y me dijo: «Buena-Nueva, tu madre odia mucho. Apenas han muerto esos hombres y ya pide que envíes granizo. ¿Quiénes son tus primos del Norte?». Le respondí: «Jamás he oído hablar de ellos. Es la carta la que lo dice. He preguntado al eremita pero no les conoce».

La mujer del lama, que estaba marcada por el signo de las omniscientes taras, leyó en alta voz la carta y me dijo: «Haz venir al eremita».

Cuando el eremita estuvo allí, encendió una gran hoguera y le dio a beber excelente cerveza. Luego, sacando el manto de su espalda se cubrió con él y dijo: «He aquí un agradable manto para viajar de reino en reino». Diciendo esto paseaba de un lado a otro. Luego subió a la terraza de la casa. Allí retiró el oro del manto, volvió a coser como antes el retal y puso de nuevo el manto sobre la espalda del eremita.

Tras haber servido al eremita la comida nocturna, le llevó a su habitación y le dijo: «Ve y dile a Buena-Nueva que vaya con el lama». Fui y ella me dio las siete onzas de oro. Pregunté: «¿De dónde sale este oro?». La mujer respondió: «Estaba en el manto del eremita. Buena-Nueva, tienes una madre prudente. El *país que mira al Norte y en que no brilla el sol*¹³ indica el manto del eremita, en que no penetra el sol.

¹³ En el que no brilla el sol, no se encuentra en la carta de la madre.

La *nube negra suspendida* indica el retal negro y cuadrado que está cosido en él. La *constelación de las Pléyades* que aparecerá indica los puntos bordados con hilo blanco. Y, debajo, las *siete casas de tus primos* indican las siete onzas de oro. *Si no lo comprendes, y puesto que el eremita habita en este país, no se lo preguntes a nadie más*, quiere decir: Si no lo comprendes, y puesto que el oro está en el manto del eremita, no busques en otra parte».

Así habló la mujer del lama. Y el lama dijo: «Se ha dicho que vosotras, las mujeres, estabais llenas de ardides. Y es muy cierto». Y se reía.

Tras ello, di al eremita un décimo de onza de oro y se sintió satisfecho. A la dueña de la casa le ofrecí siete décimos. Al lama le ofrecí tres onzas de oro y le dije: «Mi anciana madre pide, también, granizo. Ten la bondad de enseñarme a dominarlo». El lama respondió:

«Si quieres aprender a dominar el granizo, vete a buscar al lama Irritado-Vencedor-que-Enseña-el-Mal». Y me entregó una carta con algunos presentes.

Partí hacia la villa de Kyorpo en el Yarlung. Cuando estuve ante el lama, puse a sus pies tres onzas de oro, la carta y los presentes del lama. Le expliqué el porqué deseaba aprender a dominar el granizo. Me preguntó: «¿Has tenido éxito en la magia?». Respondí:

«En la magia he obtenido un éxito completo. Treinta y cinco hombres han sido aniquilados. Pero esta carta pide, además, el granizo. Ten la bondad de enseñarme a dominarlo».

«¡Muy bien, sea!», dijo el lama.

Y me dio la fórmula. Fui a officiar en mi antigua celda.

Al séptimo día, una nube invadió la celda mágica. Brilló el rayo y retumbaron los truenos y el planeta Rahula¹⁴. Pensé entonces que podía dirigir el granizo con el dedo. El lama me preguntó sucesivamente:

«Para que sea oportuno enviar el granizo, ¿qué altura tiene ahora la mies en tu país?».

Y yo le respondí cada vez:

¹⁴ Rahula es la divinidad que devora al sol y a la luna, produciendo sus eclipses.

«Apenas si ha brotado». Luego:

«Apenas si tiene altura para ocultar a las palomas».

El lama dijo entonces:

«Es pronto todavía». Luego:

«¿Y qué altura tiene ahora?».

Respondí:

«Apenas si se han desarrollado las espigas».

«Entonces, es tiempo de enviar el granizo», dijo el lama. Y me dio como compañero al correo que había ido ya a mi país. Disfrazándonos de monjes errantes, partimos.

En mi país, los ancianos no recordaban otro año mejor. Habían proclamado una ley de cosecha prohibiendo que se segara a voluntad¹⁵. Cuando llegamos, el día siguiente y el otro eran los fijados para la siega. Me establecí en la parte alta del país. Tras haber formulado los encantamientos, apareció una nubecilla que tenía apenas el tamaño de un pájaro. Me decepcionó. Llamé a los santos por su nombre, jurándoles que eran ciertos los malos tratos que había recibido de la gente del país. Arrojé mi manto y me puse a llorar. Entonces gruesas nubes, negras, inconcebibles, se amontonaron súbitamente en el cielo. Se derrumbaron como una sola cosa y, en un instante, el granizo se abatió sobre la cosecha y sobre todo el valle hasta alcanzar la altura de tres estratos del muro de tierra batida. Toda la montaña se transformó en torrentes. Las gentes del país, no viendo ya la cosecha, sollozaban.

En seguida, comenzó a soplar un fuerte viento mezclado con la lluvia. Como sentimos frío, mi compañero y yo nos refugiamos en una cueva cuya boca miraba al norte. Encendimos un fuego de tarajes y permanecimos en ella.

Los jóvenes del país regresaban de cazar los animales que debían servir para los sacrificios de acción de gracias por el año. Decían:

«Ese Buena-Nueva nos ha enviado una desgracia superior a ninguna otra. ¡Había matado ya a tantos hombres! Ahora, a causa de sus habilida-

¹⁵ La costumbre de fijar para todo el mundo el mismo día de cosecha estaba destinada a igualar los riesgos.

des, ya no queda nada de nuestra magnífica cosecha. Si cayera en nuestras manos, le arrancaríamos en vivo el corazón. Y cada uno de nosotros debería comer un poco de su carne y beber una gota de su sangre».

Así hablaban, pues la herida de su corazón era incurable.

Conversando de este modo mientras descendían la montaña, vinieron a pasar por delante de la gruta. Un anciano dijo:

«¡Silencio, silencio! ¡Hablad en voz baja! Sale humo de la gruta ¿Quién puede ser?».

Los jóvenes dijeron:

«Seguramente es Buena-Nueva. No nos ha visto. Si los hombres del país, declarándole la guerra, no le matan, terminará por aniquilar todo el país».

Diciendo esto, dieron media vuelta. Mi compañero me dijo:

«Marcha por delante. Yo te suplantaré. Les diré, al partir, que ésta es mi venganza. Nos encontraremos, a cuatro días de marcha hacia el oeste, en la posada de caravanas de Dingri».

Como conocía su fuerza, permaneció solo y sin temor. Entonces yo deseaba ver, aunque fuera sólo una vez, a mi madre, pero, aterrorizado por mis enemigos, huí rápidamente y me dirigí a Nyanang. Habiendo sido mordido en la pierna por un perro, no pude llegar a tiempo a la cita.

Mi compañero, mientras estaba sitiado por la gente del país, rompió el cerco y escapó. En tanto le siguieron de cerca, corrió con rapidez. Cuando se hubieron distanciado, aminoró su marcha. Puesto que tiraban con sus armas contra él, les respondía golpe por golpe, arrojándoles gruesas piedras. Y les gritaba:

«Echaré un conjuro a quien se arriesgue contra mí. ¿A cuántos hombres he matado ya para vengarme? ¿Dónde está ahora vuestra hermosa cosecha de la que no se ve ni rastro? ¿Acaso no es eso también una venganza? Siendo así, si no sois bondadosos con mi madre y mi hermana, embrujaré todo el país, desde lo más alto del valle hasta abajo. Quienes no mueran verán su raza destruida hasta la novena generación. Si la muerte y la desolación no se adueñan de este país no será porque yo no lo intenté. ¡De rodillas! ¡De rodillas!».

Hablando así, se alejó. Y ellos, temerosos, se decían uno a otro:

«Respóndele, respóndele».

Y, peleándose, dieron la vuelta.

Mi compañero llegó antes que yo a Dingri. Preguntó al guarda de la posada de caravanas si había llegado alguien parecido a un eremita. El guarda respondió:

«No ha venido. Pero quien dice eremita dice amante del vino asegurado. En el pueblo de ahí enfrente hay un convite de cerveza. Ve allí. Si no tienes copa puedo prestarte una».

Y le prestó una copa profunda y de color gris, enorme como la cabeza del dios de la muerte¹⁶.

Llevándose la copa, mi compañero fue a la casa del festín y, como yo me hallara allí, al extremo de la hilera de convidados, vino a colocarse a mi lado¹⁷. Me dijo:

«¿Por qué no acudiste a la cita de anteayer?».

«Ayer fui a mendigar. Un perro me mordió en la pierna y no pude caminar aprisa. Pero no es nada».

Poniéndonos en camino de nuevo juntos, llegamos a Kyorpo del Yarlung. El lama nos dijo:

«Muy bien. Habéis hecho un buen trabajo».

«Nadie nos ha precedido. ¿Quién te lo ha dicho?»

El lama respondió:

«Han venido los santos dioses protectores, con el rostro resplandeciente como la luna llena. Les he dado las gracias».

Y, hablando así, mostró gran alegría.

Así fue como acumulé negras acciones para responder a mis enemigos.

Así habló el Maestro. Éste es el tercer capítulo, el de la destrucción de los enemigos. Ésta fue la obra mundana de Milarepa.

¹⁶ *Gjin rdjé*.

¹⁷ Esta sencilla hospitalidad, que abre cualquier casa a todo viajero, conocido o desconocido, y en particular a los eremitas peregrinos, se practica todavía en el Tíbet.

SEGUNDA PARTE

En esta segunda parte, Mila llega al nirvana de la paz y de la perfección. He aquí cómo¹:

Primero, el disgusto y los remordimientos le harán buscar un lama verdaderamente santo.

Cuando lo haya hallado, sometido a sus órdenes, sufrirá tan increíbles pruebas que será por completo lavado de la mácula del pecado.

Luego, habiéndole el lama tomado afecto, obtendrá de él la doctrina y la liberación.

Meditando tal doctrina en la misma presencia del lama, sentirá nacer en él el germen del conocimiento.

Cuando pueda por sus propios medios servirse de las fórmulas, por indicación de un sueño y en posesión de la tradición oral, se retirará de la presencia del lama.

Hallando nuevas pruebas de la vanidad del mundo, hará voto de perfección.

Para llevar a cabo las enseñanzas del lama, renunciará al siglo y meditará en el desierto de las montañas con terrible contención de espíritu y atención.

Por medio de tal meditación adquirirá una cada vez mayor penetración espiritual y, llegado a su límite, hará que el fruto de su perfección sea provechoso a la doctrina y a todos los seres.

Por fin, habiendo llevado a cabo sus salutíferas obras para la conversión de las criaturas, morirá buda en el seno mismo de la religión.

¹ Cada uno de los párrafos que siguen resume uno de los nueve capítulos que componen la segunda parte.

Capítulo I

LA CONVERSIÓN

Entonces Réitchung preguntó: «Oh, lama, dices haber llevado a cabo obras blancas, reservadas únicamente a la santa doctrina. ¿Cómo entraste, oh, Maestro, en religión?». Y el venerable prosiguió así.

Estaba lleno de remordimientos por el mal que había causado por medio de la magia y el granizo. La doctrina obsesionaba mi memoria y, durante el día, me olvidaba de tomar alimentos. Si salía, tenía deseos de haberme quedado. Si me quedaba, deseaba salir. Por la noche no podía dormir. No me atrevía a confesar al lama mi tristeza, ni mi deseo de liberación, ni mi conversión. Mientras me hallaba efectuando el servicio del lama, me preguntaba sin cesar y apasionadamente cuál sería el medio por el que podría practicar la verdadera doctrina.

En aquel tiempo, el lama recibía los homenajes del dueño de una casa que le proporcionaba cuantas riquezas podía necesitar. Ese hacendado se hallaba consumido por una terrible enfermedad. El lama fue el primer llamado para velarle y acudió. Tres días después el lama regresó silencioso y sombrío. Le pregunté:

«Oh, maestro, ¿cuál es la causa de tu silencio y de tus sombrías facciones?».

El lama respondió:

«Todo cuanto está compuesto es efímero. Ayer murió mi excelente huésped. Por ello la trasmigración turba mi alma. Pero, sobre todo, soy viejo. Y desde la juventud de blancos dientes hasta la vejez de pelo

blanco, no he hecho otra cosa que perjudicar a los demás por medio de maleficios, hechizos y granizo. Esos mismos crímenes caerán sobre mi cabeza».

Le pregunté:

«¿No has conducido a ninguna criatura hasta la salvación y el paraíso?».

El lama respondió:

«Los seres actúan de acuerdo con su naturaleza. Conozco bien la ley que les conduce al paraíso y a la liberación. Pero no retienen de ella más que la letra. Y cuando llega el momento de demostrar su espíritu, la ley no les sirve ya. Pero, ahora, voy a poner en práctica el espíritu de la doctrina. Protege, por ello, a mis discípulos. Bien sea que yo te ponga en camino de la salvación y el paraíso; bien que tú practiques la doctrina y me conduzcas al camino de la salvación, te ayudaré con todas mis fuerzas».

Mis votos habían sido escuchados y respondí que practicaría la doctrina².

«Pues bien, dijo el lama, puesto que eres joven, puesto que tan grandes son tu ardor y tu fe, practica la más pura doctrina».

Y me entregó un yack con su carga de fino paño del Yarlung. Luego me dijo:

«En el pueblo llamado Hnar del Tsang rong, hay un lama denominado Rontunlaga. Su conocimiento de la Muy-Perfecta doctrina le ha conducido a la perfección. Ve con él para que te explique la doctrina y purificar».

² La conversión de Milarepa sitúa la aparición del misticismo en el budismo tibetano. La turbación de conciencia, a decir verdad, no es todavía más que remordimiento, un remordimiento brusco e imprevisto. Pero vemos ahí, en un país donde la filosofía y la moral del budismo se habían superpuesto mecánicamente a las prácticas mágicas, un primer combate entre dos concepciones religiosas opuestas, en el campo cerrado de la conciencia individual. Estamos lejos aún de una conversión o, mejor, de una crisis de alma como la de Nansal, heroína del teatro tibetano. Es preciso notar que, en el teatro, es el drama de la conciencia lo que se expone, mientras que en un relato como el de Milarepa no se rebasa el orden de los hechos. Esta concepción del teatro y la novela es inversa a la nuestra.

Siguiendo las órdenes del lama fui a Hnar del Tsang rong y me informé. La mujer del lama y algunos monjes que se hallaban allí me dijeron:

«Éste es el monasterio de abajo. El lama no está ahora aquí. Se ha ido al pequeño monasterio de las montañas del Alto Nyang»³.

«Bien», dije yo, «soy un mensajero enviado por el alto lama Irritado-Vencedor-que-Enseña-el-Mal. Ayudadme a encontrar a vuestro lama».

Y les conté por completo mi historia. La mujer del lama diome a un monje como guía y hallé al lama en Rinang del Alto Nyang. Le ofrecí como presente mi yack y el paño fino.

Tras haberle cumplimentado, le dije:

«Éste que llega hasta ti es un gran pecador. Concédeme la doctrina que, en esta vida, me libre de la transmigración».

El lama respondió:

«Mi doctrina es la Muy-Perfecta doctrina. Te convierte en dueño de la raíz. Hace conquistar la cima y madurar el fruto. Meditarla durante el día es ser buda durante el día. Meditarla durante la noche es ser buda durante la noche. Para los afortunados bodhisattvas que, sin meditarla, tienen sólo la posibilidad de escucharla, esta feliz doctrina es un seguro medio de liberación. Es por ello que te la daré».

Y el lama me dio eficaces consejos.

Entonces pensé: «Antaño, por medio de sortilegios, obtuve grandes resultados en catorce días, Para el granizo bastaron siete. He aquí una regla más fácil aún que las de la magia y el granizo. Si la medito de día, seré purificado de día. Si la medito de noche, seré purificado de noche. También yo, por este encuentro, soy uno de los afortunados bodhisattvas que, teniendo la posibilidad de escucharla, no han tenido, sin embargo, la de meditarla». Así pensaba yo y, triunfalmente, sin meditar, pasé la noche durmiendo. Puesto que ponía a un lado la religión y al otro la condición humana, al cabo de algunos días el lama me dijo:

³ Pequeño monasterio, privado y aislado, situado a mayor altura en la montaña, que poseen casi siempre los abades de un monasterio.

«Cuando viniste a saludarme me dijiste que eras un gran pecador. Qué cierto es esto. Orgulloso de mi doctrina, te he hablado de ella demasiado pronto. No conseguiré tu salvación. Dirígete al monasterio de T'chro-ouo-lung (Valle-de-los-Abedules) en la provincia de L'hobrag (Acantilado-del-Sur). Allí vive el llamado Marpa, discípulo personal del perfecto Naropa de la India, encarnación divina y rey de los traductores⁴, que ha adquirido la ciencia de los modernos tantra⁵ y que no tiene igual en las tres regiones de la Tierra. Él y tú estáis en comunión espiritual desde anteriores vidas. Por ello, ve con él».

Apenas hube oído el nombre del traductor Marpa, fui colmado de inefable felicidad. En mi alegría, mis pelos se estremecieron. Sollocé en mi ferviente adoración. Encerrando toda mi alma en un solo pensamiento, me llevé un libro y las provisiones para el viaje. Sin distraer mi pensamiento en otras cosas, me puse en camino repitiendo sin cesar: «¿Cuándo será, cuándo será que vea el lama cara a cara?».

La noche que precedió a mi llegada al Valle-de-los-Abedules, Marpa vio en sueños al pandit⁶ Naropa. Éste el bendijo y le entregó un cetro de cinco ramas, hecho de lapislázuli y ligeramente manchado. Al mismo tiempo le entregó un vaso de oro lleno de néctar, diciéndole:

«Lava la mancha del vajra⁷ en el agua de este vaso, ponlo luego en la punta de una bandera-de-victoria⁸. Hazlo por ti y por los demás; para placer de los dioses y para bien de las criaturas».

⁴ La pléyade de los traductores de los libros sánscritos. Esta traducción comenzó en el siglo VII y no se había terminado todavía en tiempos de Milarepa.

⁵ Doctrina que se halla en el origen de la forma gnóstica del budismo y que es en el Tíbet la base especulativa de la meditación. (N. del T.).

⁶ En sánscrito: Maestro, señor.

⁷ Rayo. Instrumento de bronce, a modo de cetro y en forma de relámpago, utilizado en las ceremonias de iniciación. (N. del T.).

⁸ Por lo general, *rgyal mt'san* se traduce por «estandarte», «bandera de victoria», según su antigua acepción. La palabra «trofeo» por la que lo hemos traducido en el nombre Mila-Trofeo-de-Sabiduría, es también aceptable. Los *rgyal mt'san* enrollados se convirtieron, efectivamente, en trofeos comparables por su forma a haces de lictores, envueltos en tela negra y colocados en la parte superior de los edificios religiosos. Desempeñan el papel de banderas pero, al no poder desplegarse, tienen sólo su forma enrollada.

Habiendo hablado así, Naropa desapareció en el espacio. Siguiendo las órdenes de su maestro, Marpa lavó el cetro en el agua de la copa y lo puso en la punta de una bandera de victoria. Entonces el fulgor de aquel cetro iluminó todo el universo. Inmediatamente, los seres de las seis clases⁹, heridos por su luz, se vieron felices y libres de dolor. Saludaban al venerable Marpa y a su bandera de victoria y le ofrecían su adoración. Y los budas consagraron un templo al trofeo de victoria.

Algo sorprendido por este sueño, Marpa despertó. Se sentía lleno de alegría y de amor. Entonces su mujer vino a servirle la bebida caliente de la mañana. Le dijo:

«Oh, lama, esta noche he tenido un sueño. Dos jovencitas que decían venir de Urgyen, en el Norte, traían un relicario¹⁰ de cristal. El relicario tenía algunas manchas de impureza en su superficie. Y las jóvenes decían: “Naropa ordena al lama que consagre un templo a este stupa y lo coloque en la cima de una montaña”. Y tú gritabas: “Aunque la consagración de este stupa ya haya sido llevada a cabo por el señor Naropa, debo obedecer sus órdenes”. Y lavabas el stupa en el vaso de agua lustral y celebrabas los ritos de la consagración. Luego lo colocabas en la cima de una montaña. Y del stupa surgían una multitud de luces resplandecientes como el Sol y la Luna, reflejando la imagen de este mismo stupa. Y las dos vírgenes realizaban el servicio de todos los templos en todas las cimas de las montañas. Éste fue mi sueño. ¿Qué significa?».

Marpa pensó: «Nuestros sueños concuerdan». La alegría de su corazón fue extremada. Y dijo:

«No sé quién me ha enviado este sueño. Voy a trabajar abajo, cerca del camino. Prepárame lo que necesito».

La mujer respondió:

⁹ Es decir: los dioses, los *asura* o genios enemigos de los dioses, los hombres, los espíritus, los animales y los demonios de los infiernos. (N. del T.).

¹⁰ Las múltiples formas y significados religiosos que pueden tener los *stupas* se irán aclarando en el curso de la narración. (N. del T.).

«Eso es lo que hacen los obreros. Si tú, un gran lama, haces este trabajo, todo el mundo murmurará de nosotros. Te pido, por lo tanto, que te quedes».

Sin escucharla, el lama partió y dijo:

«Tráeme mucha cerveza».

Y se llevó una jarra llena, añadiendo:

«Yo beberé esta cerveza. Trae otra para ofrecérsela a un huésped».

Llevándose otra jarra llena, la enterró cubriéndola con su sombrero. Luego, mientras trabajaba, vigilaba (el camino). Y, pese a que se había bebido la cerveza, permaneció allí.

Mientras, yo estaba llegando. Desde el fondo del Acantilado-del-Sur, preguntaba a los viandantes dónde vivía el venerable y sabio Marpa. Pero nadie le conocía. Cuando llegué a un collado desde el que se veía el monasterio del Valle-de-los-Abedules, hice la misma pregunta a un hombre que pasaba. Respondió:

«Existe un hombre llamado Marpa. Pero no hay ninguno llamado Sabio-Marpa-Encarnación-Divina».

«¿Dónde está, entonces, el Valle-de-los-Abedules?»

«El Valle-de-los-Abedules está ahí enfrente».

Y me lo indicaba con un gesto. Pregunté aún:

«¿Quién vive en el Valle-de-los-Abedules?».

«Vive ése que se llama Marpa.»

«¿Y no tiene otro nombre?»

«Algunos le llaman el lama Marpa.»

«Ésa es, ciertamente, la morada del lama. ¿Cómo se llama este collado?»

«Se llama Colina-de-la-Religión.»

Entonces, pensé con alegría: «Es un feliz presagio contemplar la morada del lama desde la Colina-de-la-Religión» .

Siguiendo mi camino, continuaba preguntando. Había muchos pastores y les interrogué. Los ancianos respondían que lo ignoraban. Había entre ellos un simpático niño de voz hermosa y cabellera bien aceitada y peinada. Dijo:

«¿Hablas acaso de mi padre? Si es él, compró oro con todas nuestras riquezas y, con él, partió hacia la India. Se trajo, como regalo,

muchos libros cubiertos de piedras preciosas. Antes no trabajaba. Pero hoy cultiva su campo».

Yo me dije: «A juzgar por las apariencias no parece ser él. ¿Acaso un gran doctor trabajaría su propio campo?». Y proseguí mi camino.

A la orilla del sendero, un monje de alta talla y corpulento, de grandes ojos y terrible aspecto, cultivaba un campo. Apenas le hube visto cuando me colmó un indecible gozo y una felicidad inconcebible. Arrobado un instante por esta visión, permanecí inmóvil. Luego pregunté:

«Maestro, me han dicho que el sabio traductor Marpa, discípulo personal del glorioso Naropa, vive en este país. ¿Dónde está su casa?».

Me miró de los pies a la cabeza durante un largo instante; luego me dijo: «¿Quién eres?». Respondí:

«Soy un gran pecador y vengo del Alto-Tsang. Marpa tiene tan gran renombre que he venido a implorar su doctrina».

«Bien, voy a avisar a Marpa. Mientras, trabaja tú el campo».

Sacó de la tierra la jarra de cerveza que había ocultado en su sombrero y me la dio. Era una sabrosa bebida.

«Trabaja con cuidado», dijo aún, y se marchó. Habiéndome bebido lo que quedaba de cerveza, trabajé lo mejor que pude. Algún tiempo después, el niño que me había informado entre los rebaños, vino a buscarme:

«Ven a la casa para el servicio del lama», dijo con gran alegría por mi parte.

Puesto que se hallaba impaciente por introducirme en casa del lama, le dije:

«Estoy impaciente por terminar este trabajo». Y terminé lo poco que quedaba por hacer. Como aquel campo había sido la causa de mi encuentro con el lama, le llamé Campo-del-Encuentro.

En verano se sigue por el borde del campo. En pleno invierno, se atraviesa. Me uní al niño y entramos en la casa. El mismo monje estaba ahora sentado sobre dos almohadones cuadrados y acodado sobre tres cojines. Se había lavado la cara. Sus cejas, sus narices, su bigote y su barba, que no habían sido lavados, estaban cubiertos de tierra. Comía.

Pensé: «Este monje es el de hace un momento. ¿O es, quizás, el lama?», pero el lama dijo:

«Ciertamente no me conoces. Yo soy Marpa. ¡Prostérnate!».

Me prosterné entonces y puse su pie sobre mi cabeza:

«Precioso lama, soy un gran pecador de Gni-malato¹¹. Te ofrezco mi cuerpo, mi palabra y mi corazón. Te solicito alimento, vestido y enseñanza. Accede a enseñarme el camino que lleva de esta vida a la perfección».

El lama respondió:

«Si eres un gran pecador, no vengas a acusarte ante mí. Pecando no me has ofendido. ¿Qué pecados has cometido?».

Confesé entonces toda la historia de mis crímenes. El lama me dijo:

«Ocurra lo que ocurra, acepto el don de tu cuerpo, tu palabra y tu corazón. Pero no te daré alimento y vestido junto a la enseñanza. O te daré alimento y vestido y solicitarás a otro la enseñanza. Si te doy la enseñanza, busca en otra parte alimento y vestido. Escoge entre las dos posibilidades. Pero, si escoges que te enseñe la doctrina, dependerá sólo de tu fortaleza de ánimo¹² que llegues o no llegues en esta vida a la bodhi»¹³.

Respondí:

«Bien, puesto que me he acercado a ti por la doctrina, permite que pida a otros alimento y vestido».

Y, al depositar yo mi libro en su capilla, me dijo:

«Saca de ahí este sucio libro; su hedor haría toser a mis ídolos»¹⁴.

«Dice esto, pensé, porque mi libro contiene magia».

¹¹ Expresión que no designa un país determinado sino el Oeste.

¹² Las fórmulas tántricas no tienen, por lo tanto, una virtud mágica que dispense del esfuerzo personal. Marpa combate la creencia popular en la eficacia automática de los tantra.

¹³ La bodhi es una noción esencial en el budismo. Significa sabiduría, intuición, aclaración. (N. del T.).

¹⁴ A falta de otra mejor, designamos con la palabra «ídolo» las imágenes que no reciben adoración.

Lo retiré con cuidado. Permanecí aún unos días allí. La mujer del lama me proporcionaba buenos alimentos.

Así habló Milarepa. Así fue cómo encontró a su Maestro. Éste es el primer capítulo de sus buenas obras.

Capítulo II

LAS PRUEBAS

Mendigué por todo el país, de un lado a otro del valle. Recogí así veintiuna medidas de cebada¹. Con catorce medidas compré una marmita de cuatro asas, limpia de orín, lisa por fuera y por dentro. Tomé una medida para comprar carne y cerveza. Puse, por fin, las seis medidas restantes en un gran saco. Luego, llevando la marmita encima de todo, regresé a la morada del lama.

Vacilando de fatiga, dejé caer pesadamente mi saco y la habitación se estremeció. El lama estaba comiendo. Se sobresaltó y dejó la colación.

«Hombrecito, dijo, eres muy fuerte. ¿Tienes también la intención de enterrarnos por medio de tu magia bajo las ruinas de la casa? Eres asaz odioso. Llévate tu cebada».

Y la rechazó con el pie. Mientras arrastraba el saco fuera, me decía simplemente, sin malos pensamientos: «Este lama es irritable. Será preciso que cuide el modo de servirle y comportarme». Y, prosternándose, le ofrecí la marmita vacía. La tomó entre sus manos y permaneció así unos instantes, con la mirada pensativa. Luego las lágrimas cayeron de sus ojos. Y me dijo:

«Tu presente es de buen augurio. Yo se lo ofrezco al pandit Naropa».

¹ El texto precisa: «Veintiuna medidas de lhobrag».

Y lo elevó en ofrenda. Luego, haciendo tintinear las asas del recipiente para apreciar su sonido, lo llevó a su capilla. Lo llenó del sebo fundido de las lámparas del altar. Me hallaba entonces lleno de ansiedad y ardía en deseos de religión. De nuevo supliqué al lama que me instruyera. Respondió:

«Muchos discípulos creyentes me llegan de U-Tsang. Los habitantes de Yabrog, del Stalung, y los habitantes de Ling les atacan y despojan de sus víveres y presentes². Cubre de granizo ambos países. Será una obra religiosa. Luego te instruiré».

Envié a estos países una fuerte granizada, luego pedí al lama que me enseñara. El lama respondió: «¿Acaso debo entregarte una doctrina que traje con gran trabajo de la India, por cuatro piedras de granizo que has hecho caer? Pues bien, si deseas mi doctrina, y puesto que los montañeses del paso de Lhobrag atacan a mis discípulos que vienen de Nyalloro, riéndose de mí, tú, que dices ser un gran mago, envía algunos sortilegios a estos montañeses y, si manifiestas tu magia, te daré la fórmula de Naropa para conseguir la bodhi en una sola vida y un solo cuerpo».

Tras haberles echado un ensalmo, los montañeses se batieron entre sí y muchos de los más peleones murieron por la espada. Viendo esto el lama me dijo:

«Ciertamente eres un gran mago». Luego me llamó Gran-Mago. Le pedí la fórmula de la bohdi. Pero respondió:

«¡Bueno, bueno! ¿Acaso fui a la India arriesgando mi vida para recompensar el cúmulo de tus crímenes? Dices desear la fórmula por la cual, desdeñando las riquezas, he ofrecido oro sin cuento; fórmulas que brotaron de la misma boca de las diosas. Es una broma tan indecorosa que mueve a risa. Otro te mataría en seguida. Devuelve, ahora, sus cosechas al país de Yabrog y ve a curar a los montañeses. Luego te instruiré. Si no lo haces, no regreses».

² Los presentes son los destinados al lama.

Así me habló, duramente, el lama y se burló de mis presentes. Yo lloraba, abrumado por la pena. La mujer del lama me consoló³.

A la mañana siguiente, vino el lama en persona y me dijo:

«Ayer por la noche te maltraté mucho, no te aflijas por ello. Queda en paz. Dar instrucciones es tarea larga. Eres vigoroso para el trabajo. Construye, pues, la mansión que entrego a Darma Dodé (Joven-colección-de-sutras)⁴. Cuando la hayas terminado te instruiré. Yo te proporcionaré alimento y vestido».

«¿Y si, durante este tiempo, muero sin religión, qué será de mí?»

«Te garantizo que no morirás durante este tiempo. Mi doctrina se expresa en pocas palabras. Si puedes meditar mi doctrina con asiduidad y perseverancia, demostrarás si puedes o no llegar a la bodhi en esta vida. Mis hijos espirituales siguen una bendita disciplina que nada tiene en común con las demás».

Tras estos excelentes consejos, me sentí colmado de alegría:

«Entonces, dije, ten la bondad de enseñarme el plano de la mansión»⁵.

³ Todo este pasaje puede parecer extraordinario. Antes de instruir a Milarepa, Marpa le somete a múltiples pruebas para hacerle expiar sus crímenes. ¿Por qué, pues, obligarle a cometer nuevas fechorías? Incluso admitiendo el sistema de la homeopatía como cura moral, el homicidio ordenado por Marpa no puede explicarse más que por el carácter filosófico y no social de la moral budista. Es preciso suponer que Marpa no siente satisfacción de venganza alguna al castigar a sus enemigos, pero quiere, a un tiempo, favorecer su enseñanza y poner a prueba la obediencia de su discípulo. La vida humana no tiene valor sino socialmente. Por ello, Milarepa expía menos el hecho de haber matado que el de haber satisfecho su pasión de venganza. Expía el perjuicio causado a su propia perfección y no el perjuicio causado a sus víctimas. No se puede juzgar a los santos budistas según nuestra propia moral europea, que es absolutamente social, pues, de lo contrario, no se les comprendería.

⁴ Hijo de Marpa. Cuando el padre hace donación a su hijo de una casa, el hecho significa el reconocimiento de su independencia y emancipación. (N. del T.).

⁵ Se trata de una fortaleza o casa fortificada, muy extendida en el Tíbet, o mejor, de una de esas torres de defensa, muy elevadas, semejantes a las que todavía hoy cierran los caminos y los valles del Tíbet oriental, cuna de la raza tibetana. Se comprenderá que, en un país cuyas vías de comunicación son escasas y, muchas veces, encajonadas, esas edificaciones permitan controlar todo el país. En la época de Milarepa, había desaparecido la

Todos los primos de la rama paterna de Marpa se habían obligado por medio de juramentos a no construir ninguna casa fortificada. Pero Marpa no había jurado. Y como pensaba construir una fortaleza halló a un tiempo el modo de engañar a los nobles del país y de hacerme expiar mis faltas. Y me dijo:

«Construye una torre como ésta en la cima este de la montaña».

Y construí una torre redonda. Cuando hube llegado a la mitad, el lama me dijo:

«El otro día no lo pensé bien. Derriba esta torre hasta los cimientos. Devuelve tierra y piedras a su sitio».

Así lo hice. Otra vez, en la cima oeste de la montaña, el lama simuló estar borracho y me dijo:

«Haz una torre parecida a ésta».

Y construí un torre en semicírculo. Apenas había llegado a la mitad, cuando el lama regresó y dijo:

«No es, todavía, esto. Échala abajo y devuelve la tierra y las piedras a su lugar».

Así lo hice.

Esta vez fuimos a la cima de la montaña del Norte y el lama dijo:

«Gran-Mago, oh hermano mayor, el otro día me hallaba embriagado por el vino y no te di bien las indicaciones. Construye aquí una buena torre».

Respondí:

«Demoler así lo que se construye es muy penoso. Los materiales y mi alimento se gastan sin provecho alguno. Ten la bondad de pensarlo bien antes».

El lama replicó:

«Hoy no estoy borracho en absoluto. Lo he pensado cuidadosamente. Esta torre se llamará Torre-de-los-tantras. Tiene que ser triangular⁶. Constrúyela, que no será demolida».

autoridad de los reyes tibetanos y la autoridad china no se había, todavía, establecido. La continuación del relato coincide a la perfección con este estado de cosas.

⁶ Esta forma es aquí voluntariamente absurda. Sin embargo, las torres Sifan que se levantan todavía en el Tíbet oriental, tienen forma de estrella, con seis ángulos salientes y

Hice una torre triangular. Estaba en el tercer cercado cuando vino el lama y dijo:

«¿Para quién es esta torre, Gran-Mago? ¿Quién te ha dado instrucciones?»

Respondí:

«El mismo lama me ordenó construir esta torre para su hijo».

«No recuerdo en absoluto haberte dado semejantes órdenes. ¿Acaso, si tienes razón, estoy volviéndome loco? Debo haber perdido por completo la memoria.»

«Recuerdo claramente que, dudando de que fuera así, te pregunté serena y dulcemente si lo habías pensado bien. Y tú respondiste que todo estaba pensado y que no me obligarías a demoler esta torre».

«Bien, ¿quién es tu testigo? ¿Piensas, tal vez, encerrarnos en tu torre triangular, tan semejante a un triángulo mágico, y hechizarnos por medio de la magia? Sin embargo, no hemos arrebatado tu patrimonio. No hemos devorado los bienes de tu padre. Pero, si no es así y deseas la religión, puesto que has enojado a los dioses del país, ve a devolver la tierra y las piedras a su lugar. Luego, si deseas la doctrina, te la daré. Si no lo haces, vete.»

Y hablando así, estaba encendido en cólera.

Abrumado por el dolor y siempre deseoso de religión, obedecí. Repuse en su lugar la tierra y las piedras de la torre triangular. Entonces se abrió una llaga en mis hombros⁷. Pensé: «Si se la enseño al lama no hará más que insultarme. Si se la enseño a su mujer parecerá que critico mi tarea». Y sin enseñar mi llaga, solicité llorando a la mujer del lama que me ayudara a conseguir la enseñanza. La madre fue a presencia del lama y le dijo:

seis entrantes. Este antecedente de nuestras modernas fortificaciones tiene sólo su forma pero no su principio. La proyección de estas obras tibetanas es demasiado pequeña para que se trate de una influencia. Su forma se origina en la preocupación por ofrecer planos esquivos a los embates del enemigo mientras se domina toda la superficie por medio de una galería hexagonal que corona el edificio.

⁷ En el texto se lee sólo *sgulpa*, «espalda», en vez de *sgal rima*, «llaga en la espalda», llaga que en China y en el Tíbet sufren todas las bestias de carga. La frase y la continuación del relato no ofrecen duda alguna sobre la necesidad de traducir por «llaga».

«El vano trabajo de estas construcciones tiene como seguro resultado el dolor del Gran-Mago. Apiádate de él y concédele la enseñanza».

El lama repuso:

«Prepárale una buena comida y tráeme al Gran-Mago».

La madre preparó la comida y me condujo ante el lama. Éste dijo:

«Gran-Mago, no muestres tú mismo la mala fe de que me acusas.

Puesto que deseas la doctrina, te la daré».

Y me dio la ley vulgar de salvación y los deberes que cumplir. Y prosiguió:

«Ésta es la ley común para todo el mundo. Pero si deseas la fórmula de la doctrina secreta, he aquí lo que hay que hacer».

Y me dio una historia de Naropa y un compendio de sus obras de penitencia.

«Progresar por este camino es difícil.»

Mientras decía estas palabras, mi fe se acrecentó de tal modo que derramé lágrimas. Y me juré cumplir cuanto el lama me había dicho.

Cuando hubieron transcurrido algunos días, el lama me llevó de paseo. Llegamos al territorio prohibido que los primos protegían. El lama me dijo:

«Construye aquí una torre blanca de nueve pisos y un pináculo. Jamás será demolida. Cuando la hayas terminado te revelaré el secreto. Luego te retirarás a meditar. Durante tu retiro te proporcionaré víveres».

«Entonces, dije yo, ¿no sería conveniente que la mujer del lama sea testigo de todas esas promesas?»

«Muy bien», dijo el lama.

Luego trazó en el suelo el emplazamiento de los muros. Invité a la mujer del lama a venir y, en su presencia, hablé:

«He construido ya tres torres y las he derribado. La primera vez el lama dijo que no lo había pensado bien. La segunda vez dijo que estaba borracho. La tercera vez se preguntó si estaba loco o si había perdido la memoria y no recordaba nada. Cuando le recordé las instrucciones que me había dado, preguntó quién era mi testigo y, además, me abrumó con sus reproches. Ahora os he llamado para que fuerais testigo de sus nuevas promesas. Aceptad serlo».

La madre respondió:

«Puedo ser un buen testigo. Pero será difícil hacer reconocer mi testimonio. Primero, el lama construye sin motivo para construir y destruye sin motivo para destruir. Y, principalmente, esta tierra no nos pertenece; es propiedad comunal. Esto será causa de querellas. Habla, el padre lama no te escuchará».

El lama dijo a su mujer:

«Garantiza tú mi testimonio. Obraré de acuerdo con mi promesa. Si no tienes confianza y no quieres garantizarlo, muy bien. Vete».

Entonces puse los fundamentos de una torre cuadrada. Mientras levantaba los muros, los discípulos Gnoton de Jung, Tsurton de Dol y Meton del Tsangrong, haciendo rodar para divertirse un gran pedrusco, lo colocaron como piedra de base.

Cuando estaba ya en el segundo piso, a ambos lados de la gran puerta, vino el lama y lo inspeccionó todo con cuidado. Señalando con el dedo la gran piedra colocada por los tres discípulos, dijo:

«Gran-Mago, ¿de dónde proviene esta piedra?».

Respondí:

«Tus tres grandes discípulos e hijos espirituales la trajeron para divertirse».

«Muy bien, no es necesaria una piedra suya en una construcción que tú levantas. Por lo tanto, quítala y llévala a donde estaba antes.»

«Prometiste que no me harías demoler esta torre.»

«Cierto. Pero no te corresponde hacerte servir por mis discípulos de ambas órdenes, eremitas y contemplativos. No lo derribes todo, pero quita la piedra y ponla donde estaba.»

Entonces derribé desde lo más alto y devolví la piedra a su lugar.

«Ahora, dijo el lama, vuelve a cogerla y ponla tú mismo como piedra de base.»

La volví a traer. Solo había desplegado tanta fuerza como los tres discípulos juntos. Pese a que, por haber sacado la piedra sin ayuda de nadie, había llamado a la construcción mi «Piedra-Gigante».

Mientras construía las bases de la torre en la cima de la montaña, los primos se reunieron en consejo. Los más violentos decían:

«Marpa está construyendo una torre en la montaña del juramento. Es preciso impedirselo».

Los demás decían:

«Marpa se ha vuelto loco. Tiene como novicio a un montañés de gran fuerza. En cada montículo, en cada cima de montaña, ha construido sin conocer el modo de construir torres. Apenas mediada la construcción, debía derribarla y devolver las piedras y la tierra a su lugar. Ésta será también demolida. Si no la derriba podremos entonces impedir que la continúe. Veamos sólo lo que va a hacer».

Lejos de derribar, yo seguía levantando mi torre. Cuando llegué al séptimo piso, se me abrió una llaga en los riñones. Los primos dijeron entonces:

«Esta vez no la derriba. Las demoliciones precedentes no eran más que ardid para construir ésta. La demoleremos nosotros mismos».

Y prepararon la guerra. Entonces el lama hizo fantasmas de soldados revestidos de armaduras y los colocó por todas partes, en el interior y en el exterior de la torre. Los enemigos decían:

«¿De dónde ha sacado el doctor Marpa esos soldados?».

Y, llenos de temor, no se atrevieron a atacar. Por el contrario, cada uno de ellos vino, en secreto, a prosternarse y a ofrecer sus respetos. Y todos se convirtieron en protegidos y súbditos de Marpa.

En aquel tiempo, Metontshonpa del Tsangrong vino a solicitarle la consagración del Ydam Sambara⁸. La mujer del lama me dijo:

«Trata ahora, por todos los medios, de obtener también la enseñanza».

Y yo pensaba en mi corazón: «Tras haber construido ya una torre semejante sin que ni un solo compañero haya aportado piedra, aunque sólo fuera del tamaño de una cabeza de cabra, cuévano de tierra, cubo de agua ni gamella de cemento alguno, voy a recibir ahora la consagración».

⁸ Sambars, o Samvara, es uno de los más célebres Ydam tibetanos. Poseer esta consagración significa ser maestro en uno de los cuatro ciclos de estudios fundamentales, que también se llama samvara. (N. del T.)

Entonces, tras haber saludado al lama, me senté entre los oyentes. El lama me interpeló:

«Gran-Mago, ¿qué salario me traes?».

Respondí:

«Te he hecho donación de la torre para tu hijo. Me prometiste darme la doctrina y la consagración. Por eso estoy aquí».

«Has construido una torrecita apenas mayor que un brazo. Eso no vale una doctrina que con tantas dificultades traje de la India. Si tienes el precio de mi doctrina, tráelo. Si no, no permanezcas entre los iniciados en la doctrina secreta.»

Diciendo esto, el lama me abofeteó y, tirándome de los cabellos, me arrojó al exterior. Hubiese querido morir y lloré toda la noche. Entonces, la mujer del lama vino hasta mí para consolarme:

«El lama ha dicho que las doctrinas que trajo de la India deberán ser poseídas por todo el mundo, para bien de las criaturas. Aunque se presentara a él un simple perro, le enseñaría la doctrina y le sería provechosa por el don de la consagración. Ignoro por qué te la niega a ti. De todos modos, no concibas por ello malos pensamientos».

Habiéndome consolado, partió. A la mañana siguiente, vino el lama en persona:

«Gran-Mago, abandona la construcción de la torre. Edifica una galería baja⁹ con doce columnas y un santuario. Luego, te daré la doctrina secreta».

Puse los cimientos y levanté la galería. Continuamente la mujer del lama me traía alimentos bien sazonados¹⁰ y cerveza, sin interrupción y hasta casi embriagarme. Así me consolaba y estaba llena de bondad.

Cuando estuve a punto de terminar, Tsurton uang de Dol vino a solicitar la consagración de la doctrina mística.

La mujer del lama me dijo:

«Ahora, hijo mío, debes obtener cuanto desees».

⁹ Parte menos elevada de una construcción, destinada a rodearla, mientras la torre es ocupada por el lama o el señor.

¹⁰ *Bya na*: palabra derivada del sánscrito que significa curry.

Y me dio, para presentar al lama, una carga de manteca, una pieza de paño y una pequeña marmita de cobre.

Habiendo ofrecido mis presentes, me mantuve entre los oyentes. El lama me preguntó:

«Gran-Mago, ¿qué salario me traes para colocarte en la hilera de los oyentes?».

«Esta carga de manteca, esta pieza de paño y esta marmita de cobre.»

«Todas estas cosas me fueron entregadas por uno y otro. No quiero que me pagues con mis propios bienes. Si tienes algo que darme ve a buscarlo. Si no, no permanezcas entre los oyentes.»

Y, levantándose e insultándome, me arrojó fuera a puntapiés.

Hubiese querido desaparecer bajo tierra.

¿Era éste el castigo a los crímenes que había cometido por medio de sortilegios, y de las numerosas cosechas que había arruinado con el granizo? ¿Sabía el lama que yo no tendría jamás religión?¹¹ ¿O, acaso, no me instruía por falta de misericordia? Fuera lo que fuese, ¿para qué servía aquel cuerpo de hombre sin religión y que no hacía sino acumular pecados? ¿Era preciso matarme? ¿Era preciso matarme? Mientras pensaba estas cosas, la mujer del lama me trajo una parte de la comida¹². Me dijo muchas palabras de consuelo y se marchó. Sin embargo, había perdido el apetito y pasé toda la noche llorando. A la mañana siguiente, vino el lama y dijo:

«Termina ahora de construir la galería y la torre. Luego te daré la consagración y te iniciaré».

Conluí, pues, la torre y emprendí, luego, la terminación de la galería. Tenía entonces una llaga en la espalda. El pus y la sangre fluían de mis tres heridas. Mostré mi espalda, que no era sino una llaga, a la mujer del lama. Le supliqué que acudiera en mi socorro y recordara al lama las promesas que pronunció cuando puse los cimientos de la torre, solicitándole que me instruyera. La madre miró atentamente mis llagas y las lágrimas brotaron de sus ojos.

¹¹ Curiosa apreciación de la doctrina de la predestinación.

¹² Las ofrendas hechas durante el oficio se distribuyen en seguida entre los monjes.

«Voy a decírselo al lama», dijo.

Y, yendo a presencia del lama, habló así:

«Precioso lama, el trabajo que el Gran-Mago está realizando ha hendido y desollado todos sus miembros. Su espalda tiene tres llagas de las que corre inconcebible sangre y pus. Había oído decir, y visto, incluso, que los caballos y asnos tenían llagas en los lomos. Pero jamas había escuchado ni visto aún que los hombres tuvieran llagas en la espalda. Si otros hombres vieran o escucharan una cosa semejante, me sentiría avergonzada. Pero, proviniendo de un gran lama como tú, la vergüenza es aún mayor. Puesto que es ciertamente digno de piedad, da una religión a ese niño. Le dijiste al principio que le enseñarías la doctrina cuando hubiera terminado la torre».

El lama respondió:

«Ciertamente lo dije. Dije que le daría mi doctrina cuando hubiera construido una torre de diez pisos. ¿Dónde están los diez pisos?».

«Ha hecho más que diez pisos. Ha construido una galería baja».

«No hables tanto. Si construye diez pisos le instruiré. ¿Está llagado?»

«Puesto, que así lo quisiste, abusando de tu poder, puedes sentirte plenamente satisfecho. No queda en su espalda nada que no sea una llaga.»

Habiendo hablado así, con dolor, se me dirigió:

«¡Bien, ven conmigo! », me dijo.

En el camino, pensaba: «¿Acaso va a instruirme?».

El lama me dijo:

«Enséñame tu espalda, Gran-Mago».

Se la enseñé y cuando hubo terminado de examinarla cuidadosamente:

«Las doce grandes pruebas de mi maestro Naropa e, incluso, sus doce pequeñas pruebas son superiores a la tuya. Y él impuso a su cuerpo veinticuatro mortificaciones como ésta. Yo mismo, sin pensar en mi vida ni en la administración de mis riquezas, las abandoné a mi maestro Naropa. Por ello, si deseas la doctrina, sé modesto y prosigue trabajando en la torre».

Pense para mis adentros que tenía razón.

Hizo con mi vestido un arel para mis heridas¹³ y dijo:

«Puesto que trabajas como los caballos y los asnos, sítrete de un arel para tus heridas y transporta la tierra y las piedras».

Respondí:

«¿Cómo podrá curar las llagas de mi espalda un arel?».

«Al no frotar ya con la tierra, tus llagas sanarán».

Pensando que era una orden, transportaba la tierra en un recipiente que sostenía ante mí y, mientras estaba haciendo mortero, el lama me vio y pensó: «Esta sumisión a cuanto se le ordena es prodigiosa». Y, ocultándose, derramó lágrimas.

Puesto que mis llagas se habían infectado, caí enfermo. Se lo dije a la mujer del lama. Ella solicitó para mí la iniciación o, como mínimo, autorización para descansar y curar mis llagas. El lama respondió:

«No tendrá nada mientras no haya terminado la torre. Si puede trabajar, que haga lo posible. Si no puede, no merece otra cosa que el descanso».

La madre dijo:

«Descansa hasta que tus llagas se hayan curado».

Como durante todo este tiempo me colmaba de bebidas y alimentos fortificantes, gocé durante unos días de la felicidad de no pensar en mi dolor por no haber obtenido la instrucción. Entonces mis llagas se curaron perfectamente. Sin hablar de la doctrina, el lama me dijo:

«Gran-Mago, es ya tiempo de que reemprendas el trabajo de la torre».

Puesto que pensaba hacerlo, la mujer del lama me dijo:

«Busquemos ambos un medio para obtener la instrucción».

Tras ponernos de acuerdo, até mi libro y mis mínimas pertenencias a una pequeña carga de harina. Y, de manera que el lama me viera, solicité a su mujer que me ayudara, como si me dispusiera a partir. Entonces, ella dijo en voz alta:

¹³ Los animales de carga que viajan varios meses sin parar por las inmensas rutas de Asia, tienen siempre horribles llagas en los lomos. Los mozos de mulas hacen un agujero en los arreos para cada una de las llagas, con el fin de aislarlas. Aquí el lama hace lo mismo con el vestido de Milarepa.

«Si se lo pides al lama, él te dará la enseñanza, te la dará. Quédate a pesar de todo».

Y simulaba retenerme.

El lama, viéndolo, preguntó:

«Mujer, ¿qué hacéis aquí los dos?».

Ella respondió:

«El Gran-Mago dice que, antaño, vino de un lejano país para aprender la doctrina. En vez de la doctrina ha recibido malas palabras y bofetones. Temeroso de morir sin religión va en busca de otro lama y se lleva su equipaje. Gracias a mis súplicas y a mis promesas de que obtendrá la doctrina, he podido retrasar su partida».

El lama dijo:

«He comprendido».

Y salió y me abofeteó muchas veces.

«Tan pronto llegaste aquí me diste tu cuerpo, tu palabra y tu corazón.

»Entonces, ¿a dónde vas ahora? Ciertamente no partirás. Y, puesto que me perteneces, podría cortarte, cuerpo, palabra y corazón, en cien pedazos. Y si, pese a ello, te vas, dime, ¿por qué te llevas esta harina?»

Hablando así, seguía golpeándome. Luego me arrebató el saco de harina y entró en su casa. Mi desesperación era la de una madre que pierde a su único hijo. Por consejo de la madre y porque el lama tenía un terrible aspecto, entré en la casa temblando y me puse a llorar. La mujer me dijo:

«Sea cual fuere el medio que utilices, el lama no te dará en seguida la instrucción. Pero, sea cuando fuere, terminará por dártela. Mientras, seré yo quien te instruya».

Me proporcionó el método para meditar la diosa Dorje Phagmo¹⁴. No eran todavía las delicias, pero esta meditación fue muy saludable para mi alma y ocupaba mi espíritu. Demostré a la mujer del lama mi gratitud por sus bondades.

¹⁴ Una de las cuatro diosas tutelares tántricas. (N. del T.)

Yo pensaba que, siendo la mujer del lama, purificaba los pecados. En verano, mientras ordeñaba las vacas, le servía de escabel. Si tostaba el grano, le servía de escabel. Así, le prestaba servicios en todas partes.

Fue entonces cuando pensé en buscar otro lama. Luego, me hice estas reflexiones: «La fórmula para llegar a buda en una sola vida y un solo cuerpo la posee este lama o, en verdad, no la tiene nadie. Si no me convierto en seguida en buda al menos he dejado de acumular las acciones que hacen renacer en los infiernos. Cuando haya sufrido por la religión las mismas pruebas que sufrió Naropa, el lama me anunciará —¡y con qué alegría!— que he merecido el precepto. Entonces lo meditaré, de este modo quiero obtener la bodhi en esta vida». Habiéndolo pensado así, acarree tierra y piedras.

Mientras yo seguía haciendo mortero para la galería y el santuario, Gnogton Tcho dor de Jung con su séquito, trayendo numerosos presentes, vino a pedir la gran iniciación Hai-Vajra¹⁵. La mujer del lama me dijo:

«Si el lama no se contenta con la construcción de la torre, ofrécele un presente y obtén por ti mismo que te conceda la iniciación. Ofrécele esto y pídeselo tú primero. Si se niega se lo pediré por ti».

Me dio una gran turquesa de sexto rojo¹⁶ que poseía en secreto, y yo se la ofrecí al lama diciendo:

«Te lo ruego, dame también a mí hoy la enseñanza».

Y me mantuve entre los oyentes. El lama examinó la turquesa dándole numerosas vueltas:

«¿De dónde ha sacado esto el Gran-Mago?».

Respondí:

«Me lo ha dado la madre».

El lama sonrió y dijo:

«Ve a buscar al ama».

¹⁵ Nombre de otra diosa tutelar tántrica. La gran iniciación a que se alude es una de las más profundas y secretas de toda la doctrina tántrica. (N. del T.).

¹⁶ *De sexto rojo*: nombre de una clase de turquesas. Los tibetanos dicen que las buenas turquesas se reconocen porque se vuelven rojas cuando se frontan enérgicamente.

Rogué a la madre que viniera. El lama le dijo:

«Ama, ¿cómo teníamos nosotros esta turquesa?».

Habiendo hecho muchas saluciones, la madre respondió:

«Esta turquesa no es cosa tuya. Cuando te fui concedida en matrimonio por mis padres, tú te pusiste furiosamente colérico. Entonces mis padres me dijeron: "Si tu esposo y tú os divorciaraís alguna vez, te hallarías muy necesitada, guárdate esto sin enseñárselo a nadie". Y, en secreto, me dieron esta turquesa. Yo se la he dado a este niño que me produce una intolerable piedad.

«Aceptala y concede la iniciación al Gran-Mago. Y vosotros, lama Gnogpa y su séquito, que conocéis su pesadumbre por estar excluido de la iniciación, ayudadme en mi plegaria».

Habiendo dicho esto, hizo muchos saludos. Tan irritado estaba el lama que Gnogpa y su séquito no osaron proferir una plegaria. No hicieron más que aprobar y saludar junto a la mujer del lama.

Éste dijo:

«Gracias a los manejos de la mujer, la hermosa turquesa pasaba a manos de un extraño».

Y, atándosela al cuello, continuó:

«Ama, tú no reflexionas. Si soy tu dueño, soy también dueño de la turquesa. Gran-Mago, si tienes algún bien tráelo y recibe la iniciación. Pero esta turquesa me pertenece».

Creyendo que, en su ardor por ofrecer la turquesa, la madre renovarí la plegaria, permanecí allí. Entonces, el lama, furioso, se levantó de un salto:

«Te quedas pese a que te he echado. ¡Qué audacia la tuya!».

Y me arrojó de bruces contra el suelo, como en la noche. Y me arrojó de espaldas, como en una aurora¹⁷. Luego cogió un bastón. Mientras que Gnogpa le retenía, salté, aterrorizado, al patio. El lama parecía estar lleno de cólera.

No me había hecho daño. Pero, lleno de dolor, deseaba morir, cuando la mujer del lama, derramando lágrimas, se unió a mí y me dijo:

¹⁷ Lo que nosotros llamamos «hacer ver las estrellas».

«No te desanimes, Gran-Mago. No hay discípulo más fiel ni más amante. Si solicitas la doctrina a otro lama, prepararé lo que sea menester para presentarte. Te daré víveres y presentes». Y, diciendo esto, me consolaba.

Antes de ese día el ama se hallaba siempre en todas las reuniones en torno al lama. Aquella noche la pasó entera llorando a mi lado. A la mañana siguiente el lama me hizo llamar. Fui, preguntándome si me instruiría. Me dijo:

«¿Estás descontento por mi negativa a instruirte y has tenido malos pensamientos?».

Respondí:

«Tengo fe en el lama y no he pronunciado una sola palabra de rebeldía. Pienso, por el contrario, que me hallo en la oscuridad causada por mis pecados. Yo soy el autor de mi miseria».

Habiendo dicho esto, lloré. Y él repuso:

«¿De qué servicio quieren protestar tus lágrimas? Dilo o vete».

Me retiré. El dolor de mi corazón se mezclaba a la amargura.

Y pensé: «Cuando hacía el mal, poseía víveres y presentes que ofrecer. Cuando practico la religión, no poseo bien alguno. Si tuviera tan sólo la mitad del oro que daba para hacer el mal, obtendría la iniciación y la doctrina secreta. Pero, sin presentes, este lama no me enseñará la doctrina. Y aunque se lo pidiera a otro lama, no existe uno solo que no quiera presentes. La religión le está prohibida al pobre. Privado de religión, el hombre no es sino un amasador de pecados que mejor haría en matarse. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Iré a servir a un hombre rico para reunir un salario y convertirlo en presentes para solicitar la doctrina? O bien, puedo regresar, ahora, a mi país, puesto que he manifestado mis sortilegios. Mi madre sería feliz de volver a verme y yo podría ganar algún dinero. De todos modos, antes de buscar la religión es preciso, primero, buscar dinero. En cuanto a robar la harina del lama, es una acción vergonzosa que no llevaré a cabo».

Recogí mis libros y partí sin siquiera despedirme de la mujer del lama. En el camino recordaba su benevolencia y la amaba. A media

jornada del Valle-de-los-Abedules me detuve para hacer mi colación. Mendigué tsampa¹⁸ y pedí prestado un perol. Habiendo recogido madera seca, cociné mis alimentos y los comí. Pasó el mediodía. Yo me hacía estas reflexiones: «La mitad de mi trabajo era el servicio debido al lama. La otra mitad era el precio de mi alimentación. Esta única comida que he preparado ha sido cosa difícil. La mujer del lama cocinaba y preparaba todos los días mis alimentos. Y yo, malvado, ni siquiera me he despedido de ella. ¿Es preciso volver?».

No tenía valor para regresar. Cuando fui a devolver el perol, un anciano me dijo:

«Joven, pareces poder trabajar. Antes que mendigar, ve a decir las plegarias por las casas, si sabes leer. Y si no sabes, empléate como criado para ganar tu vestido y tu alimento. ¿Sabes leer?».

Respondí:

«No soy un mendigo. Y sé leer».

«Mucho mejor. Ven, entonces, a recitar las plegarias a mi casa y te daré un buen salario».

Estaba muy contento. Y, permaneciendo allí, leí las *Ocho Mil Estrofas*¹⁹. Luego leí la historia de Tagtugnu (El-que-llora-perpetuamente). Pensaba: «Sin dinero como yo, Tagtugnu daba por la religión su cuerpo, su palabra y su alma. Hubiera arrancado y vendido su corazón, y lo hubiera repartido si ello no acarrearla la muerte. Si lo comparo conmigo, nada he dado por la religión. Quizá el lama Marpa me dé la instrucción. Si él no me la da, su mujer me ha prometido hacerme conocer a otro maestro».

Este pensamiento me dio valor y regresé.

Tras de mi marcha, en casa del lama, su mujer le había dicho:

«Tu irreductible enemigo se ha marchado. ¿Estás contento?».

¹⁸ Principal alimento de los tibetanos, hecho con cebada tostada y reducida a polvo. (N. del T.).

¹⁹ El *Prajnaparamita*, literalmente «perfección de la sabiduría». Es creencia tradicional que este texto fue revelado por el propio Buda, pero que al ser demasiado difícil de comprender, fue conservado en los infiernos hasta que Nagarjuna, el mayor teólogo budista, lo entregó a los hombres.

«¿Quién se ha marchado?»

«Pues bien, ¿a quién, sino al Gran-Mago, infligiste miserias como a un enemigo?»

Al oír estas palabras, el rostro del lama se ennegreció y se humedeció de lágrimas:

«Lamas Kadjupas, protectores de la religión que surcáis el espacio, devolvedme a mi hijo y heredero».

Habiendo rogado así, se cubrió la cabeza (con el manto) y permaneció inmóvil.

En este momento llegué ante la mujer del lama y la saludé. Muy contenta, exclamó:

«Llegas oportunamente. Parece que el lama te instruirá. Le he comunicado tu marcha y se ha puesto a gritar: “¡Devolvedme a mi hijo bienamado!”. Y ha prorrumpido en llanto. Pareces haber doblegado su amor».

Pero, por mi parte, pensaba: «El ama arrulla mi corazón. Si fuera cierto que ha derramado lágrimas y me ha llamado “bienamado”, sería plenamente feliz. Y si, por el contrario, ha dicho “devolvédmelo” para negarme la instrucción y la iniciación, no soy más que un desgraciado. No tengo sitio alguno a donde ir. ¿Seré aquí desgraciado, aún sin obtener la doctrina?».

Mientras, la madre decía al lama:

«El Gran-Mago no nos ha abandonado. Ha vuelto. ¿Puede entrar a saludarte?».

Respondió el lama:

«No es cierto que no nos haya abandonado. Es él quien no se ha abandonado. Envíalo a saludarme».

Llegué y me dijo:

«Gran-Mago, si deseas desde lo más profundo del corazón, con tanta impaciencia e inquietud, la religión, es preciso dar tu vida. Eleva la torre tres pisos más y te instruiré. Si no lo haces, y puesto que cuestras muchos alimentos y tienes ya a donde ir, ve sin tardanza».

No pude responderle nada y salí. Dije a la mujer del lama:

«Añoro a mi madre. El lama no me instruirá todavía. Si fuese a instruirme cuando hubiera terminado la torre, me quedaría. Pero si,

concluida la torre, decide no instruirme, no tendré nada que hacer. Solicito, pues, regresar a mi país. Que el lama y tú permanezcáis en buena salud».

Me prosterné y, disponiendo de mis libros, me preparé a partir. La madre dijo entonces:

«Tienes razón, hijo mío. Como antaño te prometí, hallaré el medio de hacerte instruir por Gnogton, que es un gran discípulo y un iniciado. Permanece un poco más aquí y simula que trabajas».

Con alegría, me quedé y trabajé.

Puesto que Naropa tenía costumbre de celebrar el décimo día de cada luna por medio de un gran sacrificio de ofrendas, también Marpa, por esta razón, celebraba el décimo día de la luna. Con una carga de cebada que tenía, el ama hirvió tres grandes medidas de cerveza para las libaciones. Hizo una fuerte, una clara y una intermedia. Entregó la cerveza suave para las libaciones. A los monjes, pero para que la bebiera el lama, les dio la cerveza fuerte en gran abundancia. El ama y yo mismo se la servíamos. Los monjes bebieron la cerveza intermedia. La madre, humedeciéndose los labios con cerveza suave, bebió muy poca. Yo hice como ella y no me emborraché. Los monjes se embriagaron. En cuanto al lama, tanta y tanta cerveza bebió, y tanta le fue ofrecida que se embriagó por completo y se durmió profundamente²⁰. Mientras, su mujer arrebató los presentes de su alcoba: las joyas de Naropa y el sello de rubíes. Luego imitó un mandamiento del lama. Puso el sello sobre una carta preparada con antelación y los envolvió en un paño precioso. Lo selló todo con cera y me lo dio diciendo:

²⁰ Se ha visto más arriba un caso de embriaguez en un lama, con motivo de un banquete. Aquí la embriaguez es voluntaria y ritual. Importados de la India con el budismo tántrico por Padmasambhava y, otra parte, preexistentes ya en el chamanismo tibetano, tales excesos fueron prohibidos por el reformador Tsongkhapa en el siglo XIV. Sin embargo, en nuestros días sólo la Iglesia lamaísta ortodoxa observa la temperancia y el celibato de los monjes. La secta no reformada de los lamas rojos continúa practicando la magia, la intemperancia y la incontinencia.

«Actúa como si estas cosas fueran enviadas por el lama. Ve a ofrecérselas al lama Gnogpa²¹ y pídele que te instruya».

Y me envió a Jung. Partí poniendo mi esperanza en el lama Gnogpa.

Dos días después, el lama Marpa dijo a su mujer:

«¿Qué hace ahora el Gran-Mago?».

«Está en camino. No sé otra cosa.»

«¿A dónde ha ido?»

«Me dijo que aun cuando terminara el trabajo de la torre, no le darías la instrucción sino que le abrumarías con gritos y reproches. Dijo que iba a la busca de otro lama y se dispuso a partir. Pensé que por más que te hubiese prevenido, no hubieras hecho caso. Y quizás le hubieses pegado. Para evitar esta pena, no te dije nada. Hice lo posible para retrasar su partida. Pero se marchó sin escucharme.»

Con el rostro ennegrecido el lama preguntó:

«¿Cuándo se fue?».

«Partió ayer.»

El lama permaneció pensativo un instante. Luego dijo: «A estas horas mi hijo no puede estar muy lejos».

Pero, a estas horas, yo llegaba al monte Khyung Ding del Jung. El lama Gnogpa estaba explicando *Las Dos Búsquedas*²² a sus discípulos. Su discurso fue interrumpido en estas palabras: «—Soy vuestro comentador y vuestra doctrina. —Soy el oyente que os ha reunido. —Yo soy quien lleva a cabo la enseñanza del mundo. —Soy los mundos que se suceden y que pasan. —Mi felicidad nació conmigo».

Mientras pronunciaba estas palabras, yo le saludé a lo lejos. Él me respondió quitándose el sombrero²³. Y dijo:

²¹ Gnogpa: nombre resumido de Gnogtron Tcho dor. La desinencia pa, sobreentendida en el nombre completo, indica un habitante de Gnog.

²² *Tak-nyi*. Título de un tratado especulativo. (N. del T.).

²³ Los tibetanos laicos llevan sombreros de fieltro muy parecidos a los nuestros. Desenrollar la estera y quitarse el sombrero es el primer gesto, y el mínimo, de saludo. Antes de la reforma de Tsongkhapa, los monjes llevaban también cabellos largos y sombrero. Después de ella van con la cabeza rasurada.

«Éste es el modo de saludar de los discípulos de Marpa. Y las palabras en donde he sido interrumpido son un buen presagio²⁴. Pues este hombre será el maestro de todas las doctrinas. Id a preguntarle quién es».

Uno de los monjes vino a mi encuentro y me reconoció:

«¿Por qué has venido?», dijo.

«Estando el lama Marpa muy ocupado, soy el único a quien no ha tenido tiempo de instruir. Vengo a solicitar la enseñanza aquí. Traigo como presentes las joyas de Naropa y su collar tutelar de rubíes.»

El monje regresó adonde se hallaba su maestro y le dijo:

«Es el valeroso Gran-Mago». Y le transmitió mis palabras.

El lama se llenó de gozo y exclamó:

«Las joyas y el collar del señor Naropa en mi morada, esto es algo maravilloso y extraño como la flor udumvara. Es preciso ir a su encuentro. Permanezcamos por hoy en tan feliz pasaje de nuestra lección. Monjes, id pronto a buscar un parasol, estandartes y címbalos. Y haced que aguarde el valeroso Gran-Mago».

Puesto que permanecía allí donde había saludado, un monje vino hacia mí y me repitió estas palabras. El lugar donde saludé fue llamado Cerro de la Salutación.

Entonces aguardé. Y en seguida vinieron los monjes a mi encuentro y, formando una procesión con el parasol, los estandartes y címbalos, entramos en la mansión del lama. Saludé y entregué la carta con los presentes. Con los ojos llenos de lágrimas, el lama se llevó los presentes a la frente, implorando su bendición. Habiéndose dispuesto bellamente en ofrenda sobre el altar, les concedió el primer puesto.

Luego, leyó la carta: «A Gnogpa-Diamante-que-Realiza-el-Nirvana. Me he encerrado en reclusión y al Gran-Mago le falta paciencia. Por ello te lo envío a que solicite tu instrucción. Concédeme la iniciación y la doctrina. Como testimonio de mi autorización para que lo hagas, te mando las joyas y el collar de Naropa».

²⁴ Clisé que se encuentra en toda la literatura tibetana. Cuando una llegada inesperada interrumpe una lectura o una recitación, las últimas palabras pronunciadas tienen influencia sobre el destino del recién llegado.

Entonces, el lama dijo:

«Te instruiré puesto que es orden de Marpa. Había pensado en hacerte llamar, pero felizmente, por misericordia de Marpa, has venido. Me llegan muchos discípulos de Kham, del Dagpo, del Kongpo y del Yarlung. La mala gente de los pueblos Yepo y Yemo del Dol les despojan de todas sus provisiones. Ve a castigarlos con el granizo. Luego tendrás la iniciación y la doctrina».

Entonces pensé: «Estoy destinado a las malas acciones. ¡Me dirijo a la santa religión haciendo caer el granizo! A todas partes a donde voy es para hacer el mal. Si no envío el granizo contravendré las órdenes del lama y no escucharé la enseñanza. No puedo evitar hacer caer el granizo».

Habiendo reunido las cosas necesarias, las cargué de poder mágico y me las llevé. Llegado al país del Dol, me instalé según mis necesidades y me dispuse a hacer caer el granizo.

En Yepo vivía en casa de una anciana y me construí un refugio. La tempestad se acrecentó. Retumbó el trueno. Las nubes se amontonaron y el pedrisco, primero de uno en uno, luego de dos en dos, comenzaba a caer. La anciana exclamó:

«¿Qué podré comer cuando mi cosecha haya sido destruida por el granizo?». Y lloraba. Me dije: «Es criminal lo que estoy haciendo». Y a la anciana:

«Huésped, dibuja en seguida la forma de tu campo».

«Es así».

Y dibujó un triángulo de alargado vértice. Reproducí esta forma y la cubrí con una cacerola. La extremidad del vértice, que sobresalía un poco, fue borrada por el viento. Entonces, salí fuera para comprobarlo con mis propios ojos:

Las montañas, tras ambos pueblos, se habían transformado en torres. De todos los otros campos no quedaba nada. Sólo el campo de la anciana permanecía intacto y fértil. El vértice del triángulo que había sido alcanzado por el granizo estaba arrasado por la inundación. Aseguré a la anciana que, en el futuro, su campo siempre estaría protegido y que no tendría que pagar el diezmo de protección contra

el granizo. Sólo debería hacerlo por la extremidad que la inundación había arrasado.

Regresé. Por el camino encontré a dos pastores, un anciano y un niño, cuyos rebaños y carneros habían sido aniquilados por la inundación. Les dije: «Yo soy quien ha causado todo esto. No atacéis más a los monjes del lama Gnogpa. Si los atacáis de nuevo seréis, del mismo modo, destruidos por el granizo».

Ellos transmitieron mis amenazas y ambos países se sometieron respetuosamente al lama. Para convertirse en sus fieles, fueron a ofrecerle sus servicios.

Al pie de las breñas encontré numerosos pajarillos muertos. A lo largo de todo el camino fui recogiendo cadáveres de pájaros y ratones. Llené con ellos la capucha y el faldón de mi manto de lluvia y, cuando llegué, lo vacié todo a los pies del lama:

«Precioso lama, vine aquí en busca de la santa religión y he aquí que no hago sino cometer pecados. Ten piedad del gran pecador que soy».

Hablando así, lloré. El lama repuso:

«Hermano Gran-Mago, no lo temas así. Para los partidarios de Naropa y Maitri²⁵, el gran pecador llega a la bodhi por un poderoso medio. Esta fórmula es una honda formidable que caza cien pájaros²⁶. Todos estos animales, muertos ahora por el granizo, renacerán en el futuro a tu alrededor y serán tu cortejo cuando penetres en las moradas del nirvana. Alégrate de que, a partir de hoy, gracias a mí, no tendrán que renacer en los infiernos. Y si no me crees, hágase pues así».

Y tras recogerse un momento, castañecó sus dedos. Y en seguida los cadáveres, habiéndose animado, se levantaron. En un instante volaron los unos hacia el cielo, corrieron los otros por la tierra y regresaron a sus moradas. Pensé: «He visto a un buda auténtico. ¡Tanto mejor, tanto mejor, si muchas criaturas mueren así!».

Entonces el lama me concedió la consagración del diamante de Hevajra. Tras haberme dado las fórmulas, dispuse una gruta abando-

²⁵ *Maitri*: nombre de un pandit indio.

²⁶ Imagen de la eficacia de las fórmulas tántricas: «Una sola piedra arrojada entre cien pájaros, los hace volar a todos».

nada y muy abrupta, que se abría al Sur y desde la que podía verse la morada del lama. Me emparedé dejando una pequeña abertura por donde el lama me instruía. Medité sin descanso. Pero, como no tenía el permiso de Marpa, no experimenté gozo alguno.

Un día, el lama me dijo:

«Hermano Gran-Mago, ¿cuál es tu signo?»²⁷.

«No tengo signo.»

«¿Qué dices? Sin el símbolo del voto solemne, mi descendencia espiritual no tendría la fuerza de mantener su pensamiento en lo más profundo de la meditación. Viniste a mí de buena fe. Pero, si no tienes el permiso del maestro Marpa, sus presentes y su carta no tienen sentido alguno. ¿Cómo puede ser? De cualquier modo que sea, medita con perseverancia.»

Permanecí lleno de temor. Me preguntaba si diría toda la verdad. Pero, sin tener valor para hablar, pensé: «De cualquier modo, Marpa se enterará». Y me sumí en la meditación.

Durante este tiempo, Marpa había terminado la torre de su hijo y envió una carta a Gnogpa: «Hete aquí que la torre de mi hijo ha llegado al punto en que necesita madera para el friso²⁸. Mándame tantas cargas de madera como puedas. Cuando haya colocado el friso y el pináculo (?), ven también tú para consagrar la torre y celebrar la mayoría de edad de Dobedum²⁹. Trae contigo a cierto malvado que me pertenece».

El lama Gnogpa vino a mi retiro y me enseñó la carta. Me dijo:

«Es como dice la carta. Ese malvado del que habla la carta no fue enviado por Marpa».

Respondí:

«Ciertamente la orden no provenía del mismo lama. Fue la mujer del lama la que me dio carta y presentes y la que me envió aquí».

²⁷ Los predestinados a la bodhi y los budas vivientes llevan una marca, por lo general en la planta de los pies o en la palma de la mano.

²⁸ Los edificios religiosos están coronados por un friso oscuro de ramas de taray puestas de canto y cortadas a ras de pared como un cepillo.

²⁹ Hijo de Marpa.

«Bueno, bueno. Siendo así no tenemos razón alguna para trabajar juntos. Sin el permiso del lama careces de fuerza. Un trabajo inoportuno y sin eficacia. Se te ordena que vayas. ¿Irás o no irás?»

«Solicito acompañarte como servidor.»

«Bien, cuando haya enviado la madera para el friso, mandaré a alguien para convenir el día de la fiesta. Hasta entonces, permanece recluido.»

Entonces el que había ido a convenir el día de la fiesta regresó y se acercó a la ventanilla de mi celda:

«La ceremonia de la consagración de la torre y la de la mayoría de edad del hijo de Marpa han sido detalladamente discutidas.»

«¿Se ha hablado de mí?»

«La mujer de Marpa me ha preguntado lo que hacías. Le he respondido que estabas rigurosamente recluido. Me ha preguntado qué hacías además de esto. Le he respondido que vivías en un lugar desierto. Me ha preguntado también si habías olvidado esto. Me ha dicho que te divertirías con él durante tu reclusión y me ordenó que te lo diera. Eso es lo que me ha entregado.»

Y desciñendo su cintura, sacó un dado de arcilla y me lo dio. Pensando que el objeto provenía de la mujer del lama, solicité su bendición³⁰.

El hombre se fue. Como me hallaba de humor para jugar a los dados, jugué. Luego pensé: «Cuando estuve cerca de la mujer de Marpa, jamás jugué a los dados. Probablemente ahora ya no siento demasiada compasión de mí. Estos son los dados que, antaño, expulsaron a mis antepasados de su patria».

Y, haciéndolo girar por encima de mi cabeza, arrojé el dado. Se rompió y salió de él un papel enrollado que leí: «Ahora el lama te concederá la iniciación y la enseñanza. Regresa pues con el lama Gnogpa».

Tan grande fue mi alegría que bailé dando saltos de un lado a otro de mi celda. En seguida vino el lama Gnogpa para decirme:

³⁰ Es decir: «Me bendigo con ello llevándomelo a la frente». El mismo gesto se hace con los libros sagrados, la carta de un superior, etc.; con todo objeto al que se debe una gran veneración.

«Valeroso Gran-Mago, sal y disponte a partir».

Obedecí. El lama Gnogpa se llevó, no sólo los presentes entregados por Marpa, sino también, para entregarlos junto con su cuerpo, su palabra y su corazón, su oro, sus turquesas, sus sedas y vestidos y todos los utensilios domésticos. Me hizo dejar una vieja cabra que tenía la pierna rota y no podía seguir al rebaño. Pero se llevó todos los restantes animales de cuadra y de prado. Cuando estuvimos dispuestos a partir, me dijo:

«Puesto que me has sido útil, toma esta turquesa y esta seda para ofrecérselas al lama. Toma este saco de queso³¹ para ofrecérselo a la noble dueña, su esposa».

Cuando el lama Gnogpa, su esposa, el séquito de sus servidores y yo, llegamos a la parte inferior del Valle-de-los-Abedules, Gnogpa me dijo:

«Hermano Gran-Mago, adelántate y di a la mujer de Marpa que estamos llegando. Mira si quiere traernos un poco de cerveza».

Me adelanté. Hallé primero a la mujer del lama. La saludé y le ofrecí el saco de queso.

«Llega el lama Gnogpa, dije. Ten la bondad de salir a su encuentro con cerveza.»

Llena de alegría me respondió:

«El lama está en su alcoba. Ve a pedirselo tú mismo».

Fui. El lama se encontraba en su terraza, el rostro vuelto al Oriente, entregado a sus devociones. Me prosterné y le ofrecí la seda y la turquesa. Volvió la cabeza y miró hacia el Oeste. Fui hacia este lado y le saludé de nuevo. Miró hacia el Sur.

«¡Oh maestro, grité, justo es que, como castigo, rechaces mis ofrendas! Pero el lama Gnogpa llega con la ofrenda de su cuerpo, su palabra y su corazón; con su oro y sus turquesas; con sus dzos, sus caballos y todos sus apreciables bienes. Aguarda sólo que se le vaya a recibir con un poco de cerveza. Por eso te lo pido.»

³¹ El queso tibetano es seco, excesivamente duro, cortado en pequeños cubos del tamaño de una nuez.

Encendido en cólera, haciendo crujir sus dedos, el lama gritó con voz terrible:

«Extraje la esencia de los cuatro tantra del innombrable Tripitaka³² de la India. Cuando traje la fórmula nadie vino ante mí, ni siquiera un pajarillo. Y porque llega Gnogpa empujando ante él algunas débiles bestias, quiere que yo, gran lotsava³³, salga a su encuentro. No iré y, ahora, vete».

Fui a comunicar todo esto a la mujer del lama. Ella dijo:

«El lama ha respondido así a causa de su cólera: pero Gnogpa es un gran personaje, es preciso salir a recibirle. Vamos los dos, madre e hijo».

Respondí:

«El lama Gnogpa y su esposa no esperan que se salga a su encuentro. Solicitan la ofrenda de bienvenida y yo solo iré a llevársela».

Pero, habiendo traído unos monjes mucha cerveza, la mujer del lama salió al encuentro.

Mientras, numerosos habitantes del Acanilado-del-Sur se habían reunido, invitados a una gran fiesta para celebrar la mayoría de edad del hijo y la consagración de la casa.

Y Marpa, entre ellos, cantó este canto de alabanza y acción de gracias:

«Dirijo esta plegaria a mi Maestro lleno de gracias.

»Preciosos antepasados espirituales
inmunizados contra el pecado,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

»Secretos de la profunda doctrina,
breve e infalible vía,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

³² El Tripitaka es el canon religioso budista. Los cuatro tantra son las cuatro clases principales de la doctrina. (N. del T.).

³³ Es decir, el Maestro. (N. del T.).

»Yo mismo, lotsava Marpa,
el que detenta la esencia de tan profundos secretos,
el que está bendito, os bendigo.

»Santos, Ydam y dioses del espacio
colmados de bendiciones,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

»Hijos espirituales y corte de discípulos,
felices de vuestra fe y de vuestros votos,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

»Vecinos dadivosos, próximos o lejanos,
afortunados dueños de riquezas,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

»Que todos vuestros trabajos, que todas vuestras acciones,
puros y destinados al bien de los demás,
sean benditos y nos bendigan.

»Dioses y genios del mundo visible
fieles a nuestros recíprocos compromisos,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos.

»Dioses y hombres reunidos en este lugar
para pronunciar votos de felicidad,
vosotros que estáis benditos, bendecidnos».

Así cantó Marpa. Inmediatamente después, el lama Gnogpa le ofreció sus presentes diciendo:

«Lama precioso, puesto que eres ya el dueño de todo mi ser, cuerpo, palabra y pensamiento, te ofrezco en particular todos mis bienes, menos una cabra de largo pelo que poseo y que tiene una pata rota, abuela de todas mis cabras y que, sin poder andar sobre su pata rota, se ha quedado. A cambio, concédenos con misericordia todas tus

excelentes fórmulas secretas, principalmente aquellas que se escriben en los rollos de papel»³⁴.

Y saludó. Marpa, contento al parecer, respondió: «Bien. Pero, si es así, mis doctrinas secretas y el camino más corto del Vajrayana³⁵ que, sin necesidad de aguardar durante innumerables kalpas³⁶, conduce desde esta vida hacia la bodhi, principalmente los preceptos para escribir en las banderolas, me han sido confiados por los mismos dioses. Por ello, si no me ofreces la vieja cabra, pese a su edad y a su pierna rota, será difícil que te lleguen los preceptos. En cuanto a las otras doctrinas, te las enseñé todas antaño».

Todos los presentes se echaron a reír. Y Gnogpa replicó:

«Si traigo la cabra aquí y te la ofrezco, ¿me revelarás los preceptos?».

«Si, habiéndola traído tú mismo, me la ofreces, entonces sí.»

Habiéndose retirado los invitados, Gnogpa partió solo a la mañana siguiente. Trajo la cabra sobre sus hombros y se la ofreció a Marpa. Éste gritó lleno de gozo:

«Me parece capaz de cumplir los votos de un discípulo iniciado. Para nada me sirve esta cabra. Sólo he querido resaltar la importancia de la doctrina que te entrego».

Y prometió darle la consagración y la iniciación eminentes. Y se las dio.

Entonces, habiéndose reunido los monjes llegados de lejanos lugares y los del país, se colocaron en hileras para efectuar el sacrificio de sus ofrendas. En las hileras, Marpa puso, próximo a su lugar, un largo bastón de acacia. Y mirando a Gnogpa con los ojos en triángulo³⁷ y señalándole con el dedo, dijo:

³⁴ Plegarias o fórmulas escritas sobre bandas de papel enrollado y que se llevan en los relicarios.

³⁵ Vehículo del vajra, doctrina mística más secreta que la ambicionada por Milarepa cuando solicitaba la iniciación y la consagración.

³⁶ Un *kalpa* es el espacio de tiempo transcurrido entre el nacimiento y la destrucción de un sistema del mundo. Su duración es, por lo general, sugerida por una imagen o un símbolo. (N. del T.).

³⁷ Literalmente: «En forma de grano de cebada».

«Gnogton Tcho dor, ¿por qué conferiste la consagración y la iniciación a ese malvado llamado Buena-Nueva? ».

Diciendo eso, miraba de reojo a su bastón. Gnogpa tuvo miedo y, en actitud suplicante, respondió:

«Lama precioso, tú mismo me ordenaste en una carta que consagrara e iniciara al Gran-Mago. Y me diste las joyas de Naropa y su sello de rubíes. He cumplido, pues, tus órdenes. Nada me reprocho y no siento vergüenza ni remordimientos».

Hablando así, levantaba temerosamente los ojos. Furioso, Marpa preguntó señalándome con el dedo:

«¿De dónde sacaste esos objetos?»

El corazón me dolió como si me lo arrancaran. Estaba mudo de terror. Con voz temblorosa confesé que me los había dado la madre.

El lama se levantó de un salto y blandiendo el bastón de acacia salió para castigar a su mujer. Ésta había escuchado a hurtadillas. Se levantó, se refugió en el templo y se encerró en él. El lama sacudió la puerta y luego regresó sentándose en su sitio. Dijo a Gnogpa:

«Gnogton Tcho dor, indigno de confianza, vete a buscar ahora mismo las joyas de Naropa y su sello de rubíes».

Luego se cubrió la cabeza con el manto y permaneció inmóvil.

Habiendo saludado, Gnogpa salió en seguida para buscar las joyas de Naropa y su sello de rubíes. Yo lamentaba no haber huido junto a la mujer del lama.

Y cuando, sintiendo deseos de llorar, intentaba ocultar mis lágrimas, Gnogpa me vio. Yo solicité autorización para seguirle como servidor. Respondió:

«Si te llevo conmigo sin el permiso del lama, siempre sucederá como hoy. Puesto que está enojado con los dos, permanece momentáneamente aquí. Si, más tarde, te despide sin haberte admitido como discípulo, entonces estaré en disposición de ayudarte».

«Pues bien, puesto que tú y la mujer del lama sufrís por mi culpa tales tribulaciones, puesto que con mi cuerpo actual no obtengo la doctrina y sólo consigo acumular pecados, voy a matarme.

¡Séame permitido, en el más allá, renacer con un cuerpo digno de religión!»³⁸

Cuando iba a matarme, Gnogpa me detuvo. Y me dijo entre lágrimas:

«Valeroso Gran-Mago, no lo hagas. Según las mejores enseñanzas secretas de Buda, las facultades y los sentidos de cada uno de nosotros no pueden emanciparse de los dioses. Si mueres antes de tiempo, cometes el crimen de matar a un dios. Por eso es tan gran crimen el suicidio. Incluso de acuerdo con los sutras no existe mayor pecado que quebrar la propia vida³⁹. Y, puesto que lo sabes, renuncia a matarte. Todavía es posible que el lama te entregue su doctrina. Y si no te la da él, con toda seguridad otro lama lo hará».

Mientras me dirigía estas palabras, los demás monjes, no pudiendo tolerar mi infortunio, subían unos a ver si había llegado el momento de suplicar al lama y, los otros, se acercaban a mí y me consolaban. Pese a ello, yo pensaba apenado: «¿Es acaso de hierro mi corazón? Puesto que, de no ser así, habría estallado y yo estaría muerto».

Fue a causa de los crímenes de mi juventud por lo que sufrí tales dolores para hallar la religión.

Así habló Milarepa:

En aquel momento, no había nadie de entre los oyentes que no llorara sollozando. Algunos, sofocados por el excesivo dolor, se desvanecieron.

Éste es el segundo capítulo, en que Mila es purificado de las huellas del pecado por medio del dolor.

³⁸ Aquí la palabra cuerpo designa la individualidad con la que Milarepa obtiene la doctrina.

³⁹ Es decir que la enseñanza esotérica confirma la condenación del suicidio. Tantra y sutra están de acuerdo.

Capítulo III

Entonces habló Réichung:

«¿Maestro, de qué modo fuiste admitido como discípulo por el lama Marpa?». Mila prosiguió.

Después de que los monjes hubieran realizado durante algún tiempo numerosas idas y venidas entre el lama y yo, éste se dejó aplacar y se levantó. Con el alma enternecida, llamó al ama. Ésta, invitada a ir, se presentó. El lama le preguntó:

«¿A dónde han ido Gnog tcho ku dorje y los demás monjes?».

«El lama Gnogpa, de acuerdo con tus órdenes de traer en seguida las joyas de Naropa y su sello de rubíes, se ha ido a buscarlos y está fuera.»

Y contó detalladamente lo que el hermano Gran-Mago había solicitado a Gnogpa y lo que Gnogpa había respondido. Añadió que nos hallábamos allí. El lama Marpa derramó algunas lágrimas y dijo: «Éstos son los discípulos que necesito para la doctrina secreta. Puesto que los tengo y son dignos de compasión, llama a todos mis discípulos».

Eso dijo y un monje comunicó a Gnogpa: «Ahora el lama ya está apaciguado. Me ha enviado a que te invite y te ruega que acudas.»

Yo grité:

«¡Dichosos los que perseveran! En cuanto a mí, pecador, pese a que el lama se haya calmado, no tendré la dicha de presentarme ante él. Porque si acudiera, no haría más que insultarme y golpearme».

Y, llorando, permanecí allí. Gnogpa, quedándose también, dijo al monje:

«Ve a comunicar al lama lo que le ocurre al Gran-Mago. Vete a preguntarle si puede presentarse. Temo que si no permanezco con él durante este tiempo, cometa alguna locura».

El monje transmitió a Marpa estos extremos. Marpa respondió:

«Antaño hubiera tenido razón. Pero hoy no actuaré del mismo modo. El Gran-Mago es el primero de los huéspedes a quienes he invitado. Que vaya el ama a buscarle».

Llegó el ama, temerosa y sonriente a un tiempo, y me dijo:

«Hermano Gran-Mago, el lama parece ahora tomarte como discípulo. Parece profundamente movido de compasión. Ha dicho que eres el primero de sus huéspedes y me envía a buscarte. Tampoco a mí me ha regañado mucho. Alegrémonos y vamos».

Yo me preguntaba si sería cierto y, aunque lleno de inquietud, entré. Y el lama habló:

«Si se considera cuidadosamente, no ha existido falsedad en ninguno de nosotros. Por mi parte, tan sólo he probado al Gran-Mago para purificarle de sus pecados, puesto que si el trabajo de la torre hubiera debido satisfacer mis deseos, hubiese dado las órdenes con dulzura. Era, por lo tanto, sincero. El ama ha actuado de acuerdo con el común de las mujeres. Sin embargo, aun en su excesiva piedad femenina, ha demostrado sincera indulgencia, engañar por medio de los presentes y la mentirosa carta eran cosa grave. Gnogpa tuvo razón al creer en tu palabra. Ve ahora a buscar esta carta. Luego te instruiré. El Gran-Mago, ardiendo en deseos de religión, tuvo motivos para utilizar todos los medios con el fin de obtenerla.

»Gnogpa ignoraba que el ama le había enviado una falsificación. Por ello inició al Gran-Mago y le dio la consagración. No buscaré, por lo tanto, el modo de castigarle.

»Aun cuando quien ha mentido una vez será siempre sospechoso de mentira, hago una excepción a esta regla común. Pese a lo que puedan parecer, mis acciones son siempre de inspiración religiosa.

Sigo, siempre, la vía natural de los bodhisattvas. Vosotros, ignorantes oyentes, no os dejéis engañar.

»En particular, si este muchacho de gran fe hubiera sufrido nueve pruebas, no hubiese renacido más y sería buda. Pero no ha sido así. El ama, por su debilidad, es la causa de la leve mácula de pecado que permanece en él. Sin embargo, sus grandes pecados han sido borrados por sus ocho grandes actos de fe¹ y por sus múltiples pequeños merecimientos. Te recibo, ahora, y te daré mi enseñanza, semejante a mi corazón de anciano. Tomarás, también, mis víveres y, encerrándote para meditar, gozarás la felicidad».

Mientras decía estas palabras, yo me preguntaba: «¿Es un sueño o estoy despierto? Si es un sueño quisiera no despertar jamás». Pensando esto, mi gozo era inconmensurable. Derramando lágrimas de alegría, me prosterné. El ama, Gnogpa y los demás pensaban: «¡Qué poder el del lama cuando quiere borrar los pecados! ¡Qué misericordia cuando quiere admitir a un discípulo! El lama tiene la naturaleza de un buda». Y su fe se engrandecía aún más.

Tras haber dado, con lágrimas en los ojos, gracias al lama por su compasión, todo el mundo, riendo gozoso, se reunió en círculo. Al anochecer de aquel mismo día, en el mismo lugar de la asamblea, dispusimos un sacrificio. Marpa me dijo: «Te doy el voto común de liberación»². Y cortó mis cabellos. Cuando hube transformado mi cuerpo, el lama dijo:

«Tu nombre me fue revelado por Naropa durante un sueño, en el tiempo de tu llegada».

Y me denominó Mila-Trofeo-de-Diamante. Me ligó por el voto de noviciado y me entregó los mandamientos de los bodhittsavas. Fortalecimos nuestros corazones comulgando con el cráneo de las libaciones³. Y vimos, con toda claridad, burbujear una luz de cinco colores.

¹ Se refiere al hecho de haber superado ocho grandes sufrimientos y pruebas. (N. del T.)

² Voto que permite transformarse en un *ge-nyen*, es decir hermano laico. (N. del T.)

³ Kapala, palabra sánscrita con la que los tibetanos designan la copa de libaciones hecha con la bóveda de un cráneo.

Entonces, Marpa hizo el ofrecimiento al Ydam y, luego, bebió. Me tendió, seguidamente, la copa. Y bebí el resto sin dejar nada.

El lama dijo:

«Esto es un buen presagio. Mi néctar es más delicioso que el de cualquier otro lama, aunque esté revestido de las cuatro consagraciones⁴. A partir de mañana te iniciaré en el poder de madurar las verdades ocultas».

Luego, habiendo dibujado un mandala⁵ de sesenta y dos genios, lo designó para la consagración. Al mismo tiempo, señalando con el dedo el diagrama hecho con polvos de colores, dijo: «Ésta es, sólo, la imagen del mandala. El modelo está allí arriba». Y señaló el cielo con el dedo. Y vimos con claridad los veinticuatro reinos de Cakrasambhara, los treinta y dos lugares santos, los ocho grandes cementerios rodeados de héroes y dioses tornasolados⁶. Al mismo tiempo, y con una sola voz, el lama y los dioses celestes me llamaron Glorioso-Vajra-resplandeciente-portador-del-signo-mágico.

El lama, dándome extensamente los preceptos de los tantra⁷, me mostró a fondo los medios de retener y practicar las fórmulas. Luego, posando sus manos en mi cabeza, me dijo:

«Hijo mío, desde el comienzo tu fuiste un discípulo capaz de instrucción. La noche que precedió a tu llegada, un sueño me comunicó que estabas destinado al servicio de la doctrina del Buda. El ama, en un sueño parecido y todavía más notable, vio a una joven guardiana de un templo y a los dioses pontífices de la religión. De este modo me fuiste enviado como discípulo por los dioses y por ello, disfrazado de trabajador, salí a tu encuentro⁸. Tú apuraste la cerveza que te ofrecí.

⁴ Es decir, llegado al último grado de la iniciación. (N. del T.)

⁵ El *mandala* o círculo mágico, es un soporte para la meditación, objeto central de los rituales tibetanos. El mandala de sesenta y dos genios se utiliza para la invocación de las principales divinidades ligadas al rito del ciclo fundamental de Sambhara. (N. del T.)

⁶ Alude a las subdivisiones del mandala. (N. del T.)

⁷ Es decir, libre acceso a los tantra. (N. del T.)

⁸ Este subterfugio para llevar a cabo, sin que lo parezca, una demostración de respeto, explica que todos los actos extraños de este relato tienen un significado oculto, pero sencillo. Cuanto más lejos se llega a la busca de un visitante, mayor es el honor. Marpa no podía mostrar una mayor deferencia.

Aquella cerveza y el trabajo terminado significan que, penetrando en el seno de la doctrina, la recorrerías por entero. Luego, la vasija de cobre con cuatro asas significaba la venida de mis cuatro grandes discípulos. El metal de su superficie, sin brillo pero inmaculado, significaba que, estando tu alma ligeramente manchada, tu cuerpo sabría producir el santo calor del fuego interior⁹. El perol vacío simbolizaba la pobreza de tus alimentos cuando hubiera llegado el tiempo de alcanzar la perfección. Pero, del mismo modo, para simbolizar la riqueza de tu edad madura y la de tus discípulos; para simbolizar la alegría del discípulo ávido de saciarse con el jugo de la doctrina, llené la vasija con el aceite de las lámparas del altar. La hice tintinear para simbolizar tu futuro renombre. Para purificarte de las tinieblas del pecado te ordené los trabajos, cada vez más terribles, de las torres.

»Cada vez que te expulsaba cruelmente de entre los oyentes y te abrumaba de pesadumbre, no abrigabas ningún mal pensamiento contra mí. Por ello tus discípulos tendrán, primero, celo, sabiduría y piedad, virtudes que son la perfección de todo discípulo. Luego, poco descosos de los bienes de esta vida, a fuerza de mortificaciones y energía, soportarán la meditación en la montaña. Por fin, habiendo adquirido la experiencia de todas las cosas, serán misericordiosos. Así, todos ellos llegarán a ser lamas predestinados. La doctrina Kadjupa será semejante a la luna en cuarto creciente. Por ello, alégrate».

Suspiros. Exaltación. Éste fue el comienzo de mi felicidad.

Así habló Milarepa. Éste es el tercer capítulo, en el cual obtiene la consagración y la iniciación a la doctrina secreta.

⁹ *Gitum mo*: interpretación mística de un fenómeno natural; el calor interno provocado por las profundas inspiraciones durante la meditación. Este calor permite a los eremitas soportar el terrible frío de las montañas.

Capítulo IV

LA MEDITACIÓN

Rétchung dijo entonces: «¿Maestro, cuando hubiste escuchado la doctrina, fuiste en seguida al desierto o permaneciste junto al lama?». Y Mila prosiguió.

El lama me ordenó que aplicara sus lecciones progresivamente. Me preparó los víveres necesarios y me emparedó para mi meditación en la Guarida-de-los-Tigres del Acantilado-del-Sur. Llenó entonces de aceite una lámpara de altar y la encendió. Luego la colocó sobre mi cabeza. Así fue como, sin moverme por miedo a apagar la lámpara, medité día y noche.

Transcurrieron once meses. El lama y su mujer vinieron entonces, trayéndome buenos víveres y un círculo de ofrendas. El lama gritó:

«Bien, hijo mío, meditar durante once meses sin dejar que tu lugar se enfríe es muy satisfactorio. Abre ahora un agujero en el muro que cierra tu celda y ven a reposar a mi lado. Conversarás conmigo de acuerdo con tu inspiración».

Yo pensé por mi parte: «Mi salud sigue siendo buena; pero puesto que es orden del lama, es preciso acudir».

Me puse a derribar la puerta. Apenas había comenzado cuando, sin atreverme a continuar, me detuve un momento. Llegó entonces la mujer del lama y preguntó: «¿Vienes, hijo mío?». Respondí que no me atrevía a derribar la puerta. La madre repuso: «No hay peligro alguno. Es el presagio de la palabra secreta. Derriba la puerta y ven, principal-

mente porque el lama se encolerizaría y, luego, porque el presagio no puede mentir».

La derribé. Y pensando que la madre tenía razón, salí. El lama dijo: «Meditemos ambos, padre e hijo, juntos. Ama, prepara un festín».

Cuando hubimos realizado la ofrenda, el lama me dijo:

«Hijo mío, ¿qué conocimientos has extraído de mis enseñanzas?»¹ Dime sin temor cómo han aparecido a tu espíritu el sentido verdadero y el objeto real».

En un acto de fe y de ardiente veneración por el lama, me arrodillé y uní las palmas de mis manos. Con los ojos arrasados en lágrimas, le hice oblación de lo que había comprendido y canté esta canción de siete estrofas:

«A ti, que te muestras bajo distintas encarnaciones² al pecador convertido.

A ti que apareces como buda y soberano bien sólo a los ojos de los bodhisattvas, yo te saludo.

«Saludo en ti al verbo único que ha dado la ley a cada pueblo en su lengua, en ochenta y cuatro mil palabras y por medio de sesenta voces distintas.

«Saludo, en fin, al espíritu del Buda Absoluto, el Inmutable y Omnisciente, como si estuviese liberado de las tinieblas nocturnas en el cielo luminoso de su nirvana.

«Me postro a los pies de la dueña y madre que engendró un buda de las tres épocas³, cuyo cuerpo aparente es inmutable y perfecto en el santo palacio que es la región de la idea pura.

¹ Enseñanza de proposiciones y fórmulas cuyo sentido está más o menos velado. La meditación profunda permite penetrar su auténtico sentido y extraer de ellas el conocimiento.

² Encarnaciones terrenales.

³ Es decir: el pasado, el presente y el futuro. (N. del T.)

»Saludo, con sincero respeto,
a los hijos espirituales a quienes has reunido,
a los discípulos que cumplen tus mandamientos
y a la muchedumbre de tus servidores⁴.

»Pongo ante ti, como ofrenda, mi cuerpo
y todo cuanto de adecuado para los sacrificios
encierran las regiones del mundo⁵.

»Ruego que todos mis pecados sean expiados uno a uno⁶,
que todos los seres se vean señalados por la felicidad⁷
y que la doctrina sea predicada en la distancia⁸.

»Ruego que el glorioso lama viva
en tanto que los seres no sean liberados de la transmigración⁹.
Que todas mis acciones sean provechosas a las criaturas¹⁰.

Habiendo rogado primero de este modo, en siete estrofas, fundando la gracia de no transmigrar en el poder de la bendición de una misericordia inconmensurable y en la eficacia de la obra del Buda que Sostiene-el-Rayo, del lama, de la madre y el hijo inseparablemente unidos, el súbdito ofreció al señor sus débiles conocimientos del sentido de lo real de las fórmulas en la siguiente súplica:

«Ten a bien escuchar mi plegaria sin mudar la disposición de tu espíritu. He comprendido esto:

En nuestro cuerpo se reúnen los efectos de la ignorancia y las doce causas del samsara¹¹. El cuerpo material, hecho de carne y sangre,

⁴ Hasta aquí la primera estrofa.

⁵ Segunda estrofa.

⁶ Tercera estrofa.

⁷ Cuarta estrofa.

⁸ Quinta estrofa.

⁹ Sexta estrofa.

¹⁰ Séptima estrofa. La palabra estrofa no es demasiado adecuada a partes de tan distinta longitud; es traducción del tibetano *yan lag*, «rama».

¹¹ Las doce causas que ponen en funcionamiento la rueda del nacimiento y de la muerte. (N. del T.)

fruto de nuestras anteriores obras y del que tenemos conciencia, es el feliz navío de las almas afortunadas que aspiran a la liberación. Es también el guía que conduce hacia la perdición a los pecadores que acumulan crímenes.

»Conociendo la enormidad del beneficio o la pérdida que corresponden, ¡ay!, a la felicidad o a la condenación eternas en las fronteras del bien y del mal, y cómo es difícil escapar del océano de la transmigración, fuente de todo dolor, me apoyo ahora en la fuerza del conductor de las criaturas para llegar a la liberación.

»Habiendo, en primer lugar, solicitado la protección de las tres joyas, estudié según me enseñaste. Por medio de este estudio, y puesto que eres el lama dispensador de toda felicidad, recibiendo con devoción todas tus palabras, comprendí que importaba, por encima de todo, no romper mi voto.

»Además, la humanidad¹² es un estado difícil de adquirir. Cuando nuestro espíritu se abate ante la terrible consideración de la muerte súbita, de las consecuencias de nuestros actos y de los castigos de la transmigración, en el deseo de escapar es preciso apoyarse por entero en el único voto de la propia liberación. Éste es el terreno sobre el que es preciso basarse.

»Apoyado de este modo, conquistando progresivamente el vehículo¹³, debe velarse por el cumplimiento de las obligaciones del voto como por los globos de los propios ojos.

»Pero sí, tras un desfallecimiento, te levantas de nuevo; si deseas liberar de la transmigración a todas las criaturas, contrariamente al pequeño vehículo que es el cuidado de la propia tranquilidad, llegas a ser bodhisattva. He comprendido que el gran vehículo era sacrificarse, a fuerza de piedad y conmiseración, a la causa de todas las demás criaturas.

»Cuando se rechaza la vía de escucharse a sí mismo, se penetra en la vía del gran vehículo.

¹² Se refiere a la bodhi. (N. del T.).

¹³ El sendero de la bodhi. Para recorrerlo se dispone del gran vehículo (mahayana) y del pequeño vehículo (hinayana). (N. del T.).

»Cuando se adopta como base la contemplación interior, se comienza a recorrer la vía mística.

»Para enseñar esta contemplación es preciso un lama marcado por la predestinación, que posea los ritos de las cuatro santas iniciaciones¹⁴ y hábil en señalar el error. Una vez consagrado e iniciado en la contemplación de la profunda doctrina, se medita a partir de entonces siguiendo la progresión. He querido, pues, hallar la renuncia al yo que es tan común a la doctrina privilegiada como a la vulgar. Buscando en los mandamientos y los preceptos, por medio de ejemplos y múltiples pruebas, concebí el olvido de sí mismo y la nada de la individualidad. Fue así cómo quise olvidar mi ser perecedero y apaciguar mi espíritu por medio de la contemplación. Cuando, por medio de múltiples argumentos, hube apaciguado mi espíritu, la incesante preocupación de mi pensamiento se interrumpió, y al mismo tiempo, el yo pensante perdió conciencia de sí mismo.

»Permanecí en estado de inconsciencia una cantidad de años, meses y días que ignoro y que otros han debido evaluar¹⁵.

»Manteniéndome en esta inconsciencia (afectiva) por la conciencia intelectual, sin dejarme vencer por el sopor, incitaba mi inteligencia. No conceder realidad a las apariencias ni prestar atención a las cosas visibles; la idea desnuda y pura, clara y límpida: éste es el carácter del estado de serenidad.

»Cierto es que se llega a esta serenidad por la contemplación¹⁶, pero como la verdadera contemplación no puede manifestarse al vulgo,

¹⁴ Los cuatro grados de la iniciación correspondientes a cuatro enseñanzas particulares. (N. del T.)

¹⁵ La conciencia individual que el contemplativo suprime es la conciencia afectiva y, también, el sentido de la duración. A la pérdida de la noción del tiempo sucede un estado consciente superior, puramente intelectual, primera etapa hacia el conocimiento real de sí mismo.

¹⁶ Aquí el término no es general. Se refiere a la contemplación propiamente dicha. La palabra *éxtasis* sería más adecuada si no fuera necesario reservarla para traducir grados más elevados de la meditación. Nuestro vocabulario se ve desbordado por la precisa riqueza del vocabulario budista. Ya en estas líneas hemos empleado impropriamente y repetido el mismo término con acepciones muy distintas o para traducir nociones que no poseemos.

pensé que el primer paso de la perfección era llegar a esta contemplación. Quien así lo hace, tras haber apoyado la atención en la vacuidad de las cosas, se libera y conserva el conocimiento de su ilusión.

»En otros, el pensamiento del estado de serenidad consiste en la representación corporal de los dioses que meditan. Yo pensé que eso no era, en absoluto, el estado de serenidad.

»En resumen, incitar al pensamiento hacia un estado perfecto de serenidad y someterlo al control de un severo examen, son las condiciones necesarias para obtener la contemplación. Pienso que esto es semejante a los primeros tramos de una escalera que debe subirse: todos aquellos que meditan deben, primero, ser iniciados a la piedad y a la misericordia, antes de cualquier operación, especulativa o no.

»Al comienzo uno se abandona a un sentimiento de interés por determinados seres que se representa. Luego la clarividencia purifica este sentimiento de todo vínculo con imágenes concretas. Por fin se permanece en un estado constante de desinteresada plegaria, abstraída y general, por todas las criaturas. Comprendí que era la mejor de todas las vías.

»Al igual que un hombre hambriento no se sacia con el conocimiento de los alimentos, sino que desea también comer, del mismo modo quien aspira a la no realidad¹⁷ no se contenta tan sólo conociendo su sentido, sino que desea meditarlo¹⁸. Comprendiéndolo, comprendí particularmente que era preciso practicar sin tregua las buenas obras y las purificaciones en el intervalo de las meditaciones, como medio para llegar a la contemplación.

»En resumen, comprendí que las nociones adquiridas por el eremita sobre la nada de las cosas, su no diferenciación, sus vacíos apelativos¹⁹ y su unidad, eran los preceptos para el progreso en el vehículo vajra, correspondientes a las cuatro consagraciones.

¹⁷ La no realidad del mundo exterior, comprendida la individualidad.

¹⁸ La palabra empleada aquí, *sgom*, es un término general que engloba todas las operaciones y grados de la meditación. Puede significar también la realización definitiva de la idea de no realidad en la conformación a esta idea del modo de vivir.

¹⁹ La indefinibilidad. Cualquier denominación es arbitraria.

»Para manifestarme estos conocimientos, sometí mi cuerpo, le racioné el alimento y, habiendo fijado su obra a mi espíritu, me conformé a las apariencias del mundo²⁰.

»Habiéndolo probado todo en esta tarea, hasta poder morir por ello, no me presento ante el lama y el ama, mi padre y mi madre de insuperable bondad, para ofrecerles a cambio mis servicios y riquezas. Sino que, ofreciéndoles lo mejor que seré capaz de llevar a cabo, mientras viva, les suplico que acepten el conocimiento del objetivo que habré alcanzado cuando conseguiré, en el cielo, las cumbres de la ciencia.

»Gran lama Que-llevas-el-Cetro,
dueña y madre de un buda
y vosotros, encarnaciones de hijos reales,
para ofrecerlos escuchar esas pocas palabras
sobre el conocimiento nacido en mi corazón,
os ruego que soportéis con paciencia mis faltas,
mis ignorancias, mis herejías y mis errores.
Aceptad corregirlos de acuerdo con la doctrina.

»Y el loto de mi alma se abrirá
bajo la bendición de los ardientes rayos
caídos del sol de vuestra misericordia.

»Puesto que no poseo nada comparable a mi gratitud,
os hago oblación perpetua
del perfume que emana del conocimiento.

»Que los frutos de mi meditación sean provechosos a las criaturas,
para llegar a los límites de la perfección.
Aceptad escuchar la voz de vuestro subdito que se atreve a imploraros».

²⁰ Literalmente: *Seguir las apariencias*. Aunque el mundo sensible sea aparente, estas apariencias no están por ello menos ligadas entre sí por la relación de causa y efecto. Placer y dolor son relativos. Sin embargo, la satisfacción de los deseos engendra el dolor y, la virtud, aporta la más duradera felicidad. Por ello, el eremita, tras haber disciplinado su pensamiento por medio de la meditación y haberse convencido de la vanidad de las apariencias, debe conformar su vida a las leyes de la causalidad que rigen estas apariencias. (Explicación debida al geshé Kachen Dondup.)

Así rogué. Entonces dijo el lama: «Hijo mío, deseo que así sea».

Y el padre y la madre, tras numerosos discursos religiosos, regresaron a su casa. Yo volví a cerrar con barro, tras de mí, la entrada de mi celda.

En aquel tiempo, el lama partió hacia el Norte, hacia la región central. Una noche, en la morada de Marpa Golegs, tras la reunión del oficio, una Tara le reveló, por medio de un sueño, que ignoraba, todavía, cierta lección simbólica de Naropa y le exhortó con el gesto. El lama pensó que debía ir al encuentro de Naropa.

Cuando ya había regresado del Valle-de-los-Abedules y llevaba allí unos días, cierta noche se me apareció en sueños una joven, azul celeste, hermosa por sus vestiduras de brocado y por sus adornos de hueso, con las pestañas y las cejas de reluciente oro.

Me dijo: «Hijo mío, tu doctrina mahamudra²¹ conduce a la bodhi mediante una larga meditación. Tu fórmula es la de los seis dogmas²². No posees aquella que hace resucitar en la bodhi con sólo meditarla un instante. Solicítala». Dicho esto, desapareció.

Pensé para mí: «Esta joven llevaba el vestido de las Tara. ¿Acaso es una advertencia de los dioses? ¿Será un ardid del demonio? Sea lo que fuere, mi maestro que es buda del pasado, del presente y del futuro lo sabrá. Y no sabe tan sólo una cosa, sino todas las cosas desde lo más alto, la fórmula para convertirse en buda, hasta lo más bajo, la forma de recomponer un cántaro roto. Si es un aviso de los dioses, debo solicitar la doctrina de la resurrección»²³.

²¹ Literalmente: *Gran Símbolo*. Uno de los sistemas de meditación que se utilizan en la: escuela kadjupa. (N. del T.)

²² Los seis dogmas, según el tratado del mismo título, son: el calor vital, el cuerpo ilusorio, el sueño, la clara luz, el estado intermedio y el paso de uno a otro cuerpo. (N. del T.)

²³ La palabra resurrección es impropia, pero aquí se emplea para significar una transmigración voluntaria de un vivo al cuerpo de un hombre o animal muertos. Esta fórmula que Marpa poseerá más tarde le conferirá el poder de transmigrar o hacer transmigrar en un cadáver. En su historia se dice que Marpa, dirigiéndose a la India como vamos a ver, se enteró de la muerte de su hijo y quiso resucitarlo en un cadáver para transmitirle la doctrina oral. Los dioses le concedieron sólo un espacio de siete días para llevar a cabo la operación, pero no encontró cadáver alguno sino el de una anciana del que no quiso servirse. Halló, por fin, el cadáver de una paloma. La resucitó con el alma de su hijo y la envió a vivir a la India, en un lugar llamado luego Árbol-de-la-misteriosa-paloma.

Deshice el muro de mi celda y me dirigí junto al lama. Él gritó:

«Por qué no permaneces en una severa reclusión, ¿acaso te ha ocurrido un accidente? ¿Para qué has venido?».

Le explique como era la joven, lo que me había dicho y pregunté:

«¿Es una advertencia o un maleficio? Lo ignoro. Si es una advertencia he venido a solicitarte la doctrina de la resurrección. Y te la solicito».

El lama reflexionó unos instantes y dijo:

«Es, ciertamente, una advertencia de los dioses. Cuando regresé de la India el pandit Naropa anunciaba: "Explicación de la doctrina de la resurrección". Puesto que me hallaba a punto de marcha, no la retuve. Por ello vamos a buscarla leyendo todos los libros de la India».

Día y noche, maestro y discípulo buscamos arduamente el libro de la resurrección. Encontramos muchas obras sobre la transmigración, pero ni la menor palabra sobre la resurrección. El lama dijo:

«La advertencia que recibí en el norte del Tíbet Central me exhortaba a hacer la misma petición. Puesto que existen otras fórmulas que yo ignoro, iré a solicitarlas».

Le hice patentes los inconvenientes de su avanzada edad. Pero no logré disuadirle. Tras haber convertido en oro los presentes de sus discípulos, se llevó una copa llena y partió hacia la India.

Naropa había muerto. Pero deseando encontrarle con desprecio de su vida, Marpa consultó numerosos presagios y le vaticinaron que le hallaría. Recitando plegarias partió en su búsqueda. Le encontró en una selva virgen. Le invitó a acudir al monasterio Phul-la-Hari. Y, una vez allí, le solicitó la fórmula de la resurrección. El pandit Naropa respondió:

«¿Lo recuerdas? Has recibido la advertencia».

«No lo recuerdo. No he recibido la advertencia. Fue un discípulo mío, Buena-Nueva, quien recibió la advertencia de los dioses y acudió a mí para solicitarme la doctrina.»

«¡Oh maravilla!», gritó Naropa. «En el tenebroso Tíbet tu discípulo se asemeja al sol levantándose por encima de las nieves».

Habiendo dicho esto, alzó sus manos unidas por encima de su cabeza e hizo esta plegaria:

«Yo te saludo, discípulo llamado Buena-Nueva, semejante al sol levantándose por encima de las nieves, en las tinieblas del sombrío septentrión».

Diciendo esto cerró los ojos e inclinó por tres veces la cabeza. Y las montañas de la India y los árboles se inclinaron tres veces en dirección al Tíbet. Todavía hoy, los árboles de la montaña de Phul-la-Hari tienen la copa inclinada hacia el Tíbet. Naropa enseñó todas las fórmulas transmitidas por los dioses. Luego consultó los presagios. El modo de saludar de Marpa le presagiaba una corta descendencia. Pero la doctrina entregada a mi intermediario profetizaba una descendencia espiritual más larga que el lecho de un río.

Marpa regresó en seguida al Tíbet. Se conmemoraba el aniversario de la muerte de su hijo Darma Dodé, ocurrida de acuerdo con el presagio. Habiéndose reunido todos los monjes y discípulos para la ceremonia, los grandes discípulos preguntaron a Marpa:

«Precioso lama, tu hijo es ahora semejante a un buda de las tres épocas, nuestra hora ha pasado. También tú has envejecido. ¿Cómo se transmitirá la preciosa doctrina kadjupa? ²⁴ Muéstranos cuáles deben ser nuestra disciplina y nuestra tarea».

El lama respondió:

«Yo y toda la descendencia del pandit Naropa tenemos el poder de recibir presagios por medio de los sueños. Naropa ha hecho una buena profecía en lo que respecta a la doctrina kadjupa. Vosotros, grandes discípulos, id y aguardad los sueños».

Entonces dos discípulos, al tener sueños, los narraban. Pero aunque todos habían tenido sueños felices, no pudieron extraer presagio alguno. Yo había soñado en cuatro columnas. Conté así mi sueño en presencia del lama:

«Por orden del lama Porta-Cetro, tuve durante tres noches un sueño.

Ofrezco su historia al lama.

Acceda, pues, a escucharla.

²⁴ La tradición oral.

Soñé que en el vasto Norte del mundo
se elevaba una montaña de nieve, de imponente mole.
Su cima nevada rozaba el cielo.
El sol y la luna giraban a su alrededor.
Su luz llenaba todo el espacio.
Y su base cubría toda la tierra.
De ella descendían ríos a los cuatro puntos cardinales.
En estos ríos abrevaban todas las criaturas.
Y todas esas aguas se derramaban en el mar.
Brillaban toda clase de flores.
Éste fue el sueño que tuve.
Se lo digo al lama buda de las tres épocas.
Pero soñé, en especial, que sobre esta alta montaña de imponente mole,
se levantaba al Este una gran columna.
Encima de esta columna dominaba un gran león.
Sus melenas de turquesas se expandían por todas partes.
Hundía sus garras en la nieve.
Sus ojos miraban a lo alto.
Y corría sobre la nieve.
Se lo digo al lama buda de las tres épocas.
Soñé que al Sur se levantaba una gran columna.
Encima de esta columna rugía una tigresa.
Su erizada pelambreira la cubría por completo.
Sonrió por tres veces.
»Hundía sus garras en las selvas.
Sus ojos miraban a lo alto.
Y marchaba con fiereza por las densas espesuras.
Y los cedros de las selvas estaban entremezclados.
Se lo digo al lama buda de las tres épocas.
»Soñé que al Oeste se levantaba una gran columna.
Encima de esta columna planeaba un gran garuda²⁵.

²⁵ Especie de águila. (N. del T.)

Las alas del garuda estaban desplegadas.
Sus cuernos se elevaban en el cielo.
Sus ojos miraban a lo alto.
Y se lanzó al espacio.
Se lo digo al lama buda de las tres épocas.

«Soñé que al Norte se levantaba una gran columna.
Encima de esta columna planeaba un buitre.
Sus puntiagudas alas se hallaban desplegadas.
Su nido estaba colocado en una roca.
El buitre tenía un pequeñuelo.
Y el cielo estaba lleno de pajarillos²⁶.
El buitre miraba a lo alto.
Y se lanzó al espacio.
Se lo digo al buda de las tres épocas.
Éste es el presagio de mi sueño.
Pensé que era un feliz presagio.
Y me alegré de tal felicidad.

Acceda, ahora, a revelarme su significado».

Así hablé y el lama, lleno de gozo, respondió:

«Éste es un feliz sueño. Ama, dispón un hermoso círculo de ofrendas».

Y la madre reunió las cosas necesarias.

Entonces, reunidos los discípulos y los hijos espirituales en torno al círculo de ofrendas, el lama dijo:

«¡Qué maravilloso sueño ha tenido Mila-Trofeo-de-Diamante!».

Los grandes discípulos solicitaron:

«Puesto que has comprendido el sentido y los signos de estos sueños, accede a revelarnos su profecía».

Entonces el lama, gran avatar y traductor, cantó a los discípulos este canto que revela los sueños:

«Señor buda de las tres épocas,

²⁶ Pájaros parásitos que rodean a las rapaces. Imagen para significar a los discípulos.

pandit Naropa, me prosterno a tus pies;
vosotros, discípulos que os halláis aquí sentados,
escuchad el asombroso presagio del porvenir
revelado por los sueños,
que yo, anciano, voy a comunicaros.
Esa cima del mundo en el Septentrión
es la doctrina del buda que se extenderá por el Tíbet.
La montaña de nieve helada
es el viejo traductor Marpa
y la futura doctrina kadjupa.
La cima nevada que rozaba el cielo,
es la doctrina sin igual.
El sol y la luna girando en torno a su cumbre
son la meditación luminosa y la caridad omnisciente.
La luz llenando el espacio
es la piedad que disipa las tinieblas de la ignorancia.
Su base cubriendo la tierra
es la labor del mundo como fundamento.
Los cuatro ríos fluyendo en las cuatro direcciones son las fórmulas
de las cuatro consagraciones de la salvación.
Esos ríos abrevando a todos los seres
son la salvación para los conversos.
"Todas las aguas afluyendo al mar
son la reunión de la madre y los hijos.
"Todas las variadas flores que brillaban
son el goce del fruto sin mácula²⁷.
El sueño, en general, no es malo, sino feliz.

»Pero, oh, monjes y discípulos reunidos en este lugar,
en particular, sobre esta alta montaña nevada, imponente por su mole,
la gran columna levantada al Este
es Tshur-tön Uang-gé de Dol.

²⁷ El claro conocimiento, fruto de la meditación.

El león que dominaba en la cima de la columna
significa que Tshur-tön tiene la naturaleza del león.
Su melena de turquesa, extendida,
es la enseñanza de la palabra armoniosa.
Sus cuatro garras hundidas en la nieve
son la posesión de los cuatro atributos infinitos.
Su mirada vuelta al cielo
es un adiós al mundo de las criaturas.
Su fiera marcha sobre la blancura de la nieve
es la llegada al país de la liberación.
El sueño del Este no es malo. Es feliz.
Oh, monjes y discípulos reunidos en este lugar.

»La gran columna levantada al Sur
es Gnog-ton T'cho-dor de Jung.
La tigresa que rugía sobre esta columna
quiere decir que Gnog-ton tiene la naturaleza del tigre.
Su erizada pelambreira sobre todos sus miembros
es la enseñanza de la palabra armoniosa.
Las tres veces que ha sonreído
son el conocimiento de los tres cuerpos.
Sus cuatro garras apoyadas sobre las selvas
son el cumplimiento de los cuatro servicios religiosos²⁸.
Su mirada vuelta hacia lo alto
es un adiós al mundo de las criaturas.
Su fiera marcha a través de las selvas
es la llegada al país de la liberación.
Los entremezclados cedros de la espesura
significan una descendencia de nietos herederos.
El sueño del Sur no es malo. Es feliz.
Oh, monjes y discípulos reunidos en este lugar.

²⁸ Adoración, sacrificio, plegarias propiciatorias, exorcismos.

»La gran columna levantada a poniente
es Me-ton Tson-po de Tsang-rong.
El gran garuda que planeaba sobre la columna
significa que Me-ton tiene la naturaleza del garuda.
Las desplegadas alas del garuda
son la enseñanza de la palabra armoniosa.
Sus cuernos alzados al cielo
significan la meditación en la soledad.
Su mirada vuelta a las alturas
es un adiós al mundo de las criaturas.
Su vuelo a través de la inmensidad del espacio
es la llegada al país de la liberación.
El sueño del Oeste no es malo. Es feliz.
Oh, monjes y discípulos reunidos en este lugar.

»La gran columna levantada al Norte
es Milarepa de Kung thang.
El buitre que planeaba sobre la columna
quiere decir que Mila es semejante al buitre.
Sus puntiagudas alas desplegadas
son la enseñanza de la palabra armoniosa.
Su presencia sobre el acantilado
quiere decir que su vida será más dura que el roquedal.
El pequeño nacido a este buitre
quiere decir que no tendrá rival.
Los pajarillos que llenan el espacio
significan la propagación de la doctrina kadjupa.
Su mirada vuelta a las alturas
es un adiós al mundo de las criaturas.
Su vuelo en la inmensidad del espacio
es la llegada al país de la liberación.
El sueño del Norte no es malo. Es feliz.
Os lo digo a vosotros, que os halláis aquí reunidos.
Mi obra de anciano ha finalizado.

Vuestra hora, discípulos, ha llegado.
Si mi palabra de anciano es profética,
la doctrina perfecta que se transmite
se extenderá en el porvenir».

Así habló. Entonces todos los asistentes se llenaron de gozo. Y el lama abrió a sus grandes discípulos los tesoros de la doctrina y las sentencias. Nos las enseñaba durante el día. Por la noche, encerrados en nuestros retiros, proseguíamos felizmente su meditación.

Una tarde que el ama hacía su iniciación, el lama pensó:

«Es preciso que dé, a cada uno de mis discípulos, su ley particular y la tarea que ha de cumplir. Consultaré mañana los presagios del alba».

A la mañana siguiente, al despuntar la aurora, vio a sus grandes discípulos: Gnog-ton Tcho-dor de Jung comentaba el libro del Ydam Hevajra. Tshur-ton Uang-de de Dol meditaba la migración del alma. Me-to Tson-po del Tsang-rong meditaba la iluminación. Por mi parte, yo meditaba el calor místico²⁹. Así conoció el lama cuál sería la labor de cada uno de nosotros.

Dio, pues, a Gnogpa las explicaciones concernientes al empleo de los seis fines y los cuatro métodos alineados como una hilera de finas perlas, las seis joyas de Naropa, su amuleto de rubíes, una cuchara para sacrificios y el libro de los *Comentarios indios*. Luego dijo:

«Oren según mis enseñanzas por el bien de las criaturas».

A Tshur-ton Uang-de de Dol le dio la «Migración del alma», semejante a un pájaro que huye por una ventana abierta; bucles de Naropa, uñas de Naropa; pildoras de néctar y las diademas de cinco materias distintas. Luego le dijo: «Medita la migración del alma». A Me-ton Tson-po del Tsang-rong, le dio la iluminación semejante al fuego encendido en las tinieblas, la campanilla y el vajra de Naropa, el damaru de Naropa y su kapala³⁰ de nácar. Y le dijo:

²⁹ Véase nota 9 del c. III. Este calor interior, provocado por medios respiratorios, no es sólo físico, tiene efectos mentales esenciales para la entrada en el estado de meditación.

³⁰ Cráneo de libaciones, a veces natural, otras imitado con materiales preciosos. El damaru es un tamboril doble hecho con dos bóvedas craneanas opuestas por su parte superior.

«Libérate de los limbos».

A mí me entregó la eminente ley del calor místico, semejante a un fuego de leña bien cortada; el sombrero de Maitripa y las vestiduras de Naropa. Luego me dijo:

«Ve a errar por los desiertos de horror y de nieve y abísmate en la contemplación».

Por fin, con todos los monjes reunidos en círculo alrededor de las ofrendas, dijo:

«De acuerdo con el don de mis enseñanzas que os he hecho siguiendo los presagios, es a mis descendientes espirituales a quienes he dado, en primer lugar, su respectiva tarea, así como el gran provecho de mis lecciones. Pues, ahora, mi hijo Darma Dode Bum ya no existe. Os he confiado también, en paternal herencia, las fórmulas de mi doctrina kadjupa y la transmisión de mi bendición. Sentíos, por ello, llenos de celo. Y aumentará el bien de las criaturas».

Entonces, cada uno de los grandes discípulos partió hacia su país. El lama me dijo:

«Tú quédate algunos años cerca de mí. Te daré, todavía, una iniciación y una consagración especiales. Será preciso que me expongas las investigaciones de tu espíritu. Permanece, por ello, en un perfecto retiro».

Me retiré a la gruta llamada Gruta-del-Cobre de la profecía de Naropa. El padre y la madre me dieron una parte de la comida para mi escudilla de ofrendas. Y lo hicieron con mucha ternura.

Así habló Milarepa. Este es el cuarto capítulo. En él Milarepa hace germinar la espiga de su pensamiento meditando cerca del lama.

Capítulo V

Entonces, Rétchung preguntó: «Maestro, ¿por qué circunstancia fuiste llevado a retirarte de la presencia de Marpa? ¿Cuántos fueron los años que Marpa te ordenó permanecer a su lado?» El Maestro respondió.

«No estuve con él muchos años. La causa fue mi regreso al país.»

Permanecía entonces recluso y sentía una piedad ardiente. Por lo general, no dormía nunca. Pero cierta vez, al amanecer, me adormecí y tuve un sueño. Llegaba a mi país de Kyagnatsa. Mi casa Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas estaba deteriorada como las orejas de un viejo asno. La lluvia goteaba sobre los bienes del interior y sobre el Tesoro-de-la-Ley¹. Mi campo Horma-Triangular se hallaba invadido por las malas hierbas. Mis parientes y mi anciana madre habían muerto. Mi hermana había partido, errante, a mendigar. Puesto que mis parientes se convirtieron en los enemigos de la madre y de los hijos, fui, desde mi juventud, separado de mi madre y no la había vuelto a ver. Este pensamiento me causaba un inmenso dolor. Llamaba por sus nombres a mi madre y a mi hermana y lloraba. Desperté y mi almohada estaba empapada en lágrimas.

Me puse a reflexionar, evoqué el recuerdo de mi madre. Entonces se levantó el día. Deshice la puerta de mi celda y fui a hablar con el

¹ Título de un libro: *El Ratnakuta*.

lama. El lama dormía. Me acerqué a él e, inclinándome humildemente a la cabecera de su cama, canté este canto:

«Oh, señor compasivo y Que-no-Cambia,
envíame como mendigo a mi país.
En el país de Korum-de-las-Malas-Hierbas
somos, madre e hijos, enemigos de nuestros parientes.
Y vivimos separados desde hace años.
Mi amor no puede ya soportar la separación.
Déjame ver, de nuevo, por una sola vez, a mi madre.
Y regresaré en seguida».

Ésta fue mi plegaria. El lama despertó y, al mismo tiempo, el sol se levantó en el espacio: a través de la ventana, iluminó la cabeza del lama. La mujer del lama entró con su comida matinal. Todo ocurrió al mismo tiempo. El lama habló:

«Hijo mío, ¿qué te ha hecho abandonar tan pronto tu santo retiro? Ha acaecido alguna acción diabólica o algún maleficio. Regresa y permanece en la reclusión».

De nuevo, le presenté así el relato de mi sueño:

«Oh, señor compasivo y Que-no-Cambia,
envíame como mendigo a mi país.
En mi país de Kyagnatsa Korum
no queda ya nada de mis bienes.
He aquí lo que pienso amorosamente:
Veré si mi casa Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas
se mantiene aún en pie o se ha hundido.
Veré si la lluvia cae gota a gota
sobre el Tesoro-de-la-Ley.
Veré si el campo nutricio Triangular-Horma
está invadido por las malas hierbas.
Veré si goza de buena salud
el cofre que es el cuerpo de mi madre.

Veré si mi hermana Peta-Feliz-Protectora
se encuentra o no errante.

Veré si la diligente Dzesé
es capaz de llevar la casa.

Veré si los vecinos y mi tío Esvástica-Bandera-de-Victoria están o
no están allí.

Veré si mi tía Diablesa-que-Rivaliza-con-los-Tigres
está muerta o vive.

Veré si el sacrificador Kon tchong Lha bum
está o no está allí.

Pero es, sobre todo, por mi madre, que me ha engendrado un
cuerpo y alma,

y cuya añoranza ya no puedo soportar.

Déjame ir una sola vez al país.

Y regresaré rápidamente para postrarme a tus pies».

Así rogue y el lama respondió:

«¿Qué te ocurre, hijo mío? Cuando por primera vez llegaste a mí, afirmaste que no deseabas amar ya a tu país ni a tus vecinos. Ahora amas muchas cosas. Si regresas a tu país difícilmente verás a tu madre. En cuanto a los demás, ignoro si están allí. Has pasado algunos años en el Centro y en el Tsang. También aquí has pasado muchos años. Si partes, te dejaré marchar. Pero, si piensas regresar, debes saber que tu venida aquí para presentarme esta súplica y el sueño en que me has hallado presagian que no volveremos a vernos en esta vida.

»Sin embargo, el sol que se levanta en el cielo presagia que harás resplandecer como el sol la doctrina de Buda. En especial, el sol iluminando mi cabeza presagia que la doctrina kadjupa se extenderá a lo lejos. La llegada del ama trayendo la comida significa que serás nutrido con el alimento espiritual. No puedo sino dejarte partir. Ama, prepara el sacrificio».

El lama erigió el círculo para las ofrendas y el ama las dispuso. Luego el lama me confió la última iniciación a la tradición oral revelada por los mismos dioses, así como la enseñanza oral de las fórmulas desconocidas a los demás para la vía de la salvación. Luego dijo:

«En verdad, esas fórmulas me fueron entregadas por el señor Naropa porque estaba predicho que te serían transmitidas. Por tu parte, transmite al mejor de tus discípulos designado por los dioses esta tradición oral, que no deberá cesar a lo largo de trece generaciones espirituales. Si das estas fórmulas a cambio de víveres o bienes para gozar en esta vida, contravendrás la orden de los dioses. Mejor guárdalas, sin comunicarlas, en tu corazón. Si llega a ti un discípulo predestinado, aunque no posea nada que ofrecer, lígalo a ti por la consagración y desarrolla su instrucción. ¡Cuántas pruebas hizo Telo sufrir a Naropa! Si tú haces soportar a otros las mismas que yo te hice sufrir, no tendrían utilidad alguna para las almas no predestinadas. Te he dado cuatro de las nueve ramas menos secretas, reveladas por los dioses en la India. Las cinco restantes, puesto que mi descendencia se ha extinguido, pídeselas a los descendientes de Naropa. Serán provechosas a las criaturas. Apréndelas tanto como puedas.

«Si piensas que, falto de presentes que ofrecerme, no has recibido toda mi enseñanza, sabe que yo no me atengo a los presentes. Es la ofrenda de tu perfección y de tu celo la que deseo. Sé, pues, ardiente y levanta el estandarte de la perfección.

«Entre las fórmulas del doctor Naropa, existe una superior que no poseen los demás grandes discípulos. Es la tradición oral revelada por los dioses y yo la derramo sobre ti como un jarro rebosante. Que los venerados Ydam sean testigos de que no te he engañado y de que no existe otra fórmula».

Habiendo jurado así, cantó este canto:

«Gloria a vosotros que estáis llenos de gracia, a vosotros mi plegaria.

Si piensas en la historia de los antepasados llenos de gracias,
ésta es la fórmula.

Desear en demasía turba el alma.

Guarda bien en tu corazón la importante palabra que te he dado.

Las otras, todas juntas, no valen lo que ésta.

Muchos árboles no dan fruto.

Ciencia no es siempre verdad.

Aprender todo esto no siempre es verlo.

Es inútil decir muchas cosas.

Lo provechoso al corazón es una riqueza santa.

Si deseas ser rico de este modo, concéntrate en mi doctrina.

La religión es la vía que permite vencer la corrupción.

Para mantener el recto camino, concéntrate en mi doctrina.

Un espíritu que sabe contentarse² es un maestro.

Si deseas un buen maestro, concentra tu pensamiento en mi doctrina.

Este bajo mundo está lleno de lágrimas. Renuncia, pues, a la alegría.

Las moradas de nuestros antepasados eran las cavernas.

Un lugar desierto y solitario es una mansión divina.

El espíritu es para el espíritu un incomparable corcel que cabalgar.

Tu propio cuerpo es un santuario.

Una piedad sostenida es el mejor de los remedios.

He dado la fórmula que encierra toda sabiduría a mi hijo lleno de sabiduría.

Yo, mi fórmula y tu fe, somos una trinidad.

Colocados en manos de mi hijo, pueden desarrollarse la rama y su fruto, sin corromperse, ni secarse, ni disiparse».

Así cantó. Luego, posando las manos sobre mi cabeza, añadió:

«Hijo, tu partida destroza mi corazón. Siendo todos los compuestos tan sólo apariencia, nada podemos. Sin embargo, quédate todavía algunos días. Reflexiona las fórmulas y, si tienes dudas, esclárecelas».

Permanecí algunos días según las órdenes del lama y esclarecimos los puntos oscuros de las fórmulas. El lama dijo entonces:

«Ama, prepara un festín y ofrendas. He aquí que Mila está a punto de marcha y debo despedirle».

La madre ofreció un sacrificio a los Ydam, ofrendas a los dioses protectores de la religión y a los hermanos en religión la excelente comida que había preparado. En medio de nosotros, el lama mostró las formas de los Ydam Hevajra, del sambara de la rueda y de otros

² Limitar su deseo de saber.

Ydam místicos; los símbolos de la campanilla de diamante, de la rueda preciosa, del loto, de la espada y los demás símbolos; las tres letras O, Ah y Hum, blanca, roja y azul; y todos los diagramas luminosos, antes invisibles. Luego dijo:

«Esas cosas son transformaciones aparentes, espontáneas. Aunque inútiles tienen, hoy, razón de ser. Las he mostrado por la partida de Milarepa».

Cuando vi que el lama tenía la naturaleza de un buda, me poseyó una inmensa alegría. Pensé que, terminadas mis meditaciones, podría de igual modo realizar transformaciones.

El lama me preguntó:

«Hijo, ¿has visto? ¿Crees?».

Respondí:

«He visto. No podría no creer. Pienso que al final de mis meditaciones podré hacer lo mismo».

«Es cierto, hijo. Parte pues. Ya que te he mostrado toda cosa bajo la forma de fantasmagorías, tómalas por eso. Refúgiate en la soledad de los desiertos, las nieves o las selvas. Entre las soledades montañosas está el Monte-Sri-de-las-Gloriosas-Soledades que ha sido bendecido por los mayores santos de la India. Ve allí a meditar. Está el Tí-se nevado, la montaña de nieve de la que habla el Buda y el palacio del Ydam Cakrasambara. Ve allí a meditar. Está el La-tchi Kankra que es el Gaudaviri, uno de los veinticuatro países. Ve allí a meditar. Está el Ri-wo pal bar del Mang-yul y el Yol-mo Gang-ra del Nepal que son los lugares santos profetizados en el Mahayana Sutra. Ve allí a meditar. Está Tchrin-gi tchu-bar, lugar de reunión de las taras que recorren el espacio, cuando reposan. Ve allí a meditar.

»Medita en cualquier otro lugar desierto y propicio y planta en ellos un estandarte de la perfección.

»A levante están también los grandes lugares santos Wi-Koti y Tsa-ri reunidos. No ha llegado aún el tiempo de abrirlos. En el porvenir, se establecerá en ellos tu descendencia espiritual. Pero, por tu parte, ve primero a meditar en los lugares santos profetizados. Si meditas, servirás a tu lama, mostrarás gratitud a tu padre y a tu madre, y conse-

guirás la felicidad de las criaturas. Si no puedes meditar, no te quedarán sino malas acciones acumuladas en una larga vida. Rechaza por ello el vínculo de las pasiones de la vida presente y, sin hablar con nadie que esté preocupado por esta vida, no tengas otro fin que la meditación». Mientras decía estas palabras las lágrimas corrían por sus mejillas. «Puesto que, padre e hijo, no volveremos a vernos en esta vida, no te olvidaré. De modo que, en el más allá, encontrándonos en el paraíso, nuestra alegría no tendrá dudas. Un día tu meditación encontrará un obstáculo³. Entonces mira esto. No lo mires antes».

El lama me dio un rollo de papel sellado con lacre. Grabé en mi corazón las últimas palabras, tan estimulantes, del lama. En el porvenir, el recuerdo de cada una de ellas fortificó mi devoción.

Por fin el lama dijo:

«Ama, prepara la partida de Mila-Trofeo-de-Diamante para mañana por la mañana. Es conveniente estar triste, por lo tanto voy a acompañarle». Y a mí: «Tú ven esta noche a dormir a mi lado. El padre y el hijo mantendrán, todavía, una entrevista».

Y dormí cerca del lama. Entonces entró la madre. Lloraba y se lamentaba. El lama le dijo:

«Ama, ¿por qué lloras? ¿Acaso porque ha obtenido de su lama la fórmula de la tradición oral y va a meditar en el desierto, existen motivos de llanto? Lo que hace llorar es el pensamiento de que todas las criaturas, pudiendo ser budas, no lo saben y mueren en el dolor; el pensamiento, sobre todo, de que una vez llegados a la condición de hombres, mueren sin ideal. Si es por ello que lloras, te sería preciso llorar continuamente».

La madre respondió:

«Todo esto es muy cierto. Pero es difícil sentir continuamente una piedad semejante. Mientras que ahora que el hijo nacido de mí es capaz de convertirse en buda, la separación de la muerte estará entre él y las criaturas. Él, lleno de fe, de fervor, de sabiduría y de dulzura; el

³ Existirá un obstáculo de venas anudadas.

hijo que obedecía a cuanto se le ordenaba, absolutamente sin defectos, va a abandonarnos en vida. Por ello no tengo fuerzas para soportar mi amargura».

Habiendo hablado así, redobló sus lamentaciones. Por mi parte, me ahogaban los sollozos. El mismo lama derramaba lágrimas. Maestro y discípulo sufríamos en nuestra mutua estima y nuestro llanto nos cortaba la palabra.

Se levantó el alba del nuevo día. Llevando bastantes provisiones, el Maestro y unos trece discípulos me acompañaron media jomada de marcha. Durante este tiempo, caminaban con la tristeza de corazones amantes, diciendo palabras de afecto y mostrando las actitudes del amor.

Luego, sobre una colina desde la que se divisaba la Colina-de-la-Religión, nos sentamos en círculo para un sacrificio. Y el lama, tomando mi mano en la suya, dijo:

«Hijo mío, vas al Tsang Central. Hay muchas posibilidades de que encuentres bandidos en Suma de Tsang. Pensé en no dejarte marchar sino con un buen compañero. Pero ha llegado la hora de que partas solo. Ruego a los venerables Ydam y ordeno a los dioses protectores de la religión evitar que mi hijo sufra un accidente en el camino. Por tu parte, es preciso que tengas cuidado durante la ruta. Desde aquí dirígete a casa del lama Gnogpa. Comparad vuestras fórmulas y ved sus diferencias. Luego, vuelve a partir rápidamente. No permanezcas más de siete días en tu país y vete en seguida al desierto. Es por tu bien y por el de todas las criaturas».

Ofrecí al lama este canto de partida hacia el Tsang:

«Oh, señor, Porta-Cetro-que-no-Cambia.

Por primera vez voy como mendigo hacia el Tsang.

Por primera vez como súbdito a mi país.

Por la gracia de mi padre y señor lama,

en la cima de las colinas del Silma, en el Tsang,

las doce diosas de las montañas vendrán a mi encuentro.

Poderosas y benditas, les dirijo mi plegaria:

“Pongo mi confianza en las tres joyas.

Tengo la escolta de los dioses de los tres lugares santos.

Marcharé con los bodhisattvas como compañeros.

Existen las ocho clases de Arpías.

Sin temer sus cóleras enemigas, os presento mi súplica.

Quered venir a mi encuentro y guiarme.

Quered apartar de mí los peligros.

Quered proteger mi cuerpo, mi palabra y mi alma.

Quered encargáros de la realización de mis votos.

Quered iniciarme en el poder de la misericordia.

Quered fortificarme con la palabra de los tantra.

Concededme una vejez sin enfermedad”.

Tú que conoces las alegrías y las penas del mendigo,

bendíceme para que tenga fuerza de ir al desierto».

Así rogué y el lama repuso:

«Hijo mío, así será. Guarda en tu memoria, sin olvidarlas, las últimas palabras surgidas del corazón de tu anciano padre».

Luego, habiendo posado su mano en mi cabeza, cantó este canto:

«Salud a los venerables lamas.

Que mi laborioso y religioso hijo alcance la bodhi eterna.

Que los sabrosos néctares de las fórmulas vajra recitadas realicen los presagios de sus cuerpos celestes de bodhisattvas.

»Que su trono bodhisattva de raíz espiritual
extienda a lo lejos sus ramas de budas encarnados⁴.

»Que las palabras de diamante de tu lama
habiten tu corazón, jamás olvidadas.

»Que la bendición de los divinos Ydam
habite la raíz misma de tu vida.

»Que el refugio de los dioses protectores de la religión
te guarde, jamás abandonado.

»Que el voto de la profecía secreta
sea realizado rápidamente.

⁴ Estos tres disticos se refieren a los tres cuerpos del buda.

»Que la piedad de todos los religiosos
te sostenga en el pasado, el presente y el porvenir.

»Sobre la colina del Suma, en el Tsang,
las doce diosas saldrán a tu encuentro.

»Mañana, en tu camino,
te exhortarán los héroes divinos

»En los amados campo y casa de tu patria
está el guru de las ilusiones efímeras⁵.

»Tu tía, tu hermana y tus parientes
poseen el guru que destruye la ilusión⁶

»En la gruta del desierto
cambiarás la transmigración en liberación.

»En el monasterio de tu cuerpo
tu alma fuerte será el templo donde se reunirán los dioses llegados
a la bodhi.

»En buena salud, tendrás como ofrenda y manjar el néctar preferido
de los dioses.

»La dirección del vehículo mágico
será para ti el cultivo del fruto precioso (de la bodhi).

»En el país cuyas gentes tan poco amas
serás un eremita jamás turbado.

»En severa reclusión, sin hombre, sin un perro,
poseerás la antorcha para ver con rapidez los signos.

»Sin víveres, tendrás por alimento
los encantados restos de la mesa de los dioses.

»En el palacio de cristal de los dioses, que no conoce la sombra,
tendrás el espectáculo de tu propia victoria.

⁵ Alusión al cadáver de su madre. (Véase más arriba.)

⁶ Estas veladas predicciones se realizarán en la continuación del relato.

»Sin testigos, sólo para los dioses,
tendrás que realizar la obra pura de tus votos.

»Para cultivar el cumplimiento de mis órdenes
tendrás el yacimiento de todas las realizaciones.

»En la doctrina, esencia de la vida de los dioses,
tendrás la frontera que separa la transmigración de la liberación.

»Los discípulos del pandit Marpa
poseerán el beneficio de su elegante palabra.

»La fortaleza del alma de Milarepa
tendrá el árbol de vida de la doctrina de Buda.

Que el hijo de aquel que posee el árbol de vida
sea llamado a una hermosa descendencia.

Que sea llamado a ser lama kadjupa.

Que tenga el signo de un buen Ydam.

Que esté destinado al gozo del amor y la verdad.

Que esté destinado a una santa doctrina.

Que sea marcado por la esencia de la vida divina.

Que sea marcado por los dioses bienhechores.

Que lo sea por los dioses de los tres mundos⁷.

Que sea marcado por un dios protector de la fe
y por la diosa Dur gsol⁸.

Que esté destinado a tener buenos discípulos.

Que sea señalado para cumplir las órdenes.

Que mi descendencia reciba y otorgue la felicidad.

Que la felicidad no se mude sino que sea constante.

No olvides estos significados y rétenlos en tu memoria».

Hablando así, el lama mostraba una gran alegría. Luego la madre
me dio buenas provisiones, un vestido y botas nuevas. Luego dijo:

⁷ Es decir: cielo, tierra e infierno. O, también, simbólicamente: los centros psicológicos del corazón, la garganta y el cerebro. (N. del T.).

⁸ Diosa que simboliza la energía primordial y negativa del universo. (N. del T.).

«Hijo mío, estas cosas no son sino bienes materiales que te doy como adiós terrenal. Puesto que es el fin de nuestra unión, la de la madre y el hijo, en esta vida, deseo que partas en buenas condiciones. Ruego para que volvamos a encontrarnos en el más allá, en el venturoso cielo de Ugyen. Como adiós religioso te digo que no olvides las palabras del corazón de tu madre».

Me dio un kapala y un vaso lleno de néctar. Y cantó este canto:

«Me prosterno a los pies de Marpa, lleno de gracias.

Oh, hijo mío, que tienes la resistencia de los fuertes.

Y la perseverante fidelidad.

Oh, tú, hijo afortunado,

el néctar del lama es un vino de sabiduría.

Bebe hasta saciarte y asimílalo.

Así puedas, en los benditos campos del más allá,

reconocer al lama e ir a él.

»Sin olvidar a tu padre y a tu madre,

invócalos sin cesar en tus lamentos.

Come hasta saciarte y asimila

el alimento de las fórmulas provechosas al corazón.

Así puedas, en los benditos campos del más allá,

reconocer al lama e ir a él.

»Sin olvidar a tu padre y a tu madre llenos de gracias,

extrae tu valor de la gratitud.

Reviste cálidamente y asimila

el vestido del poderoso aliento de los dioses⁹.

Así puedas, en los benditos campos del más allá,

reconocer al lama e ir a él.

»Sin olvidar a las débiles criaturas,

ponlas en el camino de la bodhi.

Engrandece y asimila

el gran vehículo portador de la doctrina espiritual.

⁹ Alusión al calor interno que favorece la meditación.

Así puedas, en los benditos campos del más allá,
reconocer al lama e ir a él.

»Hijo mío, no olvides y mantén en tu corazón
las exhortaciones del ama afortunada.

Pues tu madre las tiene siempre presentes en su espíritu.

Y así podamos ambos, madre e hijo, concordando
nuestros corazones,

en los benditos campos del más allá,
reconocernos e ir el uno hacia el otro.

¡Que mi voto se vea realizado!

¡Que la religión te rodee con sus beneficios!».

Hablando así derramaba abundantes lágrimas. Y todos los asistentes, llorando también, mostraban las actitudes del dolor. Y yo, prosternándome a los pies del padre y de la madre, puse su pie sobre mi cabeza. Solicité su bendición. Procurando no mirar el rostro del lama, partí andando de espaldas. Todos los asistentes me miraban llorosos y no se atrevían a marcharse. Por fin, sin haber mirado al lama ni a la madre, partí andando hacia adelante, atravesé un vallecillo y eché una mirada atrás. El lama y su séquito, aún en el mismo lugar, formaban una masa oscura. Me pregunté si regresaría. Pero me hice estas reflexiones: «Por fin he obtenido las fórmulas. Ya no haré en parte alguna obra profana. Aun pudiendo meditar en la misma cima, sin abandonar al lama, tengo la certidumbre de volverle a encontrar en los benditos campos del más allá. Una vez habré visto a la madre que me engendró en cuerpo y alma, podré regresar junto al lama».

Este pensamiento borró mi tristeza y me puse en camino. Llegué a la morada del lama Gnogpa. Comparamos nuestras fórmulas. En cuanto al número de palabras, él tenía más que yo. En cuanto al resumen de las fórmulas, ambos estábamos igual. Pero en lo referente a la tradición oral de los dioses, yo le aventajaba. Tras habernos saludado y dirigido votos, partí hacia mi país. Llegué en tres días¹⁰.

¹⁰ Milarepa hace en tres días un viaje que antaño, por medios naturales, le había exigido varios meses de camino.

Pensé: «También aquí el soplo interior es causa de alegría». Y estaba orgulloso de mí mismo.

Así habló Milarepa. Éste es el quinto capítulo en el cual obtuvo todas las doctrinas generales que deseaba; en que fue alentado por los signos de sus sueños; en que obtuvo las fórmulas de la tradición oral y en que abandonó al lama para dirigirse a su país.

Capítulo VI

Entonces, Réitchung preguntó: «Venerable Maestro, cuando llegaste a tu país natal, ¿sucedio todo como en tu sueño, o bien encontraste a tu madre?». El venerable respondió: «Como en mi mal sueño, no tuve la felicidad de ver de nuevo a mi madre». Entonces prosiguió Réitchung: «Cuéntanos, venerable, cómo llegaste a tu casa y qué acogida te dispensaron las gentes de tu país». Y Milarepa continuó.

Ante todo hallé, en lo alto del valle desde donde podía ver mi casa, a muchos pastores. Fingiendo ignorancia les pregunté el nombre del país, pregunté cómo eran sus propietarios. Me respondieron con exactitud. Señalando entonces mi propia casa, dije:

«Y esta mansión de ahí abajo, ¿cómo se llama? ¿Cómo se llama su propietario?».

«Esta mansión de ahí abajo se llama Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas. No tiene propietario, ni siquiera el menor diablo.»

«¿Murieron sus habitantes o han dejado el país?», pregunté minuciosamente.

«Antaño el dueño de esta mansión era rico en el país. Tenía un solo hijo y murió prematuramente dejándolo aún pequeño. Pero, contrariando las cláusulas del testamento, los primos, tras la muerte del padre, se apoderaron de todos los bienes del hijo. Cuando éste fue mayor, en pago porque no le devolvían los bienes que reclamaba, envió sortilegios y granizo, y destruyó el país.»

«Todos los habitantes temen a su dios protector», grité.

Grande era mi deseo de correr hacia mi mansión y mi campo. Apenas si osaba ya mirarlos. El pastor continuó:

«En esta casa hay fantasmas, el cadáver de la madre de aquel hijo. Una hermana que tenía, abandonando el cadáver de su madre, partió no se sabe a dónde, y desapareció. ¿Acaso también él ha muerto? Nadie se lo pregunta ya. Si un eremita se atreve a entrar en esta casa, ve tú mismo a verlo: se dice que hay un libro santo».

«¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?»

«Hace unos ocho años que murió la madre. De los sortilegios y el granizo no queda sino el recuerdo. Yo sólo lo he oído contar a los otros.»

Así temían a mi dios protector.

Pensé que no se atreverían a perjudicarme. Pero la certeza de que mi anciana madre había muerto, de que mi hermana se hallaba errante, me llenaba de dolor. Cuando el sol estuvo rojo, me decidí a entrar en el país.

Todo era como en mi sueño. Mi campo estaba invadido por las malas hierbas. La casa y la capilla¹ estaban destrozadas. Entré. La lluvia y la tierra habían caído sobre el Tesoro-de-la-Ley². Los pájaros y las ratas habían hecho sus nidos en los libros, cubriéndolos de excrementos. Viendo esto me puse a pensar y mi corazón se llenó de tristeza.

Entré en la sala del hogar. Los escombros del hogar, mezclados con tierra, formaban un montículo donde nacían y crecían las plantas. Había muchas osamentas emblanquecidas y frágiles. Comprendí que eran los huesos de mi madre. Recordándola, incapaz de soportar mi dolor, fuera de mí, con la voz ahogada por la emoción, perdí el conocimiento.

Inmediatamente después, recordé la doctrina del lama. Este pensamiento se mezcló al recuerdo de mi madre. Luego se mezcló también

¹ Toda mansión tibetana, por pobre que sea, tiene un pequeño templo-biblioteca en donde se concentra el lujo de la casa.

² Las casas tibetanas están cubiertas por terrazas de tierra batida. La lluvia, al infiltrarse, arrastra partículas de tierra.

la sabiduría del lama kadjupa³. Hice entonces un lecho para los huesos de mi madre. Luego, sin ser turbado un solo instante en mi cuerpo, mi palabra o mi pensamiento, permanecí en contemplación. Vi con certidumbre que mi padre y mi madre estaban libres del dolor de la transmigración.

Transcurrieron siete días y salí de mi contemplación. Me puse a reflexionar: habiéndome convencido de la nada de las criaturas, haré construir un relicario para los huesos de mi madre y, en pago, daré el libro de la Piadosa-Construcción. Luego, muerto o vivo, quiero llegar a la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo e, indistintamente de noche o de día, entregarme a la meditación y matarme si pienso en las ocho leyes del mundo. Si cedo a la ley del deseo, que los dioses protectores de la religión me arrebatan la vida. Hice el terrible juramento desde el fondo de mi corazón.

Reuní los huesos de mi madre y, tras haberlos limpiado de las manchas de tierra y los excrementos de pájaro, les rendí homenaje. Puesto que las gotas de lluvia no habían perjudicado demasiado los libros que se conservaban limpios, cargué sobre mis hombros los principales volúmenes. Y llevando los huesos de mi madre en la parte delantera de mi vestido, abrumado por inconmensurable dolor, penetrado de la nada de las criaturas, canté entre sollozos este canto sobre la esencia de las cosas:

«Oh, señor, misericordioso Que-no-Cambia.
Según las órdenes del traductor Marpa,
en mi patria, prisión de los demonios,
he hallado al maestro que enseña las efímeras ilusiones.
Que este mismo buen maestro
me bendiga para que me impregne de estas verdades.
Todas las leyes del mundo aparente
son efímeras y frágiles.

Menos esto, todo cuanto aparece en el mundo de la transmigración es nada.

³ La teoría de la no realidad se ve confirmada por todas esas ruinas.

Puesto que he hecho obra ilusoria
voy ahora a hacer obra religiosa y real.
Primero, cuando yo tenía padre, él no me tenía como hijo.
Cuando él tuvo hijo, yo ya no tuve padre.
Nuestro encuentro fue ilusorio.
Yo, hijo, practicaré la ley de la realidad.
Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Cuando yo tenía madre, ella no me tuvo como hijo.
Ahora que he llegado, mi anciana madre ha muerto.
Nuestro encuentro fue ilusorio.
Yo, hijo, practicaré la ley de la realidad.
Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Cuando yo tenía hermana, ella no me tenía como hermano,
ahora que su hermano ha llegado, ella anda errante.
Nuestro encuentro fue ilusorio.
Yo practicaré la ley de la realidad.
Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Cuando yo tenía libros santos, no les rendía culto.
Ahora que se les rinde culto, la lluvia los golpea gota a gota.
Nuestro encuentro fue ilusorio.
Yo practicaré la ley de la realidad.
Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Cuando yo tenía casa, ella no tenía dueño.
Ahora que el dueño ha llegado, está en ruinas.
Nuestro encuentro fue ilusorio.
Yo practicaré la ley de la realidad.
Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Cuando yo tenía un campo nutricio, éste no tenía dueño.
Ahora que el dueño ha llegado, está invadido por la mala hierba.

Nuestro encuentro fue ilusorio.

Yo practicaré, como dueño, la ley de la realidad.

Voy a meditar en la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

»Patria, casa, campos paternos

pertenecen a un mundo sin realidad.

Lléveselos quien los quiera.

Yo, eremita, voy a buscar la liberación.

Oh, Padre, lleno de gracias, doctor Marpa,

bendice mi retiro en el desierto».

Habiendo cantado así mi dolor, partí hacia la morada del maestro que, antaño, me había enseñado a leer. Había muerto. Ofrecí entonces a su hijo los principales volúmenes de la Preciosa-Construcción y le dije:

«Te ofrezco, del primero al último, estos libros santos. Consagra stupas de tierra a los huesos de mi anciana madre».

Respondió:

«No deseo que tu dios protector acompañe a tu libro. Sólo te ayudaré a construir los stupas».

«Mi dios protector no seguirá a mis dones.»

«De acuerdo, entonces», dijo.

Y con mi ayuda hizo stupas con los huesos de mi madre⁴. Celebramos las ceremonias de la consagración y, tras haber depositado los huesos en un stupa, me dispuse a partir.

El hijo de mi maestro dijo:

«Puesto que te he servido tan bien como sabía, quédate algunos días».

Respondí:

«No tengo tiempo de charlar. Estoy impaciente por meditar».

«Entonces, quédate esta noche. Partirás mañana, yo te daré los víveres.»

Me quedé. Entonces prosiguió:

«Cuando eras joven, venciste a tus enemigos por medio de la magia. Ahora que estás en la flor de la edad, la religión que profesas es

⁴ Los huesos se recogen y se mezclan con arcilla. Luego se moldea con ella stupas o figuritas.

maravillosa. Serás, en el porvenir, un gran santo. ¿Qué fórmulas has obtenido y de qué lama?»

Éstas son las preguntas concretas que me hizo. Respondí:

«He obtenido la doctrina Muy-Perfecta. Pero, sobre todo, he encontrado a Marpa».

«¡Extraordinario! Si es así, será bueno que repares tu casa, desposes a Dzesé y continúes la historia de tu lama».

Repuse:

«El lama Marpa tomó mujer por el bien de las criaturas. Pero yo no tengo el deseo ni los medios para actuar de forma semejante. Es como si una liebre quisiera saltar sobre el rastro de un león. Caería en el abismo y su muerte sería cierta. Afligido por la transmigración del mundo, jamás he tenido otro pensamiento que meditar los preceptos del lama. Y la base misma de su enseñanza es que la meditación se haga en el desierto. Y será así como continuaré su historia. Sólo mi meditación le satisfará. Es provechosa a la doctrina y a las criaturas. Salvará incluso a mi padre y a mi madre. Y realizará mi propio fin. No sé hacer otra cosa que meditar y no haré otra cosa.

«No tengo otro pensamiento. Principalmente he regresado a mi país, donde mis padres habían tenido su casa y residencia. Habiendo desaparecido el resto de mis bienes, concebí el deseo de meditar y el deseo brilla en mi pecho como una lámpara encendida. Los demás no conocieron infortunio semejante al mío. Para quienes no piensan en el dolor de la muerte y los infiernos, les basta la ley de la felicidad: Pero yo soy llamado, por el pensamiento del porvenir, a renunciar al vestido, a los alimentos y a la palabra. Éstas son mis razones».

Y, sacudido por los sollozos, canté este canto:

«Me prosterno a los pies de Marpa encarnado.

Bendito el mendigo que renuncia.

¡Ay!, ¡ay! ¡Miseria!, ¡miseria!

Cuando pienso en quienes se abandonan a las leyes del mundo me invade la tristeza:

Actuar con ellos remueve el fondo mismo del dolor;

mezclarse con ellos precipita al fondo mismo de la transmigración.

Tal es la tristeza de estas tribulaciones.
¿Qué hacer, qué hacer? Nada bueno existe fuera de la religión.
Oh, señor-Porta-Cetro-Que-No-Cambia,
bendice al mendigo que se dirige al desierto.
Hacia la ciudad del efímero espejismo,
el camino del viajero, sobre el que se levantó mi dolor, fue largo.
En el valle que rodea la Llanura Central admirable,
mis rebaños, mis riquezas, son la hierba que nutre a las cabras;
hoy es presa de los seres egoístas.
También esto es ejemplo de efímero espejismo.
Este ejemplo me hará practicar el ascetismo.

»La sala del hogar en Cuatro-Columnas-y-Ocho-Vigas
es hoy semejante a la mandíbula superior de un león⁵.
Mi torre de cuatro ángulos, cuatro paredes y nueve pináculos
es hoy semejante a la oreja de un asno.
También esto es un ejemplo de efímero espejismo.
Este ejemplo me basta para retirarme al desierto.

»Mi campo nutricio Triangular-Horma
se ha convertido hoy en un lugar de aliagas.
Mis vecinos, mis parientes, mis primos
se han convertido hoy en mis enemigos para hacerme la guerra.
También esto es un ejemplo de efímero espejismo.
Este ejemplo me basta para retirarme al desierto.

»Mi buen padre Mila-Trofeo-de-Sabiduría
hoy no existe ya. No queda de él la menor huella.
Mi madre Nieta-de-Nyang-Aderezo-Blanco
no es más que un esqueleto arruinado.
También esto es un efímero espejismo.
Este ejemplo me basta para retirarme al desierto.

⁵ La imagen designa a los pedazos sobresalientes de las paredes.

»El sacrificador Cien-Mil-Joyas-Divinas⁶
 es hoy servidor de los hombres.
 El libro santo Tesoro-de-la-Ley
 sirve hoy de nido a ratas y ratones.
 También esto es un ejemplo de efímero espejismo.
 Este ejemplo me basta para retirarme al desierto.

»Mi tío y vecino Esvástica-Bandera-de-Victoria
 sigue siendo hoy mi enemigo furioso.
 Mi hermana Peta-Feliz-Protectora
 no tiene refugio en que poder hallar su rastro.
 También esto es un ejemplo de efímero espejismo.
 Este ejemplo me basta para retirarme al desierto.
 Oh, señor Misericordioso-Que-No-Cambia,
 bendice al mendigo que se retira al desierto».

Así canté estrofas llenas de dolor. El hijo de mi maestro, maravillado, gritó: «¡Esto es muy cierto! ». Y suspiró profundamente. Su mujer, que se encontraba allí, derramó abundantes lágrimas. Fue así como, dejando ver el espectáculo que mi país me había ofrecido, formulé sin cesar mis promesas de practicar la meditación. Pero, puesto que siempre había conservado el deseo en el corazón, no debía arrepentirme de no haber meditado aún.

Así habló Milarepa. Éste es el sexto capítulo en que, iluminado de nuevo sobre la nada del mundo, hizo el sincero voto de meditar.

⁶ Sinónimo del buda. (N. del T.)

Capítulo VII

Entonces Rétchung preguntó: «¿En qué lugar comenzó el Maestro su obra de mortificación y ejercitó el ascetismo?». Y Milarepa prosiguió.

A la mañana siguiente, el hijo de mi maestro me dijo:

«Toma estos víveres como obsequio para tu retiro, y guarda nuestro recuerdo en el centro de tu corazón».

Me dio un saco de harina y excelentes condimentos¹. Me retiré para meditar a una gruta de la montaña situada detrás de mi casa. Como ahorraba mis víveres, mi cuerpo se debilitaba. Pude, sin embargo, resistir muchos meses de ardiente meditación.

Pero cuando hube agotado mis víveres y no tuve nada que comer, no pude resistir mucho tiempo.

Y pensé: «Mendigaré condimentos a los pastores del alto valle, y cereales en los cultivos del bajo valle. Y me será preciso proseguir mi meditación consumiéndolos lentamente». Y fui a mendigar a los pastores.

En la entrada de una tienda, rogué:

«Tened la bondad de dar a un eremita algunos condimentos como limosna».

Había ido a caer sobre el campamento de mi tía (Que-Rivaliza-En-Gloria). Cuando me hubo reconocido, azuzó contra mí a sus

¹ En especial, mantequilla.

perros. Me defendí a pedradas y bastonazos. Entonces, mi tía, enarbolando una estaca de las utilizadas para sujetar las tiendas, me gritó:

«Hijo degradado² de un padre excelente; deshonor de tu familia; demonio destructor de tu país, ¿qué vienes a hacer aquí? ¡Que tan buen padre engendrara semejante hijo! ».

Hablando así, me amenazaba. Retrocedí. Pero estaba delgado y sin fuerzas. Tropecé con una piedra y caí en un charco. Y aunque me hallara cerca de la muerte, mi tía me insultaba. Hice lo posible para ponerme en pie. Y, apoyado en mi bastón, canté a mi tía este canto:

«Me prosterno a los pies de Marpa lleno de gracia; en mi país de Korum-de-las-Malas-Hierbas, tenemos, madre e hijos, a nuestros parientes como enemigos;

somos como las habas dispersadas con un bastón.

Tío y tía, ¿nos habéis dispersado? ¡Reflexionad!

Mientras andaba errante como mendigo en los confines del mundo, mi madre fue muerta por la espada del dolor.

Mi hermana partió a la aventura para mendigar comida y vestido.

Como no había renunciado al amor de mi madre y de mi hermana, regresé a la cárcel que es la patria.

Hallé muerta a mi querida madre

y mi hermana, miserable, anda errabunda en los confines de la tierra.

La tristeza y la amargura desbordaron mi seno.

Oh, vosotros, primos, ¿acaso no os pusisteis de acuerdo para abrumar con este dolor a la madre y a los hijos?

Pero este dolor intolerable es

el que me ha llamado a la vida religiosa.

Mientras meditaba en incomparable retiro

las sentencias de Marpa lleno de gracias,

mi cuerpo, ilusión de los engañados sentidos, fue privado de alimento.

»Y, puesto que había salido a mendigar,

semejante a un insecto que muere a la entrada de un hormiguero,

² «Que rebaja tirando de las piernas.»

llegué ante la puerta de mi tía.

Ella me envió, como mensajero, a un perro de presa;
y luché con el cuerpo debilitado.

Sus imprecaciones, malas palabras y maldiciones
hicieron desbordar de dolor mi corazón.

Armada de una estaca como un bastón,
abrumó mi cuerpo enfermo de sufrimiento.

Aunque me hallo próximo a perder la vida;
aunque tengo derecho a ser el más irritado,
cumpliré las órdenes del lama,

oh, tía, apacigua tu cólera,

y hazme caridad de algunos víveres para mi retiro.

Oh, noble Marpa, señor misericordioso,
bendice a tu súbdito y apacigua su cólera».

Así canté estas armoniosas lamentaciones. Una hija de mi tía, que la seguía, lloraba. Mi misma tía estaba avergonzada y ambas regresaron a su campamento.

La tía entregó a la muchacha, para mí, una pella de manteca y un puñado de queso viejo reducido a polvo. Fui a mendigar a las otras tiendas. No conocía a nadie. Pero todos sabían quién era yo. Cada uno de ellos me miró con curiosidad y me entregó una buena limosna. Llevando lo recaudado, me marché.

Conociendo que mi tío haría lo mismo que mi tía, pensé para mí: «Es preciso que evite llegar a él». Pero yendo a pedir limosna a los campesinos del valle de Tsa³, llegué a la puerta de la casa a la que, antaño, mi tío había trasladado sus instalaciones.

³ En general, las distancias y las diferencias de altura entre el valle cultivable y la altiplanicie son considerables en el Tíbet, y separan por completo las poblaciones nómadas de las sedentarias. Aquí hallamos un ejemplo de caso mixto —pastores y agricultores— en una misma población. La distancia es aún lo bastante grande como para exigir que el pastor viva en una tienda, entre sus rebaños, durante la estación benigna. En la actualidad, el país y la población de Litang (Sechuán) no ofrecen ya el espectáculo de las costumbres aquí descritas.

Me reconoció:

Aunque semejante a un viejo cadáver, me gritó:

«¡Toma, esto es lo que necesitas! ».

Y me lanzó una piedra asesina que me rozó. Reconocí, por mi parte, a mi tío y huí. Me tiraba piedras con todas las fuerzas de que era capaz y yo seguía huyendo. Mi tío regresó con su arco y sus flechas:

«Hijo desnaturalizado. Deshonor de los suyos. ¿No causaste la ruina de este país? Ahora todos sus habitantes van a perseguirte con furia. Márchate en seguida».

Hablando así, me tiraba flechas. Algunos jóvenes del país se pusieron también a apedrearme. Pero como todos, sin excepción, conocían los efectos de mis sortilegios, tuve la idea de amenazarles con ellos. Y grité:

«¡Padre lama Kadjupa! ¡Santo océano bebedor de sangre! Han llegado los enemigos del eremita entregado a la religión. Vuelve en mi socorro. Si muero, no morirá mi protector».

Entonces, aterrados, los hombres se apoderaron de mi tío y, convertidos en mis partidarios, se detuvieron. Los apedreadores se excusaron por medio de obsequios. Sólo mi tío no quiso dar nada. Los demás habitantes me trajeron cada uno su limosna. Pero como mi estancia en el país hubiera provocado su cólera, resolví partir.

Por la noche tuve un sueño que me presagiaba un feliz acontecimiento si permanecía allí algunos días. Me quedé, pues, algunos días y Dzesé supo mi llegada al país. Vino a verme trayéndome víveres y excelente cerveza. Cuando me los hubo dado se puso a llorar. Me contó cómo había muerto mi madre y cómo mi hermana había partido a errar. Y también yo, abrumado por la pena, derramé abundantes lágrimas.

Le dije:

«¿Por qué, después de tanto tiempo, no te has casado todavía?».

Repuso:

«Se temía a tu dios protector y nadie me quiso. Y aunque alguien me lo hubiera pedido, yo me habría negado. Tu entrada en religión es sorprendente. ¿Qué vas a hacer de tu casa y tus campos?».

Comprendí lo que pensaba y me dije: «Si no me he casado es por la gracia del traductor Marpa. En lo concerniente a la religión puedo hacer una buena plegaria. Pero, en lo que concierne a la vida terrenal, es preciso que diga a Dzesé palabras de resignación». Y le dije:

«Si encuentro a mi hermana, le entregaré mi casa y mi campo. Entretanto dispón tú del campo. Si es cierto que mi hermana ha muerto, toma la casa y el campo».

«Pero, entonces, ¿tú no los quieres?»

«En cuanto a mí, mi alimento ascético será el de los ratones silvestres y el de los pájaros; no tengo, pues, necesidad del campo. Mi morada será una caverna desierta; no tengo, pues, necesidad de la casa. Aunque se sea dueño del universo, a la hora de la muerte es preciso abandonarlo todo. Si se renuncia ya ahora, se permanece en completa serenidad. Por esto, no esperes nada de mí.»

Ella respondió:

«Y bien, hombres religiosos, ¿renunciáis todos al mundo?».

«Al principio se comienza por poner la esperanza en los medios del mundo. Se estudian libros. Luego uno se siente contento de sus propios éxitos y se satisface con los fracasos de los demás. Se llevan los nombres de los monjes más famosos y más ricos en tesoros acumulados. Se va vestido de telas amarillas. Eso es lo que evito y evitaré siempre.

»Pero los que obran de otro modo, según su propia regla y al contrario de los primeros, están de acuerdo conmigo y no sabría volverles la espalda. Pero huyo de quienes no apruebo.»

«Sin embargo, jamás he visto monjes peores que los monjes mendigos de tu clase. ¿De qué gran vehículo es esta regla?».

«Es la regla del mejor de todos los vehículos. Se llama Vehículo-del-Aniquilamiento-de-las-Ocho-Leyes-para-llegar-a-la-bodhi-en-esta-Vida.»

Dzesé repuso:

«Es cierto que vuelves la espalda a quienes actúan del modo que tú has dicho. Pero uno de ambos modos debe ser falso. Si ambos son correctos, prefiero el de los otros».

«No me gusta tu ley del amor del mundo. Pese a que yo y quienes comparten mi doctrina, llevemos marrones las vestiduras, estamos so-

metidos a una pequeña parte de las ocho leyes del mundo. Incluso sin ello, se alcanza la bodhi con una rapidez o una lentitud extraordinarias, que tú no puedes imaginar. Por eso, si te es posible, practica la religión. Si no puedes, vete a tomar posesión, como antaño, de mi campo y de mi casa.»

Respondió Dzesé:

«No quiero tu campo ni tu casa. Dónaselos a tu hermana. Yo practicaré una doctrina religiosa. Pero no puedo seguir una doctrina como la tuya».

Dijo así y partió.

La tía supo que yo no contaba ya con mi campo y con mi casa. Luego transcurrieron algunos días. Entonces se hizo esta reflexión: «Puesto que ha dicho que cumpliría las órdenes de su lama, ¿no podría yo tener su campo?».

Vino a mi encuentro, trayéndome tsampa, cerveza, condimentos y legumbres.

Me dijo:

«El otro día obré sin pensar. Pero puesto que mi sobrino es hombre de religión, que me perdone. Ahora yo, tu tía, regaré tu campo y te proporcionaré la subsistencia».

Respondí:

«Bien, que mi tía me traiga, cada mes, un saco de harina. Que se quede lo que sobre y posea mi campo».

«Así lo haré.»

Apenas durante dos meses me proporcionó la harina como estaba convenido. Luego vino y me dijo:

«Todo el mundo dice que si yo cultivo el campo, el dios protector de mi sobrino nos hará maleficios. ¿Acaso no los hará?».

Repuse:

«¿Por qué habría de hacerlos? Es favorable que mi tía guarde el campo y me traiga la subsistencia».

«En ese caso, puesto que a mi sobrino le es igual y a mí me dará placer, que mi sobrino lo jure.»

Yo ignoraba cuáles eran sus pensamientos. Pero pensé que dar

placer a los demás era conforme a la doctrina y presté juramento. Entonces, llena de alegría, mi tía se fue.

Tras haber concentrado mis fuerzas espirituales, mientras no conseguía entrar en el feliz estado del calor interior favorable a la meditación y me preguntaba qué era preciso hacer, tuve una noche el siguiente sueño: Trabajaba una parte de mi campo. La tierra estaba seca y yo me preguntaba si iba a abandonarla. Entonces el reverendo Marpa se me apareció en el cielo y me dijo:

«Hijo mío, fortalece tu voluntad, ten valor y trabaja. Y avanzarás a través de la tierra seca y dura».

Hablando así, Marpa me conducía y yo trabajaba. Entonces creció una densa y abundante cosecha. Desperté lleno de alegría y pensé: «Si los mismos locos no dan fe a la insanidad de sus sueños, ¿seré más insensato que los locos?». Pensé, sin embargo, que era el presagio de la virtud engendrada por una poderosa meditación y canté esas reflexiones sobre el sentido de mi sueño:

«Te lo ruego, Maestro lleno de gracias
bendice al mendigo que cumple su retiro en el desierto.
Has fecundado con una fe vigorosa
mi camino a través del campo de la igualdad de todas las cosas;
y sembrado la semilla de un alma blanca y pura.
Ruge el trueno terrible de tu plegaria.
Y la lluvia de tus bendiciones cae sin esfuerzo.
Sin duda, por medio de la pareja de bueyes
me indicas que trabaje con mis medios y mi sabiduría.
Tu hijo, sin consideración para con las ilusiones,
mantiene el arado con obstinación.
Chasquea el látigo de un celo y un ardor terribles
y aleja del campo las cinco miserias de la corrupción.
Rechaza las piedras del egoísmo
y corrige todos los errores.
Siega las espigas fruto de sus obras
y cosecha una hermosa historia.
Y llena con el fruto de las fórmulas

un granero limpio de provisiones.

Y el excelente grano, tostado y molido por los dioses,
será mi alimento de asceta solitario.

Ésta es la explicación de mi sueño.

Pero las palabras no pueden expresar el sentido profundo de las cosas.
Apenas lo concibe el pensamiento.

Puedan los futuros bodhisattvas
meditarlo con toda la potencia de su espíritu⁴.

Habiendo concentrado con fuerza su austera energía,
por medio de difícil meditación obtendrán el máspreciado éxito.

Los monjes, hijos de estos bodhisattvas,
meditarán sin obstáculos».

Habiendo pronunciado estas palabras, resolví ir a meditar en la caverna La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo.

Aquel mismo día mi tía me trajo tres cargas de harina, un abrigo de piel usado, un vestido completo de buena tela y condimentos de manteca mezclada con grasa. Me dijo:

«Éste es el precio de tu campo. Tómallo, pues, pero ten la bondad de irte a un país que mis ojos no hayan visto jamás, del que jamás hayan oído hablar mis oídos. He aquí lo que sucederá si no: Todos los hombres del país me han dicho: “¿Pero cómo! ¿Después de la desgracia causada por Buena-Nueva eres tú quien lo mantiene? Si pretende matar también a los supervivientes, os haremos morir a los dos”. Será, por ello, bueno que mi sobrino se ponga a salvo en otro país. En cualquier caso, si no te marchas, ellos no tendrán motivo alguno para matarme. Pero en cuanto se refiere a mi sobrino, no dudarán en matarle».

Pensé para mí: «Bien sé que los hombres del país no han dicho esto. Pero supongamos que no actúo de acuerdo con la religión: de modo general no he jurado abstenerme de hacer algún sortilegio a quien robe mi campo. Además, en particular, el juramento de un eremita es un sueño sin realidad. Nada me impide echarle de espaldas,

⁴ Las tres formas de la sabiduría: palabra, pensamiento y meditación.

con las plantas de los pies al aire. Pero no lo haré. Y, además, ¿cómo ejercitar la paciencia si no existen motivos de cólera? Si muriera esta noche, ¿qué haría de todo ello y de mi campo?

»Se ha dicho que la paciencia es el mejor modo de obtener la bodhi. Mi tía es el sostén de mi meditación. Fue gracias al tío y a la tía como yo entré en religión. En testimonio de mi agradecimiento no cesaré de rogar para que accedan a la bodhi. Así, en esta vida, bien puedo darles no sólo mi campo, sino también mi casa».

Y comunicando mis pensamientos a mi tía, le dije:

«Como no quiero hacer nada que no sea conforme a las instrucciones de mi lama para convertirme en bodhisattva en esta tierra, quédate, tía, no sólo mi campo, sino también mi casa». Y canté este canto:

«Gracioso maestro lama, que conoces las alegrías y las penas del mendigo que va al desierto.
Si, fatigado por el trabajo de la transmigración universal,
me mancillo, rompo la arteria vital de la liberación.

»La agricultura es obra pecadora.
Si me entrego a ella sufriré los dolores del infierno.

»El amor a la familia es una fortaleza de los demonios.
Si la construyo, seré arrojado a un brasero.

»Los bienes de aquel que los atesora
serán la presa de sus propios enemigos.

»El té y la cerveza codiciados son venenos violentos.
Si bebo de ellos, rompo la arteria vital de la liberación.

»El precio pagado por mi campo es un bien de la avaricia.
Si como de él, entraré en el infierno de los hambrientos.

»Los discursos de mi tía son la voz de la cólera.
Si yo utilizara el mismo lenguaje nos destruiríamos el uno al otro.

»Tía, toma mi casa y mi campo,
tómalos y sé feliz.

»Por este don religioso estarás al abrigo de los maldicientes.
Y yo iré a meditar en el templo ideal.

»Es por medio de la misericordia como ahogo a los demonios.
El mal es echado al viento.
El bien mira hacia lo alto.

»Oh, gracioso señor Que-No-Cambia,
bendice al mendigo para que tenga la fuerza de ir al desierto».

Cuando hube cantado así, la tía respondió:

«Mi sobrino es lo que se llama un buen religioso. Estoy muy contenta». Y se marchó llena de alegría. Entonces, turbado por este acontecimiento, fui abrumado por una terrible tristeza. Al mismo tiempo me sentía feliz de mi certidumbre en lo referente a mi casa y a mi campo. Pensé de nuevo en ir a meditar, de acuerdo con los dictados de mi corazón, a La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo. Siendo la gruta donde me hallaba el lugar en que se fundó mi renuncia, la llamé Gruta-de-la-Fundación.

A la mañana siguiente me llevé el precio de mi campo y algunas pequeñas cosas que me quedaban. Llegué a las grutas de La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo sin que nadie lo supiera. En la Diente-de-Caballo había una gruta agradable, donde me detuve. Como tapiz de meditación dispuse una alfombra dura y establecí allí mi morada. Hice voto de no descender a ningún lugar habitado. En tanto no hubiera alcanzado el estado de espiritualidad⁵ no debía descender para probar el alimento dado por caridad ni el ofrecido a los muertos, aunque me muriera de hambre en aquel desierto. No debía descender para vestirme, aunque me muriera de frío. No debía experimentar turbación alguna, aunque me muriera de tristeza. No debía descender a buscar remedio alguno, aunque me muriera de enfermedad. Así, sin temblar ante la obra de esta vida, me convertiría en buda de cuerpo, palabra y pensamiento.

⁵ *Nyams rtogs*: Estado que permite la penetración de la materia y la levitación. Es especial de los bodhisattvas.

«Oh lama Ydam, bendíceme para que cumpla estas promesas. Que los dioses protectores de la religión ejerzan su poder. Antes que violar mis juramentos, tenga mi cuerpo de hombre negligente del deber la suerte de morir; y quiera el océano de santos arrebatarme antes mi vida de perjuro. Que en mi próxima vida el lama Ydam me haga hallar de nuevo la religión y me bendiga para que renazca, entonces, con el cuerpo de un hombre capaz de convertirse en buda».

Habiendo pronunciado estos votos, entoné este canto de promesas y plegarias:

«Oh, hijo del Señor Naropa, bendice al mendigo
para que termine en el desierto el camino de la liberación.
Aumenta la profundidad de mi meditación,
al abrigo de la agitación del mundo.

»Así pueda no satisfacerme en el tranquilo lago de la inconsciencia.
Pero que nazcan en mí las flores de la iluminación.

»Que bajo la impaciencia de los deseos,
vea multiplicarse las hojas de mi impasibilidad.

»Que la duda no habite mi celda.
Sino que madure el fruto de la certidumbre.

»Que la fe gobierne mi espíritu
sin que los demonios puedan obstaculizarme.

»Que, sin dudar en la vida de los recursos,
el hijo la termine siguiendo al padre.

»Oh, señor Compasivo-Que-No-Cambia,
bendice al mendigo para que alcance en el desierto la perfección».

Habiendo rogado así, me sostuve con el simple olor de la harina que había calentado⁶, y entré en meditación.

⁶ No tomar de un alimento sino su perfume, significa comer muy poco de él.

Aunque lleno de confianza en la gran mudra⁷, no pude controlar mi aliento a causa de la debilitación de mi cuerpo; no me calentaba ningún calor interno y experimenté un intenso frío. Hice entonces una urgente plegaria al lama y, una noche, se me apareció una luz celeste. Una voz me dijo: «Marpa te ha escuchado». Me rodeó un círculo de jovencitas:

«Y bien, Milarepa, si no sientes cálido ardor, activa los poderes especiales de tu cuerpo, de tu palabra y de tu espíritu, como te ha enseñado Marpa».

Dijeron estas palabras y me mostraron el círculo mágico. Entonces busqué el bienestar del cuerpo en la posición agachada que reúne los seis fuegos interiores. Busqué la palabra justa a través de la respiración que regulariza. Busqué la serenidad de espíritu a través de mi propia liberación que domina la fantasía. Tras de lo cual, entré en meditación. Pronto comenzó a invadirme el calor interno. Luego transcurrió un año.

Tuve entonces el deseo de ir a contemplar el país y a tomar el aire. Me dispuse a salir. Pero recordé mi voto de antaño y me azoté con los golpes de este canto:

«Oh, encarnación de Marpa-Porta-Cetro.

Bendice al mendigo para que termine su retiro en el desierto.

»Milarepa, oh soberbio, no tienes sino tus propios consejos.

Y no tienes ya a nadie que te hable como amigo.

»Mira. El valle de los deseos es un valle desierto.

Expulsa tu tristeza. El objeto de tus deseos es un espejismo.

»No distraigas tu espíritu, no lo distraigas, permanece donde estás.

Si lo distraes atraerás de nuevo todas tus penas.

»No titubees, no titubees, sino fortalece tu espíritu.

Si dudas, el viento se llevará tu meditación.

⁷ Gran mudra significa aquí no sólo la actitud del cuerpo sino también todo un método de medios psíquicos que favorecen la concentración del espíritu.

»No te marches, no te marches, sino pisa tu lecho de paz.
Si partes, tu pie tropezará contra una piedra.

»No vuelvas la cabeza, pero agáchala.
Si vuelves la cabeza, te marcharás a la aventura y sin motivo.

»No te duermas, no te duermas, sino medita.
Si te duermes, te abrumarán los cinco peces de la corrupción».

Habiéndome flagelado así, medité sin distinguir las noches de los días. Crecía en santidad y, así, transcurrieron tres años más.

Cada año había consumido una de mis cargas de harina. Si no tenía nada más para seguir nutriéndome, me jugaba la vida. Los hombres del mundo, si hallan una o dos décimas de onza de oro y si, tras alegrarse, las pierden, se desesperan. Esto no puede compararse a morir sin haber obtenido la bodhi. Pues una vida que conduce a la bodhi es más preciosa que un saco con tres mil onzas de oro. Y me preguntaba qué hacer: o violar mi juramento, o seguir meditando aunque me muriera. Y me dije: «No descenderé a país habitado. Ni siquiera con un fin religioso violaré mi juramento. Pero es preciso que busque algún alimento de asceta».

Y salí ante la Roca-Blanca. Allí calentaba el sol y había excelente agua. Crecían muchas ortigas.

Era un lugar abierto y la vista se extendía a lo lejos. Con alegría trasladé mi morada.

Manteniéndome con ortigas, permanecí en aquel lugar y proseguí mi meditación. Las ortigas me proporcionaban el vestido para el exterior del cuerpo, para el interior me daban una harina sin sabor alguno. Tanto que mi cuerpo se hizo semejante a un esqueleto y tomó el color de las ortigas. Cuando también mi pelo fue verde, cogí el escrito que me había dado el lama y lo puse sobre mi cabeza. Desde entonces, aun sin comer nada, sentí el vientre lleno y el sabor de la comida en mi boca. Tuve la idea de romper el sello del escrito y mirarlo. Pero un signo me advirtió que no lo abriera y dejé el escrito.

Luego transcurrió alrededor de un año. Algunos cazadores del mercado de Kirang, que no habían matado animales, llegaron a este lugar. En cuanto me vieron, gritaron: «¡Es un espectro!». Y huyeron. Yo les expliqué que era un hombre y un eremita.

«No lo parece», dijeron, «convendría comprobarlo».

Regresando, entraron en la gruta. Me preguntaron:

«¿Dónde están tus provisiones? Préstanoslas. Más tarde te las devolveremos de la misma naturaleza y mayor cantidad. Si te niegas, te mataremos». Y diciendo estas palabras, me amenazaron.

«No tengo nada que comer», les dije. «Registrad al eremita para ver si tengo algo que comer. No temo que me lo robéis».

«No te robaremos. ¿Qué sucederá si registramos al eremita?»

«Obtendréis un beneficio.»

«Registrémosle entonces.»

Tomándome por el pecho me hicieron caer numerosas veces al suelo. Pese a que mi cuerpo, entregado al ascetismo, enfermó, experimenté por ellos una piedad terrible e intolerable. Derramé lágrimas.

Uno de los cazadores, que permanecía sin dañarme, dijo a los demás:

«¡Eh, vosotros! Este hombre es un gran santo. Y aunque no lo fuera, con todo lo que habéis hecho a un hombre tan flaco, un hombre ordinario no viviría. Él no es responsable de nuestro apetito. No actuéis así». Y, dirigiéndose a mí, me dijo: «Admiro mucho a los eremitas. Puesto que no te he dañado, recuérdame en tus oraciones».

Los demás dijeron:

«Y a nosotros, que te hemos registrado, protégenos también».

El primero añadió:

«Sí, pero existen distintos modos de proteger. Os lo garantizo».

Y partió riéndose a carcajadas.

Yo no pensé en utilizar mis poderes. Pero recibieron un castigo divino. El jefe del país castigó a los cazadores. Hacía matar a los furtivos y, a excepción del que había dicho «No actuéis así», hizo arrancar los ojos a los demás.

Luego transcurrió un año. Puesto que había usado todos mis vestidos y el viejo abrigo de piel que me diera mi tía, como pago por

mi campo, estaba hecho jirones, pensé en coser juntas la tela del saco de harina y la tela de mis vestidos para hacerme una almohada. «Pero si me muero esta noche», me dije, «seré más feliz meditando que haciendo inútil costura». Renunciando pues a coser, cubrí por entero el lecho con mi abrigo, desde la cabeza a los pies. Con los pedazos del saco me cubrí cuanto era necesario. Siendo la tela insuficiente para cubrirme, pensé en coserla. Pero sin preparar hilo ni aguja, tomé los tres fragmentos del saco y utilicé uno para el busto, otro para la cintura y el tercero para la parte baja. Con los cordeles, anudados uno a otro, me hice ceñidores unidos por los extremos y estuve ya vestido para el día. Rodeé mi cama con los pedazos del abrigo y estuve preparado para la noche. Y, así, pasé todavía un año meditando.

Se dejaron oír numerosas voces humanas. Miré. Algunos cazadores, cargados con sus piezas, llegaron al umbral de mi gruta. Me vieron y gritaron: «¡Hay un espectro!», y los primeros emprendieron la huida. Los que venían detrás dijeron: «No hay que temer a los fantasmas en pleno día. Mirad bien. ¿Está todavía ahí?».

Los primeros respondieron:

«Todavía está».

Desde atrás se adelantaron dos viejos cazadores y tuvieron también miedo. Les expliqué detenidamente que no era un fantasma, sino un eremita que meditaba en aquella montaña y que la privación de alimento había llevado mi cuerpo a tal estado.

«Vamos a comprobar si es cierto o falso», dijeron, y entraron en la gruta.

No había otra cosa para comer que ortigas. Se convencieron todos y me ofrecieron mucha carne junto a los restos de sus provisiones. Y dijeron:

«Tus obras son admirables. Salva del infierno a las criaturas que hemos matado. Y, a nosotros, lávanos de nuestros pecados».

Habiendo dicho esto, me rindieron homenaje y partieron.

«He aquí», me dije, «que tengo alimentos de los que comen los hombres».

Habiendo comido carne y legumbres, mi cuerpo permaneció en feliz inmovilidad. Mi salud mejoró, mi inteligencia se hizo más viva y

mi piedad más vigorosa. Experimenté un renacimiento de íntima felicidad. Pensé que los cazadores habían adquirido mayor mérito por una pequeña limosna durante mi meditación en el desierto que todos cuantos me habían dado mucho en los pueblos.

Comí algo de carne y guardé el resto. Pero terminó llenándose de gusanos. Pensé en seguir comiéndola, quitando los gusanos. Luego me dije: «No es cosa mía ni tengo derecho a hacerlo. No es justo que robe su pasto a los gusanos. Ya no la quiero». Dejé pues la carne para pasto de los gusanos y retomé mi ascético alimento de ortigas.

Una noche llegó un hombre con la esperanza de que yo tuviera algunos víveres. Exploró el interior de la gruta. Yo me puse a reír y dije:

«Intenta encontrar, de noche, alguna cosa allí donde yo, de día, no encuentro nada».

Entonces el hombre, riendo también, se fue.

Habiendo transcurrido un año más, llegaron unos cazadores de Tsa que no habían matado nada. Yo estaba vestido con el saco dividido en tres partes por las costuras y sumido en meditación. Al verme, los cazadores tendieron sus arcos y dijeron:

«¿Es un hombre o un espectro? ¿Es un espantapájaros? A juzgar por sus vestiduras parece ser un espectro».

Sonreí y les dije: «Soy yo, y soy un hombre».

Me reconocieron por los defectos de mis dientes:

«¿Eres Buena-Nueva?».

«Lo soy.»

«Entonces, hoy te pedimos algo que comer. Luego te devolveremos el equivalente. Hace muchos años que no vienes al país. ¿Has permanecido aquí desde entonces?»

«Siempre he estado aquí. No tengo nada bueno que podáis comer.»

«Danos de lo que comas tú.»

«Bueno, encended fuego y coced ortigas.»

Cuando hubieron encendido el fuego y cocido ortigas, me pidieron alguna salsa para sazonarlas. Respondí:

«Si tuviera salsas, mi alimento sería llamado sabroso. He prescindido de ellas durante años. Tomad como salsa el jugo de ortiga.»

«Danos entonces harina.»

«Si tuviera grano, mi alimento no podría llamarse sin aroma. He prescindido de ello durante años. Tomad también ortigas como harina.»

«Pero es imposible comer sin sal.»

«Si yo tuviera sal, mi alimento no sería llamado sin sabor. He prescindido de ella durante años. Tomad ortigas como sal.»

«Ciertamente jamás tendrás otro aspecto con tales medios para vestirme y para comer. No eres un hombre. Todo aquel que trabaja, come hasta saciarse y lleva un vestido cálido. No hay sobre la tierra un solo hombre más miserable y digno de compasión que tú.»

«¡Eh, vosotros, no habléis así! Nací el más afortunado de los hombres. Encontré al doctor Marpa en los Acantilados-del-Sur. Obtuve de él la fórmula que me permite llegar a buda en una sola vida y un solo cuerpo. En contemplación y meditando en esta solitaria montaña realizo el único fin verdadero y durable. Habiendo soportado la privación de alimento, vestido y palabra, estoy en condiciones de combatir en esta vida la corrupción enemiga. No hay sobre la tierra un hombre más valiente ni más listo que yo. Por esto, aunque hayáis nacido en un país por el que se ha extendido la doctrina del Buda, un eremita es demasiado para vosotros. Ni siquiera sois capaces de escuchar la doctrina. No existe una conducta más peligrosa que la de acumular las faltas, poco a poco y a pequeños puñados, hasta llenar la profundidad y la duración del infierno. Ahora, jamás ya compadecible, gozaré una felicidad inmensa. Así, desde ahora, tengo asegurada la felicidad. Por ello, escuchad mi canto.»

Y les canté este canto sobre las cinco felicidades:

«Me prosterno a los pies de Marpa lleno de gracias.

Bendice mi renuncia en esta vida.

La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo es la ciudadela del justo centro.

En la cumbre de la ciudadela del justo centro,

yo, el eremita tibetano Vestido-de-Tela,

he renunciado al alimento y a las vestiduras en esta vida

para llegar a ser buda perfecto.

Me siento feliz con la dura almohada que está debajo de mí.

Estoy contento con la tela de algodón que me cubre.

Me siento feliz con la cuerda de meditación que ata mis rodillas⁸,
con este cuerpo de fantasma sin apetito y siempre saciado,
con mi pensamiento que se contempla a sí mismo.

No es cierto que no sea feliz. Soy feliz.

Si os parece que lo soy, haced lo mismo.

Si no tenéis la suerte de ser religiosos,
pero considerando la verdadera y durable felicidad
de todos los seres, la vuestra y la mía,
no os engañéis en vuestra compasión.

He aquí que el sol se pone.

Regresad cada uno a su casa.

Dentro de poco tiempo moriré en la soledad.

Para convertirme en buda perfecto
no tengo tiempo que perder en vanas palabras.

Por ello, dejadme en mi contemplación».

Los cazadores respondieron:

«Has dicho muchas cosas bellas. Ciertamente tu voz es la de la felicidad. Pero por recomendable que sea tu ejemplo, no lo seguiremos». Y diciendo esto se marcharon.

Cada año se celebraba en Kyagnatsa un gran convite de cerveza para celebrar el modelado de las figuritas⁹. En aquella ocasión los cazadores, formando coros, entonaron el canto de las cinco felicidades. Mi hermana Peta, que mendigaba en el lugar de la fiesta, escuchó el canto y gritó:

«El que haya dicho estas palabras es un buda».

Uno de los cazadores dijo:

«¡Mira cómo lisonjea a su hermano! ».

Otro repuso:

⁸ Cuerda que sujeta los miembros del solitario para impedirle desplomarse durante la meditación.

⁹ Imágenes piadosas de tierra batida esculpidas en moldes de madera o cobre.

«Sea tu hermano buda o simple criatura, este canto es el de tu hermano a punto de morir de hambre».

Peta respondió:

«Mi padre y mi madre murieron antaño. Mis primos se convirtieron en enemigos. Mi hermano anda errabundo en los confines del mundo. Mendiga y sin poder volverle a ver, no quiero alegrarme».

Mientras decía estas palabras y derramaba abundantes lágrimas, se le acercó Dzesé y dijo:

«No llores. Tu hermano vive. Le encontré hace ya un tiempo. Ve a La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo y comprueba si está allí. Si está, os encontraréis».

Peta pensó que era cierto. Se llevó una jarra llena de cerveza, mendigaba de puerta en puerta, un pequeño recipiente de harina y condimentos mezclados y llegó a La-Roca-Blanca-Diente-de-Caballo. Miró desde el umbral. Mi cuerpo se hallaba consumido por el ascetismo. Mis ojos habían caído al fondo de mis órbitas. Todos mis huesos sobresalían. Mi carne estaba seca y verde. La piel que recubría mis descarnados huesos parecía cera. Mis pelos se habían hecho rudos y verdes. Mis cabellos se expandían en aterradoradora inundación. Mis miembros estaban a punto de dislocarse.

Viendo esto, mi hermana, horrorizada, pensó primero que tal vez yo fuera un espectro. Aquello que había escuchado: «Es el de tu hermano a punto de morir de hambre», la hizo dudar.

«¿Eres un hombre o un fantasma?», dijo.

«Yo soy Mila-Buena-Nueva.»

Reconoció mi voz. Entró y me tomó en sus brazos:

«¡Hermano mayor, hermano mayor!», gritó.

Y privada de sentido, cayó desvanecida.

Yo había reconocido a Peta. Me sentía a la vez triste y alegre. Hice lo posible para que volviera en sí. Al cabo de unos instantes recobró el sentido. Puso su cabeza sobre mis rodillas y, cubriéndose el rostro con las manos, dijo entre sollozos:

«Nuestra madre murió de dolor y añoranza de su hijo. Nadie vino a acompañarla. Desesperada, tuve que abandonar la casa. Fui a mendigar

a otro país. Me preguntaba si también habrías muerto o si, vivo, gozabas mayor felicidad. ¡Y he aquí el destino de mi hermano! No hay sobre la tierra nadie más desgraciado que nosotros dos, hermano y hermana».

Y llamaba por sus nombres a nuestro padre y a nuestra madre. Y lloraba. Todos mis consuelos eran inútiles. Entonces, lleno también de tristeza, canté a mi hermana este canto:

«Salud a los venerables lamas.

Benedicid al mendigo para que termine su retiro en el desierto.

Oh, hermana, criatura apasionada del mundo,
por lo general las penas y las alegrías son efímeras.

Pero en particular, si así te afliges,
estoy seguro de que existe una felicidad duradera.

Escucha por esto el canto de tu hermano mayor:

Para mostrar la gratitud que es debida
a mi padre y a mi madre, que son todos los seres,
realizo en este lugar obra religiosa.

Este lugar es semejante a la guarida de las bestias salvajes;
viéndolo, otros se llenarían de indignación.

Mi aliento es el de los perros y los cerdos;
viéndolos, otros se llenarían de náuseas.

Mi cuerpo se asemeja a un esqueleto;
viéndolo, incluso el más furioso de mis enemigos lloraría.

Mi conducta parece la de un loco;
y mi hermana enrojece de vergüenza.

Pero mi espíritu es verdaderamente buda;
viéndolo se goza el Victorioso.

He perseverado aunque mis huesos hayan agujereado mi carne
sobre el suelo de frías piedras.

Mi cuerpo, por fuera y por dentro, tiene la naturaleza de la ortiga.
Y ya no cambiará su color verde.

En la solitaria gruta
el recluido no conoce distracción alguna.

Mi fiel corazón jamás se separa
del lama buda de las tres épocas.

Por la fuerza de mi meditación, así estimulada,
mi pensamiento investigador no conoce la duda.

Y cuando se espera la madurez del espíritu
se obtiene, además, la felicidad en esta vida.

Y la seguridad de la bodhi en el más allá.

Por eso pido a mi hermana Peta
que haga penitencia con fe y dolor
por la causa de la religión».

Peta respondió:

«Si es así, tus palabras son sorprendentes, y parece difícil que sea cierto. Puesto que, si es cierto, los otros religiosos, aunque actúen de modo distinto, persiguen el mismo fin. Jamás les he visto volverse tan miserables».

Dicho esto me dio los alimentos y el vino. Comí y bebí y, al instante, se iluminó mi inteligencia. Aquella noche la piedad extrajo de ello un gran beneficio.

A la mañana siguiente, tras la partida de Peta, mi cuerpo, que jamás había gozado semejante alimento, conoció la paz pero también los sufrimientos de ser incomodado. Como mi espíritu pasaba por alternativas de paz y de turbación, por más que meditaba con todas las fuerzas de mi alma, no obtuve resultado alguno.

Algunos días después, Dzesé vino a verme con Peta, trayéndome carne, manteca rancia, tsampa y mucha cerveza. Yo había ido a buscar agua y las encontré. Puesto que mis vestiduras estaban hechas jirones, enrojecieron al verme pero, sin embargo, se quedaron y lloraban. Me ofrecieron la carne, la manteca y la harina, sacaron la cerveza y, mientras bebía, Peta dijo:

«De cualquier modo que se mire, mi hermano mayor no puede llamarse un hombre. Por ello es preciso que pidas limosna y comas poco a poco los alimentos que comen los humanos. Yo te daré algo para que te hagas un vestido».

Dzesé dijo:

«Hagas lo que hagas para conseguir alimentos por caridad, yo también te daré un vestido».

Repuse:

«Ignoro cuándo moriré y no tengo tiempo ni motivos para ir a mendigar y recoger mi subsistencia. Aunque debiera morir de frío, puesto que sería por la religión, no me sabría mal. Tras haber abandonado la meditación, comido los alimentos tan difícilmente obtenidos y vestido buenas ropas, vería a los parientes y amigos afanándose a mi alrededor. Pero mi alma no sabría satisfacerse bajo la ley del placer, de la carne, las bebidas y las risas. No quiero, pues, vuestros vestidos ni visitantes que vengan a verme. No os escucharé y no iré a mendigar».

Peta insistió:

«Entonces, hermano mayor, ¿cómo piensas satisfacerte? ¿No existen medios más amables que tu miseria para satisfacerte?».

Respondí:

«Los tres infiernos son infinitamente más terribles que mi miseria. Son numerosas las criaturas que buscan este dolor de los infiernos. He aquí cómo esperare la felicidad».

Y entoné este canto sobre el modo de llegar a la perfección:

«Ruego al venerable lama

que bendiga al mendigo para que termine su retiro en el desierto.

Feliz sin el socorro de mis aliados,

Miserable sin el socorro de mis enemigos,

si puedo morirme en el desierto,

habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Viejo y sin el socorro de mis amigos,

enfermo y sin el socorro de mi hermana,

si puedo morirme en el desierto,

habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Moribundo y sin el socorro de los hombres,

cadáver sin el socorro de los buitres,

si puedo morirme en el desierto,

habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Con mi carne corrompida libada por las moscas,

con mis venas y nervios comidos por gusanos,

si puedo morirme en el desierto,
habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Sin rastro de hombres en mi puerta,
sin rastro de sangre en el interior¹⁰,
si puedo morirme en el desierto,
habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Sin asistentes en torno a mis despojos,
sin llanto en torno a mi muerte,
si puedo morirme en el desierto,
habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»Sin nadie a quien preguntar adonde he ido,
sin nadie para indicar que estoy aquí,
si puedo morirme en el desierto,
habré alcanzado, solitario, la realización de mis deseos.

»En la gruta del valle desierto,
sea provechosa a las criaturas
esta plegaria del mendigo moribundo
y mis deseos se verán realizados».

Dzesé me dijo:

«Tu conducta de hoy está de acuerdo con tus palabras de antaño.
Y estoy muy maravillada».

Peta prosiguió:

«Fuesen cuales fueran las palabras de mi hermano, no puedo tolerar su absoluto abandono en alimentos y vestido. Un buen vestido y un buen alimento no te impedirán meditar. Así que voy a traerte algo para hacer un manto. No quieres pedir limosna. De este modo, y según tu deseo, muérete pues de miseria y sin cuidados en este desierto. Pero si no te mueres, traeré algo para hacerte un vestido».

Regresaron y comí los buenos alimentos que me habían traído. Las alternativas de sufrimiento y goce que experimentaba mi cuerpo

¹⁰ Es decir: sin haber sido despedazado según la costumbre tibetana.

absorbían mi atención, de modo que ya no podía meditar. Pensé que no había para mí mayor obstáculo que la incapacidad para meditar. Rompiendo el sello del rollo de papel que me había dado el lama, lo miré. Contenía la esencia de una plegaria para apartar los obstáculos, fórmulas para cambiar el vicio en virtud y, principalmente en el momento presente, el consejo de recurrir a una buena alimentación. Reencontré mi anterior coraje y pude meditar.

Mis venas se habían anudado por el uso de malos alimentos y bebidas, y no podían sostenerse. Así, la cerveza de Peta las reanimó un poco. Las ofrendas de Dzesé terminaron de reanimarme. De este modo, de acuerdo con las instrucciones del rollo de papel, me esforcé en realizar las condiciones del cuerpo, de la respiración y el pensamiento. Los nudos de mis venas pequeñas, así como los de mis venas principales, medianas e inferiores, se desataron¹¹. Mis conceptos y pensamientos turbados volvieron a ser claros y a expresarse como antaño. Siendo fuerte la razón, me volví particularmente apto para una especulación distinta por su solidez. Una vez superado el obstáculo, cambié en ventajas los peligros y, sin creer más que en la inestabilidad del mundo sensible, comenzó a aparecer mi cuerpo nirvánico.

En general, conociendo en sus efectos todas las leyes de la liberación de las transmigraciones, mi espíritu, fuente de mis ilusiones, se encontró situado imparcialmente entre estas dos leyes: guiarse por la vista en el camino del error conduce a la perpetua transmigración. Guiarse por el espíritu en la vía superior conduce a la liberación. Tenía la luminosa certidumbre de la no realidad, esencia de ambas verdades. En particular, esta primera cualidad de mi rendimiento era el fruto de mis anteriores meditaciones. Constatando el resultado de la alimentación y de las instrucciones secretas del lama, comprendí que la vía de las inclinaciones sensuales que es la vía de los tantra no podía ser una vía común para el uso de todo el mundo. Por el hecho de que lo debía

¹¹ La acepción más común de la palabra *risa* es vena, la acepción secundaria es nervio. Los nudos son aquí centros nerviosos cuya constricción se debe a una deficiente higiene y que son *desanudados* por la buena alimentación y los ejercicios respiratorios.

a Peta y a Dzesé, mi gratitud se expresaba en plegarias para que su mérito contribuyera a su perfeccionamiento y canté estas profecías esenciales:

«Me prosterno a los pies de Marpa del Acantilado-del-Sur,
que él bendiga al mendigo para que termine su retiro en el desierto.

«Los servicios que me han prestado mis socorredoras
aseguran su salvación y la mía.

«Este cuerpo difícil de obtener, fácil de destruir,
ha hallado de nuevo la gracia santa del alimento.

«El jugo de la estrecha tierra
y la lluvia de la inmensidad azul
son un provechoso presagio para las criaturas
y la esencia de este presagio es la religión de los dioses.

«Mi cuerpo sutil, nutrido por mi padre y mi madre,
y las enseñanzas del santo lama
son el presagio de mi entrada en la religión de los dioses.
y la esencia de este presagio es mi perseverancia.

«Esta gruta rocosa en el valle desierto
y mi sincera piedad
presagian la realización de todos mis deseos.
La esencia de este presagio es la no realidad.

«La paciente meditación de Milarepa
con la fe de los seres de las tres religiones
son un presagio favorable a todas las criaturas.
Y la esencia de este presagio es la misericordia.

«El solitario que medita en los roquedales
y las bienhechoras que le proporcionaron la subsistencia,
presagian que serán igualmente budas.
Y la esencia de este presagio es la bendición.

»La misericordia del buen lama
y la paciente meditación de su discípulo
presagian la creencia en la doctrina de Buda,
Y la esencia de este presagio es mi voto solemne.

»La consagración de una bendición rápida
con las plegarias de una fe y una devoción ardientes,
presagian que pronto volveremos a encontrarnos.
Y la esencia de este presagio es la felicidad.

»Oh, Porta-Cetro esencialmente inmutable,
tú conoces las alegrías y las penas del mendigo».

Así canté y, redoblando mi celo, medité. De día, cambiaba a voluntad mi cuerpo. Mi espíritu imaginaba innumerables transformaciones volando en el cielo, desaparejadas las dos partes del cuerpo. Por la noche, durante mi sueño, podía explorar libremente y sin obstáculos todo el universo, desde el infierno a la cumbre. Y transformándome en centenares de formas corporales y espirituales distintas, bajo cada forma visitaba cada uno de los cielos de los distintos budas y escuchaba su predicación. Podía predicar la ley a una multitud de criaturas. Mi cuerpo se abrazaba a las llamas y, al mismo tiempo, arrojaba agua.

Habiendo realizado así un inconcebible número de transformaciones, transportado por la alegría y el valor, medité con ardor. Y en realidad podía volar por el espacio.

Así, habiendo volado hasta el palacio Nubes-que-Acuden, medité allí. Entonces nació en mí un divino calor interno, desconocido aún e inconcebible. Luego, al regresar a la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo, ante el Diente-de-Caballo pasé sobre un pequeño país denominado Londah. Allí, el hermano de la cuñada de mi tío, una de las que había muerto bajo los escombros de mi casa, trabajaba con su hijo. El hijo conducía los bueyes. El padre, asiendo el arado, trabajaba el campo. El hijo me vio volar por los aires y gritó:

«¡Padre, mira este milagro. Un hombre vuela por los aires!».
El padre, deteniéndose, miró a lo alto.

«¿Cómo pueden darse tal prodigio y espectáculo? Es el hijo de aquella artera Aderezo-Blanco-Hija-de-Nyang. Es el brujo Mila, arruinado y mal nutrido. ¡Que su sombra, al pasar, no caiga sobre nosotros! Trabajemos.»

El padre, temeroso de ser tocado por la sombra, inclinaba espalda y cabeza. Su hijo le dijo:

«Si puede volar, arruinado o no, el espectáculo de un hombre arruinado es menor que el de un hombre volando. Mira, pues». Y siguió mirando.

Pensé: «Sea lo que fuere cuanto haya hecho por las criaturas, debo hacer todavía cuanto pueda por serles provechoso». Y recordé la profecía del Ydam: «Según tu promesa, antes que cualquier cosa en esta vida, cumple la voluntad del lama. Nada es superior a servir la doctrina de Buda y a salvar las criaturas». Y pensé: «Si medito mientras dure mi vida, en el futuro mis afortunados discípulos renunciarán al mundo y meditarán con la perfección cuyo ejemplo les habré mostrado». Y tuve la certidumbre de que la finalidad perfecta de mi meditación era extender más todavía mi devoción por la doctrina y por las criaturas. Luego pensé aún: «He aquí que he permanecido mucho tiempo en este lugar. Durante este tiempo he hecho gala de mi religión ante quienes me han visitado. Llegado a la suprema espiritualidad, los hombres me ven volar por los aires. Si permanezco aquí caigo de nuevo bajo la influencia del mundo. Me arriesgo a que los demonios provocadores del deseo y las ocho leyes del mundo turben mi meditación. Es preciso que vaya a meditar a Netchu bar la, conforme al presagio del lama».

Entonces, llevándome mi vasija para cocer ortigas, abandoné la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo. Pero debilitado por las privaciones tras una larga meditación, mi pie cubierto de basuras resbaló sobre el umbral de la puerta y caí. El asa de la vasija se rompió. Ésta rodó por la pendiente y corrí para detenerla. De la vasija rota salieron los residuos depositados por las ortigas, formando un solo bloque verde que tenía la forma del pote¹². Me consolé pensando que todo lo compuesto es pere-

¹² Esta reliquia existe, al parecer, todavía y se conserva en Tashilhumpo.

cedero. Comprendiendo que incluso esto era una exhortación para que meditara y, admirándola, tras convencerme de ello canté:

«En un mismo instante tenía una vasija y no la tenía.

Este ejemplo demuestra toda la ley de la temporalidad de las cosas.

Demuestra, principalmente, lo que es la condición humana.

Si esto es cierto, yo, el eremita Mila,

me esforzaré en meditar sin distracciones.

La deseable vasija que contenía mis riquezas,

se convierte, cuando se rompe, en mi maestro.

Esta lección sobre la fatal temporalidad de las cosas es una gran maravilla».

Mientras estaba cantando así, llegaron algunos cazadores para hacer el alto del mediodía. Me dijeron:

«Eremita, tu canto es armonioso. Ahora que has roto el perol de tierra, ¿qué vas a hacer con el perol de ortigas? ¿De dónde proviene la delgadez de tu cuerpo y su color verde?».

Repuse:

«De que no tengo nada para sostener mi cuerpo».

«¡Es maravilloso! Bien, levántate y ven.»

Y me dieron parte de su comida. Durante la comida un joven cazador me dijo:

«Eres un hombre industrioso¹³. Si en lugar de esta miseria hubieras vivido la vida mundana, montarías un caballo excelente, semejante a un joven león. Ceñirías tres clases de armas y habrías vencido a tus enemigos. Rico y opulento, gozarías de la felicidad de proteger a los parientes llenos de dulzura. Incluso sin esto, comerciando gozarías de la felicidad de ser tu propio dueño. Por fin, incluso sirviendo a alguien, y gracias a buenos alimentos, te encontrarías más sano de cuerpo y espíritu. Antes no lo sabías, pero ahora haz lo que te digo».

Un viejo cazador añadió:

«Es muy posible que sea un buen eremita. No hay peligro de que obedezca las llamadas del mundo. Callaos, pues. Oh, tú, cuya voz es

¹³ «Que tiene venas en los ojos.»

tan agradable, ten la bondad de cantarnos un canto por el bien de nuestras almas».

Respondí:

«Parezco, a vuestros ojos, miserable en exceso. Ignoráis que nadie en el mundo es más feliz que yo. Puesto que las causas de vuestra felicidad son conformes a las mías, escuchad». Y les canté este canto del eremita corriendo a caballo:

«Me prosterno a los pies de Marpa lleno de gracias.

En el monasterio de montaña que es mi cuerpo,

en el templo de mi pecho,

en el vértice del triángulo de mi corazón,

el caballo que es mi alma vuela como el viento.

Si lo detengo, ¿con qué lazada, voy a detenerlo?

Si lo ato, ¿a qué estaca voy a atarlo?

Si tiene hambre, ¿qué pasto voy a ofrecerle?

Si tiene sed, ¿en qué río lo abrevaré?

Si lo detengo, lo detendré con la lazada del absoluto.

Si lo ato, lo ataré a la estaca de la meditación profunda.

Si tiene hambre, lo alimentaré con los preceptos del lama.

Si tiene sed, lo abrevaré en la perpetua corriente del recuerdo.

Si tiene frío, lo encerraré en el recinto de la nada.

Como silla y bocado lo dotaré de medios y de ciencia.

Lo adornaré con la sólida gamarra de la inmutabilidad.

Dispondré la brida de la energía extraída de la inspiración profunda.

Lo montará el hijo de la ciencia.

Por casco llevará el sello del Mahayana.

Su cota de malla estará hecha de atención, de reflexión y de meditación.

Llevará a la espalda el escudo de la paciencia.

Sostendrá la lanza de la contemplación.

De su costado colgará la espada de la sabiduría.

Si el bambú de su espíritu es flexible,

lo volverá a levantar sin rebelión.

Lo revestirá con el penacho de las cuatro infinitas virtudes,
y le fijaré la aguzada punta de la sabiduría.

Habiendo practicado la profunda muesca de la misericordia en el arco de la irrealidad de las cosas y midiendo las brazas de la contención de espíritu¹⁴,

arquero, disparará sus flechas por todos los mundos.

Lo que alcanzará serán los creyentes.

Lo que matará será su egoísmo.

Y así, enemigo, domará la corrupción.

Amigo, protegerá las seis clases de criaturas.

Si galopa, galopará en las llanuras de la inmensa felicidad.

Si persevera, conseguirá el rango del vencedor.

Corriendo hacia abajo, corta la raíz de la transmigración.

Corriendo hacia lo alto, llega a la ribera de los bodhisattvas.

Cabalgando un caballo semejante, se llega a la bodhi.

Ved si vuestra felicidad puede comparársele.

El mundo no ofrece felicidad deseable».

Así hablé¹⁵. Y los cazadores, tocados por la fe, se retiraron.

Cuando hube llegado a Dingri, en el camino de Tchubar que pasa por Pegu, me acosté al borde del camino. Algunas hermosas jóvenes adornadas con joyas y que iban a Snog mo, vieron mi cuerpo consumido por el ascetismo. Una de ellas dijo:

«¡Hola!, ved qué miseria. Así me sea posible no renacer jamás cómo un ser semejante».

Otra dijo:

«¡Qué pena! Este espectáculo despierta también indignación».

Pero yo pensé: «Siento compasión por estas criaturas limitadas». Y, llevado por la misericordia, me levanté y les dije: «No habléis así, jóvenes. No hay motivo para que os aflijáis. Haríais bien deseando renacer en un ser semejante a mí. Puesto que estáis tan inclinadas a la

¹⁴ El gesto del arquero al tensar su arco es semejante al que se realiza para medir una braza.

¹⁵ El autor de Nansal (*Tres Misterios tibetanos*) ha recogido los más accesibles de estos versos, eliminando aquéllos cuyo excesivo preciosismo hubiera chocado al sentido común y al gusto populares.

piedad, contemplaos y derramad sobre vosotras mismas vuestra compasión. Escuchad el canto que voy a decir».

Entonces canté este canto:

«Ruego al Señor. Oh, Marpa,

lleno de gracias, bendecidme.

Las criaturas abismadas en el pecado

no se ven en él, pero ven allí a sus semejantes.

Las jóvenes pecadoras no tienen fe sino en el mundo.

Pero el mal pensamiento de la satisfacción de sí mismo quema como el fuego.

Siento piedad por vosotras, orgullosas de vosotras mismas.

En el impuro tiempo de los malvados Kalpas,

el Ydam engañoso es honrado como los dioses.

El oropel es preferido al oro y las gemas.

Y los religiosos son rechazados como las piedras del camino.

Siento piedad por las criaturas inteligentes.

Vosotras, hermosas jóvenes, y vuestras hermanas,

con Milarepa de Kung thang,

sentimos vergüenza unos frente a otros;

sentimos piedad los unos de los otros.

Comparemos nuestras piedades.

Y veamos cuál saldrá vencedora en el porvenir.

A quien le dirige un ignorante parloteo,

Milarepa le responde con la enseñanza de los preceptos.

Devuelve vino por agua.

Devuelve bien por mal».

Así hablé. La joven que se había apiadado de mí repuso:

«Éste es al que llaman Milarepa. Todas nos sentimos muy complacidas de nosotras mismas. Hemos dicho muchas cosas que no deben decirse. Pidámosle, ahora, perdón».

Animé a la joven que así hablaba para que se convirtiera. Entonces me ofreció siete pechinas¹⁶ y todas las jóvenes me saludaron pidiendo-

¹⁶ Moneda o imagen de las siete copas de agua que se depositan sobre los altares. Le responden siete estrofas de Milarepa.

me perdón. Respondiendo a su demanda de ser instruidas, les canté este canto:

«Ruego al Señor, lleno de gracias.

Resumo la santa doctrina en cortas estrofas,

En lo alto, en el venturoso palacio de los dioses,

se rechaza el sentido místico y se ama el sentido vulgar de las cosas.

Abajo, en el palacio del Naga,

se rechaza la ley profunda y se aman los bienes del mundo.

En el medio, sobre la Tierra de los hombres,

se rechaza la ciencia religiosa y se ama la mentira.

En los cuatro reinos del Tsang central,

se rechaza la meditación y se ama la palabra.

En el impuro tiempo de los malvados Kalpas,

se rechazaba al hombre de bien y se amaba al malvado.

En el país de las jóvenes bellas,

se rechaza al eremita y se busca al hombre hermoso.

El oído de las jóvenes vírgenes

no escucha el címbalo religioso sino las cancioncillas.

He aquí las fórmulas cantadas.

Es mi respuesta al don de las siete pechinas.

Es la celebración de vuestro perdón».

Así canté. Y las jóvenes creyeron en mí y partieron.

Entonces también yo partí hacia el país de Tchrin. Había oído hablar de agradables grutas en Netchubar. Me detuve en la llamada Torre del Sol, y medité allí.

Transcurrieron algunos meses mientras crecía en santidad. Habíéndome traído, los hombres que me buscaban, todo cuanto precisaba de víveres y bebida, aquello fue dañoso para la firmeza de mi alma y me sugirió estas reflexiones: «He permanecido ya demasiado tiempo en este lugar. Pero mi fervor aumenta. Si atraigo a tantos hombres, corro el peligro de perder toda mi energía. Me es indispensable ir a un valle desierto a donde no lleguen los hombres. Según la orden del lama, es preciso que vaya a Laphyi».

Mientras tenía estos pensamientos, Peta había tejido la lana y el pelo de cabra que había recogido y me trajo una gruesa tela. Llegó a la Roca-Blanca-Diente-de-Caballo y no me encontró. Partió en mi busca preguntando a todo el mundo. Le comunicaron en Kungthanteu que un eremita parecido a una oruga de ortiga¹⁷ había abandonado el abundante valle por las altas montañas del Sur. Tras estas noticias, Peta se decidió a partir. En Dingri vio al lama pandit Pari, sentado sobre un alto trono y abrigado bajo un parasol, vestido con ricos ropajes de satén. Haciendo sonar las caracolas, los monjes, sus discípulos, reunieron una gran multitud de hombres a su alrededor que le colmó de ofrendas, de té y de vino.

Peta pensó para sí: «Esto hacen los otros por su lama. Pero para la miseria de mi hermano no tienen sino desprecio. Sus parientes no pueden sino avergonzarse. Si hallo a mi hermano, será obligado que le aconseje y le proporcione los medios de entrar al servicio de este lama».

Pensado así, preguntó a algunos de los reunidos. Supo que me encontraba en Tchrin, decidió venir y me halló en la venturosa gruta donde me encontraba. Me dijo:

«La religión de mi hermano mayor no le proporciona nada que comer ni nada con que vestirse. La desnudez hace enrojecer y es intolerable. Hazte unas calzas con esta tela. Los otros religiosos tienen como lama a un pandit llamado Pari. Le han levantado un trono, le protegen bajo un baldaquino, y revistiéndole de finas sedas, le ofrecen cerveza y té. Luego los discípulos, enarbolando las trompetas, las soplan para reunir a una gran multitud de hombres. Y los hombres le ofrecen inimaginables presentes. Él es útil a sus parientes y a quienes le rodean; satisface sus deseos. Así es cómo la religión es excelente. Mira si quieres que te conduzca a este lama para que entres a su servicio. Si así lo haces, aunque fueras el último de sus monjes, serías feliz. Si no lo haces, gracias a la religión de mi hermano y a mi debilidad, ambos, hermana y hermano, no podremos ya sostener nuestra vida».

¹⁷ Gran insecto que tiene el color de la ortiga sobre la que vive. La expresión verde como un gusano de ortiga se utiliza todavía en el Tíbet.

Hablando así, lloraba. Le respondí: «No hables así. La desnudez que acostumbro no encubrir os hace enrojecer. Primero es esta virilidad la que me ha permitido llegar a religioso. No tengo, pues, por qué enrojecer. Luego, nací desnudo de mi madre sin que en ello hubiera motivo para enrojecer. Puesto que si fuera un pecado, sería faltar gravemente a los propios padres.

»Quienes roban los bienes del lama y de los ratnas, quienes, para satisfacer sus propios deseos, perjudican a las criaturas con malignos artificios, se perjudican unos a otros; quienes irritan a los dioses y a los santos, sienten vergüenza y enrojecen. En particular, si enrojeces por el cuerpo, deberías enrojecer antes por tus hinchadas mamas, que no tenías cuando naciste del cuerpo de tu madre. Crees que si medito privado de alimento y de vestido es por falta de limosnas; no es así. Temo los dolores del infierno de la transmigración. Mi terror es semejante al de los hombres vivos lanzados al fuego. Cuando se contemplan las discusiones que dominan el mundo de la agitación y el tumulto, se experimenta el disgusto del hombre que se ha cebado de alimentos y que los vomita. El alma se horroriza como si contemplara un parricidio. Por ello renuncié.

»Pero, sobre todo, el lama Marpa, del Acantilado-del-Sur, me dio esta orden: “Renunciarás al ruido y a la agitación que gobiernan el mundo. Pobre, renunciarás al alimento, al vestido y a la palabra. Te retirarás a algún lugar solitario. Y tomarás, ante todo, la terrible resolución de meditar durante toda tu vida”. Ésta es la orden que cumplo. Y, cumpliéndola, no sólo aseguro la felicidad terrestre de algunas criaturas que me rodean, sino también la perpetua felicidad para todas las demás criaturas. Y puesto que la hora de la muerte es incierta, renuncio a las obras de esta vida y a los medios de las ocho leyes que gobiernan este mundo. Comparándolo con mi meditación no sólo sería muy inferior el servicio del lama Pari; sino que también lo que él es, es inferior a lo que soy. Deseando obtener la bodhi en esta vida, me consagré ardientemente a la meditación. Renuncia también tú, Peta, a las ocho leyes del mundo y, siguiendo a tu hermano mayor, ven a meditar en medio de las nieves. Si, habiendo renunciado a las ocho

leyes del mundo, puedes meditar, entonces se levantará para ambos la aurora de nuestra felicidad. Escucha el canto de tu hermano:

»Señor buda de las tres épocas, protector de los hombres,
tú que no has sido mancillado por el pecado de las ocho leyes,
tú que bendices tu descendencia espiritual,
traductor Marpa, me prosterno a tus pies.
Escúchame, hermana y joven Peta,
consumida por los deseos de esta vida terrestre.

»Primero dispon un pináculo de oro
resplandeciente en la punta del parasol.
En segundo lugar, rodéalo con franjas de seda de la China.
En tercer lugar, levanta las nervaduras del parasol,
bellas como la cola del pavo real,
En cuarto lugar, levanta el asta de acacia roja.
Si preparas estas cuatro cosas, tu hermano está listo;
pero tu hermano ha renunciado a las ocho leyes del mundo.
Y puesto que ha renunciado a las ocho leyes, el sol de la felicidad
se ha levantado para él.

Por ello renuncia a las ocho leyes, oh, Peta, hermana mía.

Renuncia y retírate a Laphyi, entre las nieves.

Unámonos, hermano y hermana, y retirémonos detrás¹⁸ de la montaña, entre las nieves.

»Primero, el sonido de la caracola blanca que llega a la lejanía.

En segundo lugar, el poderoso soplo del hábil tocador de caracolas.

En tercer lugar, los ornamentos de caracola en multicolor seda de China.

En cuarto lugar, los muchos monjes reunidos.

Si preparas estas cuatro cosas... (Volveré a decirlo las seis veces.)

¹⁸ *Detrás* quiere decir, aquí, *encima*. Los monasterios dominan siempre. Más adelante los hallaremos, también, *detrás* de las aglomeraciones.

»Primero, el pequeño mundo abigarrado detrás de la ciudad mundana.
En segundo lugar, los discursos de los jóvenes lamas elocuentes.
En tercer lugar, el vino y el té de China en la cocina.
En cuarto lugar, el joven monje que se apresta a servir.
Si preparas estas cuatro cosas...

»Primero, la gran moda de las rogativas, exorcismos y adivinación.
En segundo lugar, la gran sacerdotisa abadesa del culto exterior.
En tercer lugar, el círculo de todos aquellos que no hacen ofrendas
sino para nutrirse de ellas.
En cuarto lugar, el maestro que hace cantar falaces cantos.
Si preparas estas cuatro cosas...

»Primero, la poderosa y alta torre de la fortaleza de tierra.
En segundo lugar, el intenso cultivo del fértil campo nutricio.
En tercer lugar, los víveres y los tesoros amasados por el avaro.
En cuarto lugar, el creciente entorno y la multitud de servidores.
Si preparas estas cuatro cosas...

»Primero, la fiera y alta cabeza del caballo Yerling¹⁹.
En segundo lugar, los ornamentos de piedras preciosas que fulguran
a ambos lados de la silla.
En tercer lugar, la abigarrada escolta de los soldados ciñendo tres armas.
En cuarto lugar, el ardor para someter a sus enemigos y defender a
sus amigos.
Si preparas estas cuatro cosas...

»No renunciando a las ocho leyes del mundo,
no yendo a Laphyi, entre las nieves;
henchido tu corazón por el amor a parientes y amigos,
tus profanos discursos turban mi piedad.
Sobre todo, una vez nacido, nadie sabe cuándo morirá.
Así, no abandonaré mi meditación
como si tuviera tiempo para meditar más tarde.

¹⁹ Semental de raza.

Me ejercito sin distracciones en la meditación.

Las fórmulas de mi padre el lama son saludables al lama.

Cuando haya meditado estas saludables fórmulas obtendré la venturosa liberación.

Por ello me retiro entre las nieves,

Tú, hermana mía, escoge las ocho leyes del mundo.

Acumula, poco a poco y a pequeños puñados, los pecados.

Lígate a la transmigración general de los tres mundos.

Actúa, muy especialmente, para obtener los tres infiernos.

Pero si temes a los centenares de transmigraciones, renuncia a las ocho leyes del mundo.

Y partamos juntos hacia Laphyi, entre las nieves.

Hermano y hermana afortunados, unámonos y encerrémonos en el recinto de las nieves».

Así canté y Peta respondió:

«Son estas ocho leyes del mundo de mi hermano a lo que se llama felicidad. No debemos renunciar a ellas. Tienes toda la razón cuando dices que estás seguro de no parecerte nunca al lama Pari. Has predicho, además, muchas verdades. Pues no iré a Laphyi para obtener la miseria, la privación de alimento y vestido. Ni tan sólo sé dónde está Laphyi. Habiendo huido siempre como una bestia salvaje perseguida por los perros, te sientes atraído por los roquedales y moras en ellos. Permaneciendo en el mismo lugar, la meditación aumenta y se hace más fácil la reflexión. Así me será más sencillo volverte a encontrar.

«Aunque no permanezcas siempre aquí, quédate algunos días. Ayúdame cosiéndote unas calzas para cubrir tus partes bajas. Pronto regresaré».

Mantuve mi promesa de quedarme algunos días. Mientras mi hermana iba a mendigar a Dingri, hice, con la tela de mi hermana, un cubrecabezas, envolví cada uno de mis dedos y calcé mis pies. Luego cubrí mi bajo vientre. Mi hermana regresó al cabo de algunos días. Preguntó:

«¿Has cosido la tela, hermano mío?»

«La he cosido.»

Y mostré las envolturas con las que había revestido, por separado, cada uno de mis miembros.

« ¡He aquí que mi hermano no tiene ya nada de hombre! No contento con su desconocimiento del pudor, ha destruido la tela que con tanto trabajo había yo tejido. Tan pronto no tiene tiempo de hacer otra cosa que meditar, como tiene demasiado tiempo.»

Respondí:

«Por el contrario, soy la esencia misma de un hombre santo. Sabiendo ruborizarme permaneceré fiel a mi voto y a mi promesa. Sólo tú, hermana mía, te ruborizas ante mi desnudez. Por más que quisiera suprimir mi virilidad, no me sería posible. Aunque estorbando mi meditación, he confeccionado púdicas vestiduras, como me habías dicho. Pensé que las distintas partes del cuerpo valían lo mismo, y no he hecho diferencia alguna para con ésta. Por eso he confeccionado estuches para todas ellas. Sin haber destruido la tela, llevo un vestido pudoroso. Pero, como tu pudor es mayor que el mío, si te ruborizas ante mis atributos, ruborízate también ante los tuyos. ¿Para qué poseer algo que avergüenza? ¡Vamos! ¡Suprímelo! ».

Mientras decía estas palabras, su rostro se ensombreció. Yo proseguí:

«Ruborízate mejor ante los mundanos que no conocen la vergüenza. Puesto que no enrojeces ante la mentira y la hipocresía, y puesto que ignoras lo que en verdad es vergonzoso, escucha el canto de tu amado hermano».

Y le canté este canto sobre el modo de sentir vergüenza:

«Salud a los venerables lamas.

Benedicid al mendigo para que sepa ruborizarse.

Joven Peta, atada al pudor,

escucha un momento el canto de tu hermano.

Tu pudor ignora lo que es el pudor.

Te ruborizas ante lo que es vergonzoso.

Pero yo, eremita, sé lo que es vergonzoso.

Abusar del cuerpo, de la palabra y del pensamiento me fuerzan a un supremo rubor.

Si se dejaran de distinguir los sexos,
¿quién se preocuparía de los signos que los diferencian?
Los guardianes de la modestia y el pudor
no son el común de los hombres.
Vergonzosa es la virgen comprada por medio de plata.
Vergonzoso es el niño llevado sobre el seno.
La codicia y la maldad frutos de la herejía,
la mala conducta, la astucia y el rapto,
los parientes en quienes se ha confiado y que engañan.
Ésta es la vergüenza. Pero nadie le presta atención.
Todos los eremitas que han renunciado a esta vida
conocen mejor el sentido profundo de las cosas.
Por la práctica de la doctrina vajra
el hombre nace a la vida religiosa.
No existe en ello vergüenza forjada por uno mismo.
No prepares, por eso, tu propia miseria,
Peta, y calma tu espíritu».

Así canté. Peta, con el rostro sombrío, me ofreció los condimentos y los víveres que había mendigado. Luego me dijo:

«Haga lo que haga, mi hermano no escucha mis consejos. Pero, puesto que no abandono a mi hermano, cómete todas esas cosas. Ahora voy a intentar recoger alguna más».

Y se dispuso a partir. Me preguntaba yo si podría convertir a Peta. Le dije: «Mientras duren estos víveres, permanece aquí sin pecar aunque no hagas obra de religión». Durante el tiempo que estuvo allí le expliqué la ley de la causa y el efecto tanto como pudo escucharla.

Las disposiciones de mi hermana y su creencia religiosa se habían desarrollado un poco.

Mientras, mi tío había muerto y, luego, mi tía concibió un sincero remordimiento. Cargando una pieza de tela sobre un yack, y decidiéndose tras muchas vacilaciones, partió. Vino al país de Tchrin. Y allí, dando a guardar el yack, se cargó con todo lo que pudo y llegó a donde yo estaba.

Peta, que se hallaba ante la puerta, la vio.

Cuando hubo reconocido a la tía, gritó:

«Fue porque la tía nos infligió toda clase de dolores que la madre y los hijos se separaron».

Entonces Peta retiró la pasarela que daba acceso a la entrada de la cueva. Y en aquel momento la tía llegaba al otro lado.

«Sobrina», dijo, «no retires la pasarela. Es tu tía quien ha llegado».

Peta respondió:

«Precisamente por eso la he retirado».

«Es cierto, sobrina. Pero, ahora, un terrible remordimiento ha nacido en mí. He venido para volveros a ver, al hermano y a la hermana. Coloca, por eso, la pasarela. Y si no la colocas, ve a anunciar a tu hermano que he llegado».

Yo, del otro lado de la pasarela, me había situado sobre un promontorio rocoso y me mantenía en la cumbre. La tía me saludó y me dio muchas muestras de su deseo de volverme a ver. Pensé para mí: «Aunque no recibirla en seguida es no actuar religiosamente, es preciso, primero, que la ponga a prueba». Y le dije:

«Por lo general, no me preocupo de pariente alguno. Pero, en particular, no me preocupo en absoluto de mi tío y de mi tía. Primero me sumieron en la miseria. Luego, incluso cuando entrado en religión fui a mendigar, me maltrataron. Por ello no me preocupo de mi tío ni de mi tía. El canto que voy a decir te lo probará. Escúchalo.

Y canté este canto de vergüenza por mi tía:

«Oh, benevolente para todos y compasivo

Marpa traductor, me prosterno a tus pies.

Sé la familia del mendigo que no tiene ya familia.

Oh, tía, ¿recuerdas lo que hiciste?

Si lo has olvidado, escucha de un corazón sinceramente arrepentido el canto que te lo recordará con claridad.

Un el país de Kyagnatsa del Korum,

perdimos, madre e hijos, a nuestro excelente padre.

Entonces nos fueron arrebatados nuestros bienes y nos fueron dadas las miserias.

Y fuimos dispersados como un bastón dispersa un puñado de grano.
Vosotros, tío y tía, nos enviasteis calamidades.
Desde aquel día desconfié de todos mis parientes.
Pero, en particular, cuando erraba por los confines del mundo
recordé a mi madre y a mi hermana y regresé al país.
Mi hermana vivía, pero andaba lejos y errabunda.
Abrumado bajo el peso de la tristeza
entré en profunda meditación.
Sentí entonces el hambre de los alimentos necesarios a la vida
y yendo a mendigar, llegué a la puerta de mi tía.
Viendo a un mendigo eremita,
siempre dispuesta a la cólera y a la maldad,
azuzó contra mí sus perros.
Haciendo un bastón con la estaca de una tienda
golpeó mi cuerpo como se hace con las espigas en la trilla.
Caí de cabeza a un charco de agua.
Puesto que iba a perder la preciosa vida,
ella gritaba que extraería el tuétano de mis huesos.
Me llamó vergüenza de mi familia.
Mi corazón, abrumado por tan horribles palabras,
se desesperó de dolor y se llenó de indignación.
Con la respiración jadeante, no podía hablar.
Pese a que ya no los quería, robaste con mil argucias mi casa y mi
campo.
El alma de un demonio habita en el cuerpo de mi tía.
Desde aquel día desconfié de mi tía.
Luego, cuando llegué ante la puerta de mi tío,
me dijo estas malas palabras, indicadoras de un alma perversa:
“¡He aquí al demonio destructor del país!”.
Y llamó en su ayuda a los vecinos para que me mataran.
Por tres veces me insultó.
Y me lanzaron una lluvia de piedras,
y un puente de flechas se tendió hacia mí.
Un dolor insoportable golpeó mi corazón.

En aquel instante, pensé morir.

El alma de un verdugo habita en el cuerpo de mi tío.

Desde aquel día desconfié de él.

Fue el odioso enemigo de su débil sobrino.

Luego, cuando meditaba en la montaña,

la fiel Dzesé

no me abandonó sino que tuvo piedad y vino a verme.

Sus sabias y amantes palabras

consolaron mi alma dolorida.

Con sabrosos manjares

disipó mi hambre y mi sed de miserable mendigo.

Siento hacia ella una gran gratitud.

Pero no es un discípulo que hace obra a pie.

Dzesé vino, pero no tenía interés alguno en reencontrarme.

Mi tía tenía aún menos razones para volverme a ver.

Y he aquí que, ahora, regresa a mí.

Pero más le hubiera valido venir antaño.

Así hablé. Mi tía, llorando y saludando numerosas veces, imploró:

«Desde entonces no has dejado de tener razón. Pido perdón y me acuso sinceramente. Siento terribles remordimientos. Sin renunciar al amor de mis parientes, he venido a encontrar a mi sobrino. Quería veros, oh hermano y hermana, no importa cómo. Si no me recibís según mis deseos, me mataré y, muerta, permaneceré aquí».

Sin atreverme a negárselo, dispuse la pasarela. Pero Peta me dijo en voz baja que no quería ver a la tía y que, aunque yo se lo ordenase, no me obedecería. Respondí:

«El hombre que transgrede sus promesas es como aquellos que beben el agua de un mismo valle; está contaminado. Pero yo no violaré mi voto religioso. Y, puesto que soy un religioso, recibiré a la tía».

Hablando así, dispuse la pasarela. Recibí a la tía según sus deseos. Le prodigué mis lecciones sobre la ley de la causa y el efecto. Se convirtió, tanto de palabra como de corazón, y fue una eremita que labraba su propia salvación por la práctica de la religión y por la meditación de las fórmulas.

Así habló el Maestro.

Entonces, Repa-Luz-de-Paz preguntó al Maestro: «Maestro, cuando solicitabas instrucción religiosa mostrabas por el lama una gran devoción. Obtenida la instrucción, meditaste en la montaña con gran fortaleza de alma. Sea cual fuere el esfuerzo de nuestro pensamiento, no puede concebir la magnitud de tu obra. Pero si pensamos en ello, nos hallamos lejos de practicar semejante ley y, entonces, jamás llegaremos a la liberación».

Y hablando así derramaba abundantes lágrimas. El Maestro le respondió:

Cuando se piensa en los dolores de la transmigración y de los infiernos, no habría riesgo alguno en acrecentar aún más esta devoción o esta fortaleza de espíritu. Los valientes que han escuchado la ley de las causas y los efectos y creen en ella, son capaces de tal fortaleza de espíritu. Quienes no creen en ella están entregados al error no renunciando a las ocho leyes del mundo. Por ello es importante creer en la ley de las causas y los efectos. Pero cuando continuamente se han dado muestras de creer poco en las causas y los efectos, sería conveniente prodigar los preceptos y las lecciones sobre la vacuidad, y por ello mismo sería difícil creer en la vacuidad e, incluso, tener de ella la menor noción. Pero tras creer en la vacuidad, sabiendo que ésta es a un tiempo su causa y su efecto, el sabio pondrá su celo en separar causa y efecto de su renuncia al mal y de su adopción del bien²⁰.

Yo fui, en principio, incapaz de concebir la esencia de la vacuidad mientras creía en las causas y sus frutos. Por ello, tras haber acumulado crímenes, temí no poder evitar las penas del infierno. Rendí, por lo tanto, homenaje y devoción a un lama. Desde entonces no podía faltarme ya ardor para la meditación.

²⁰ Esta frase carece de claridad. Significa que el bien y el mal son tan ilusorios el uno como el otro pero que, sin embargo, la ley de las causas y los efectos debe guiarnos en la elección del bien. El bien absoluto no existe. Pero existen causas de menor dolor e, incluso, de felicidad. En ellas se halla la práctica de la virtud. Además; si el razonamiento discursivo puede llegar a la no realidad, sólo la renunciación, es decir, la puesta en práctica de la teoría de la no realidad, o su experiencia, procura la convicción íntima y definitiva.

También vosotros debéis actuar como os he indicado, según las secretas enseñanzas que os doy ahora. Id a permanecer solitarios en el desierto. Y yo, anciano, os prometo que seréis liberados de la transmigración.

Entonces el maestro Bhiraja de Gnan dzong preguntó:

«Precioso Maestro, me parece que eres el Porta-Cetro encarnado en forma humana y que todas estas obras se han llevado a cabo para favorecer a las criaturas²¹. Incluso si no fuera así, estas obras acumuladas durante innumerables kalpas son las que llevan a cabo los mahasatvas y les impiden volver a caer en la transmigración. Sin embargo, tú asumiste renacer y entregarte al ascetismo. El venerable Maestro muestra múltiples pruebas de lo que digo. Puesto que ninguno de nosotros, pobres hombres, puede alcanzar con el pensamiento nada que se parezca a las obras de devoción que prodigaste ante tu lama, ni al ascetismo que practicas por la doctrina, ¿quién osaría cargar semejante fardo? Si, aunque es imposible, tal hombre se presentara, su cuerpo no podría soportar semejante prueba. Por esto es cierto que tú eras antes algún buda o bodhisattva. Y siendo así, nosotros, aunque incapaces de religión, y las criaturas que contemplan tu rostro y escuchan tu palabra, pensamos que seremos liberados de la transmigración. Por esta razón, oh, venerable Maestro, te ruego que nos digas si eres el Porta-Cetro o de qué bodhisattva es tu encarnación».

El Maestro respondió:

Jamás he tenido noticia sobre a quién encarnaba. Incluso si encarnara a los tres infiernos, vosotros deberías ver en mí al Porta-Cetro y a los demás bodhisatvas, y recibir con devoción sus bendiciones. La creencia de que soy una reencarnación es una buena opinión sobre mí. Pero no existe mayor herejía que esta creencia. Es porque desconocéis los efectos de mi doctrina que lo pensáis así. Ante todo, la ley es tan vasta que quien hubiera sido un gran pecador, como yo lo fui en mi juventud, y habiendo luego creído en seguida en las causas y los efectos, hubiese renunciado al mundo y hubiese meditado en la paz de

²¹ El discípulo cree que Milarepa había salido ya de la transmigración pero que se ha reencarnado por la causa de las criaturas.

su cuerpo, de su palabra y de su pensamiento, no se hallaría muy lejos de alcanzar la bodhi.

Pero, en particular, si se ha podido meditar bajo la dirección de un lama señalado por la santidad, tras haber obtenido las fórmulas y el poder de explicarlas sin obscurecerlas con ideas preconcebidas, sino poniéndolas al desnudo, entonces no podrá dudarse ya de si se llegará o no a ser buda en esta vida.

Pero si, culpable de los diez vicios y los cinco pecados, se muere súbitamente, no puede dudarse de si se renacerá o no en los tormentos del infierno. Y todo ello porque, sin fe en las causas y los efectos, se carece de fuerza moral.

Pero aquel que actúa conforme a su fe, cree en las causas y los efectos. Temerá los dolores del infierno. En su deseo de obtener la bodhi, presentará su homenaje a un lama. Se esforzará, inmediatamente, en meditar las fórmulas. Y por fin se aplicará en mantenerse en el estado de espiritualidad. Entonces podrá, incluso, hacer más que yo. Si este hombre se presenta se le tomará, también, por la encarnación de un buda o bodhisattva. Ésta es la prueba de que no creéis en el método rápido de salvación por medio de las fórmulas secretas. Creed, pues, en las causas y los efectos. Recordad las causas y los efectos de la historia que os he contado, los castigos de la vida mundana, lo trabajoso que resulta obtener la condición de hombre, la ignorancia de la hora de nuestra muerte.

Penetraos del sentido de las fórmulas secretas. También yo me infligí la privación de alimento, de vestido y de palabra. He fortificado mi alma. Y sin preocuparme por las pruebas impuestas a mi cuerpo, fui a meditar a la montaña desierta. Entonces se manifestó la virtud del estado de espiritualidad. Seguid, también vosotros, mi ejemplo con todo vuestro corazón.

Así habló el Maestro. Éste es el séptimo capítulo en el cual, para obedecer los mandatos del lama, renuncia a esta vida y, cultivando una austeridad y un ascetismo terribles, se retira para meditar en la montaña.

Capítulo VIII

Entonces, Rétchung preguntó:

«Maestro, no hay nada más maravilloso que tus obras, pero nada tienen de risible. Hasta ahora hemos hallado motivos para llorar y gemir. Cuéntanos ahora cuáles son las acciones que dan motivos de risa»¹.

Los motivos de risa fueron el resultado de mi obstinada meditación. He sido útil a la doctrina de Buda por intermedio de hombres y de no hombres que tuvieron la felicidad de convertirse y entrar en el camino de la salvación.

Rétchung preguntó:

«Maestro, ¿quiénes fueron los primeros de estos hombres y no hombres?».

El Maestro respondió:

Primero vinieron los no hombres para atormentarme. Luego llegaron los hombres reunidos como discípulos, más tarde las formas encarnadas de la diosa Tseringma². Llegaron, por fin, los restantes discípulos hombres. Tseringma fue la no hombre propagadora de mi doctrina; hombres del Tíbet central fueron los propagadores.

¹ Recuérdese que Milarepa afirma al comienzo de la narración que su historia daría motivos para llorar y para reír.

² Literalmente «Larga Vida». Una de las doce diosas protectoras del Tíbet. (N. del T.)

Así habló el Maestro. Entonces Repa de Seban preguntó:

«Maestro, tus principales ermitas fueron Lat-chi y Tchubar. Pero exceptuando estos dos retiros y los precedentes, ¿dónde meditaste también?».

Milarepa respondió:

En el monte Yolmo Gangra del Nepal; en seis dzongs³ del exterior, célebres en todas partes, seis dzongs personales sin renombre alguno, seis dzongs secretos, lo que asciende a dieciocho. Luego en otros dos dzongs, es decir, veinte en total. En cuatro cavernas conocidas en todas partes y cuatro cavernas sin renombre; éstas comprenden mis anteriores moradas. Por fin, medité en otras pequeñas grutas y lugares solitarios que reunían condiciones favorables. Y así es cómo, combinando en uno solo el objeto meditado, la acción de meditar y el sujeto que medita, no sé ya lo que fue mi meditación.

Entonces, Rétchung dijo:

«El Maestro siente piedad por todas las cosas que terminan en la nada. Nosotros, tus discípulos y súbditos, te debemos una enorme gratitud por nuestra alegría al comprender y gustar definitivamente algo de lo que es verdad y certidumbre.

«Ten a bien decirnos ahora, como ejemplo para la instrucción de los conversos futuros, cada uno de los nombres de las grandes cavernas, de los dzongs conocidos o desconocidos y de los dzongs secretos en donde has meditado».

El Maestro respondió.

Los seis dzongs exteriores, universalmente conocidos, con el dzong de la nada Roca-Blanca-Diente-de-Caballo, Smin K'yugs gribma, Bloque-de-Roca-Roja, dzong-Perfecto-de-Ragma, Cielo-adornado-de-Banderolas, Vajra-de-Roca-Gris. Los seis dzongs ignorados son: Tche lung Khyung, Sol-de-Alegría, el Cuco-Solitario, dzong-de-los-

³ También *zon*. Monasterios o capillas objeto de peregrinación. (N. del T.)

Bananos-de-la-Gruta-de-Cristal, dzong-de-las-Coles-Sabrosas, dzong-de-la-planta-del-pie-de-piedra. Los seis dzongs secretos son: dzong-del-Cielo-lleno-de-Signos-Terribles, León-de-la-Caverna-del-Tigre, dzong-de-la-Caverna-oculta, Loto-de-la-Gruta, Naga-de-la-Puerta-de-los-Elefantes, Vajra-de-bronce-victorioso. Los otros dos dzongs son: Sol-de-la-Gruta-Feliz y Cielo-de-las-Cimas.

Las cuatro grandes cavernas universalmente conocidas son: La-Gruta-Estómago-de-Nyanang, Derrota-de-los-Demonios-de-Tchi, Lengua-de-Yack-de-Tchin y Gruta-de-las-Apariciones-del-Monte-Kailas. Las cuatro grutas sin renombre son: La-Gruta-del-Pie-que-toma-Raíz, Luz-de-Ron, Manto-de-Seda-del-Monte-de-la-Cabra, Gruta-de-Kuthang-y-de-Ru.

Si vais a meditar a estos lugares encontraréis en ellos todas las ventajas del desierto. Para que sea bendecida la transmisión de mi doctrina, id, pues, a meditar.

Cuando el Maestro hubo hablado así, todos los discípulos presentes, hombres y dioses, y todos los oyentes extranjeros, llenos de tristeza, sintieron nacer en su corazón un arrepentimiento, una fe y una piedad sin límites.

Habiendo repudiado la vinculación a las vanidades terrenales de las ocho leyes, se entregaron a las alegrías de la pura doctrina. Los grandes hijos espirituales hicieron alabanzas a la doctrina de los tres medios⁴ y a las criaturas y se sometieron al ascetismo y a la maceración. Hicieron voto de meditar sin tregua en las montañas, con terrible ardor y abnegación. Los oyentes divinos prometieron proteger la doctrina.

Incluso los mejores de entre los oyentes extranjeros renunciaron a la vida mundana. Muchos hombres y mujeres, habiendo seguido al Maestro para servirle, se hicieron eremitas meditantes, convencidos de la inanidad del mundo. Los oyentes medianos hicieron voto de meditar durante algunos meses o algunos años. Incluso los últimos, sea que renunciaran para siempre a sus vicios, sea que hicieran voto de practicar siempre la virtud, todos consiguieron su objetivo.

⁴ Cuerpo, palabra, pensamiento.

Habiendo plasmado por escrito todas las palabras que el Maestro ha dicho y habiéndolas dispuesto en forma de sutra de las obras provechosas a la doctrina y a las criaturas, y de las mismas palabras pronunciadas por el Maestro; ahora voy a desarrollarlas un poco⁵.

Hubo tres grandes clases de seguidores: los no hombres exorcizados de su nocividad; el grupo de los venturosos hijos espirituales conducidos a la conversión y a la liberación y, por último, los oyentes extranjeros y libres, de todas clases, que dieron vueltas a la rueda de la ley. Todos crecieron en número.

¿Cómo fueron, primero, apaciguados los no hombres? Mila apaciguó con el canto Lamaden-drug al rey demonio Einayaka en el valle de la Roca-Roja. Luego, obedeciendo a Marpa, marchó a Laphyi. En Tchuzan de Laphyi entonó el canto que apaciguó al gran genio Genesha. Al año siguiente, con motivo de su viaje a la capital de Laphyi, cantó su célebre himno de las nieves. Luego, deseando ir al monte Palbar del Mang-yul y a Yolmo Gangra del Nepal para obedecer al lama, pasó de nuevo por el Kungthang. Allí le sedujo la Roca-Lingua. Se detuvo un instante y entonó el canto de la diablesa de la Roca-Lingua. Luego, en el dzong Perfecto-de-Ragma, próximo al monte Palbar, cantó el cántico que apaciguó a la diosa del lugar y al genio habitante del dzong Ragma.

Luego permaneció en el dzong denominado Cielo-Adornado-de-Banderolas. Realizó allí obra útil a muchos hombres y no hombres. Habiendo ido luego al monte Yolmo Gangra, permaneció en una guarida de leones llamada Caverna-del-Tigre, en el interior de una espesa selva de la isla de Ceilán. Realizó allí obra útil a algunos hombres y no hombres. Obedeció luego a esta profecía: «Irás al Tibet y, meditando en la soledad de las montañas, obrarás por el bien de las criaturas». Marchando, pues, al Tibet, permaneció en una gruta de la Llanura Central y cantó el himno de las palomas.

⁵ Lo que sigue hasta finalizar el capítulo ya no está narrado por el mismo Milarepa sino por su biógrafo Réchung. Esta larga lista de nombres humanos y de lugar es el índice del volumen de los cantos de Milarepa. Podríamos haberla ahorrado al lector sin mutilar la obra. Basta con prevenir que se puede, sin más, pasar en seguida al capítulo siguiente.

En segundo lugar, ¿cómo encontró a sus hijos espirituales? Mientras se hallaba en el dzong Vajra-de-Roca-Roja, cuando estaba haciendo obra útil para las criaturas, la madre eremita Vajra le predijo la llegada de discípulos en general y, en particular, la del discípulo Rétchung-Semejante-al-Diamante, que heredó las fórmulas de origen divino. Y cuando habitaba en Kungthang, en la gruta, del Manto-de-Seda-del-Monte-de-la-Cabra, halló a su hijo espiritual Rétchung. Luego, habiendo ido Rétchung a la India para curarse de una enfermedad, Maestro y discípulo se reunieron de nuevo. Luego encontró a Tsaphurepa en la gruta donde Brillan-las-Palomas. Luego, habiendo ido al dzong Perfecto-de-Ragma, encontró a Repa-Buda-Protector. Luego, habiéndose vuelto a marchar, permaneció en la gruta de Nyanang y allí puso en el camino de la liberación a Sakia-guna-que-muestra-Tristeza, convertido ya, y le dio la investidura.

Fue en seguida a Tago, en el Norte. Encontró a Cien-Mil-Banderas-de-Gloria en las tres plataformas de los escarpados de Tchung.

Regresando a la posada de caravanas de Yeru, en el Norte, encontró a Repa de Seban.

Luego, al ir a meditar durante el otoño, halló a Repa-Luz-de-Paz en la fuente de las Cien-Mil-Piezas-de-Plata. A continuación, en Tcheu lung, habiendo cantado a su bastón de bambú, encontró a Repa-que-Expulsa-el-Mal.

Luego, mientras permanecía en el monte Laphyi, según la profecía del lama, fue alentado por las diosas. En el camino del monte Kailas halló a Santo-del-Poderoso-Aliento. Habiendo llegado y mientras daba la vuelta a la cumbre del monte Lovokorore encontró a Gartchung Repa.

Luego, mientras invernaba en las nevadas pendientes de la cima del Hbri del Purang, encontró a Repa dad ma uang djug. Luego, en primavera, habiendo ido al monte Kailas, cantó al Kailas, en el cual se midió con el mago Naro Bon tchong.

Luego, descendiendo de nuevo, volvió a morar en el Vajra-de-la-Roca-Roja y encontró a Rongtchong Repa. Luego, alentado por los dioses, vio en el camino el dzong-de-la-Caverna-Oculto. Permaneciendo allí algunos días, fue seguido por un pastor que fue llamado Repa-Pastor-de-Carneros y que se convirtió en un sabio. Luego encontró a Repa-Eremita-de-Gjen en el

dzong Loto-de-la-Gruta. Luego, mientras permanecía en el dzong Lang go lu dud y en el dzong de-la-Caverna-Oculta, ambos hombres le sirvieron.

Luego, dando la vuelta a Tchorodjrig, encontró a Retchungma. Más tarde, mientras estaba en Gnychang gurta con los Mon, encontró a Repa-Cazador. Fue él quien extendió al Nepal el renombre del Maestro. Y alentado por una advertencia de los dioses, el rey de Katmandú honró al Maestro.

Luego, habiendo sido invitado por Rétchung y por Repa-Eremita-de-Gjen, el Maestro permaneció en la gruta Do nyan yon de Laphyi, y al año siguiente, habitó en el acantilado de Tchen lung.

Luego, yendo a Tchubar, pronunció uno tras otro sus tres encantamientos para apaciguar a Tseringma. Luego, habiendo descendido a Tchrinding, encontró a Repa-Cetro-Poderoso. Cuando Maestro y discípulo permanecían en la gruta Estómago-de-Nyanang, encontraron a Dharmabodhi de la India en el dzong del Nepal. Y Dharmabodhi rindió homenaje al Maestro. Pero Darlo puso en duda, por envidia, que su fama fuera una prueba de su verdadera santidad. Y el Maestro le confundió con sus prodigios. A continuación cantó el himno sobre Rétchung y Tibu. Durante este tiempo encontró a Megonrepa en la Caverna-en-Forma-de-Estómago. En el Halcón-Negro de Nyanang encontró a Repa-Luz-Brillante.

Luego el Maestro se retiró a la cumbre de la Roca-Roja. Vio a Rétchung regresando de la India y fue a su encuentro. Ello fue ocasión para el canto del Cuerno-de-Yack y el canto del Asno-Salvaje.

Luego, marchando a Tchubar, encontró a Repa-Eremita-de-Glen de Dagpo. En la colina de la Venturosa-Felicidad encontró al sin igual médico de Dagpo que es el gelong Vajradhara⁶, bodhisattva reencarnado en forma humana para beneficio de las criaturas.

Cuando permanecía en el Pequeño-Tamarisk-de-Tchubar, encontró al monje Lotun que antes le contradecía y que se convirtió en su discípulo. Luego, cuando permanecía en el dzong Sol-de-la-Gruta-Feliz, encontró a Dretun Krachis bar. Entre los monjes no contemplativos encontró a Likorphyaru que le había seguido para servirle.

⁶ Antiguo discípulo de Buda.

Ésas son las circunstancias en que el Maestro halló, entre sus discípulos, a ocho hijos espirituales, trece discípulos íntimos y cuatro hermanas de éstos; todos ellos, según la profecía, debían convertirse en veinticinco santos.

En tercer lugar, he aquí los encuentros en los dzongs secretos, cantados sin orden ni precisión. Cantó primero algunas respuestas a preguntas de discípulos y oyentes. En el tiempo de Ganpopa⁷ entonó el canto de la montaña de bonpos. Luego, yendo a Nyanang, cantó la consagración y la investidura. Luego, en Tsarmar, cantó Chendormo y Legssebum⁸. Luego cantó el himno Tchidrod thigs tchagsma.

Más tarde, cuando fue con Rétchung a Laphyi, cantó la caverna Sumisión-de-los-Demonios y su excursión a las afueras.

Habiendo subido de nuevo a la caverna cantó La Gruta-a-Punto-de-Derrumbarse.

Por fin, habiéndole invitado los oyentes, cuando permanecía en la gruta Estómago-de-Nyanang, el Maestro contó su historia y cantó la partida de Rétchung hacia el Centro. Ayudado por el dios Que-tiene-la-parte-superior-del cuerpo-de-un-León, cantó su encuentro con Tamba en Thongla. En Lashing cantó un canto de piedad por los muertos en testimonio de gratitud a su madre. Luego cantó su testamento a los oyentes de Tsarma y a los habitantes de Nyanang. Con ocasión de un viaje a Tchubar entonó el canto de Lhadje yang de, habitante de Dingri. Cuando llegó a Tchubar cantó la nueva partida (de Rétchung) hacia el Centro. Cantó al donador Tchrachis tseg de Lhabro-del-Tchtrin. En el donjon de Roca-de-Tchtrin cantó a Disebum y a los oyentes, comenzando por Konbyng.

En la cima de la Roca-Roja, salió vencedor de los demonios. Allí tuvieron lugar las preguntas y respuestas de los encantamientos. Y todos sus discípulos se llenaron de alegría. Hizo luego transfiguraciones corporales. Y cuando giraba la rueda de la ley famosa en todas partes y la de la que es desconocida, por inimaginables medios liberó a sus discípulos maduros para la consagración y felices de un gozo sin fin. Aquellos que apenas si

⁷ Es el mismo que el médico de Dagpo.

⁸ Dos discípulos.

estaban maduros para la consagración fueron puestos en el camino de la liberación. Incluso los últimos, aspirando a la perfección, fueron puestos en firme comunión espiritual con los maestros y discípulos bodhisattvas. Los desgraciados, por fin, renunciando a las pasiones, se esforzaron por observar las leyes divinas y humanas con miras al paraíso temporal.

Lleno de una compasión vasta como el cielo, y haciendo la doctrina del Buda luminosa como el día, el Maestro protegió a las criaturas de los múltiples dolores de la transmigración y el infierno.

Todos estos cantos se desarrollan ampliamente en el Gurbum⁹.

Éste es el octavo capítulo, en el que el Maestro se hace útil a la doctrina y a las criaturas por el fruto de sus meditaciones.

⁹ El libro de los cantos de Milarepa.

Capítulo IX

LA MUERTE

Cuando se hubieron llevado a cabo estas obras, había en la ciudad de Chrin un Maestro llamado el geshé¹ Tsaphua, muy rico e influyente. Estaba a la cabeza de los habitantes de Tchrin. Simulaba, por entonces, honrar al Maestro. Pero, más tarde, sucumbiendo a la envidia y deseando confundir al Maestro ante la multitud de donantes, simuló tener dudas y le hizo muchas preguntas. En la primera luna del otoño del año del Tigre-de-Madera, el Maestro había sido invitado a presidir un gran convite de cerveza en Tchrin. El geshé Tsaphua fue también allí. Saludó al Maestro esperando que el Maestro respondiera a su saludo en presencia de la multitud. El Maestro jamás había saludado a nadie más que a su lama, ni respondido al saludo de nadie. Según su costumbre, no respondió al saludo.

El geshé pensó: «¡Cómo! ¡Un doctor y donante tan sabio como yo saluda a un estúpido ignorante y no se le devuelve el saludo! Le haré pagar mi confusión». Y le presentó un tratado de dialéctica diciéndole: «Maestro, disipa mi incertidumbre y explícame, palabra por palabra, todo esto».

El Maestro respondió:

«Bien conoces la explicación de esta dialéctica. Esto significa que quien ha renunciado a las ocho leyes del mundo permanece sereno; vencedor de sus apetitos, es indiferente a la muerte, triunfa sobre la subjetividad de las cosas y medita en el desierto. Exceptuando esto, esas frases aprendidas de memoria para las que solicitas una respuesta, esas

¹ Pronunciación de *dge*se, amigo de la virtud; título que se da a algunos altos lamas.

frases que se suceden, no son necesarias. Jamás las he aprendido. Las ignoro por completo.

Y si las supiera, las olvidarla. Escucha la prueba que voy a cantar:

»Salud al traductor Marpa.

Que él me bendiga para que evite la controversia.

Que la bendición de mi señor penetre mi espíritu.

Que mi espíritu no sea turbado por esas cosas.

Habiendo meditado la piedad y la dulzura,

he olvidado la diferencia entre los demás y yo.

Habiendo meditado a mi lama en la cumbre de mi alma,

he olvidado a los que mandan por influencias.

Habiendo meditado, al mismo tiempo, a mi Ydam,

he olvidado el grosero mundo de los sentidos.

Habiendo meditado las fórmulas de la tradición oral,

he olvidado los libros de dialéctica.

Habiendo conservado la ciencia común,

he olvidado las ilusiones de la ignorancia.

Habiendo meditado la formación de los tres cuerpos² en sí,

he olvidado pensar en la esperanza y el temor.

Habiendo meditado esta vida y el más allá,

he olvidado el temor del nacimiento y de la muerte.

Habiendo gustado las alegrías de la soledad,

he olvidado la opinión de mis hermanos y amigos.

Habiendo compuesto versos para mi descendencia,

he olvidado tomar parte en las polémicas de la doctrina.

Habiendo meditado lo que no tiene principio, ni negación, ni lugar,

he negligido todas las formas y convenciones.

Habiendo considerado el cuerpo nirvánico de las apariencias,

he omitido meditar las creaciones del espíritu.

² El dharma-kaya (divino cuerpo de verdad), el sambhoga-kaya (divino cuerpo de perfecta virtud), el nirvana-kaya (divino cuerpo de encarnación). El primero es el esencial, el segundo el reflejo, el tercero el aspecto práctico a través del que se manifiesta la Única Sabiduría. (N. del T.)

*Habiendo desdeñado, sin excepción, todos los discursos,
he olvidado el uso de la hipocresía.*

*Habiendo elegido el cuerpo y el lenguaje de los humildes,
he olvidado el desdén y la arrogancia de los personajes importantes.*

*Habiendo convertido mi cuerpo en mi propio monasterio,
he olvidado el monasterio del poblado.*

*Habiendo adoptado el espíritu sin la letra,
he olvidado disecar las palabras.*

Haz tú mismo, puesto que eres Maestro, la demostración de tu tratado».

Así habló. El geshé repuso:

«Es posible que sea éste el lenguaje habitual en vosotros, los eremitas. Pero si yo lo interceptara con mi sabia argumentación, tu discurso no podría avanzar ya. Esperaba que fueras un hombre honesto. Por eso te he saludado».

Este discurso no gustó a los donantes. Y le dijeron todos a una:

«Maestro geshé, sea cual fuere tu ciencia religiosa, sean cuantos fueren los que practican tu doctrina sobre la tierra, pesáis menos que una sola pelusilla del Maestro. Permanece, pues, a nuestra cabeza, guardando silencio. Enríquécete tanto como puedas. Pero no exhales el menor perfume de religión».

Puesto que todos estaban de acuerdo, pese a su irritación, no pudo discutir. Y su rostro se puso negro. Pensó: «Milarepa obra y retoza como un insensato que no sabe nada. Envilece la doctrina con sus mentiras y sus imposturas. Obtiene numerosos presentes engañando a las criaturas. Yo, que tanta ciencia he adquirido, aunque soy el más rico e influyente del país, cuento, en materia religiosa, menos que un perro. Es preciso que piense en ello».

Prometió a su concubina una gran turquesa que tenía. Luego mezcló veneno con leche coagulada y mandó a su concubina para que la llevara a la Roca-de-Tchirin, donde estaba el Maestro. El Maestro sabía que sus venturosos discípulos tenían asegurada ya la liberación y que, aunque no tomara el veneno, había llegado el tiempo de su muerte. Sabía también que aquella mujer no tendría la turquesa antes de que él hubiera bebido. Por ello le dijo:

«No beberé ahora este brebaje. Tráelo más tarde y lo beberé».

Preguntándose si el Maestro sospechaba, avergonzada e inquieta, la mujer regresó.

«Geshé», dijo, «gracias a la doble visión, el Maestro ha sospechado y no ha bebido».

«Si poseyera doble visión, no te habría dicho que volvieras, sino que te lo habría hecho beber a ti. Si no lo ha hecho y te ha dicho que se lo volvieras a llevar, eso prueba que no posee doble visión. Toma esta turquesa, regresa junto al Maestro y haz que beba».

Y le dio la turquesa. Ella respondió:

«Todo el mundo cree que posee doble visión, por lo tanto, es cierto. Por eso no ha bebido el brebaje. Te aseguro que tampoco ahora beberá. No quiero la turquesa. Tendría demasiado miedo como para actuar con aplomo. Por eso, no iré».

El geshé respondió:

«Los laicos están persuadidos de que posee doble visión porque no han leído los libros, y porque les han engañado sus mentiras. En mis libros, los hombres dotados de doble visión no son así. Te garantizo que no tiene doble visión. Si veo la prueba de que le has dado a beber el brebaje, nos casaremos. Pues hace tiempo que vivimos juntos y no hay mucha diferencia entre comer poco o mucho ajo. Y, además de esta turquesa, tendrás a tu cargo todos mis bienes interiores y exteriores y compartiremos las penas y las alegrías. Sé por ello prudente».

Ella, esperando que se realizaran estas palabras, mezcló el veneno en la leche. Y se la llevó al Maestro, que estaba en Boderkrachigang. El Maestro sonrió y tomó (el vaso) en sus manos. Ella pensó: «Como ha dicho el Geshé Tsaphua, no parece poseer doble visión». Mientras pensaba así, el Maestro le dijo:

«¿Es ésta la turquesa que recompensa la acción que cometes?».

Confusa y asustada, la mujer se prosternó.

Y con voz llorosa y vacilante dijo:

«He recibido la turquesa. No te tomes esto. Devuélvemelo. Soy una mujer que no sabe lo que piensa».

«¿Qué quieres hacer?»

«Lo beberé yo, pues soy la culpable.»

El Maestro repuso:

«Tengo, en principio, demasiada compasión para dártelo a beber. Eso sería contrario a las enseñanzas de los bodhisattvas y, como castigo, descendería al último grado. Pero, sobre todo, mi tiempo de prueba ha terminado ya y ha llegado el momento de ir a otro mundo. Tu veneno, por sí mismo, no me haría mal alguno, y es indiferente que lo beba o no. Pero si me lo hubiera bebido la primera vez, tú no tendrías la turquesa como pago de tu crimen, por eso no lo he bebido. Ahora que la turquesa está en tus manos, para satisfacer el deseo del geshé y para que tú te hayas ganado la turquesa, lo beberé.

«En cuanto a los planes que habíais hecho para luego, nada sucederá según lo esperas. El geshé ha dicho muchas cosas sobre mi conducta. Como ni una de sus palabras es cierta, tendréis en el futuro motivos de arrepentimiento. Arrepiéntete de esta vida, purifícate y medita. Si no puedes, al menos no cometas, mientras vivas, crímenes semejantes. Ruégame y ruega a mi descendencia espiritual con sincero corazón. Ambos habéis renunciado para siempre a la felicidad y adquirido la tristeza. Veré, desde ahora, si puedo borrar vuestro crimen. No digas nada de esto hasta que haya muerto. Luego lo sabrá todo el mundo. Aunque todavía no hayas visto con tus ojos ni oído con tus orejas que mis palabras anteriores eran ciertas, recuérdalas bien y mira si son ciertas cuando te llegue el momento de creer en mí».

Habiendo hablado así, bebió. La mujer transmitió sus palabras al geshé Tsaphua. Éste repuso:

«No toda palabra es cierta. No todo lo que está gordo recibe la muerte. Me basta con que haya tomado el veneno. Ahora, acuérdate bien de guardar silencio».

El Maestro habló así:

«Vosotros, hombres de Nyanang y de Dingri, primero; y luego todos los donantes y creyentes que estáis vinculados a mí, traed ofrendas y regresad a mi lado. Y todos vosotros, hombres del mundo que sin estar vinculados a mí, deseáis encontrarme, venid también».

Todos los discípulos difundieron sus palabras. Muchos de los que las escucharon no creyeron que las había dicho el Maestro. Pero los oyentes, dis-

cípulos y creyentes vinculados a la doctrina y los afortunados que desean encontrar al Maestro, se reunieron en Tchubar. Entonces, durante muchos días, el Maestro les habló de la ley de las causas y los efectos para todas las cosas y del sentido absoluto de la esencia de las cosas.

Durante este tiempo, algunos afortunados discípulos de entre los oyentes vieron con toda claridad el cielo lleno de dioses que escuchaban la palabra del Maestro. Muchos otros tuvieron la intuición de que el cielo y la tierra estaban llenos de hombres y dioses escuchando la doctrina, y se llenaron de alegría. A la vista de todos, apareció la bóveda de un arco iris, muy clara en el cielo límpido. Instrumentos de sacrificios, parasoles e innumerables estandartes en nubes de cinco colores llenaban el cielo. Caía una lluvia de flores de cinco colores distintos. Se escuchaban músicas arrebatadoras y se percibían perfumes desconocidos aún. Los oyentes medianos, intuendo estos prodigios, preguntaron al Maestro:

«Tenemos la sensación de que el cielo y la tierra están llenos de hombres y dioses que escuchan la palabra y estamos exultantes de alegría. ¿Cuál es la razón de estos prodigios?».

El Maestro respondió:

«Sin incluiros a vosotros, oyentes que habéis obtenido la condición humana, y a los oyentes afortunados, hay poca gente aquí. Los oyentes celestiales que llenan el espacio ofreciéndome los cinco homenajes divinos, hacen nacer en vosotros la alegría. Tal es la causa de los prodigios que intuís y la de los que contempláis con claridad».

«Entonces», dijeron, «¿por qué no vemos ciertos prodigios?».

«Hay Anagamin (que no renacen ya) entre los dioses y muchos han alcanzado los diez grados³»

»Para verles no se precisa nunca el ojo carnal. Pero es absolutamente necesario reunir las dos acumulaciones y reprimir las pasiones de las dos ignorancias⁴. Si vierais entre los dioses a los primeros, a aquellos que han

³ El punto máximo de la iniciación, punto en que se consigue la liberación del ciclo de las transmigraciones. (N. del T.)

⁴ Las dos ignorancias son: no considerar como *maya* (ilusión) las cosas del mundo y no reconocer la peregrinación del yo por las distintas reencarnaciones. Las dos acumulaciones son: la de los méritos y la del saber. (N. del T.)

alcanzado los diez grados, veríais la corte de los dioses que les siguen. Si queréis ver a los dioses, esforzaos en acumular (méritos) y en purificaros. Si hacéis este esfuerzo, veréis a los dioses en vosotros mismos». Y entonó este canto sobre el modo de ver a los dioses:

«¡Salud, oh Marpa, lleno de gracias!

Bendice a tu descendencia para que sea numerosa.

¿Qué hombres comunes pueden ver,

exceptuados los poseedores de cinco ojos⁵,

a los oyentes divinos

llegados de la venturosa morada de los dioses

para escuchar al eremita Milarepa,

y que llenan un cielo sin límites?

Yo les veo claramente a todos.

Sin embargo, para el común de los hombres

existen homenajes rendidos a los dioses, señores de los hombres.

El cielo está lleno del brillo del arco iris;

cae, en homenaje a los dioses, una lluvia de flores;

el perfume del incienso embalsama y se escucha una música armoniosa.

Todos sienten una feliz estima los unos por los otros».

«Ésta es la gracia del lama Kadjupa. Si queréis que esta gracia os haga ver a los dioses y genios que escuchan mi palabra, escuchad mi canto:

»Por la fuerza de los pecados acumulados en vuestras anteriores vidas, amáis el pecado desde el día en que nacisteis.

No deseando virtud alguna,

incluso en vuestra vejez es perverso vuestro espíritu.

Recogéis el fruto de vuestras obras

si os preguntáis si serán remitidos vuestros pecados.

Vuestro deseo de virtud borra vuestros pecados.

Pero quien a sabiendas comete pecado

recibe la vergüenza a cambio de una pizca de alimento⁶.

⁵ La facultad de percepción interior: los ojos del instinto, los ojos celestes, los ojos de la verdad, los ojos divinos, los ojos de la sabiduría de los budas. (N. del T.)

⁶ Es decir: hace un cambio desventajoso.

*Aquel que se erige en conductor de los demás
y ni él mismo sabe adonde ir,
se hace daño a sí mismo y a los demás.
Si queréis con firmeza evitar el dolor,
evitad toda malevolencia para con vuestro prójimo.
Pero la confesión de vuestros anteriores pecados
a los pies de los dioses y de un lama,
la promesa de no pecar más en el futuro,
son la fórmula para purificarse rápidamente.
La mayoría de los pecadores son astutos,
gustan de tergiversar y engañar.
Si no muestran ninguna disposición religiosa
esto prueba que están, todavía, cargados de pecados.
Que hagan más y más penitencia.*

*Y que se esfuercen sin tregua
en acumular méritos y disipar sus tinieblas.
Si así lo hacéis veréis no sólo
a los dioses venidos benévolamente a escuchar,
sino también al más excelente de todos los dioses,
al buda que está en vosotros mismos.
Y si veis esto, veréis también el espectáculo de la liberación.
Y habréis terminado todas las obras».*

Los mejores de entre los oyentes, dioses y hombres, reunidos en aquel lugar, llegaron a una duradera y límpida visión de su cuerpo nirvánico. Los medianos tuvieron la clara noción de la temporalidad y fueron puestos en el camino de la liberación. Y no hubo uno solo que no progresara espiritualmente hacia la perfección. Entonces el Maestro les dijo:

«Os vosotros, monjes y discípulos, dioses y hombres reunidos, nuestro encuentro ha sido la respuesta a los votos de nuestras anteriores existencias. Nos hemos reconocido en nuestro común ideal. Ahora que soy viejo ignoro si os volveré a ver en una edad más avanzada aún. Retened valerosamente en vuestro corazón las enseñanzas que os he dado. Si así lo hacéis, en cualquier parte de los campos de la bodhi en que me halle renaceréis los primeros entre mis discípulos. Alegraos pues». Así habló.

Los oyentes de Nyanang se preguntaron si esta forma de hablar del Maestro no significaba su próxima partida por culpa de otro. Le rogaron con insistencia que, de ser así, tuviera a bien partir de Nyanang hacia el cielo. Y que si no era así, accediera a regresar una vez más. Rogando de este modo, llenos de fe y amor, le tomaban los pies y dejaban oír llantos y gemidos. Igualmente, los oyentes de Dingri rogaron con insistencia al Maestro que fuera a su país. El Maestro les dijo:

«Soy viejo y no iré ni a Nyanang ni a Dingri. Esperaré a la muerte del lado de Tchrin y Tchubar. Id y rogad. Nos encontraremos en la patria de los dioses».

«Entonces, si el Maestro no viene, que ruegue para que sean bendecidos los países por los que antaño pasó; para que quienes hayan contemplado su rostro y escuchado su palabra la vuelvan a encontrar algún día. Que ruegue por todas las criaturas.»

El Maestro les respondió:

«Os doy las gracias por los víveres que me habéis dado como limosna por vuestra fe en mí. Os lo he agradecido formando vuestros espíritus y predicándoos la ley. Puesto que soy un eremita que ha realizado las verdades que he dicho, es oportuno que haga una plegaria por vuestra felicidad en este mundo y en el otro».

Y entonó este canto:

«Me prosterno a los pies del traductor Marpa, padre protector de las criaturas y dispensador de su salvación.

Oh, mis reunidos discípulos, escuchadme.

Habéis sido, para mí, llenos de gracias.

También yo seré, para vosotros, lleno de gracias.

Que maestros y discípulos, igualmente agradecidos,
se encuentren en el paraíso de Indra.

Que todos los donantes aquí presentes
tengan larga vida y felicidad.

Que sin ser inducidos al mal,
no actúen sino de acuerdo con la doctrina.

Que este país sea afortunado,
y no sufra enfermedad ni guerra,

*sino ricas cosechas y creciente fortuna.
Que haga siempre obra de religión.
Así pueda hallar de nuevo, en el paraíso de Indra,
a mis visitantes y oyentes,
a quienes recuerden mi historia,
a quienes tan sólo la han escuchado, al igual que mi nombre.
Que quienes imiten mi historia,
quienes la soliciten y la escuchen,
quienes la lean y la veneren,
que quienes la continúen en sus vidas,
me encuentren en el paraíso de Indra.
Que todos los hombres del porvenir,
si son capaces de meditar,
no sean obstaculizados
como yo lo fui a fuerza de ascetismo.
Quienes practican el ascetismo por la doctrina
recogen innumerables méritos.
Es inmensa la gratitud debida
a quien exhorta a seguir esta vía.
Quien haya escuchado mi historia
recibe infinita bendición.
Después de que esta triple bendición asegure la salvación
por la audición de mi historia,
que el solo deseo de escucharla pueda también realizar la liberación;
que mis moradas y mis lugares de reposo,
que los pequeños objetos que poseo,
lleven la felicidad allí donde se encuentren.
Así pueda yo abarcar todo el espacio
como el espacio abarca la tierra, el viento, el fuego y el agua.
Que los dioses, los nagas y las ocho clases de genios,
que la multitud de los genios locales,
sin proferir palabras perjudiciales,
den cumplimiento a los deseos en armonía con la doctrina.
Que los seres vivos, los insectos,*

sin que uno solo caiga en la transmigración, sean todos salvados por mí».

A estas palabras, los oyentes mostraron gran alegría y dudaron de que el Maestro fuera a morir. Los oyentes de Nyanang y de Dingri le pidieron su bendición y rogaron con más fervor que nunca. Los auditores regresaron cada uno a su morada y, en seguida, el arco iris y las demás visiones se desvanecieron. Entonces, la gente de Tchrin, solicitando la influencia de Repa-Luz-de-Paz y de los restantes hijos espirituales, les acuciaban con sus plegarias. Y el Maestro se estableció en una gruta de meditación que había levantado en la cumbre de una roca ponzoñosa que era la cabeza erguida del naga que perjudicaba a Tchrin. Cuando hubo terminado de predicar a los donantes de Tchrin, el Maestro dijo:

«Si algunos monjes tienen ciertas dudas que aclarar en lo referente a mis enseñanzas, que se apresuren, pues no estoy seguro de permanecer mucho tiempo en este lugar».

Entonces, en las hileras de los monjes reunidos en torno al Maestro para preguntarle, Repa-Eremita-de-Hbri y Repa-Eremita-de-Seban dijeron:

«A juzgar por las palabras del Maestro, no creemos que deba morir. Tal vez su vida no ha terminado».

«Mi vida ha terminado y mi tarea está realizada. Voy a mostrar los signos de que debo emigrar.»

Algunos días más tarde, el Maestro mostró signos de enfermedad. Repa-de-Gnandzong le dijo:

«Nosotros, discípulos y subditos, ofreceremos sacrificios al Ydam, a los dioses y a los protectores por esta enfermedad. También sería bueno que le ofreciéramos, al Maestro, los remedios con ceremonias».

Y llamaba a los donantes para comenzar los preparativos, cuando el Maestro le dijo:

«Habida cuenta que, para todo eremita en general, la enfermedad es una exhortación a la virtud, seguiré mi camino, enfermedad o muerte, sin ceremonia alguna. Y en particular porque yo, Milarepa, he terminado desde hace tiempo las ceremonias usadas por mi gracioso maestro Marpa, no preciso socorro ni multitud alguna. Puesto que he

llevado a mis enemigos a convertirse en mis amigos de corazón, no tengo necesidad de ceremonias. No quiero víctimas expiatorias ni redobles de tambor. Los demonios de las enfermedades, mostrando sus rostros, han cumplido sus funciones y se han convertido en amigos de la religión. No tengo, pues, necesidad de exorcismos. No quiero el remedio compuesto de los seis simples, pues la enfermedad de cinco venenos se me convierte en la aurora de las cinco sabidurías celestes. No quiero remedio alguno. Ahora, habiendo llegado mi tiempo, mi cuerpo debe transformarse y no necesito de ninguna ceremonia. Los hombres del mundo deben expiar aquí abajo sus pecados por medio del dolor del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte. No lo evitan con remedios ni ceremonias. Y deben sufrir inexorablemente, sin posibilidad de volver atrás por el poder del rey, las proezas de los héroes, la belleza del cuerpo, los bienes del rico, ni tampoco por los recursos de la inteligencia, ni por un hábil alegato. Si, aterrorizado ante este dolor, desea la alegría, tengo un medio y un rito secreto para evitar este dolor y obtener la eterna felicidad».

«Dánoslo.»

«Pues bien, dispersadas las realizaciones temporales, destruidas las obras, separadas las uniones, debiendo morir quien ha nacido, es preciso convencerse desde el principio de que este inevitable dolor es vuestra propia obra. Y sin amontonar, construir ni unir, no adoptar sino las verdades contingentes siguiendo la dirección de un lama eminente, tal es el medio y el mejor rito. Además, os legaré más tarde mi testamento. No lo olvidéis.»

Repa-Luz-de-Paz y Repa-de-Gnandzong repusieron:

«Si el Maestro gozara de buena salud, viviría aún para la causa de las criaturas. Incluso si no accede a esta plegaria, le pedimos que haga un encantamiento y tome los remedios rituales para que no tengamos remordimientos».

El Maestro respondió:

«Si no hubiera llegado mi tiempo, podría hacer lo que me decís. Pero hacer profundos encantamientos para prolongar la vida sin beneficio para las criaturas es ofender a los dioses de la sabiduría, como un rey al que hiciera bajar de su trono para fregar.

«Jamás uséis fórmulas secretas para vuestro propio beneficio en esta vida. No faltan las criaturas no iluminadas. He usado continuamente fórmulas secretas para la causa de las criaturas cuando estaba en el desierto. Basta pues.

«Mi espíritu no puede ya cambiar de naturaleza. Este rito es suficiente. Los remedios de Marpa extirpan de raíz los cinco pecados. Me bastarán estos remedios.

«Pero si no habéis seguido el camino de las pruebas; si, siendo religiosos, no os contentáis; si vuestro tiempo no ha llegado todavía y si no llegáis a la perfección, entonces no hay pecado en emplear remedios y ceremonias. Son oportunos para remediar un súbito accidente. Así fue cómo, antaño, Bhagavat, pensando en las criaturas sufrientes, mostró su mano al doctor Jonnu (Kumara) y tomó sus remedios. Pero cuando llegó su tiempo, aunque buda, murió. También a mí me ha llegado el tiempo. Por eso no tendré remedios ni ceremonias».

Hablando así, no tomó remedio alguno. Entonces, los dos Repa preguntaron:

«Si el Maestro nos abandona, ciertamente para la causa de las criaturas, ¿cómo llevar a cabo sus honras fúnebres y cómo rendir homenaje a su cadáver? ¿De qué modo hacer las figuritas y stupas? ¿A quién colocar en el lugar del Maestro y qué ofrenda hacer en su aniversario? Ten a bien decirnos de forma expresa qué audiciones, pensamientos y meditaciones deben emprender tus discípulos».

El Maestro respondió:

«Por la gracia de Marpa, he llevado a término la obra de liberación. No es cierto que un eremita liberado por los tres medios (cuerpo, palabra y pensamiento) persista bajo la forma de un cadáver. No tengo, pues, necesidad de stupas ni de figuritas de tierra. No soy titular de ningún monasterio y, por lo tanto, no tengo sede que legar. Adoptad, para vosotros mismos, las montañas áridas, cubiertas de nieve y desiertas. Consagraos al amor de los seres de las seis clases. En lugar de figuritas, consagraos a la meditación de las cuatro partes del día. Erigid, como stupas, las banderas de la perfección por todas las doctrinas. Como celebración de aniversario, rogad desde el fondo de vuestros corazones. Como vía para seguir tras de mi muerte,

rechazad todo cuanto el egoísmo hace parecer amable y que perjudica a las criaturas. Haced, por el contrario, lo que parece pecado, pero es provechoso a las criaturas, pues es obra religiosa. Quien conociendo estas cosas, las olvida y comete a sabiendas las faltas, será precipitado en las profundidades del infierno. Meditad, por eso, el pensamiento de que la vida es corta y que la muerte no se anuncia. Aceptad o rechazad el riesgo de vuestra vida según sepáis si hay en ella virtud o pecado. En una palabra, actuad de modo que no debáis enrojecer ante vosotros mismos. Si así lo hacéis, aunque oponiéndose a lo escrito en algunos libros, si no os oponéis al pensamiento de mis predecesores, que se resume en todo cuanto os he enseñado, habré, anciano, realizado mis deseos. Si esto ha colmado mis deseos, bastará también para terminar la obra de vuestra liberación. Fuera de ello, todo cuanto satisface los deseos del mundo, es inútil».

Habiendo hablado así entonó este canto de las cosas útiles:

«Me prosterno a los pies del traductor Marpa:

discípulos reunidos en este lugar,

escuchad este canto, testamento

del viejo eremita Milarepa.

Yo, eremita Milarepa,

por la gracia de Marpa de la Roca-de-Sur,

he terminado todas mis obras.

Vosotros, discípulos y monjes,

obrad según la palabra que habéis escuchado.

Y cumpliréis en esta vida

una gran tarea para vosotros y para los demás,

a fin de realizar mi designio y el de mis predecesores.

Fuera de ello, ninguna acción

es conveniente a la causa de sí mismo y de los demás.

Pues si no satisfacéis mi deseo,

¿para qué pedir la iniciación

a un lama heredero de la tradición?

¿Para qué la letra de los tantra

sin el espíritu de la doctrina?

¿Para qué meditar las fórmulas,

si no se renuncia a las obras del mundo?
¿Para qué las ceremonias,
sin someter cuerpo, palabra y pensamiento a la doctrina?
¿Para qué meditar sobre la paciencia,
si no se soportan injurias?
¿Para qué los sacrificios,
si no se renuncia a la parcialidad y al odio?
¿Para qué las limosnas,
si no se arrancan de raíz los deseos?
¿Para qué mantenerse en la hilería
si no se conoce el parentesco entre las seis clases de seres?
¿Para qué erigir stupas
si no crece la fe en vuestra alma?
¿Para qué modelar figuritas
si no se pueden meditar las cuatro partes del día?
¿Para qué celebrar mi aniversario
si no rogáis desde el fondo de vuestros corazones?
¿Para qué sufrir el dolor
si no guardáis mis preceptos en vuestros oídos?
¿Para qué contemplar mis reliquias
sin respetar lo que fue mi vida?
¿Para qué la virtud de la renunciación
sin arrepentimiento ni disgusto del mundo?
¿De qué sirve la piedad de hermosas palabras
sin meditar la preferencia de los demás a uno mismo?
¿Para qué prestar servicios
sin renunciar a los malos deseos?
¿Para qué tener numerosos discípulos
si no obedecen todas mis palabras?
Dejad toda acción inútil
que sólo podría perjudicar.
Eremita, habiendo cumplido mi misión,
no tengo ya necesidad de nada».
Por estas palabras los discípulos se convencieron.

Mientras el Maestro mostraba cada vez más graves signos de enfermedad, el geshé Tsaphua trajo un poco de carne y cerveza y, simulando interesarse por su salud, dijo al Maestro:

«En verdad es molesto que semejante enfermedad caiga sobre un santo como el Maestro. Si es posible compartirla, compártela con tus discípulos. Si hay modo de permutarla, puedes pasársela a un hombre como yo, Pero, siendo imposible, ¿qué hacer?».

El Maestro sonrió y dijo:

«Bien sabes que mi enfermedad no tiene causa y que no ha sido provocada. Además, la enfermedad de un hombre común en nada se parece a la de un religioso. Sólo por eso debería guardarla. Pero, principalmente, porque mi enfermedad es un adorno».

Habiendo hablado así, el Maestro cantó:

«El mundo y la liberación son visibles a plena luz.

Mis manos están ligadas en su gesto

por el precinto del gran sello⁷

Tengo la superioridad de la indiferencia.

Mi audacia no conoce obstáculos.

Las enfermedades, los malos espíritus, los pecados, las miserias adornan al eremita que soy.

Son, en mí, arterias, simiente y fluidos.

Los presentes me son ornatos de símbolos.

Así puede el malvado ser absuelto de sus crímenes.

Puedo transferir esta enfermedad que tanto me adorna, pero no tengo razón alguna para hacerlo».

El geshé pensó: «Duda de si le he dado el veneno. No está seguro. Aunque tiene motivos para transferir su enfermedad, no puede hacerlo».
Pensando esto dijo:

«Si yo supiera de dónde proviene la enfermedad del Maestro y si se tratara de un espíritu maligno, lo exorcizaría. Si fuese un desorden de la salud, te curaría. Pero ignoro lo que tienes. Si puedes, pues, transferir la enfermedad, transfíremela».

⁷ Mudra, sello, puede indicar también la posición ritual del cuerpo. (N. del T.)

Y el Maestro, siguiéndole el juego, le dijo:

«Cierta familia se halla poseída por el demonio de la envidia, que es el mayor de todos. Él es quien ha turbado mi salud. Tú no podrías ni exorcizar al demonio ni curar la enfermedad. Si compartiera contigo la enfermedad no podrías soportarla un solo instante. No te la transferiré».

El geshé pensó: «No puede transferirla y disimula». E insistió: «Transfiéremela a pesar de todo».

«Bien, no te la transferiré, pero la transferiré a esta puerta. Mira.»

Y la transfirió a la puerta de la celda. En seguida la puerta crujió y, a punto de romperse, osciló en todos los sentidos. Al mismo tiempo, el Maestro quedó curado. El geshé se preguntaba si era una ilusión de sus ojos y dijo:

«¡Es extraño! Transfiéremela, pues, a mí mismo».

«Bien, voy a hacer que el geshé la saboree un poco».

Recogió el mal de la puerta y lo pasó a Tsaphua. Éste se desmayó de dolor. Paralizado, jadeante, estaba a punto de morir. Entonces, el Maestro retomó gran parte de la enfermedad y dijo:

«¿Puedes acaso soportar la mitad de mi mal?».

El geshé, lleno de remordimiento por haber infligido semejante sufrimiento, se echó a los pies del Maestro sollozando:

«Oh, precioso Maestro, oh, santo, ciertamente es, como has dicho, un poseído quien te ha infligido este mal. Te ofrezco todos mis bienes y evítame el castigo de mi crimen».

Ante esta sincera confesión el Maestro, lleno de alegría, retiró al geshé el resto de la enfermedad y dijo:

«Durante mi vida rechacé bienes y dominios. Ahora que voy a morir no deseo bienes ni dominios. Vuelve a tomar tus presentes. De hoy en adelante, al precio de tu vida, no violes la doctrina. Voy a rogar para que no seas castigado por tu acción».

Y el Maestro cantó:

*«Me prosterno a los pies de Marpa predestinado.
Así puedan incluso los cinco pecados inexplicables
ser borrados por el arrepentimiento.*

*Que sean borrados los pecados de todos los seres,
por la virtud de mis méritos
y por la de los budas de las tres épocas.*

*Que todos tus dolores
caigan sobre mis espaldas y sean borrados por mí.
Siento piedad por aquel que ofende
a su maestro, su madre y su hermano.*

*Que el castigo de su conducta
caiga sobre mis espaldas y sea borrado por mí.*

*Que en todo tiempo y en toda circunstancia
evite a los compañeros de vicio.*

*Y que en las vías del futuro
halle compañeros de virtud,
que evite bajo las engañosas apariencias
los malos pensamientos que arruinan los méritos.*

*Que todas las criaturas alcancen
la perfección de su alma».*

Al oír estas palabras el geshé se llenó de gozo.

«Según ha ordenado el Maestro, en el futuro no haré nada que sea contrario a la doctrina, por el contrario me sosegaré en la meditación. Antaño quise a causa de las riquezas. Por lo tanto, no deseo ya mis bienes. Si el maestro los rehúsa, es preciso que sus discípulos los tomen para cubrir las necesidades de su meditación.»

Puesto que el Maestro no los aceptó, los aceptaron los discípulos. Esos bienes fueron, posteriormente, empleados para celebrar el aniversario del Maestro en Tchubar. Luego el geshé Tsaphua renunció al mundo y se convirtió en un buen religioso. El Maestro dijo entonces:

«Quise permanecer aquí para forzar a este pecador a arrepentirse y para convertirle. Pero, para un eremita, morir en un pueblo sería como para un rey morir en una casa plebeya. Ahora me voy a Tchubar».

Repa-de-Seban dijo:

«El Maestro se fatigaría demasiado a causa de la enfermedad. Le llevaremos en un palanquín».

El Maestro repuso:

«No hay realidad en la enfermedad. No hay realidad en la muerte. He mostrado aquí las apariencias de la enfermedad. Voy a mostrar en Tchubar las apariencias de la muerte. Para ello no preciso un palanquín. Jóvenes Repa, partid algunos de vosotros por adelantado hacia Tchubar».

Entonces, algunos de los jóvenes partieron por adelantado hacia Tchubar. Pero el Maestro llegó el primero a la gruta Briltché. Otro Milarepa había partido, servido por los viejos monjes. Otro se hallaba en la Roca-Envenenada y mostraba las apariencias de la enfermedad. Otro era servido por los oyentes llegados a Tchubar para escucharle. Otro predicaba a los donantes sobre una prominencia de la Roca-Roja. En el interior de las casas, un Milarepa se hallaba ante cada habitante que le presentaba ofrendas.

Entonces, quienes habían partido por adelantado hacia Tchubar decían:

«¡El Maestro ha llegado a Tchubar antes que nosotros!».

Los viejos monjes decían:

«Nosotros le hemos servido en el camino».

A medida que los otros llegaban, cada uno de ellos decía:

«El Maestro ha llegado. Nosotros le hemos servido».

Algunos dijeron:

«Está en mi casa».

Los oyentes decían:

«Está predicando sobre la Roca-Roja».

Cada uno de los adoradores decía:

«Le he invitado a mi casa para que recibiera ofrendas».

Todos traían distintas nuevas. Se dirigieron entonces al Maestro y el Maestro les respondió:

«Todos tenéis razón. Soy yo quien os ha burlado».

Luego permaneció en la Roca Biltché mostrando los signos de la enfermedad.

Entonces se vieron en el cielo de Tchubar y en la cima de las montañas los mismos signos que se habían contemplado en el tiempo del primer sermón, el arco iris y todo lo demás. En aquel momento todos tuvieron la certeza de que el Maestro iba a partir hacia otro mundo.

Repa-Luz-de-Paz, el maestro de Gnandzong y Repa-de-Seban preguntaron:

«¿A qué mundo piensa ir el maestro? ¿Y adonde iremos nosotros para orar? ¿Cuáles son las últimas instrucciones que nos da el Maestro? ¿Qué regla debemos seguir?».

El Maestro repuso:

«Orad en donde os halléis. En cualquier lugar donde oréis con fe, yo estaré ante vosotros. Obtendréis todo cuanto pidáis. Dentro de un instante iré al paraíso de Indra para encontrar al Bhagavat inmutable. He aquí el testamento que os he prometido: Tras mi muerte entregaréis a Rétchung, que debe llegar pronto, los bienes que me conocéis, mi bastón y mi vestido de tela. Le servirán de fianza en su meditación del aliento⁸ No toquéis mi cuerpo en tanto no haya llegado Rétchung. Este sombrero del señor Maitreya⁹ y este bastón de "agaru" negro, puesto que son el presagio de un guardián de la doctrina para la meditación de los dioses, dádselos sin falta a Upatonpa. Tú, Luz-de-Paz, toma esta copa de madera. Gandzong, toma esta copa hecha de un cráneo. Repa-de-Seban, toma este yesquero. Repa-Eremita-de-Hbri, toma esta cuchara de hueso. Los demás discípulos instruidos, tomad cada uno un jirón de mi vestido. No son grandes riquezas, pero son, sin embargo, presagios.

«He aquí, ahora, mi principal testamento sobre las cosas que vosotros, discípulos y oyentes, no conocéis. Oculto bajo el hogar se encuentra el oro que he acumulado durante mi vida y un escrito que lo reparte entre vosotros. Tras mi muerte, buscadlo y haced lo que está escrito.

«En cuanto a la regla de meditación, algunos se creen llenos de méritos porque están orgullosos de ser buenos religiosos. Esto no es más que orgullo mundano. Es preciso no abandonarse a él. Dar limosna para recibir mil cuando se ha entregado cien; y ocultar a los ojos de los hombres la propia miseria moral, aunque eso ofenda a los dioses de ojos de sabiduría; y buscar con avidez los néctares de este mundo, es ingerir veneno mezclado con los alimentos. Sin beber el veneno del deseo de gloria, no intentéis calificar con nombre religioso lo que hacéis tan sólo por orgullo mundano. No busquéis más que la santidad».

⁸ Estado de éxtasis favorecido por el control de la respiración.

⁹ Uno de los más famosos maestros indios. (N. del T.)

Los Repa preguntaron:

«Si estas prácticas exteriores fueran favorables a las criaturas, ¿podríamos llevarlas a cabo?».

El Maestro respondió:

«Si no existe apego al propio deseo, podéis hacerlo. Pero es difícil. Quienes se hallan llenos de mundanales deseos nada pueden hacer por la causa de los demás. Y ni siquiera hacen nada provechoso para ellos mismos. Es como si un hombre arrastrado por un torrente pretendiera salvar a los demás. Nadie puede hacer nada por las criaturas sin conocer la esencia de las cosas. Semejante a un ciego conducido por un ciego, se arriesga a ser empujado hacia los deseos. Puesto que el espacio es ilimitado, puesto que las criaturas son innumerables, siempre tendréis ocasión de actuar en beneficio de las criaturas cuando estéis en condiciones de hacerlo. Comenzad por amar a vuestro prójimo y desead convertirlos en budas por su causa. Tomad el último lugar. Vestidos de harapos, renunciad a la ropa, al alimento, a la palabra. Cargad de necesidades vuestros cuerpos y de deberes vuestros espíritus. Ésta es la causa de los demás. Para guiaros en esta vida, recordad esto».

Y entonó este canto:

«Salud al Señor traductor Marpa.

*Quienes desean conocer y practicar la doctrina
sin confiarse a un lama predestinado,
si no hacen más que respetarlo, serán sólo poco bendecidos.*

*Sin solicitar la iniciación profunda,
sin tomar los tantra como testimonio,
sino ligados por la letra de sus fórmulas,
no hallarán en sus prácticas exteriores más que motivos de extravío.*

*Quien no medita las fórmulas místicas
y dice renunciar al mundo, es su propio tormento.*

*Quien no combate la miseria moral
no dice más que palabras estériles y hueras;
quien no conoce el método místico,
pese a sus esfuerzos, carecerá de valor;
quien no conoce la importancia y dificultad de la doctrina profunda,*

pese a su valor, permanecerá largo tiempo en camino.

Quien no acumula méritos

y no piensa más que en su salvación, obtendrá la transmigración;

quién no distribuye lo que ha acumulado,

aunque tuviera muchos méritos, permanecería sin virtud.

Quien no extrae de sí mismo su satisfacción

no acumula más que para enriquecer a los demás,

quien no tiene en sí mismo la fuente de su felicidad

no halla sino dolor en la felicidad exterior.

Quien no domina al demonio de su ambición

no halla sino ruinas y conflictos en su deseo de gloria.

El deseo de agradar agita los cinco venenos.

Los deseos temporales separan a los más queridos amigos.

La grandeza de uno es la humillación de los demás.

El silencio sobre uno mismo evitará los conflictos.

Proteger la propia calma y evitar la turbación

proporcionará compañeros al solitario.

Tomad el último lugar y conseguiréis el primero.

Quien camina lentamente llega con rapidez.

La renuncia produce grandes efectos.

Permanecer en la vida secreta conduce por el camino más corto.

La noción de la nada engendra la piedad.

La piedad suprime las diferencias entre uno mismo y los demás.

La confusión entre uno mismo y los demás realiza la causa del prójimo.

Quien realice la causa del prójimo me encontrará.

Quien me haya encontrado será buda.

Yo, buda y discípulos

roguemos sin distinción en una sola plegaria».

Así cantó. Luego añadió estas palabras:

«No sé si me queda aún mucho tiempo que vivir. Ahora que me habéis escuchado haced lo que yo mismo he hecho».

Dijo, y permaneció inmóvil.

Así fue cómo, llegado a la edad de ochenta y cuatro años, el día que hacía catorce del último mes del invierno del año de la Liebre de Ma-

*dera*¹⁰, bajo la octava constelación lunar, al alba, el Maestro mostró los signos de la muerte.

¹⁰ Año 1115.

Nota de Jacques Bacot

La obra no termina con la muerte de Milarepa. Pero no es la obra, con sus plegarias preliminares y su piadosa conclusión, lo que nos propusimos dar a conocer, sino la biografía de Milarepa. Hemos dado la biografía íntegramente. A continuación resumiremos el resto, que fue compuesto para edificación de los fieles, y destacaremos fragmentos del relato o de los cantos postumos que merecen ser respetados.

El Nirvana

Inmediatamente después de la muerte del Maestro, los prodigios se multiplican en el cielo. Los discípulos y oyentes de los distintos países en los que el Maestro había enseñado, se disputan su cadáver. Pero una voz celestial les apacigua: «Por qué disputaros sus reliquias si el Maestro está en el absoluto. No tiene más cuerpo que el cuerpo nirvánico, un cuerpo espiritual. Vuestra insensata disputa tiene por objeto una apariencia. Rogad todos y recibiréis las verdaderas reliquias, aunque el absoluto nada engendre, por la virtud de vuestros méritos».

Los discípulos, apaciguados, levantaron la pira y depositaron el cuerpo en ella. Como el cuerpo rejuvenecía y empequeñecía con rapidez, los discípulos, que debían aguardar el regreso de Rétchung, temieron que el cuerpo desapareciera y se apresuraron a encender la pira. Pero el cuerpo no se consumió. Entonces, las reunidas voces de las diosas explican el prodigio a los maravillados discípulos. Confirman la orden que Milarepa había dado de esperar a Rétchung. Les enseñan la inanidad de las ceremonias en honor de un buda al que ya no pueden alcanzar. Les ordenan mantener en secreto la doctrina mística que no es provechosa a las criaturas sino practicada en silencio y soledad. Divulgarla sería envilecerla sin provecho alguno.

Mientras, Rétchung se hallaba en el monasterio de Lorodol. El Maestro se le apareció durante un sueño y le habló. Entonces, al despertar, Rétchung comprendió que tal vez el Maestro hubiera muerto y se apresuró a partir. Recorrió, milagrosamente, en unos instantes una distancia que exige «dos meses de camino con un asno». Habiendo partido con el canto del gallo, llegó cuando salía el sol a la colina de Spodje, entre Dingri y Tchrin. En la cumbre del Djaborjang, las diosas le anuncian la muerte de

Milarepa. Pero el Maestro se le aparece cuando se acerca a Tchubar, y Rétchung sin saber qué pensar llega a Tchubar y encuentra allí a una multitud llorosa. Los jóvenes monjes, que no le conocían, le impiden acercarse a la pira. Entonces Rétchung canta al Maestro lamentaciones llenas de añoranza y amor.

En seguida la frescura del rostro se desvanece y el cuerpo es consumido por el fuego. Ante esta señal, los discípulos reconocen a Rétchung. Y el Maestro, apareciendo con su cuerpo místico, se levanta sobre su pira, replegada una rodilla, aplastando las llamas con su mano derecha y sosteniendo su mejilla con la siniestra¹¹

Con voz surgida del fondo de su pecho, canta estas seis estrofas esenciales y supremas:

*«Rétchungpa, semejante a mi corazón,
escucha este canto de preceptos y de última voluntad.
En el océano de la transmigración de los tres mundos,
el cuerpo irreal es el gran pecador.
En tanto se inquiete por el alimento y el vestido
no hay renunciación al mundo.
Renuncia al mundo, Rétchungpa.
En la ciudad de los cuerpos irreales
el alma irreal es la gran pecadora.
Sumisa a la carne y la sangre del cuerpo,
jamás tiene noción de su propia naturaleza.
Discierne la naturaleza del alma, oh Rétchungpa.
En los confines del espíritu y la materia¹²
el conocimiento creado por sí mismo es el gran culpable.
Pasando súbitamente de una impresión a otra,
no tiene tiempo de advertir
que estas impresiones no tienen origen propio.
Mantente en el suelo firme de la no objetividad de las cosas.
En la recíproca dependencia de esta vida y de la otra,*

¹¹ Las pinturas y las estatuas representan, por lo general, a Milarepa en esta posición.

¹² Nosotros diríamos el mundo exterior.

la memoria es la gran culpable en los infiernos.
*Privada de cuerpo, busca la asociación con un cuerpo*¹³.
No tiene tiempo de descubrir la no realidad del mundo sensible.
Concluye en el vacío, oh Rétchungpa.
En la decepcionante ciudad de las seis clases de seres,
la ceguera del pecado es inmensa.
El espíritu sigue los impulsos del amor y del odio,
no tiene tiempo de descubrir la igual inanidad de las cosas.
Rechaza el amor y el odio, oh Rétchungpa.
En el seno del espacio inmaterial
el buda realizado suscita engañosas imágenes;
enseñó por la seducción del mundo aparente.
El espíritu no tiene tiempo de concebir el mundo real.
*Deja esta enseñanza indirecta, oh, Rétchungpa*¹⁴.
Ruega conjuntamente, como una trinidad única,
a Lamas, Ydam y dioses,
reúne en una sola totalidad
contemplación, meditación y consunción.
Acostúmbrate a no hacer más que una cosa
de esta vida, la próxima y los limbos.
Esta es mi última enseñanza.
Este es el término de mi testamento:
Luego no hay nada, oh, Rétchungpa».

Terminadas estas palabras, la pira se transforma en seguida en un maravilloso mausoleo coronado por un stupa de cristal.

Los dioses cantan las alabanzas de Milarepa.

Las reliquias, de las que se apoderan las diosas, son objeto de las plegarias de Rétchung y de Repa-Luz-de-Paz. El buda transcendente en que se ha convertido Milarepa, les responde desde el nirvana. Les insta a discer-

¹³ El cuerpo de los parientes.

¹⁴ Buda indicó el método negativo que se convirtió en la doctrina vulgar. Milarepa aconseja a su discípulo el método directo del esoterismo, enseñanza positiva.

nir lo real de las apariencias. Y puesto que también el stupa de cristal es arrebatado por los dioses, en una apoteosis, los discípulos profieren palabras desesperadas.

Entonces se deja escuchar en el espacio una voz inmaterial semejante a la del Maestro:

«Que no se aflijan los discípulos, sino que busquen al pie de la roca la piedra funeraria Amolika y la conserven como reliquia».

Esta piedra se halla todavía hoy en Tchubar.

Por fin los discípulos, según la orden del Maestro, buscan bajo el hogar. No encuentran oro, sino un cuadrado de seda de Benarés, un cuchillo afilado, un pedazo de azúcar y este escrito:

«Partid esta seda y este azúcar con el cuchillo, y distribuidlos entre las criaturas. Jamás se agotarán. Quienes prueben este azúcar y vistan esta seda se verán libres del dolor. Este alimento y este vestido han sido los míos durante mis éxtasis...

»Este es mi alimento de meditación. Lo he comido durante mi larga vida. Es alimento de compasión y su virtud es doble. Quienes comen de él no entran en el infierno del hambre.

»Esta seda blanca es la vestidura de la Sabiduría y del calor interno. Quienes ciñen con ella sus hombros o su cintura no entrarán en el infierno del frío y el calor...».

Los discípulos hicieron como estaba escrito.

El azúcar dividido volvía a su antigua forma; la tela dividida entre las criaturas volvía a hacerse cuadrada.

Las criaturas fueron liberadas del dolor en esta vida y en la otra.

Cayó una lluvia de flores. Unas, llegando al suelo y arrebatadas por los hombres, desaparecieron en seguida. Las otras permanecían suspendidas en el espacio, fuera del alcance de los hombres, que no podían saciarse de contemplarlas.

Los discípulos de Milarepa se multiplicaron, a continuación, como las estrellas del cielo.

